UNA PAREJA (im)PERFECTA



LESLIE NORTH

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN

Una pareja (im)perfecta

Hasta la Última Gota

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descriptos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, MAYO 2025
Copyright © 2025 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



UNA PAREJA (im)PERFECTA

LESLIE NORTH

SINOPSIS

Algunas personas se conocen de una forma muy bonita. Yo, en cambio, no le conocí, sino que choqué con él.

Cuando Vincent Forde embistió mi coche marcha atrás, esperé que, por lo menos, me pidiera perdón. En lugar de eso, me lanzó una mirada despectiva capaz de fundir el plomo, y reaccionó como si toda la culpa fuera mía.

Encantador, ¿verdad?

Con su traje caro, esa mirada intensa y un ego tan enorme como su cuenta corriente, Vincent es la definición andante de un jefe capullo engreído.

Había pensado que esa sería la última vez que vería al señor Demasiado Rico y Absurdamente Guapo, pero la vida tiene un sentido del humor muy peculiar. ¿Adivinas quién se presentó en la fiesta de compromiso de mi hermano, actuando como si fuera el dueño del lugar?

Sí, el señor Demasiado Sexi Para Conducir Bien, apoyado en la barra del bar como si estuviera posando para la revista GQ.

Creo que le odio a muerte.

Sin embargo, él quiere algo de mí. Necesita un ingrediente muy escaso para la nueva fragancia que lanzará su imperio de perfumes. Y el Señor Malhumorado está dispuesto a pagarme una cantidad ridícula de dinero para que le ayude a conseguirlo.

Ah, y también quiere que finja ser su novia. Como si él fuera algo remotamente parecido a un buen novio.

Tal vez Vincent sea el rey del ceño fruncido y tenga un ego desmesurado, pero me ha hecho una oferta que no puedo rechazar. Aunque eso signifique fingir que me gusta un hombre que me pone de los nervios.

Aun así, cuanto más fingimos, más se desdibuja la línea entre nuestra actuación y la realidad. Su encanto me fastidia, su seguridad en sí mismo es irritante, y su sonrisa me distrae demasiado.

Esto no era parte del plan. Se supone que debería odiarle, no desearle, pero fingir que soy la novia perfecta me está empezando a parecer demasiado real...

Una pareja (im)perfecta ***es un apasionante romance de enemigos a amantes, lleno de diálogos ágiles, una química ardiente y todos tus temas favoritos: un novio multimillonario capullo, una relación fingida y el mejor amigo del hermano. Con un héroe gruñón y reservado, y una heroína más que dispuesta a bajarle los humos, prepárate para una tormenta perfecta de ingenio, tensión y giros inesperados.***

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "Una pareja (im)perfecta"
(Jefes multimillonarios de Manhattan Libro 1)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. Piper
2. Piper
3. Vincent
4. Piper
5. Vincent
6. Piper
7. Piper
8. Piper
9. Vincent
10. Vincent
11. Piper
12. Vincent
13. Piper
14. Vincent
15. Piper
16. Vincent
17. Piper
18. Piper
19. Vincent
20. Piper
21. Vincent
22. Vincent
23. Piper
24. Vincent
25. Piper
26. Vincent
27. Vincent
28. Piper
29. Vincent
30. Piper
31. Vincent
32. Piper
33. Piper

Fin de Una pareja (im)perfecta
¡Gracias!
Cómo alegrarle el día a una autora
Acerca de Leslie
Adelanto: Hasta la Última Gota
Otros títulos de Leslie

1

PIPER

Con lo poco que me gustaba conducir, me encontraba embutida en el Toyota de la abuela de mi compañera de piso, que ella apenas utilizaba, aferrada al volante con manos sudorosas y atravesando Manhattan en plena hora punta.

Lo mío era el metro, pero una empresa de reciente creación que vendía bebidas energéticas para hombres jóvenes, con nombres como Trueno Destrozagargantas y Té Balístico, me había contratado para una sesión de fotos, y no había tenido más remedio que ir en coche. Ellos no podían permitirse alquilar un estudio donde hacer las fotos y yo, una autónoma desesperada por conseguir el trabajo que fuera, había accedido a acarrear hasta su oficina mi propio equipo para el fondo y la iluminación de las imágenes.

Cuando llegué por fin al garaje del edificio donde se encontraba la oficina, ya dudaba de haber tomado la decisión correcta. Me habían prometido que encontraría plazas de aparcamiento disponibles, pero se les había olvidado mencionar lo estrecho que era el garaje. Me estaba costando muchísimo maniobrar en los estrechos espacios, a medida que me hundía más y más bajo las calles de la ciudad.

Fui avanzando a la menor velocidad posible, sin dejar de repetirme a mí misma que era una buena conductora, que no iba a darle un golpe a aquel Mercedes que sobresalía tanto, ni a arañar uno de los

enormes pilares de cemento. Como no encontrara pronto un hueco en el que aparcar, no sabía si podría contener la claustrofobia.

Suspiré irritada. ¿Qué diablos estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué había aceptado hacer de mula de carga y trasladar hasta allí equipo suficiente para llenar un estudio entero, solo por un trabajo que apenas pagaría lo que me iba a costar la gasolina? Pues por desesperación, esa era la triste verdad. Tenía un sueño que cumplir y pensaba conseguirlo. Lo único que me faltaba era el dinero.

Cuando ya había descendido algo así como una docena de niveles, encontré por fin una plaza libre que, por suerte, estaba junto al ascensor. Cerca de ella, había un deportivo rojo con el motor en marcha que parecía acabar de salir del hueco. ¡Premio! Las cosas empezaban a mejorar.

Pero ¿y si era demasiado bueno para ser verdad? Miré la pared por si se trataba de una plaza para minusválidos o había alguna indicación de que estuviera reservada, pero no vi ninguna señal.

Aunque parecía que la suerte me sonreía, tan pronto como inicié un giro de noventa grados, recibí un bocinazo del coche rojo. ¿A qué venía eso? Esa plaza estaba libre para quien la quisiera, y yo la quería. Me acerqué un poco más, con cuidado de no rozar a ninguno de los coches aparcados a ambos lados, pero la concentración me impidió percatarme de que el coche rojo también estaba intentando aparcar en el mismo sitio. En ese momento…

¡Crash!

Di un respingo del susto. ¡Aquel imbécil acababa de darme un golpe!

Un hombre se bajó despacio del coche y, a juzgar por su actitud rígida, supe que era consciente de que tenía la culpa. Se detuvo a inspeccionar su coche, y las arrugas de su frente se hicieron más profundas. Con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, no cabía duda de que estaba muy cabreado. Me lanzó una mirada hostil

desde el otro lado del parabrisas y… Un momento, ¿acaso estaba enfadado conmigo?

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue cómo conseguiría una persona tan grande meterse en un coche tan diminuto. Supuse que se trataba de uno de esos casos de «coche pequeño, ego enorme». Cuando aquel hombre se detuvo ante a mi ventanilla, me preparé para el segundo impacto.

—¿Es que no miras por dónde vas? —ladró, como si no pudiera contener la furia—. Estaba justo delante de ti, y me has embestido sin más. ¿De qué cojones vas? Esto es un Bugatti Chiron, para que lo sepas.

Ah, no, ni hablar. No iba a aceptar esa versión de la historia, ni en broma. Tanteé hasta encontrar la manilla de la puerta, lo que redujo bastante el efecto del estallido de ira que estaba a punto de dedicarle, y por fin conseguí salir del coche.

Al encontrarme delante de él, tuve que ocultar el pequeño escalofrío que sentí cuando sus brillantes ojos azules se clavaron en los míos. Con aquellos pómulos, y esa mandíbula pronunciada, aquel hombre parecía uno de esos tipos malos, pero sexis, a los que se supone que una debería odiar, pero que resultaban irresistibles. Iba vestido de negro de pies a cabeza, lo que me hizo pensar en un demonio muy atractivo al que una se tiraría solo por pura rabia. En cualquier otra circunstancia, un hombre como aquel habría sido justo mi tipo, pero el hecho de que fuera tan capullo arruinaba el efecto por completo. Por eso, en lugar de quedarme mirándole atontada como habría sido normal en mí, me sentía a punto de explotar de furia. Había prometido que tendría cuidado con el coche, y ahora aquel desgraciado del traje negro lo había echado todo a perder. Y encima, me estaba retrasando aún más.

—Eh, Satanás, a ver si te fijas mejor. Eres *tú* el que me ha dado a mí —insistí, señalando a los coches para enfatizar lo ocurrido—. ¡Has visto que iba a aparcar ahí!

—Esa es *mi* plaza —dijo él, señalando la pared sin dejar de mirarme —. Y por supuesto que no te he visto, porque no pensaba que nadie sería tan imbécil como para intentar aparcar en mi plaza.

Miré hacia donde estaba indicando.

—Lo siento, ¿puedes decirme dónde pone «reservado para capullos»? ¿O es que esperas que todo el mundo sea vidente y sepa, por arte de magia, que esta es la plaza del Señor Importante?

Él abrió la boca para replicar, pero se detuvo en seco.

—¿Dónde está el maldito cartel?

Me acerqué un poco más a donde estaban los dos coches y señalé mi parachoques destrozado.

—¿El cartel que dice que necesitas aprender a conducir? Lo tienes aquí mismo.

—Esta es mi plaza, soy el dueño —insistió él, enfadado.

—¡Ja! Tal vez creas que ese coche tan pijo te otorga privilegios especiales, pero eso no significa que este trozo de cemento te pertenezca.

—Este trozo de… —Vaya, parecía que por fin me estaba entendiendo —. Pues te informaré de que todo el puto edificio es mío.

—¡Venga ya! ¿Te crees que soy idiota? —Me reí en su cara—. Si fueras el dueño de este edificio no estarías discutiendo conmigo por una plaza aquí, en el fondo del infierno; tendrías un chófer. Pero ¿sabes qué? Ojalá eso fuera cierto, porque entonces te habría dejado en la puerta de entrada, justo delante de tu ascensor privado vetado a los plebeyos, y yo no llegaría tarde a una reunión muy importante.

—Vaya, ¿llegas tarde? —resopló él—. ¿Y qué clase de reunión podrías tener tú? Tienes pinta de vivir en el coche y, si es así, que no se te pase por la cabeza intentar acampar en este garaje.

Señaló mi coche, cargado con todo el equipo, y me sentí incómoda. De acuerdo, estaba tan abarrotado que, tal vez, parecía que alguien vivía en él, pero *yo,* desde luego, no daba esa impresión. Aunque llevaba ropa cómoda, porque iba a hacer trabajo físico, me había maquillado y me había arreglado el pelo, para variar, y había comprobado mi aspecto antes de salir de casa. Y, aun así, aquel individuo me estaba observando de un modo que me hizo pensar que, tal vez, los nervios habían hecho que se me corriera la máscara de pestañas durante el trayecto.

De hecho, me miraba de un modo que me estaba poniendo muy nerviosa. No me había quitado ojo de encima, como si pensara que iba a intentar robarle el coche. Como si a mí me interesara un coche tan pequeño. ¿Dónde iba a meter la compra? Maldita sea, si no cabría ni mi bolso.

—Yo soy quien llega tarde a un trabajo de verdad —continuó él antes de que pudiera defenderme.

—¿Y cuál es ese «trabajo de verdad»? —Estaba segura de que se dedicaría a algo como recoger almas en pago de deudas—. ¿Abogado de divorcios? ¿Relaciones públicas para deportistas con problemas de droga?

—Ni de lejos. —Me miró con expresión burlona—. Pero esta conversación ha terminado. Ya se encargarán de ti los de seguridad.

Al decir eso, sacó el teléfono, dio unos toques en la pantalla y comenzó a alejarse sin decir una palabra más.

—¡Eh, espera! —grité a su espalda—. ¿Vas a dejar tu coche ahí, empotrado contra el mío? Tienes que darme la información de tu seguro. ¡Ni se te ocurra dejarme aquí plantada! ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Piper Doyle, y tú ¿quién cojones eres?

Llegué a su lado justo cuando se abrían las puertas del ascensor.

—¿Quieres saberlo? —La sonrisa de aquel desconocido se había vuelto siniestra—. ¿Por qué no asomas esa cara bonita a la calle, y

miras el nombre que hay en lo alto del edificio en el que estás? Ahí lo tienes.

¿Bonita? ¿Me acababa de llamar *bonita*? Sentí que me sonrojaba sin remedio, pero, considerando lo enfadado que estaba, seguro que el piropo iba cargado de ironía.

Y tras decir eso, aquel maniquí vestido de negro tuvo la osadía de *guiñarme* un ojo, justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor.



Vincent

Por fin podía relajarme. Ahora que los de seguridad se iban a ocupar de la conductora cegata, ya podía centrarme en el resto de los problemas que tenía por delante. Ellos se encargarían de determinar quién tenía la razón; yo no tenía ni tiempo, ni ganas, de preocuparme por aquel asunto.

Le había dado el día libre a Billy, mi chófer, y había pensado que ir al trabajo en mi flamante coche nuevo sería una buena forma de empezar el día. Menudo error. En lugar de llegar a la oficina con las ideas claras y preparado para enfrentarme al mundo, ahora estaba alterado, cabreado y… excitado a más no poder; todo ello gracias a la preciosa fierecilla rubia que me había dado un golpe y, encima, se había atrevido a echarme la culpa.

Repasé el momento del impacto en mi mente. Sí, había estado distraído, y *tal vez,* había dado marcha atrás sin mirar, pero no tenía la menor intención de admitir eso ante ella, ni ante nadie.

Vincent Forde no cometía errores. O, mejor dicho, Vincent Forde no *podía* cometer errores, sobre todo ahora que lo tenía todo cogido con pinzas.

A decir verdad, no solo me sentía descolocado por culpa de la rubia indómita del Toyota. Sí, se había enfrentado a mí de un modo que me había hecho sentir algo peculiar, pero en aquel momento no estaba en condiciones de ponerme a discutir con nadie, por muy guapa, o insoportable, que fuera mi oponente.

Miré al suelo con un suspiro. No podía dejar de recriminarme el no haber ido al hospital a visitar a la abuela Dee. Aunque no era mi abuela de sangre, la quería como si lo fuese, ya que había pasado media vida cuidando de mí. Trent, su nieto auténtico y mi compañero de clase en la universidad, me había prometido que no la habían dejado sola ni un momento, y que su lujosa habitación

privada en el hospital había estado llena de gente durante toda su estancia. Aun así, yo seguía sintiéndome mal por no haber ido a verla.

Habían tenido que llevarla al hospital a toda prisa a causa de una caída la noche anterior, y yo llevaba toda la mañana preocupado por ella. La abuela Dee había formado parte de mi vida desde las Navidades de mi primer año en la Universidad de Cornell, cuando ella había acogido en su casa a tres adolescentes, solo uno de los cuales era su nieto, después de que una huelga de maleteros ocasionara el cierre de todos los aeropuertos de la zona. Aquellas vacaciones en Long Island, con la abuela Dee y mis amigos Trent y Aiden, seguían siendo uno de mis recuerdos más preciados.

Así que, efectivamente, había sido un error no ir a visitarla anoche.

Cuando recibí un mensaje, me apresuré a sacar el teléfono para leerlo. Era Trent, que por fin enviaba las noticias que había estado esperando.

«Los resultados de todas las pruebas de la abuela Dee son negativos. Solo es una torcedura. Cree que se cayó porque no había desayunado y se sentía algo mareada. La van a tener aquí hasta mañana, para estar seguros».

Suspiré aliviado. Ahora que sabía que se encontraba bien, me pareció que la tensión en mis sienes se reducía un poco.

El ascensor me había llevado hasta el último piso de Perfumes Summit, donde el ambiente vibraba por la actividad, sin duda debido al anuncio que estábamos a punto de hacer. O, bueno, que haríamos, si yo era capaz de completar mi maldito trabajo.

Linda, mi asistente, me esperaba con el ceño fruncido, como si hubiera notado que mi día no había empezado nada bien.

—Buenos días, Vincent —dijo, echando a andar a mi lado—. El equipo de I+D te está esperando en la sala de reuniones principal.

También tengo que comentarte unos cuantos cambios a tu agenda para hoy, el más importante es que…

Mi teléfono sonó en ese momento y lo saqué del bolsillo, mientras interrumpía a Linda levantando un dedo.

—Dame dos minutos —murmuré, dirigiéndome a una sala vacía para contestar la llamada—. Por favor —añadí antes de cerrar la puerta.

Durante una encuesta de opinión interna, algunos de mis empleados se habían atrevido a decir, de forma anónima, por supuesto, que yo podía resultar un tanto brusco. Sí, esa era mi forma de enfrentarme a la vida, puesto que el tiempo es oro; pero si quería conservar a mis empleados, al menos tenía que hacer un esfuerzo por ser agradable. Así que intentaba serlo… cuando me acordaba.

El que llamaba era Paul, mi compañero de habitación en la universidad y otro de los «chicos perdidos» a los que había adoptado la abuela Dee. Fui directo al grano.

—¿Has recibido el mensaje de Trent?

—Hola a ti también —contestó Paul con una risa—. Sí, lo he recibido, qué buena noticia. Ya tenemos una razón para brindar esta noche, aunque ella no pueda estar con nosotros.

Me detuve, tratando de recordar de qué estaba hablando.

—Por favor, dime que no te has olvidado de mi fiesta de compromiso —continuó él.

Joder. Sí, se me había olvidado, pero no tenía la menor intención de admitirlo.

—Por supuesto que no. Es que ahora tengo mucho lío y, encima, me acaban de dar un golpe al coche hace un momento.

—¿El McLaren?

Esbocé una sonrisa torcida. Yo compraba coches como otras personas compran cajas de leche.

—No, el Bugatti.

—¡Oh! ¿El que te acabas de comprar?

—Exacto, ayer mismo —suspiré, recordando la preciosa cara de aquella conductora tan lamentable.

Por lo general, a mí me gustaban las mujeres despampanantes, pero aquella chica me había dejado sin aliento, a pesar de ser tan poca cosa. La combinación de pelo rubio brillante, ojos oscuros y pecas le daba un aspecto encantador, y cuando se había girado para valorar los daños de su coche, había tenido ocasión de admirar el resto de su cuerpo. Encantadora, y con un cuerpo como aquel, resultaba la hostia de sexi. Era una combinación asesina.

—Bueno, seguro que con algo de dinero puedes hacer que desaparezca el problema y olvidarte de él —rio Paul.

—Ojalá ese fuera mi único problema. No consigo localizar el heliotropo necesario para *Por siempre*.

Nuestra nueva fragancia era mi último proyecto estrella, pero también representaba un intento de lograr lo que ninguna otra casa de perfumes había conseguido antes: destilar el aceite de heliotropo para *Por Siempre,* la última fragancia de nuestra colección Trío del Tiempo. Los dos perfumes anteriores, *Entonces* y *Ahora*, habían batido los récords de ventas de la empresa y nuestros clientes esperaban con ansia la última fragancia de la colección. *Por Siempre* sería ser especial, porque a mí no me bastaba con utilizar una versión del aroma del heliotropo creada en un laboratorio, como hacía la competencia. Yo quería el auténtico, pero, para eso, necesitaba las flores, que escaseaban a causa de una plaga que se había extendido por el país, de modo que no lograba hacerme con la cantidad suficiente. Gracias a una historia que había sido portada de la *New York Magazine*, me había comprometido públicamente a ser el primero en destilar el aroma del heliotropo, y estaba convencido de que nuestros químicos lo lograrían. Lo único que necesitaba era encontrar la cantidad suficiente de la dichosa planta.

—Venga, los otros también vendrán. Tal vez puedas ahogar los problemas en alcohol —dijo Paul—. ¿Traerás a Maya?

Noté la desconfianza en su voz. Yo sabía que la supermodelo no le caía demasiado bien, y lo cierto era que a mí tampoco. Esa era la razón por la que, ahora, era mi *exnovia*.

—Rompimos hace tiempo. Creí que te lo había dicho ya.

—Tío, pero si hace siglos que no tenemos una conversación seria.

—Eh, no me eches a mí la culpa. Tú estás demasiado liado planeando la boda —protesté.

—Cierto, cierto —suspiró Paul—. Es que todo eso es… demasiado.

—Bien, pues espero que esta noche podamos centrarnos simplemente en alegrarnos por Chloe y por ti.

Por una noche, debería ser capaz de fingir que todo me iba bien y creía en el amor verdadero, aunque sabía muy bien que solo era una patraña.

La llamada terminó poco después y, cuando salí de la sala de reuniones, encontré a Linda esperándome para seguir explicándome la apretada agenda que tenía por delante.

—Necesito dos cosas más, Linda —dije cuando nos detuvimos en la puerta de la sala donde tendría la primera reunión del día—. Primero, llama a Adrienne, de Flores Bastille, y encárgale el ramo Grand Soleil para la abuela Dee, en tonos rosa, crema y melocotón. Está en el hospital Northpoint.

Ella asintió sin hacer ninguna pregunta.

—Segundo, pide que me envíen las grabaciones de seguridad de mi plaza de aparcamiento, desde las ocho y cuarenta y cinco de esta mañana hasta… —Miré a mi teléfono—, ahora mismo.

Ella alzó una ceja mientras tomaba notas en su iPad.

—Y pide a los de mantenimiento que averigüen qué ha pasado con el cartel de mi plaza, que ha desaparecido.

Me volví para entrar en la reunión, pero caí en que el Señor Brusco había vuelto a hacer de las suyas.

—Muchas gracias, Linda. Te lo agradezco.

Su expresión seria se tornó en una sonrisa divertida.

—¡De nada, Vincent!

Cuando entré en la sala de reuniones, todas las conversaciones se detuvieron en seco.

—Buenos días a todos. Espero que tengáis buenas noticias para mí, —dije al sentarme en mi sitio, en la cabecera de la mesa.

Dwayne Washington, nuestro químico jefe, balbuceó un poco cuando todos los ojos se volvieron hacia él.

—Estamos cogiendo impulso —indicó—. El equipo y yo hemos preparado un video para mostrarte nuestros intentos más recientes, y creemos que te parecerá interesante.

—Lo que busco es el éxito, no cosas interesantes. Se nos está echando el tiempo encima.

—Lo sabemos. —Dwayne carraspeó—. Pero espera a verlo, creo que entenderás a qué me refiero. —. Trasteó con el iPad que controlaba la pizarra electrónica—. Vaya, error de conexión —dijo con una risa nerviosa—. Dame unos segundos. Rachel, ¿puedes ayudarme a resolverlo?

Murmuraron entre sí mientras intentaban averiguar lo que pasaba, y eso me dio tiempo para leer el correo que Linda acababa de enviarme con los archivos de seguridad. Ahí estaría la prueba de que yo no tenía la culpa del golpe. Pulsé el botón de reproducción y me concentré en la pantalla del móvil.

Vi mi precioso Bugatti, detenido un poco más allá de mi plaza y preparado para entrar marcha atrás. La vieja tartana de la rubia apareció entonces en la imagen y empezó a dirigirse a la misma plaza. Mis luces de marcha atrás se encendieron cuando ella ya tenía medio coche dentro. ¿Me había visto? ¿Había mirado yo hacia atrás? Era imposible saber quién tenía la culpa del choque, pero las imágenes eran lo bastante reveladoras como para obligarme a admitir que, tal vez, le había achacado la culpa con demasiada rapidez. Claro, que eso no tenía que saberlo ella.

Opté por llamar a Doug Fogel, mi jefe de seguridad.

—¿Sigues aún con el tema del coche? —pregunté.

—Sí, señor.

—Bien, no importa lo insoportable que sea esa mujer. Págale lo que haga falta —indiqué, sabiendo que él entendería lo que quería decir —. Lo bastante como para que se calle y lo deje estar. No quiero tener que volver a enfrentarme a ella.

—De acuerdo —contestó enseguida.

—Una cosa más. —Se me había ocurrido una idea—. Quiero que admita que estaba equivocada.

—Uh… ¿disculpe?

—Consigue que admita que se ha equivocado y que fue ella la que ha chocado conmigo. Dale a entender que es una condición para el pago. No lo es, por supuesto, pero quiero que lo admita.

No le di más explicaciones, porque no era necesario. Mi palabra era ley.

—Entendido, señor Forde —dijo Doug, un tanto dudoso—. Yo me encargo.

—Gracias —dije, recordando que debía ser más amable.

Colgué el teléfono, satisfecho de que, con todas las cosas que no podía controlar, al menos ya no tendría que volver a enfrentarme jamás a la peor conductora de Manhattan.

2

PIPER

Darcy me levantó la cabeza un poco.

—Deja de moverte, o te voy a acabar poniendo la sombra de ojos en los dientes.

Me quedé quieta y me tragué el resto de las protestas, por el momento. Darcy, mi compañera de piso, mejor amiga, y socia en mi segundo negocio, me había dejado despotricar durante un buen rato sobre el choque con aquel demonio llamado Forde mientras me maquillaba, pero no iba a permitirme echar a perder su obra de arte. Yo era capaz de maquillarme sola, pero a Darcy le apasionaba hacerlo, y tenía muy buen ojo. Aquella noche necesitaba su ayuda, ya que iba a despojarme de mis vaqueros habituales y enfundarme en un vestido de cóctel para asistir a una fiesta.

Ella se apartó un poco y se levantó las gafas para mirarme con atención por debajo de las lentes.

—Me gusta. Dime qué te parece.

—¿Quieres decir que ya puedo mirarme al espejo? —bromeé.

—Te lo voy a permitir, pero solo un momento. Aún te faltan las pestañas postizas.

Me volví para admirar su trabajo y no pude contener un respingo.

—*Caray,* ¡qué bien lo haces!

—Por favor —resopló ella—. Tengo el lienzo perfecto.

—No, en serio. Tal vez deberías seguir tu vocación. —Me incliné para admirar el delineador aplicado en forma de ojo de gato.

Darcy se detuvo con el bote de pegamento para pestañas en la mano.

—¿Estás diciendo que no quieres que siga contigo en Strapped?

Me reí y le clavé un dedo en el costado. La simple mención de la empresa que estábamos intentando poner en marcha me hacía sonreír. Cuando por fin consiguiéramos el dinero necesario, iba a ser increíble.

—Venga ya. Strapped no tiene ningún futuro sin ti. A ver, ¿tú crees que yo puedo hacerme cargo de las cuentas?

La idea era toda mía, y yo pensaba ocuparme de los aspectos creativos, pero ¿cuadrar la contabilidad? Por Dios, ni en broma. Estaba encantada de ceder esa tarea a gente que supiera de verdad lo que estaba haciendo.

Darcy agitó en el aire las pestañas, ya preparadas con el pegamento.

—Uf, ¿y tú crees que a mí me gusta? El hecho de que ahora sea gerente de oficina no significa que *disfrute* con ese trabajo. Ahora bien, directora de marketing sería otra cosa. Si conseguimos financiación, las cuentas van a ser lo primero que delegue a otros.

—*Cuando* consigamos financiación. A Mercedes le va a encantar nuestra idea, espera y verás.

Mercedes Horan era la inversora perfecta para nuestra empresa. Era Darcy quien me había hecho ver que el nuestro era un negocio dirigido por mujeres, y a Mercedes le *encantaban* las mujeres emprendedoras. Ella tenía el dinero, nosotras teníamos un sueño, y

lo único que faltaba era encontrar la forma de reunirnos con ella para contarle nuestros planes.

—Te prometo que la idea de la pedicura funcionará —dijo Darcy, mientras presionaba las pestañas contra mi párpado—. Sé de buena tinta que Mercedes es clienta habitual de Pedi-Pearls.

Quise reírme de ella, pero tuve que quedarme muy quieta.

—Lo siento, pero no voy a asaltar a esa pobre mujer en el salón de belleza mientras le arreglan las pezuñas.

—Te equivocas, pero ¿qué sabré yo? —Darcy dio un paso atrás para admirar su obra—. ¡Perfecto! Ahora ve a ponerte el vestido y te pintaré los labios.

Me incliné para admirar mi cara.

—Guau, lo has vuelto a conseguir. Me has dejado increíble.

—Muchas gracias. Y ahora, ve a cambiarte, Cenicienta.

Me puse un vestido negro de un solo hombro y unos zapatos de tiras y tacón alto, y me giré para observarme por delante y por detrás en el espejo. Me pasaba la vida vestida con ropa cómoda en busca de la fotografía perfecta; pero, de vez en cuando, era agradable volverme a sentir como una chica.

¿A quién quería engañar? Con ese vestido y el maquillaje, no era solo una chica: parecía una auténtica mujer fatal. Aunque solo fuera por una noche.

—Tachán —dije, al entrar en la habitación de Darcy, donde di una vuelta completa.

—Increíble, creo que te mereces el título de supermodelo. ¿A quién vamos a impresionar esta noche?

—A los sospechosos habituales —suspiré—. Es la fiesta de compromiso de Paul, así que estarán la familia y los amigos de los dos.

—¿Prentiss?

No pude evitar poner los ojos en blanco al oír el nombre del marido de mi madre. Me negaba a referirme a él como «padrastro», porque se no se merecía ningún tipo de título paternal. El que Paul fuera un hombre tan encantador con un padre como aquel, resultaba un completo misterio.

—Por supuesto, el padre del novio no puede faltar. Ya estoy deseando que me acorrale para presumir de haber ganado a algún golfista profesional la última vez que jugaron juntos.

Mi madre empezó a salir con Prentiss cuando yo estaba en el instituto, y al principio creí que todos podríamos formar una nueva familia. Había que reconocer el mérito de Paul, que había hecho lo posible por conseguirlo, pero él era mayor que yo y ya estaba en la Universidad, así que habíamos tenido muy pocas ocasiones de conocernos mejor. En cuanto a su padre… Yo había esperado que fuéramos capaces de conectar a través del golf. A él le encantaba jugar, y yo lo hacía desde que tenía cinco años, así que había asumido que el juego nos ayudaría a llevarnos mejor. Pero, en lugar de eso, él había intentado explicarme cada uno de los hoyos del campo como si fuera tonta, y luego se puso como un loco cuando destrocé su marca. Mi juego impecable era una de las muchas cosas de mí que aquel hombre había acabado por odiar.

—Ignórale. Intenta buscar algún tío mono con el que tontear y pásatelo bien. Sólo tienes que asegurarte de que no se parezca en nada a Matthew.

La sola mención de mi ex me dio escalofríos.

—No, gracias. No estoy de humor para tontear.

—Vale, pues siéntate en un rincón y muérete de asco —dijo ella, cruzando los brazos.

—Ese es el plan. —. Cogí mi bolso—. Intentaré volver pronto, así que guárdame un sitio en el sofá.

—Vas a desperdiciar un atuendo fabuloso —me reprendió—. Aprovecha lo buena que estás, para variar.

—¿Ves estos zapatos, amiga mía? —dije, levantando un pie—. Lo único que voy a aprovechar es una buena silla.

—¡Pues quítatelos y baila! Déjate llevar por una vez.

Sin hacer caso de su ridícula sugerencia, me dirigí a la puerta, camino de lo que seguramente sería una noche larga y desagradable.



Al cabo de media hora de cóctel y aperitivos, ya estaba considerando la posibilidad de ocultarme en el baño de señoras y cavar un túnel para huir de aquel lugar, como en *Cadena Perpetua*. No era que no me gustaran las fiestas; a pesar de lo mucho que le había protestado a Darcy, sí que sabía divertirme. Sin embargo, aún me sentía estresada por el accidente de aquella mañana, y la forma en que Prentiss había empezado a presumir delante de mí en cuanto llegué no ayudaba a mejorar mi humor. Apenas había permitido a mi madre meter baza en la conversación, y yo, por mi parte, ni me molesté en intentarlo. Total, a Prentiss nunca le interesaba lo que yo tuviera que decir.

Me disculpé para ir a buscar otra bebida, pero me quedé helada al ver quién estaba apoyado en la barra, con actitud de ser el dueño del lugar. Un hombre muy importante, convencido de ser toda una leyenda, y que no permitía a nadie olvidarlo. ¿Qué demonios hacía el tío del coche deportivo en la fiesta de compromiso de mi hermanastro? ¿Y por qué tenía que estar tan guapo, maldita sea? Traje negro que le sentaba a la perfección, camisa negra con el cuello desabrochado y un aura que habría jurado que llenaba toda la sala. Estaba hablando con otros hombres igual de atractivos que él, pero el capullo del coche rojo tenía algo especial, un magnetismo irresistible, si a una le iba el rollo alto, moreno e imbécil.

Al principio, me sorprendió volver a verle; después me enfadé, pero, cuando comprendí la oportunidad que se me había presentado, me sentí eufórica. Ya llevaba una copa y media de champán encima, y eso me dio el valor suficiente para dirigirme hacia él con paso firme, decidida a expresarle mi opinión sobre su persona.

El cosquilleo que sentía en el estómago tenía que deberse a los nervios, nada más. Nunca, en ningún caso, admitiría que encontraba atractivo a un hombre tan desagradable.

—Disculpa —dije a un hombre rubio bastante guapo que había estado hablando con Satanás, y le aparté para situarme delante de él.

Todos los hombres del grupo se volvieron a mirarme, y él se quedó de piedra cuando me reconoció, lo que me hizo sentir triunfante.

—Sí, soy yo. La víctima de tu lamentable forma de conducir —dije, mirándole enfadada.

Se oyó un silbido, en plan «oh, oh», y los otros tres hombres se retiraron al ver mi cara de enfado y mis puños cerrados. Sin embargo, en lugar de inquietarse, como habría sido lógico, o parecer incómodo, o incluso arrepentido, como correspondía a la situación, Satanás se limitó a arquear una ceja y lanzarme una mirada desdeñosa, como si yo fuera una molesta camarera que intentaba retirarle el plato antes de terminar de comer. Había esperado pillarle desprevenido, pero su frialdad daba a entender que ese hombre no se dejaba intimidar por nada.

Pues muy bien, *eso* estaba a punto de cambiar. Seguro que no había conocido a ninguna mujer como yo.

—Vaya, quién te ha visto, y quién te ve, Piper —dijo él—. No estás mal cuando te arreglas.

—Ahórratelo —dije, frunciendo el ceño aún más al oírle pronunciar mi nombre como si fuéramos viejos amigos—. Escucha, te agradezco mucho esa oferta tan generosa de arreglarme el coche después de

habérmelo abollado tú, pero me niego a admitir que la culpa sea mía.

—¿Por qué? —preguntó con voz sedosa—. No es para el seguro, lo vamos a arreglar entre nosotros. Lo único que te pido es que admitas que has cometido un error.

—¡Pero eso no es cierto! —escupí, lanzando las manos al aire—. ¿Por qué quieres que diga tal cosa?

Él se inclinó hacia mí y me dirigió una sonrisa cruel.

—Por *mí*.

¿Por qué aquella sonrisa me hizo sentir algo? Le odiaba, a él y su actitud arrogante, pero mi cuerpo no había entendido el mensaje. Me estaba mirando de un modo que me ponía nerviosa, como una cría ante el chico que le gustaba. Pero no, esto iba de que me había visto envuelta en un accidente del que no tenía la más mínima culpa. Estaba a punto de estallar de rabia a causa de su ego, cuando escuché una voz muy conocida detrás de mí.

—¡Vaya! Veo que dos de mis personas favoritas se han conocido por fin.

Mi hermanastro se inclinó para besarme la mejilla y después dio una palmada a Satanás en la espalda. Paul iba mucho más arreglado de lo habitual, con el pelo rizado bien peinado con espuma y un elegante traje color azul marino, en lugar de sus vaqueros y sudadera habituales.

—¿Os habéis presentado ya? Vincent Forde, Piper Doyle. Piper, Vincent —dijo, señalando a cada uno de nosotros.

Dediqué una mirada ceñuda a mi hermanastro, y después otra a aquel hombre, a quien ya podía llamar por su nombre. Su responsable de seguridad se había referido a él todo el tiempo como «señor Forde» y, sí, había comprobado que su nombre estaba en lo alto de aquel edificio.

—Pero ¿de qué os…? —señalé a Vincent.

—Compartíamos habitación en Cornell. Es uno de los chicos de Dee. —Sacudió la cabeza con una sonrisa—. En serio, no me puedo creer que mi hermanita y el legendario Vincent Forde hayan tardado tanto tiempo en conocerse.

Tragué el nudo que tenía en la garganta, mientras Vincent parecía ponerse pálido. Estaba segura de que él pensaba lo mismo que yo: era la noche de Paul, y teníamos que llevarnos bien. Al menos, mientras hubiera testigos.

—*Cariño*. —Chloe, la guapa, pero muy estresada, prometida de Paul, apareció a su lado y, tras dedicarnos un saludo rápido, se volvió hacia él—. ¡Tenemos una emergencia! Se les han olvidado los canapés de gambas. Tienes que venir conmigo a pegarle unos cuantos gritos a alguien.

—El deber me llama —dijo él con una mueca—. ¡Ya hablaremos luego!

Vincent y yo nos miramos en silencio, sin duda tratando de determinar quién iba a atacar primero.

—Has sido un… —empecé.

—Escucha, sobre lo que ha pasado… —dijo Vincent al mismo tiempo —. Tú primero.

Di un paso hacia él.

—Iba a decir que esta mañana has sido muy desagradable. Con independencia de quién tenga la culpa, ha sido un accidente y, después de haber valorado los daños, ni siquiera ha sido muy serio.

—Dicho por la mujer que conduce un coche de quince años —resopló él—. Los daños a mi coche han sido *considerables*.

—Bueno, eso te pasa por conducir un delicado cochecito de ególatra que probablemente cuesta más de lo que yo podré ganar en toda mi

vida.

—¿Probablemente?

Me dedicó una sonrisa burlona y yo apreté los dientes.

—Tienes…

—¿Razón?

—¡Mucha cara! —exploté.

Él me miró con una intensidad que me cortó la respiración.

—¿Se te ha olvidado que voy a pagar tu reparación?

—Y así debe ser, porque ha sido culpa tuya —jadeé.

—Siento que lo veas así.

—No creerás que eso es una disculpa.

—No he dicho en ningún momento que fuera a disculparme. —Se encogió de hombros y miró a su alrededor, como si se estuviera aburriendo conmigo y la situación estuviera muy por debajo de él… Hasta que vio algo que le hizo encogerse—. Hay que joderse…

Miré por encima de mi hombro hacia donde lo hacía él, y vi a Maya Russo, una supermodelo, pasar en ese momento por delante de la puerta de la sala privada del restaurante donde nos encontrábamos, que Paul había reservado para la celebración.

—Veo que ya estás preparando tu próxima conquista. Te dejo con ello —le espeté, antes de darme la vuelta para marcharme.

—No, gracias. Ya me he cansado de ella.

Fruncí tanto el ceño que tuve la sensación de que se me romperían las cejas. Vincent volvió a mirarme por fin.

—Es mi exnovia. Si me ve aquí, se me pegará y no me dejará en paz.

—Vaya, pues entonces, tienes un problema. —Ahora era yo quien esbozaba una sonrisa burlona. Empecé a alejarme, pero escuché sus pasos decididos detrás de mí, como si no estuviera dispuesto a dejarme marchar.

—Piper —dijo—. Escúchame: si nos ve, finge que estás conmigo. Considéralo un favor.

Se me escapó una carcajada. Aquel tío había perdido la maldita cabeza. Ni en broma pensaba dejar que me enredara en sus problemas.

—¡Venga ya! Como si yo te debiera un favor. Creo que me voy a acercar a Maya y decirle dónde estás. La animaré a que venga a buscarte.

Alguien me dio un toquecito en el hombro y, al girarme, encontré al típico universitario pijo, de flequillo rubio un poco largo y corbata de rayas, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eh, ¡hola, Piper! Soy un amigo de tu padre, ¡me ha dicho que eres toda una campeona del golf! Me llamo Beck Huntsman, por cierto.

Me plantó la mano delante de la cara y yo le di un apretón rápido, tratando de evitar que se me notara el fastidio. Podía sentir los ojos de Vincent clavados en mi espalda.

—Prentiss está casado con mi madre, no es mi padre —le corregí.

—Cierto, cierto. Bueno, mi hándicap es menos de diez, pero no creas que he venido a presumir. No voy a decirte cuál es.

Beck soltó una risotada y, si no me hubiera resultado odioso desde que había abierto la boca, habría empezado a odiarle en ese momento.

—El mío es ocho —dije con rapidez, esperando que eso fuera suficiente para callarle la boca. Aunque últimamente no jugaba mucho, mi hándicap no cambiaba nunca.

—Pues, con ese vestido, a mí me pareces más bien un diez. —Se rio de su propia broma, dejando que sus ojos resbalaran por mi cuerpo —. El caso es que me voy a sentar con Prent y tu madre en la cena, y te he guardado un sitio. Creo que tenemos mucho en común. Podíamos quedar para jugar dieciocho hoyos, y así podría darte algunos consejos.

Hum, ¿y qué tal si no quedamos?

Estar atrapada con Prentiss y aquel capullo durante el resto de la noche me parecía una doble pesadilla, y eso que Paul había prometido que me sentaría a una distancia prudencial de Prentiss. Sin embargo, me fijé en que el marido de mi madre nos observaba desde un poco más lejos. Si le decía a aquel tío lo que pensaba de él, Prentiss me soltaría un discurso sobre el tema cada vez que me viera durante unos cuantos meses, por lo menos. Estaba tratando de pensar en la forma menos desagradable y grosera de mandarle a paseo, cuando noté una mano cálida en el hombro.

—Hola, Brock. Soy Vincent Forde —dijo, inclinándose sobre mí para ofrecerle la mano—. Me temo que Piper ya tiene un sitio reservado, a mi lado. No es así… ¿*cielo*?

Alcé la vista hacia Vincent, medio agradecida por su intervención y medio enfadada por lo que me estaba obligando a hacer. ¿Cenar con el hombre más pomposo, arrogante e insoportable al que había conocido? Tal vez sentarme con Prentiss tampoco estaría tan mal, después de todo.

—Sí —dije con los dientes apretados, intentando forzar una sonrisa —. Así es.

—Me llamo *Beck* —corrigió el otro—. Y lo siento, tío, no sabía que era tuya.

Tuve que hacer un esfuerzo aún mayor para mantener la sonrisa y contener al mismo tiempo las náuseas que me provocaba escucharlos hablar como si fuera un objeto de su propiedad. Vincent

recorrió la piel de mi brazo con las puntas de sus dedos, y aquel contacto tan íntimo me cortó la respiración. Después me sonrió, con sus ojos azules clavados en los míos, y me pareció que no podía respirar.

—No diría que es *mía*. Más bien, esta preciosa criatura me permite que la acompañe de vez en cuando.

Un momento. ¿Preciosa? ¿Creía que yo era preciosa?

Un lado de la boca de Vincent se curvó hacia arriba, mientras me miraba con atención, como si estuviera intentando detectar el efecto que había producido su insinuación. Por fin, miró a Beck con una carcajada, lo que rompió el hechizo momentáneo que me había lanzado.

—Que lo pases bien esta noche, Brock… digo, ¡Beck! —dijo Vincent en tono alegre.

El prodigio del golf se alejó cabizbajo, y me dejó a solas con Vincent.

—No hacía falta que hicieras eso —expliqué.

—De nada. —Me guiñó un ojo.

—Podía haberme ocupado de él yo misma.

—Pero ahora no tendrás que hacerlo —dijo, con una inclinación de la cabeza—. Como ya he dicho, de nada.

Tartamudeé una serie de sonidos incoherentes hacia él, sin conseguir contestar. En ese momento, uno de los camareros hizo sonar un pequeño gong para indicar que todo el mundo debía dirigirse a sus mesas para la cena.

—Hora del espectáculo, cariño —me susurró Vincent al oído, inclinado hacia mí—. Vamos a guardar las apariencias, por el viejo Beckie.

Me cogió de la mano y, para mi sorpresa, la sensación me resultó… *agradable*.

3

VINCENT

¿Por qué maldita razón la peor conductora de todo Manhattan tenía que… *brillar* de ese modo?

Ya era bastante malo que me hubiera arrastrado a una mesa situada más o menos en Siberia, en lugar de sentarnos en la mesa principal con el resto del grupo, donde se suponía que yo debía estar. Piper debería haberse sentado también en la zona delantera, pero, por alguna razón, parecía haber *pedido* sentarse en la mesa de los primos terceros y otros invitados poco relevantes, en lugar de con sus padres y hermanastro. Estábamos tan cerca de la cocina que podía ver al ajetreado cocinero cada vez que entraba o salía un camarero con una bandeja.

Sin embargo, en lugar de comportarse como si la hubieran desterrado al equivalente de la mesa de los niños, aquella mujer desbordaba encanto, y charlaba con los demás comensales como si los conociera desde siempre. Estábamos sentados con una pareja de pelo canoso que parecían deslumbrados por ella, otra pareja muy extrovertida que actuaba en algún espectáculo en Broadway, y un hombre de mediana edad con aspecto de contable, que estaba solo y que, sin duda, habría monopolizado la atención de Piper durante toda la cena si yo no hubiera estado con ella. Claro, que tampoco les estaba prestando mucha atención a ninguno de ellos. Yo había venido a apoyar a Paul, no a charlar con un grupo de desconocidos.

En cuanto nos sentamos, saqué mi teléfono y abrí la bandeja de entrada del correo electrónico.

Durante todo el primer plato me dediqué a contestar una serie de mensajes acerca de la escasez de heliotropos. Aquel problema debería haber sido suficiente como para captar toda mi atención, pero no podía evitar mirar a Piper cada vez que se reía. Me había parecido espectacular incluso después de estrellar su tartana contra mi deportivo, pero aquella noche, con ese vestido negro, me estaba costando la vida no quedarme mirándola todo el rato.

Por su parte, Piper se comportaba como si yo fuera invisible, pero eso daba igual. Después de aquella noche, seguramente solo la vería una vez más, el día de la boda, y eso sería lo mejor, porque estaba clarísimo que nunca nos llevaríamos bien.

—Vincent, ¿has oído lo que he dicho? —exigió Piper.

Alcé la vista y encontré que todos los ojos de la mesa estaban clavados en mí.

—Lo siento, es un tema de trabajo —dije, enseñando mi teléfono—. ¿De qué se trata?

—Estamos hablando de nuestros lugares favoritos para escapar del mundo. Te toca a ti.

—¿Y tú qué has dicho? —le pregunté.

—Si hubieras prestado atención —dijo ella con los ojos en blanco—, sabrías que he hablado de Antigua, donde hice fotos para una boda. Fue mucho antes de que empezáramos a salir, *cariño*. —Me miró con una ceja levantada.

—Estas son las fotos del viaje —dijo el hombre sentado junto a mí, ofreciéndome un teléfono.

Estaba a punto de entregárselo a la siguiente persona, cuando me detuve al ver la imagen en la pantalla, y comencé a pasar las fotos. Su trabajo era sorprendente, no solo porque no se trataba de las

típicas fotos que se hacen en los viajes a las islas tropicales, sino porque eran *buenas*. Tenía ojo de artista y, si se hubiera tratado de cualquier otra persona, se lo habría dicho en ese momento. Sin embargo, al recordar que aquella mujer utilizaba su Toyota como ariete para embestir a otros coches, me contuve y no dije nada.

—Entonces, ¿cuál es tu lugar favorito, Vincent? —preguntó la mujer mayor.

La expresión de su cara me recordó a la abuela Dee. Tal vez fuera la forma en que se le arrugaban los ojos cuando sonreía, como si se hubiera pasado la vida entera con una sonrisa en la cara.

—Jamesport —contesté.

Había viajado por todo el mundo y me había alojado en toda clase de establecimientos de lujo, pero el lugar en el que me sentía más feliz seguía siendo la casa de la abuela Dee junto al mar.

—¿En Long Island? —rio la mujer de pelo gris—. Vaya, eso es *encantador* y, además, es un lugar accesible. ¡Si está aquí al lado!

—Para mí es un lugar muy especial —repliqué, ofendido por que mi respuesta le hubiera hecho tanta gracia.

Era posible que se pareciera a la abuela Dee, pero desde luego, aquella mujer no era como ella. La abuela Dee jamás se habría reído de mí. Ella se serenó enseguida.

—Oh, no quería decir que fuera una mala sugerencia. A nosotros nos encanta esa zona.

—Me alegro por vosotros —espeté, volviendo a centrarme en mi teléfono.

Piper soltó un respingo.

—Eso ha sido una grosería —murmuró por lo bajo, antes de volverse hacia la pareja—. Jean, ¿a dónde vais Joe y tú para escaparos?

No me molesté en volver a mirar a la mujer cuando comenzó a hablar, porque el último mensaje de los de I+D parecía sugerir que querían abandonar la idea de destilar el aceite de heliotropo y utilizar la versión sintética. *Joder*.

Empecé a redactar un mensaje cuidadosamente pensado para comunicar la *poquísima* gracia que me hacía esa idea, ya que no podía decir por escrito que no tiraríamos la toalla ni de puta coña.

—Joe y yo somos muy afortunados, tenemos una segunda casa en Kauai. Es una granja, pequeña pero preciosa.

—Jean —intervino su marido con una carcajada—, no creo que se pueda decir que una granja de ocho hectáreas sea «pequeña», sobre todo en una isla como Kauai, donde hay tan poco terreno libre.

Intenté centrarme en escribir mi mensaje y dejar que la conversación a mi alrededor no fuera más que un sonido de fondo. A causa de la irritación, me daba la impresión de que mis dedos no eran capaces de teclear lo bastante deprisa.

—Hawái es uno de los sitios que quiero visitar —dijo Piper—. Sería estupendo si me pudierais recomendar los mejores sitios a los que ir.

—Bueno, si alguna vez vas por allí, asegúrate de pasar por la granja Sugarview, por favor. Tenemos sitio de sobra para invitados y, si vienes en la época de la floración de los heliotropos, te prometo que creerás estar en el paraíso de las flores. —La mujer volvió a reír—. Esa es la razón por la que compramos la granja.

—Disculpa, ¿qué acabas de decir?

Me había detenido con el dedo sobre el teclado del teléfono. Seguro que lo había entendido mal. Debía ser la combinación del whiskey que me había bebido y la mirada implacable de mi acompañante. La mujer mayor me miró con el ceño fruncido, sin comprender mi interés repentino.

—He dicho que compramos la granja por las flores. —Dirigió una mirada rápida a su marido—. Son mis favoritas.

—Heliotropos —repetí, sin dejar de mirarla. ¿Sería posible que fuera a cambiar mi suerte?

—Eso es lo que ha dicho —intervino su marido, en actitud protectora —. ¿Hay algún problema?

Se me había acelerado el pulso. Ahora estaba al acecho, me estaba acercando a mi objetivo.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Tus plantas están sanas?

—¿A qué viene eso? —El hombre me miraba con desconfianza.

—¿Les ha afectado la plaga? —insistí.

¿Cómo era posible que no me entendieran? Aquella temporada, la plaga era el principal tema de conversación relacionado con el heliotropo. Tenían que haber oído hablar de ella. Notaba la penetrante mirada de Piper tratando de taladrarme un agujero en la sien.

—¿Te refieres a esa enfermedad? No, la plaga no ha llegado a las islas. Tenemos una de las pocas cosechas sanas que quedan en el país.

—¿Y cuántas hectáreas habéis dicho que tenéis? —pregunté en un tono que, demasiado tarde, comprendí que había sonado muy brusco.

Piper se puso en pie de un salto y me cogió del brazo.

—Cielo, nos está llamando Paul, creo que deberíamos acercarnos a verle.

Cuando me giré, vi a Paul absorto en una conversación con Trent.

—¿De qué estás hablando? Ni siquiera mira…

Ella me apretó el brazo con una fuerza sorprendente.

—Volvemos enseguida, disculpadnos.

Me levanté y le permití que me tomara del brazo. Ella nos condujo fuera de la sala privada y se encaminó hacia el salón principal del restaurante, donde se detuvo en un espacio junto al puesto de recepción. Volví la cabeza para ver si Maya estaba a la vista, y localicé su codo huesudo al otro lado de la sala. Solo pude esperar que no se le ocurriera mirar en nuestra dirección.

—¿Qué narices te pasa? —siseó Piper—. ¿Por qué interrogas así a esa pareja tan agradable?

—No les estaba interrogando, solo les hacía unas preguntas —expliqué, tratando de contener mi mal humor.

Ella no tenía ni idea de lo importante que era aquello para mí. Esa plantación de heliotropos podía cambiar mi situación por completo, y ni en broma iba a dejar pasar esa oportunidad.

—¿Es que trabajas para la policía de fronteras, o algo así? Por el amor del cielo, Vincent, estás siendo muy desagradable con ellos.

Su enfado parecía tan auténtico que me detuve a pensarlo un momento. ¿Sería posible… que tuviera razón? Repasé en mi cabeza la forma en que se había desarrollado la conversación y tuve que contener una mueca. De acuerdo, era comprensible que, desde fuera, mi emoción hubiera podido interpretarse como una grosería. Mierda, ¿querría eso decir que no podría llegar a un acuerdo con ellos, después de todo?

—Necesito heliotropos desesperadamente, y ellos son la solución —expliqué.

Ella me miró tan extrañada, que se hubiera dicho que había hablado en otro idioma.

—¿Eh?

Volví a suspirar. ¿Es que eso tampoco estaba claro?

—Ellos tienen algo que necesito, y voy a conseguirlo.

Ella siguió mirándome enfadada, sin dejarse impresionar lo más mínimo.

—Ya, pues eso no es suficiente. Me lo vas a tener que explicar mejor antes de que te deje volver a interrogarles de nuevo.

Una parte de mí quería preguntarle quién diablos creía que era para decirme lo que podía hacer, pero recordé la mirada enfurecida que me había lanzado aquel hombre cuando me levanté de la mesa con Piper. La mirada iba dirigida a mí, no a ella, así que era posible que, si volvía a la mesa yo solo, aquella pareja no se molestara en volver a hablar conmigo.

—Soy el director ejecutivo de Perfumes Summit y necesito las flores que crecen en su granja para mi próximo perfume.

Piper se rio en mi cara.

—¿En serio crees que van a querer darte nada? Jean parecía a punto de echarse a llorar, y Joe tenía pinta de querer atizarte en la cabeza con el bastón. Te va a hacer falta mucha suerte para convencerles de que te den la hora siquiera.

Maldita sea, tenía razón.

—¿No puedes quedarte calladito y dejar que los demás disfrutemos de la cena?

—Pero necesito…

—Ah, ah —me reprendió ella, sacudiendo el índice delante de mi cara—. Tú no eres el centro de atención esta noche, ¿recuerdas? Y tampoco vas a conseguir que te escuchen si te sigues comportando como un capullo engreído.

—¿*Perdona*?

Ella se encogió de hombros y arrugó la nariz de una forma que habría resultado encantadora, si no me pareciera tan insoportable.

—Solo te digo lo que veo —dijo Piper.

En ese momento, se escuchó un escándalo al otro lado del salón, junto con una desagradable risa que me sonaba muy familiar, y vi que Maya se había levantado de su mesa y se acercaba a donde estábamos. Eso era justo lo último que necesitaba en ese momento. Pasé el brazo alrededor de los hombros de Piper para dirigirnos de vuelta a la sala privada.

—¿Qué? —Ella se incomodó al tenerme tan cerca, y me clavó el codo en las costillas para intentar alejarme un poco.

—Viene hacia aquí —le susurré al oído, y luego dirigí un saludo con la cabeza a Maya.

Al estar tan cerca de Piper, había captado el aroma de su perfume que, a juzgar por los vapores, solo era una esencia barata de vainilla y limón. Una mujer como ella merecía una fragancia más exclusiva, no una colonia aguada de supermercado. No era un olor desagradable, pero sí muy inferior a lo que se merecía. Podía imaginarme la forma en que las notas principales de *Por siempre* se fijarían a la base de su cuello.

Maldita sea, me reprendí. *Espabila, Vincent*.

Había calculado a la perfección nuestra entrada en la sala privada, justo cuando Maya estaba lo bastante cerca como para vernos, pero no tanto como para acorralarme. Por suerte, Piper se había calmado, había apartado su codo puntiagudo y parecía algo más relajada.

—Y ahora, sé más *agradable* —susurró cuando por fin nos separamos.

Me obligué a sonreír, mientras ella continuaba la conversación donde la había dejado y preguntaba a la pareja de Broadway a dónde irían ellos a alejarse del mundo. Jean y Joe parecían más relajados,

seguramente porque yo me limité a asentir con la cabeza mientras los demás charlaban. Piper dirigía la conversación como si fuera una orquesta y, poco a poco, la crispación del ambiente fue desapareciendo. Incluso consiguió que Jean y Joe volvieran a reírse.

Cuando la banda empezó a tocar, dando paso al baile, las parejas de nuestra mesa se disculparon para ir a la pista. Larry, el invitado solitario, se dirigió al bar y me dejó a solas con Piper. Eso me dio la oportunidad perfecta para hacerle la importante petición que se me acababa de ocurrir. Seguro que no se negaría. Era el plan perfecto.

Me incliné hacia ella para comenzar mi explicación, pero ella me detuvo con una mirada de advertencia.

—Ni se te ocurra pedirme bailar.

Me aparté de golpe, sorprendido.

—No te preocupes, no pensaba hacerlo. Yo no bailo.

—Ya se nota —repuso ella, mirándome de arriba abajo con aire crítico.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me sentía ofendido, pero no estaba seguro de por qué.

—Eres demasiado precavido. Eres de los que observan, no de los que hacen.

—Estás equivocada, soy las dos cosas. Y estoy a punto de hacer algo que va a cambiar tu vida.

Ella alzó una comisura de la boca.

—Vaya, qué chulería, ¿no?

—La palabra «chulería» implica arrogancia, y yo no soy arrogante. Estoy seguro de mí mismo. Hay una diferencia.

Piper se me quedó mirando unos instantes, como si estuviera tratando de decidir si yo tenía razón. Me gustaba la forma en que

me miraba, como si buscara alguna debilidad y no encontrara ninguna.

—Los necesito a ellos —dije con sencillez, haciendo un gesto hacia la pareja mayor que bailaba en la pista.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó, con una sonrisa dulce.

—Esos dos tienen la solución…

—Se llaman Jean y Joe Sullivan —interrumpió ella—. Estaría bien que utilizaras sus nombres, en lugar de tratarlos como si fueran puntos en tu lista de tareas.

Suspiré. ¡No paraba de desviarme del tema! Parecía que estuviéramos teniendo un debate escolar, no una conversación normal.

—Como te he dicho, necesito llegar a un acuerdo con Jean y Joe para utilizar su cosecha de heliotropo para mi nuevo perfume, *Por Siempre*. Ahí es donde entras tú.

Ella parpadeó despacio, mirándome.

—No hay absolutamente nada que me puedas ofrecer para que te ayude a incomodar a esa pareja tan encantadora. Asúmelo, has perdido tu oportunidad por ser tan desagradable. No les gustas ni un pelo.

—¡Pero tú les caes bien! —exclamé, haciendo caso omiso del insulto.

—Y, ¿a quién no? —Ella sacudió los hombros con aire triunfante.

A mí, por ejemplo.

—Venga, ayúdame —insistí—. Háblales bien de mí, menciona que puede ser un acuerdo muy lucrativo para ellos si…

—¿Es que no me estás escuchando? —protestó Piper—. Ellos no necesitan tu dinero, y a mí me parece que lo último que les interesa

es que les destroce la granja un imbécil al que solo le importan sus beneficios. Y, como ya te he dicho, *tú* no les caes bien.

—Oh, venga ya. —Miré al techo un momento—. A su granja no le pasará nada. En Summit sabemos muy bien lo que hacemos.

—Sigue sin importarme.

—Piper, no lo entiendes. De verdad que quiero…

—No siempre conseguimos lo que queremos. —Me dedicó una sonrisa inocente. Maldita sea, ¿se lo estaba pasando bien a mi costa?

—Ven a trabajar para mí —le solté. Tal vez era una propuesta desesperada, pero ya estaba desesperado—. Si te pusieras en contacto con los Sullivan en calidad de miembro del equipo de Summit…

—¿*Perdona*? ¡Si ni siquiera sabes a qué me dedico!

Me lanzó una mirada asesina de reojo.

—Lo sé todo sobre ti —continué con rapidez, aunque enseguida comprendí que había sonado como un acosador—. Es decir, mi equipo de seguridad hizo una revisión de tus antecedentes. Eres fotógrafa autónoma y, a juzgar por las fotos de Antigua que he visto, eres bastante buena. En Summit no tenemos un fotógrafo en plantilla, así que podríamos darte a ti ese puesto hasta que lleguemos a un acuerdo con los Sullivan.

Para cuando terminé de soltarle toda la información y le hice la propuesta, se había quedado con la boca abierta.

—Así que, ¿cuánto dinero haría falta para que aceptaras? —pregunté, tratando de ignorar el aspecto de sus labios.

Joder, qué apetecibles eran.

—No existe una cantidad posible. —Apuró su copa de champán y volvió a sonreírme.

—Eso dices tú, pero ¿qué te parece esta?

Saqué mi teléfono, tecleé una cifra y se la mostré, esperando que se le salieran los ojos de las órbitas. Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bonita, pero no, gracias.

Aquella mujer jugaba fuerte, pero yo también sabía hacerlo. Escribí una cifra aún mayor en el teléfono y se la mostré también.

—¿Qué opinas?

Piper se inclinó para mirar mi teléfono con atención.

—Que tienes que limpiar la lente de la cámara. Está sucia, así que los selfis te van a salir borrosos.

—Me refiero al número —dije entre dientes—. ¿Qué opinas de la cifra?

—Ah, ¿eso? Muy interesante, pero sigo diciendo que no.

—¿Y a ti qué te pasa? —exploté—. ¡Te estoy ofreciendo una oportunidad única!

—No, ¡me estás ofreciendo dinero para que te haga el trabajo sucio! —replicó ella—. Eres un ególatra controlador, y no trabajaría para ti en la vida.

Al menos, por fin se había alterado lo suficiente como para conseguir una reacción auténtica por su parte. Ahora *sí* que podíamos negociar.

—Te garantizo seis meses de salario, sin importar el tiempo que tardes en convencer a los Sullivan. Y cuando lo consigas, te pagaré una bonificación adicional y podrás dimitir si quieres. Y como incentivo adicional, te pasaré todos mis contactos. Una lista que sería el sueño de cualquier autónomo. ¿Te parece bien?

Ella había cruzado los brazos y tenía los ojos clavados en la pista de baile.

—Es un comienzo…

Si no hubiera estado tan completamente harto de la situación, me habría reído. Al infierno con la fotografía; debería contratarla para que me negociara los contratos.

—¿Cuál es tu última oferta? —preguntó, señalando mi teléfono con la cabeza—. Con bonificación incluida.

Estaba muy cerca de conseguir que aceptara, y sabía que no debía reparar en gastos para conseguirlo. Tecleé una cifra como para caerse de espaldas y se la enseñé. Ella la miró sin cambiar de expresión.

—Supongo que nos veremos el lunes —dijo por fin.

4

PIPER

Aquel laboratorio blanco y negro estaba tan impoluto que me daba miedo tocar nada. Vincent había convocado a todo el departamento creativo en el laboratorio de fragancias de Summit, para lo que había llamado una «experiencia de inmersión» que nos permitiría entender mejor la tercera fragancia de la colección Trío del Tiempo, ahora que estaban dando los últimos toques a la campaña publicitaria. Las imágenes que habían utilizado como publicidad de los dos perfumes anteriores estaban expuestas en sendos caballetes en la parte delantera de la sala.

Yo llevaba una semana trabajando en Summit y había hecho mis deberes, así que no me sentía demasiado perdida, pero, aun así, esta era mi primera visita al laboratorio y todo me parecía demasiado… Oficial, muy serio. Y yo que había creído, antes de conocer a Vincent Forde, que no había gente peor que las novias obsesivas.

El resto del equipo no parecía muy preocupado, pero yo sabía que todos llevaban mucho tiempo en Summit, y las reuniones en aquel laboratorio de ciencia ficción les resultaban habituales. En cambio, a mí me habían impresionado mucho todas aquellas balanzas, la maquinaria, y las estanterías llenas de botellas marrones de cristal idénticas, en filas desde el suelo hasta el techo. ¿Quién hubiera dicho que había tantas fragancias distintas? ¡Debían tener

embotelladas todas las flores del mundo! Bueno todas, menos el heliotropo, que era la razón por la que nos encontrábamos todos allí, bajo la intensa mirada de nuestro capullo en jefe.

Como era de esperar, iba vestido de negro, pero esta vez con un jersey de cachemira ajustado, pantalones de vestir estrechos y unos mocasines con hebilla dorada que debían ser de Gucci. Nos miró a todos mientras tomábamos asiento y, cuando nuestros ojos se encontraron, me hizo un gesto con la cabeza y me sostuvo la mirada, hasta que su atención me hizo sentir un poco mareada. ¿Reservaba aquella mirada solo para mí, o la utilizaba con todo el mundo?

Tenía la sensación de que me observaba todo el tiempo, pero, al menos, ahora ya sabía por qué: el futuro de *Por Siempre* dependía de mí. Cuando me miraba, solo lo hacía porque intentaba obligarme telepáticamente a ponerme en contacto con los Sullivan. Yo le había explicado que era mejor dejar enfriar las cosas un poco antes de llamarles, que resultaría demasiado obvio si me ponía en contacto con ellos demasiado pronto después de la cena. Él me había dado la razón de mala gana, pero sabía que no le hacía ninguna gracia tener que esperar por nada.

—Atención, todo el mundo —dijo Vincent dando un par de palmadas para que le escucháramos—. Celine, ya puedes empezar.

Según la información que había encontrado, Celine Nagel era la perfumista jefe de Summit y una leyenda en el sector. Russell, uno de mis nuevos compañeros, me había dicho que Vincent se la había llevado de Château du Parfum hacía diez años y, desde entonces, ambas compañías habían estado enzarzadas en una batalla continua.

—*Bonjour* —dijo Celine, una mujer atractiva con una elegante melena corta, vestida con una chaqueta y un pañuelo, y ese aire tan natural de las francesas que sugería que se había puesto lo primero que había encontrado antes de salir corriendo por la mañana. Claro,

que dudaba de que Celine fuera nunca corriendo a ningún sitio—. Como sabéis, Vincent ya está más cerca de conseguir el heliotropo.

Él volvió a mirarme. Aquel hombre me hacía sentir como si fuera una adolescente que había robado en una tienda y él, un guardia de seguridad. ¡No me quitaba ojo de encima! Volví a centrarme en Celine, porque la mirada de Vincent era peligrosa.

—Cuando recibamos las flores, comenzaremos la difícil tarea de destilar un aroma imposible, ¡pero lo conseguiremos!

La sala estalló en aplausos, y Vincent mostró por fin lo que pareció una sonrisa auténtica. ¿Era la primera que veía una sonrisa así en su cara? Le había visto los dientes unas cuantas veces desde que le conocía, pero no podía imaginarme cómo sería recibir una sonrisa suya de verdad.

—Queríamos haceros probar una versión inicial de *Por Siempre*, aunque sea la sintética, ahora que estamos ultimando la publicidad. Así podréis entender la esencia de la fragancia —continuó Celine—. Cuando hayamos destilado las notas principales del heliotropo, os daremos una muestra a cada uno, pero no podemos arriesgarnos a que la versión sintética salga de este laboratorio. Cada uno de vosotros recibirá una muestra numerada que recogeremos antes de que salgáis de aquí. ¿Entendido?

Todo el mundo asintió, y yo me quedé impresionada con el nivel de confidencialidad. No quería que se me notara, pero me sentía poco cualificada. Era una fotógrafa excelente, con muchos años de experiencia, pero nunca había trabajado a este nivel. Me sentía un tanto abrumada al verme inmersa en aquel mundo nuevo, tan diferente.

Vincent seguía de pie a un lado, con los brazos cruzados y los labios fruncidos. Yo apenas le conocía, pero se le notaba la presión que suponía intentar conseguir algo imposible. Habría podido comprender que se mostrara tan enfurruñado y mandón, teniendo en cuenta todos los problemas a los que se enfrentaba, pero era él

quien decidía lidiar con el estrés actuando como un capullo. No había ninguna razón especial por la que Vincent Forde hubiera tenido que echarme a mí la culpa del golpe con el coche, o avasallar a personas de la tercera edad, pero había decidido hacer ambas cosas.

La silenciosa asistente de Celine se puso unos guantes, comenzó a sumergir unas estrechas tiras de cartón en la botella situada en la mesa que tenía delante y las distribuyó a los asistentes.

—Recordad que la idea que queremos transmitir con esta colección es el *tiempo* —dijo Vincent—. El paso del tiempo. ¿Cómo podemos asignar un aroma a algo que desafía cualquier descripción olfativa? Pues bien, para el último perfume de la colección, hemos combinado la calidez de la madera de cedro, que evoca la sensación de estar acurrucado junto a la chimenea con un libro; la luminosidad del azahar, que nos transporta a los días de verano; el dulzor de la vainilla, que recuerda las galletas hechas en casa para las fiestas, y la intensa fragancia del heliotropo, que añade una destacada nota almendrada. Juntas, esas notas representan el aroma de la eternidad.

A mí me sonaba a una mezcla de olores que no combinaban entre sí. ¿Cómo podría oler bien aquella mezcla? Cuando alguien me pasó una tira aromatizada, inhalé con los ojos cerrados.

De acuerdo, me había equivocado. Era *perfecto.*

Tuve un recuerdo fugaz de noches cálidas, amor, y *esperanza*, nada menos. La fragancia era imposible de definir, pero las sensaciones que evocaba eran inconfundibles. Me sentí acogida y feliz, y no quise dejar de oler aquel aroma, lo cual fue un alivio, porque mi mayor secreto era que las dos fragancias anteriores de la colección no me habían gustado nada. Me había tomado la molestia de ir al Macy's de la calle 34 para olerlas directamente de las botellas, esperando quedar deslumbrada. Se suponía que *Entonces* evocaba un primer amor, pero para mí era demasiado dulce y empalagoso. Por su parte, *Ahora*, un aroma pesado y almizcleño que intentaba sugerir la

atracción carnal, me había parecido abrumador. Sin embargo, *Por Siempre*, había tomado elementos de ambas fragancias para mejorarlas de forma muy considerable.

A mi alrededor, solo se escuchaban aspiraciones y suspiros de placer. *Por Siempre* iba a ser todo un éxito.

—Eileen nos explicará la dirección que proponemos para la última fase de la campaña publicitaria —dijo Vincent, mientras la aludida se acercaba a donde él estaba.

Tuve que contener una mueca. Mi puesto en Summit formaba parte del departamento de Eileen y, desde el momento en que me la habían presentado, me había dejado claro que no quería tener nada que ver conmigo. Tal vez se debía a que Vincent me había contratado sin preguntarle, o a que mis zapatos no eran de la colección de Prada para la temporada actual. Fuera lo que fuera, me había hecho sentir mal recibida desde el primer momento. Yo esperaba poder ganármela con amabilidad y, si eso no funcionaba, intentaría pasar desapercibida y limitarme a hacer mi trabajo. Después de todo, mi misión no dependía de caerle bien a ella, y sería mucho mejor para todas las partes implicadas que la completara cuanto antes.

—Nuestras dos campañas anteriores recibieron comentarios muy favorables, así que esta seguirá la misma línea, con una foto en blanco y negro del perfil de la modelo, y una nube de perfume dirigida a su cuello.

Sacó otra fotografía ampliada de detrás de una de las otras. Era una maqueta de la misma imagen básica, en la que lo único diferente era la forma de la botella de perfume.

Gruñí para mis adentros. La campaña publicitaria había empezado cinco años antes con el lanzamiento de *Entonces* y, sí, las imágenes eran muy bonitas, pero ya resultaban aburridas. Si *Por Siempre* iba a ser la fragancia definitiva de la colección, su campaña debería ser mayor y mejor que las otras, no más de lo mismo.

—¿Os gusta, o qué? —ronroneó Eileen.

Al instante, los presentes comenzaron a asentir y emitir afirmaciones ansiosas.

—¡Por supuesto!

—¡Es brillante, como siempre, Eileen!

—¡Es perfecta!

Resultaba demasiado; el entusiasmo era palpable, pero parecía ensayado. Toda una sala llena de gente que buscaba la aprobación de Eileen, como niños pequeños que esperaban una estrella dorada de la profesora de la guardería. Sus sonrisas eran demasiado amplias, y asentían con demasiada rapidez. Hasta Vincent había esbozado una pequeña sonrisa de superioridad, aunque él no contribuyó a la avalancha de adulación dirigida a Eileen.

Miré al suelo, esperando que nadie se diera cuenta. ¿Creerían de verdad lo que decían, o se trataba simplemente de que Eileen les daba miedo? O, tal vez, era Vincent quien los tenía aterrorizados.

—¿Piper? —La voz de Vincent atravesó mi monólogo interior como el susurro del diablo en la misa del domingo—. Estás muy callada.

Me enderecé, consciente de que, de repente, todos los ojos de la sala se habían vuelto hacia mí.

—Yo…

Las palabras se me atascaron en la garganta. No había esperado que llamara la atención sobre mí durante mi primera semana en el trabajo, y ni en broma estaba preparada para ofrecer mi opinión delante de todo el mundo; en especial, de Eileen. Su aguda mirada se clavó en mí, expectante. Me di cuenta de que ella estaba disfrutando de la situación, esperando a que me inclinara ante su obra, como todos los demás.

—¿Bien? —insistió Vincent, con una ceja levantada.

—Estoy pensando —dije, tras tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Pensando en qué? —Su tono era bajo y mordaz, y suponía un claro desafío: no iba a salir de esta sin dar una opinión definitiva.

La tensión iba en aumento. Miré a mi alrededor, buscando algún tipo de escapatoria, pero lo único que encontré fueron caras inexpresivas y muchas cejas levantadas. Todo el mundo esperaba mis palabras, y Vincent no iba a dejarlo correr. Eileen, tampoco.

—¿Tienes algún problema con la campaña, Piper? —preguntó Eileen, en una voz que sonó un poco más grave, más antipática—. No me digas que no te gusta.

Se me volvió a formar el nudo en la garganta. Aquello no era una pregunta, era un reto.

Bueno, pues allá vamos. Dejé escapar una exhalación que no sabía que estaba conteniendo.

—Lo cierto es que no.

—Perdona, ¿te parece mal la campaña, Piper? —exigió saber Vincent.

—Sí, explícate —añadió Eileen en un tono que destilaba antipatía.

Noté la presión de una docena de miradas clavadas en mí. Ahora no podía echarme atrás.

—Yo, bueno, creo que, ya que ha costado cinco años llegar a *Por Siempre*, habría que hacer algo diferente. Hasta ahora, la publicidad del trío de perfumes ha tenido mucho impacto, y eso está muy bien, pero también supone un obstáculo, porque la imagen ya no resulta novedosa. No ha… evolucionado.

Llegados a ese punto, aún no me habían echado de la sala a patadas, así que me atreví a continuar.

—Ya hemos visto *Entonces* y *Ahora* y, sí, eran muy elegantes. Incluso icónicas. Pero *Por Siempre*… es diferente. No se trata de un capítulo más, es el último. Tiene que ser más atrevido, digno de recordarse. Algo que haga a la gente reconsiderar todo lo que creían saber de la marca. Tenemos que conseguir que la gente se pare a mirar, que *sienta* algo distinto.

—Se trata de la historia de nuestra marca, Piper —dijo Vincent en tono neutro—. La marca lo es todo.

—Sí, pero llega un momento en que una marca alcanza el punto de saturación, y es entonces cuando debe cambiar. No digo que empecemos desde cero, pero *Por Siempre* debería representar el momento culminante de una progresión atemporal, y ser atrevido. Deberíamos actualizar la imagen de un modo que conecte con el motivo actual, a la vez que le aporta una nueva vida. Como… —Miré a mi alrededor buscando inspiración—. Como si lo bajáramos del pedestal y lo hiciéramos más humano.

—Muy… interesante, y también innecesario. —Vincent estaba tratando de desestimar mi idea, y su tono condescendiente activó un resorte en mi cerebro.

—¿Perdona? —Le miré enfurecida, sin importarme tener público.

—Eres nuestra fotógrafa, pero debes dejar la dirección creativa al resto del equipo. Los expertos son ellos, no tú.

—Creo que es hora de que te recuerde lo *relevante* que va a ser mi aportación.

Le lancé una mirada cargada de significado: sin Piper, no habría perfume. Era así de sencillo, y él lo sabía. Vincent apretó la mandíbula. Estaba segura de que, si hubiéramos estado solos, le habría encantado desenvainar la espada y ponerse a discutir conmigo, pero al estar rodeado de sus empleados, tuvo que pensárselo dos veces.

—Una campaña publicitaria es mucho más que un montón de ideas abstractas —dijo en tono mordaz—. La campaña debe alcanzar unos objetivos. Hay que tener en cuenta las demográficas, la psicología de los consumidores, las tendencias de mercado…

—Esa es precisamente la razón por la que propongo un cambio. Según el análisis de mercado del último trimestre, los *millenials* y la generación Z representan más del setenta por ciento del mercado de perfumes de alta gama y compran productos que generan respuestas emocionales. Quieren productos que les llamen la atención y les hagan sentir emociones reales y auténticas. Y ¿sabes qué cosas no les llaman la atención? Las que se repiten una y otra vez. Llevamos años utilizando las mismas imágenes en la publicidad.

—Porque le gustan a todo el mundo —replicó Vincent.

—*Gustaban* —corregí—. Ya sabes lo que significa eso, ¿no? Que solo es cuestión de tiempo el que alguien las copie, y entonces no solo no serán imágenes nuevas, sino que tampoco serán exclusivas. Nos definiremos a través de imágenes que se habrán vuelto genéricas.

Vincent intentaba contener su irritación, y Eileen parpadeó con una expresión que no revelaba nada. Los tenía en el bolsillo. Él me miró con los ojos entrecerrados y, cuando habló, su voz sonó tensa.

—Vamos a centrarnos en la campaña, ¿de acuerdo?

Estaba claro que Eileen había esperado que me arrastrara por el fango, y esa falta de reacción hizo que su sonrisa flaqueara durante un momento y su expresión dejara entrever su irritación por un instante, antes de ocultarla bajo una mirada de aprobación muy ensayada. Parecía estar representando el papel de colaboradora servicial, al tiempo que trataba de valorar quién había ganado este enfrentamiento.

Cuando la reunión terminó por fin, recogí mis cosas y me dirigí a la salida, solo para recibir una reprimenda por parte de la asistente, porque había dejado la tira perfumada sobre mi silla. Cuando volví a

por ella, Eileen la sujetaba en una mano y me miraba con reprobación.

—Acabas de llegar, así que pasaré por alto tus errores, Piper —me reconvino mientras me entregaba la tira de cartón—. Pero, a partir de ahora, no olvides cuál es tu lugar, y no repliques.

Era como si hubiera aprendido aquella actitud del mismo Prentiss Mercer. La condescendencia, la forma en que trataba de encajarme en un papel predeterminado… Yo había conseguido marcharme de casa y librarme de él, pero no había esperado encontrarme con las mismas estupideces en el trabajo.

Tal vez me había equivocado al aceptar aquel puesto. El salario era increíble, pero no estaba dispuesta a aguantar todos los días a alguien que me tratara como a una niña díscola. La vida de autónoma era muy dura, pero, al menos, me permitía ser mi propia jefa. Entonces recordé la expresión esperanzada que había mostrado Darcy cuando le hablé de mi nuevo trabajo en Summit y el dinero que iba a ganar con él. Este trabajo nos mantendría a flote hasta conseguir la inversión de Mercedes, y nos permitiría hacer un primer gran pedido con el que aguantar el primer año en el negocio, si todo iba según lo previsto. Yo tendría que soportar todos los golpes por un bien mayor. Podría tolerarlo durante una temporada.

Me arrastré de vuelta a mi mesa con la cabeza gacha y sintiéndome derrotada, porque ahora, tanto mi jefa directa como el hombre que estaba a cargo de todo, me la tenían jurada.

Al poco rato, mi teléfono vibró para anunciar la llegada de un mensaje. Supuse que sería Darcy, que solía escribirme hacia mediodía para ver qué tal estaba. Pensé que su energía positiva me ayudaría a soportar el resto del día, y miré la pantalla enseguida, pero tuve que dejar escapar un lamento al ver de quién era el mensaje. Matthew.

El hombre al que había considerado mi novio, pero que se había reído de mí al confesar que solo me había utilizado para el sexo. La

ruptura había resultado humillante y, cuando le vi por última vez, le exigí que borrara mi número. Estaba claro que no me había hecho caso. ¿Qué narices querría ahora?

«*Hola»,* decía el mensaje. «*He estado pensando mucho en ti últimamente, y creo que eso significa algo. ¿Por qué no quedamos para tomar un café y ponernos al día?».*

Solté un resoplido al tiempo que ponía los ojos en blanco. Ya, seguro.

Romper con Matthew me había hecho perder cualquier interés en salir con nadie, hasta el punto de que ni siquiera me lo planteaba. Había confiado en él, y estaba empezando a enamorarme justo cuando me hizo saber que había interpretado mal toda nuestra relación. Lo cierto era que las señales habían sido muy claras, pero yo no me había fijado en ellas, demasiado absorta en la fantasía que había construido en mi cabeza. Al caer en la cuenta, me sentí como una estúpida. ¿Por qué habría creído que aquellos mensajes de «*¿Estás despierta?*» que me enviaba por las noches, significaban que le importaba? ¿Tan desesperada había estado? Había hecho falta que me lo encontrara por la calle un viernes por la noche, vestido de traje y con una mujer preciosa del brazo, para comprenderlo todo por fin. Ellos iban al teatro, y yo llevaba un chándal y comida para llevar para uno. Lamentable.

No me engañé a mí misma creyendo que, tal vez, se había dado cuenta de que había dejado escapar algo bueno conmigo y me escribía para intentarlo de nuevo. Esa forma de pensar, lo de creer mentiras para sentirme mejor, era justo lo que me había llevado a acabar en aquella situación con él, y no tenía intención de volver a caer en la trampa. Con él no, desde luego, y era posible que tampoco con ningún otro, hasta estar segura de que sabía distinguir una relación real de una que me hubiera inventado yo.

Era viernes, y mi único plan para esa noche era una cita con Darcy por compasión. A ella no le faltaban tíos con los que salir, pero había cancelado sus planes para tratar de animarme, dado que mi nuevo

trabajo no había empezado demasiado bien. Y después de esta última reunión, esperaba que tuviera preparado uno o dos litros de tequila para mí.

Le envié un mensaje rápido y me puse a editar algunas de las imágenes de productos de prueba que había preparado para la página web de Summit. Estaba tan concentrada en el trabajo que no me di cuenta, hasta pasadas unas cuantas horas, de que el sistema de mensajería interno estaba echando chispas. La jerga de la empresa no era fácil de comprender, pero gracias a que alguien había incluido un enlace en su respuesta, supe que la última campaña publicitaria de Château de Parfum había provocado un ataque de pánico general.

No pude contener un respingo de al pinchar en el enlace. No solo habían copiado toda nuestra publicidad del Trío del Tiempo, sino que habían contratado a las mismas modelos que habíamos utilizado en nuestras fotos anteriores.

Caray, eso era una declaración de guerra.

En ese momento sonó el teléfono de mi mesa.

—Piper, Vincent quiere que vayas a su despacho —dijo la voz tensa de Linda, su asistente.

Me froté la frente sin poder contener un suspiro. Y ahora ¿qué?

Era la primera vez que entraba en su despacho, y no me sorprendió descubrir que la decoración era tan oscura y minimalista como su forma de vestir. Miré alrededor, buscando una hoguera encendida y un altar lleno de velas, porque aquel parecía la clase de sitio en el que se realizaban sacrificios humanos.

—¿Por qué no has dicho directamente que Parfum iba a copiarnos? —exigió Vincent, mientras yo esperaba a que mis ojos se adaptaran a la penumbra—. Está claro que tenías información privilegiada, y no entiendo cómo te has atrevido ocultárselo al equipo.

—¿*Cómo*?

¿Acaso aquel atractivo demonio me estaba acusando de espionaje industrial? Me enderecé para prepararme para otra batalla con mi nuevo jefe, aceptando el hecho de que ese era ya nuestro único modo de comunicarnos.

—Sabías lo que estaban planeando y no nos avisaste —dijo, levantándose para acercarse a mí.

Inspiré hondo, porque la situación me asustaba y excitaba a partes iguales. Él tenía el ceño fruncido y me miraba de un modo muy intenso, como si estuviera a punto de colocarme sobre sus rodillas y darme unos azotes en el culo. Intenté concentrarme en la discusión, y no en la idea de su mano golpeando mi culo desnudo.

—¡Un momento! —Levanté las manos, nerviosa pero también enfadada—. No tenía ni idea de lo que estaban planeando, y no tengo información privilegiada. Solo he asumido que ocurriría algo así. A ver, tampoco es que sea ilógico pensar que un competidor podría copiar una publicidad que haya tenido tanto éxito. Lo sorprendente es que a nadie se le haya ocurrido antes que podrían hacer algo así para desviar la atención del lanzamiento de *Por Siempre*.

Él se detuvo a un metro de mí y cruzó los brazos.

—¿Y cómo sabes todo esto exactamente, Piper? ¿Cómo puedes saber lo que piensan nuestros competidores? No eres más que una…

—¿Fotógrafa? —Lo miré a los ojos, sacando fuerzas del enfado que sentía—. Resulta que tengo mis propios planes para el futuro. Tú creerás que solo hago fotos, pero soy mucho más que un par de ojos detrás de una cámara, Vincent. Yo sé de negocios.

Tal vez estuviera exagerando un poco, pero antes muerta que dejar que nadie en Summit me tratara como a una sirvienta.

—¿Y por qué no le contaste tus preocupaciones a Eileen?

—Hablamos de ello durante mi reunión de orientación —dije, encogiéndome de hombros—, y volví a mencionarlo en otra ocasión, pero ella me riñó como a una niña pequeña que se ha portado mal. Vaya forma de tratar a alguien que quiere aportar algo al equipo.

Él me observó durante un instante, frío y calculador.

—Pero tú no estás aquí para hacer aportaciones al equipo.

Ya estaba bien. Me acababa de hartar de aquel cacique trajeado. Me acerqué a él a paso decidido, tan enfadada que veía borroso.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo narices te atreves, Vincent? ¡Te estoy haciendo un favor enorme estando aquí! Acepté hacerme amiga de los Sullivan para conseguirte las malditas flores que necesitas con tanta desesperación, ¿recuerdas? ¡Sin mí, no tendrás *Por Siempre*! ¡Solo llevo aquí una semana y ya he hecho mucho más de lo necesario por esta estúpida empresa!

—Eso es justo lo que quería decir. —Frunció los labios y me estudió durante un momento—. Tu tarea no debería ser aportar algo al equipo, sino *dirigirlo.*

Se dio la vuelta con brusquedad y cogió el teléfono.

—Linda, ¿podrías preparar la indemnización de Eileen Murphy? La voy a despedir hoy.

Me miraba como si yo supiera lo que estaba pasando en ese momento, lo que no era el caso en absoluto… ¿Estaba *echando* a Eileen?

Vincent colgó sin dejar de mirarme.

—Enhorabuena, Piper. Desde ahora mismo, eres la nueva directora creativa de Summit.

5

VINCENT

Piper parecía bastante entregada a su nuevo trabajo, a pesar de que solo era un puesto temporal. Había esperado que pasara desapercibida entre los demás, teniendo en cuenta que su trabajo en Summit tenía fecha de caducidad, pero se había presentado a primera hora en mi oficina una semana después de su ascenso, lista para presentar el nuevo concepto para la campaña publicitaria.

Sus ideas eran buenas, eso no me había sorprendido; sin embargo, me estaba costando mantener la atención en lo que estaba diciendo, porque se había vestido para la reunión con un ajustado vestido verde y zapatos de tacón. Su cuerpo era… *llamativo*, pero no lo utilizaba como un arma. Piper parecía no darse cuenta de que, cada vez que se inclinaba hacia delante, me ofrecía una vista estupenda de su escote. Estaba totalmente concentrada en asegurarse de que entendía las maquetas que me estaba presentando, lo que, en otras circunstancias, no habría sido un problema para mí, pero… ese cuerpazo…

—¿No te ha gustado? —El labio inferior de Piper sobresalió un poco al hacer la pregunta.

Yo había estado perdido en mis fantasías hasta llegar a la última diapositiva que me mostró en su iPad.

—No, no, está bien —contesté enseguida, evitando que mi respuesta sonara demasiado entusiasta—. Es solo que no estoy seguro de que esta sea la dirección que debemos seguir.

—Genial, has caído en mi trampa —respondió ella con una sonrisa pícara.

—¿Trampa? —Fruncí el ceño.

—Es broma —dijo despreocupada, pasando a la siguiente diapositiva —. Te he enseñado las ideas que menos me gustan a propósito, y he guardado las mejores para el final. ¿Qué te parece esto?

Alzó la tableta, orgullosa. La maqueta mostraba una mujer de perfil, en una pose similar a las de nuestros anuncios anteriores, pero esta vez la imagen era a color. Y, en lugar de estar sola, un hombre de mandíbula pronunciada estaba situado frente a ella, también de perfil, y le aplicaba una nube de perfume en el cuello. Al fijarme con atención, vi que la nube de gotas que salían de la botella de perfume dibujaba formas que representaban los aromas de éste, de un modo tan sutil que era fácil no percibirlas. La mujer tenía la cabeza inclinada hacia atrás, extasiada, y el hombre le aplicaba el perfume de una forma que sugería… bueno, se podría decir que parecía que ambos alcanzarían un final feliz. La imagen resultaba sexi, luminosa y alegre.

Cuando había pensado en las sensaciones que debía evocar *Para Siempre*, me había centrado más en la intensidad del amor, pero Piper había revelado un aspecto que yo no había tenido en cuenta. El amor podía ser chispeante, juguetón, ligero.

Resoplé con suavidad. Tal vez lo sería para otros, pero yo nunca lo había experimentado así. Cuando pensaba en mis relaciones anteriores, solo se me ocurría una palabra: drama.

—No está mal —admití por fin.

La expresión de Piper se oscureció.

—¿Eso es todo? ¿No te encanta?

Sí que me encantaba, pero necesitaba tiempo para asimilar aquel nuevo concepto. Además, no iba a admitir que había dado en el clavo en el primer intento. Aquella mujer era una amenaza al volante, pero, desde luego, sabía cómo plantear una campaña publicitaria.

—Es diferente.

—No, es una *evolución*. Tiene sentido.

—¿Qué piensa tu equipo? —pregunté para ganar tiempo.

—Todos están de acuerdo en que esta es la dirección que debemos seguir. —Piper hizo una pausa—. Pero sabemos que tú tienes la última palabra, así que nadie ha querido emocionarse mucho con este concepto hasta que tú lo vieras.

—Deberíamos organizar un panel de consumidores para que nos den su opinión —sugerí—. Tenemos que estar seguros.

—*Yo* estoy segura —dijo Piper en tono desafiante, aunque sin alzar la voz—. Pero no te preocupes, ya lo he puesto en marcha. De nada.

Otra vez con aquella actitud. Estaba claro que a Piper le costaba entender cuál era su lugar.

—Vamos a olvidarnos de la publicidad por un momento —dije—. ¿Cómo vas con los Sullivan?

Esperé su respuesta con los puños apretados, porque la tensión de no saber nada me estaba matando. Los de I+D me estaban presionando para que me olvidara de las flores, pero yo no pensaba abandonar ahora que el éxito estaba al alcance de mi mano. O lo estaría, si Piper cumplía la promesa que me había hecho.

—Como ya te he dicho —empezó con intención—, yo creo en el poder del cortejo.

Me miró con una ceja arqueada. ¿A dónde cojones quería ir a parar? ¿A que yo no creía? Yo era capaz de cortejar a cualquier persona que quisiera, pero había un momento y lugar para tomarse el tiempo necesario para esas cosas, y ¡en aquel momento no nos podíamos permitir el lujo de andar tonteando con nadie! Yo necesitaba resultados, y los necesitaba ya.

—Y yo creo en la acción —repliqué, sin apenas contener mi irritación —. En trazar un plan de batalla e ir a muerte. En conocer a mis enemigos mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos.

—¿Batalla? ¿Muerte? ¿Enemigos? —preguntó Piper con desdén—. Seguimos hablando de perfume, ¿no?

Yo me aclaré la garganta.

—Eso pensaba —continuó con expresión desaprobadora—. El caso es que me he puesto en contacto con Jean a través de Facebook y ahora somos amigas en las redes. Le he enviado un mensaje diciendo que estaba planeando mi viaje a Hawái y le he preguntado cuál es el mejor momento para ver las flores.

—La floración empieza en mayo —le espeté.

Le habría bastado con preguntármelo a mí. Yo sabía todo lo que había que saber del heliotropo, excepto cómo destilarlo.

—Eso ha dicho ella, pero no se trata solo de cuándo comienza la floración —replicó Piper—. Están en flor hasta septiembre, pero el mejor momento es a finales de julio.

—Eso sería demasiado tarde para nosotros —añadí entre dientes, porque aquel plazo tan breve me quitaba el sueño—. Necesito que los Sullivan acepten el trato, cosechar las flores y solucionar el problema de la destilación, todo dentro del mes que viene. Tienes que dejar de remolonear y conseguirlo ya, Piper. ¡Hay mucho en juego!

Ella frunció el ceño y enderezó los hombros, como si se preparase para una pelea.

—Cálmese, señor Forde. Esa actitud es justo lo que te ha metido en este lío. Si hubieras sido un poco más amable, habrías podido cerrar el acuerdo tú mismo durante aquella cena. Pero no, arremetiste contra ellos como un tanque, y mira cómo hemos acabado.

Aquella mujer estaba disfrutando de cada ápice del poder que tenía sobre mí; pero a mí la situación no me hacía ninguna gracia, en absoluto.

—Piper —gruñí—. Esto va en serio. El tiempo es esencial. ¿Cuál es tu plan?

—Si me hubieras dejado terminar —dijo ella, después de mirarme un instante—, te habría explicado que ella va a hablar con su capataz para saber con exactitud cuándo florecen las plantas de su granja, y luego organizará con Joe de las fechas de mi visita. Le dije que prefería que fuera cuanto antes, para tener el tiempo suficiente para la cosecha. —Hizo una pausa—. Cosecha que te voy a conseguir.

Solté una larga exhalación. De acuerdo, tal vez necesitaba relajarme un poco y fiarme de aquella mujer.

—¿Y cuándo dices que te va a contestar?

Ella dejó escapar una risa ahogada.

—¿Y nada de «bien hecho, Piper», o «sabía que lo conseguirías»?

—Bueno, aún no lo has conseguido. No tienes un plan concreto —dije, ceñudo.

—Lo tuyo es increíble. —Sacudió la cabeza y me miró enfadada—. Tienes suerte de que haya firmado un contrato contigo, porque estoy a punto de largarme de aquí ahora mismo.

Aquella posibilidad me heló la sangre, pero no tenía la menor intención de dejar que lo viera.

—Esa es precisamente la razón por la que te hice firmarlo. No me fío de ti.

Ella se acercó a mí y alzó la barbilla para mirarme, enfadada y desafiante.

—En tal caso, estamos empatados, porque yo tampoco me fío de ti.

La miré a los ojos, esperando que fuera ella quien parpadease primero, pero no apartó la mirada. El corazón comenzó a latirme más rápido, porque su pecho subía y bajaba de un modo que implicaba que estaba lista para enfrentarse conmigo. Eso no me ocurría *jamás*; yo siempre conseguía amedrentar a quien fuera, pero esta apisonadora humana se negaba a capitular.

No era fácil sostenerle la mirada. Me sentí tentado a memorizar todos los detalles de su cara. Aquellos ojos tan oscuros, que parecían negros en ese momento; las pecas que salpicaban el puente de su nariz; esa boca tan apetecible, incluso aunque estuviera curvada hacia abajo. De cerca, la belleza de Piper resultaba muy turbadora.

Tenía muchas ganas de besarla.

No, me reprendí, no debía pensar en eso. Piper no era más que un molesto medio para conseguir un fin.

—¿Qué? —exigió ella—. ¿Por qué me miras así? ¿Tengo algo en la cara?

La idea me hizo gracia, pero ella se pasó la mano por la nariz, y comprendí que la había estado observando de un modo demasiado evidente.

—Escucha, cuanto antes vayas a Hawái, antes acabaremos con todo esto —dije, señalándonos a los dos—. Seguro que estamos de acuerdo en que ha sido un desastre.

—Un momento, ¿es que crees que voy a ir sola? —rio ella—. Señor jefe, yo solo voy si tú vienes conmigo. Ellos creen que estamos

saliendo, ¿no lo recuerdas? Y les caes mal porque ignoraste a todo el mundo durante la mitad de la cena y te centraste en tu teléfono. Si quieres caerles bien, intenta no ser la clase de gilipollas que manda a su novia sola de vacaciones porque no es capaz de alejar su estirado culo del trabajo.

—¿*Si* yo voy? —pregunté, centrado en la primera parte de su perorata.

Ella aún no se había apartado de mí, y casi podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Querrás decir, *cuando* yo vaya.

La mera idea de ir a cualquier sitio con ella me provocaba dolor de cabeza, pero tenía razón. Yo debía estar allí también, para cerrar el acuerdo.

—Apúntalo en la agenda.

Ella abrió la boca para empezar a discutir de nuevo, pero mi teléfono empezó a sonar. Era mi padre.

—Tengo que contestar. Puedes irte.

Piper me lanzó una mirada enfadada con los ojos brillantes por la ira, pero dio media vuelta y salió con paso decidido de mi despacho. No pude evitar dejar que mis ojos la siguieran, atraídos por el movimiento de sus caderas al alejarse. Solté todo el aire, aparté a Piper de mi mente y contesté la llamada.

—Hola, papá. ¿Cómo vas?

—Ya se me ha pasado ese problema de estómago, por fin —contestó él—. Ha tardado muchísimo.

—Sí, a Paul le dio pena que no pudieras asistir a su fiesta de compromiso.

Fruncí el ceño. La dichosa fiesta de compromiso era lo que había traído a aquella fierecilla rubia a mi vida.

—A mí también, ya sabes que me encantan las fiestas.

Eso era parte del problema con mi padre. Era un gran compañero, muy divertido y siempre dispuesto a pasárselo bien, pero en cuanto se le pedía algo más, desaparecía. Acumulaba una larga historia de relaciones fallidas que demostraban su incapacidad para resolver los problemas. Nos llevábamos bien, pero sabía que no podría contar con él si le necesitaba y, desde luego, mi madre sí que no había podido contar con él hacía años, cuando había sido su primera mujer.

—¿Qué pasa? Me pillas liado con un tema —dije.

—Seré rápido. Solo quería decirte que estoy planeando unas vacaciones de experiencia y quería asegurarme de que las fechas no coincidan con algún plan de Summit, como el lanzamiento de *Por Siempre.*

Suspiré. Aquel hombre siempre iba a la búsqueda de algo, pero no tenía la menor idea de qué podía ser. Para la mayor parte de la gente, la jubilación significaba relajarse y vivir con más calma, pero mi padre se dedicaba a perseguir una descerebrada aventura emocionante tras otra.

—¿Qué tipo de «experiencia», papá? Y sé concreto.

—¡Microdosis en Costa Rica! —respondió—. Es un retiro llamado «Ojos Abiertos».

—¿En serio, papá? —Cerré los ojos y me froté la sien—. ¿Vas a irte a otro país a probar alucinógenos? ¡Eso no es seguro! ¡Y mucho menos, legal!

—No me pasará nada, el chamán se ocupará de mí. Mi amigo Todd, del grupo de carreras extremas, ya lo ha hecho y dice que le cambió la vida.

El grupo de carreras extremas, el club de escalada… sus aficiones se volvían cada vez más peligrosas. Mi padre era ágil y estaba en forma

para su edad, pero asumía riesgos que no tenían sentido. Después del susto que nos había dado la abuela Dee, sentía aún más la responsabilidad de ayudarle a calmarse un poco y a comprender que le convenía una vida más tranquila. No estaba dispuesto a perderle por culpa de una de sus actividades de tipo duro.

Lo difícil era encontrar la forma de disuadirle de que hiciera algo que se había empeñado en hacer. En alguna ocasión, habíamos discutido por eso y, después de que yo le explicara los riesgos, habíamos dejado de hablar… Pero cuando se le metía una idea en la cabeza, no se detenía ante nada. Y yo había heredado esa forma de ser.

Lo *único* que podía hacerle pensar algo dos veces era su familia y, más concretamente, yo mismo. Él había estado ausente durante la mayor parte de mi infancia, pero había vuelto a mi vida a lo grande unos años más tarde, y ahora quería recuperar el tiempo perdido y asegurarse de que yo tendría todo lo que él se había perdido: una pareja que le quisiera, hijos a los que criar, un legado…

Miré a la puerta por la que Piper acababa de salir. ¿Sería posible convencerle de que yo también estaba viviendo aventuras emocionantes, y necesitaba que él participara de algún modo? ¿Que, en lugar de tirarse de un avión, podría dedicarse a conocer mejor a su futura nuera, es decir, la posible madre de sus nietos? Era lo único que se me ocurría para acabar con su comportamiento autodestructivo, aunque fuera una mentira. Estaba dispuesto a rescatar a mi padre de sí mismo, aunque fuera con medios deshonestos, así que mi única esperanza era arriesgarme a hacer algo desesperado. Ya me preocuparía de las consecuencias después.

—Papá, hay algo que aún no te he contado… —Me tragué el mal sabor de lo que estaba a punto de hacer—. Yo, bueno, he conocido a alguien.

En mi mente pude ver la hermosa cara de Piper.

—No me digas. ¡Eso es estupendo! ¿Crees que me caerá bien?

Eso era una indirecta sobre Maya. A mi padre le caía muy mal, pero no me lo había dicho hasta después de romper con ella.

—¿Qué te parece si te la presento y me das tu opinión? Podríamos ir a cenar los tres juntos.

Ignoré la voz insistente que me decía que Piper no aceptaría ni en broma.

—¡Me encantaría! Dime sitio y hora, y allí estaré.

Comencé a dar vueltas por mi oficina, mientras iba asimilando lo que me costaría aquel plan. Piper aprovecharía para hacerme sudar tinta. Maldita sea, cómo odiaba que tuviera tanto poder sobre mí. Sin embargo, la situación lo requería. No me gustaba depender tanto de una sola persona, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera para salvar a mi padre de sí mismo.

—Deja que hable con ella y te aviso —dije con los dientes apretados —. Y no pagues esas vacaciones todavía, ¿vale? Deja que les eche un vistazo antes.

—De acuerdo —dijo él sin acritud.

Su tono me sorprendió, porque no había creído que me fuera a hacer caso. La última vez que intenté convencerle de que renunciara a una aventura, le estuve sermoneado durante una hora sin acercarme ni de lejos a este resultado. Joder, sabía que quería que yo sentara la cabeza, pero no sabía que le importara tanto.

Bueno, ahora tengo que llegar hasta el final, me animé a mí mismo. Nada más estúpido que estropear una buena estrategia. Si estás ganando, sigue ganando.

—¿Y cómo se llama la afortunada señorita?

Inspiré hondo, notando sobre los hombros el peso de lo que estaba a punto de hacer. Pronunciar el nombre de una mujer que no había hecho nada más que desafiarme desde el momento en que nos conocimos, era como una derrota en sí misma.

—Piper —dije por fin—. Piper Doyle.

La mujer que podría acabar conmigo.

6

PIPER

Vincent Forde era el Satanás de la sala de reuniones. ¡Cómo *odiaba* a ese hombre!

Estaba tan profundamente irritada después de aquella discusión sobre los Sullivan, que no lograba concentrarme en el trabajo. Habría dado lo que fuera por tener una de esas estúpidas bolas de goma antiestrés, con el logo de la empresa, para poder estrujarla con la mano imaginándome que era su cara. Aquella cara tan atractiva que no dejaba de distraerme. ¿Por qué narices tenía que estar tan bueno? Considerando que acababa de echarme de su despacho como si fuera el director del colegio y yo, una estudiante rebelde, no debería resultarme atractivo en absoluto.

No tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a la tortura que supondrían las próximas semanas. Daba la impresión de que le causaba dolor físico darme la razón y, encima, ahora tendríamos que viajar juntos. Yo tenía muchas ganas de conocer Hawái, pero no con él de acompañante, a menos que pudiera tirarle a un volcán para ofrecerlo como sacrificio humano.

Me acomodé en mi mesa e intenté centrarme en editar unas cuantas fotos para la página web, pero mi teléfono recibió tres mensajes seguidos. Era Matthew otra vez. El primer mensaje era un saludo, luego preguntaba si le estaba ignorando a propósito y, por fin,

sugería que fuéramos a tomar café, para ponernos al día y «relajarnos».

Dejé el teléfono detrás del ordenador con un resoplido, para no verlo. Ni de coña. No pensaba dejar que me enredara de nuevo en sus mentiras. Matthew era un hombre atractivo, pero no me convenía de ningún modo, y yo no tenía ni el tiempo, ni la energía necesarios para intentar averiguar de qué iba ahora. Tal vez ahora no tuviera novia y estuviera buscando a alguien que le mantuviera caliente mientras tanteaba otras opciones. Era la clase de tío lo bastante imbécil como para preguntar «¿estás despierta?» en pleno día, así que no lo descartaba.

Con un esfuerzo, conseguí volver a centrarme en el trabajo y dejar de prestar atención a los ruidos de fondo, por lo me llevé un susto de muerte cuando sonó el teléfono de mi mesa, con un timbrazo que me pareció el doble de fuerte de lo habitual.

—Vincent quiere verte —dijo Linda, su asistente—. Otra vez.

Lo dijo en un tono tan seco que capté la insinuación: había pasado algo.

Cuando volví a entrar en la cámara de tortura a la que llamaba despacho, él se puso de pie de un salto y me recibió como si no me hubiera echado media hora antes como si fuera una sirvienta inoportuna.

—Piper, gracias por volver. Espero no haberte interrumpido.

La inexplicable falta de gilipolleces en su actitud me hizo mirarle con desconfianza. No comprendía por qué, de repente, se dirigía a mí con una cortesía de la que no le había creído capaz.

—Lo cierto es que sí. ¿Qué pasa?

Sonó muy brusco, pero no pensaba doblegarme ante él, por muy agradables que sonaran sus falsedades.

—Siéntate, por favor —dijo, con un gesto hacia las sillas de cuero negro situadas ante su mesa.

Cuando me senté, no pude evitar observar que se había enrollado las mangas de la camisa y exhibía unos fuertes antebrazos que resultaban atractivos de una forma muy molesta. Me maldije por haberme fijado en ellos. Él optó por sentarse en la silla junto a la mía, en lugar de detrás de su mesa. Allí pasaba algo muy raro, y no me fiaba del cambio en su actitud.

Vincent ocupaba mucho espacio, y no se debía solo a su cuerpo. Tenerlo sentado tan cerca, mirándome con aquellos ojos azules tan penetrantes, me dificultaba la respiración. No solo me miraba; me estaba *analizando*, como si intentara decidir la mejor manera de devorarme de un solo bocado. Si era honesta, esa idea me resultaba tan atractiva como aterradora, así que intenté dejar de pensar en ello.

—Puede que esto te sorprenda, pero creo que formamos un buen equipo.

No pude evitar reírme de él.

—¿De dónde narices has sacado esa idea? Cuando estamos juntos, no dejamos de discutir. Tú no respetas mis opiniones. Eres super prepotente, eres grosero y no te fías de mi trabajo. Nada de eso supone una indicación de que trabajemos bien juntos.

Él me sonreía con superioridad, como si mis observaciones le resultaran encantadoras.

—Venga ya, ¡las cosas van muy bien! Por esa razón, creo que ha llegado el momento de ampliar nuestra pequeña representación.

—¿Cuál de ellas? ¿La que doy yo cuando finjo que te respeto como jefe?

Él rio con ganas, sin entrar al trapo. ¿*De qué* iba todo aquello?

—Me refiero a lo de fingir que estamos saliendo, por los Sullivan.

—Hum. —Estaba confusa. No entendía nada de lo que decía, ni por qué se estaba comportando de aquel modo—. Pero eso lo hacemos solo por ellos, no tiene nada que ver con el resto de nuestra *relación laboral*. —Enfaticé las dos últimas palabras.

—Cierto, cierto, pero creo que fingir también aquí, en Nueva York, y no solo cuando vayamos a Hawái, tendría sus ventajas. Al menos, hasta la boda de Paul. Ya sabes que aquel imbécil del golf asistirá a la boda y, si no estás conmigo, te pasarás la noche intentando quitártelo de encima. Además, ya sabes lo incómodo que resulta asistir a una boda siendo estando soltera. Todas esas preguntas sobre cuándo vas a pasar por el altar, y demás. Ni me imagino lo desagradable que debe ser. Podrías utilizarme como escudo, para protegerte.

Me quedé mirando a Vincent atónita, tratando de comprender por qué de repente le importaba mi bienestar. Al cabo de un momento, lo comprendí: aquello no tenía nada que ver conmigo, sino con él mismo. Estaba tratando de convencerme de algo, solo tenía que descubrir de qué se trataba.

—Vale, ¿qué es lo que quieres? —No me molesté en ocultar el escepticismo—. Lo digo en serio, ¿por qué me estás pidiendo eso? Porque no creo que te importe lo más mínimo si me agobian o no en la boda.

Su cara se nubló y, durante un instante, hubiera creído que Vincent Forde era capaz de sentir emociones humanas. Pero sabía que eso no era posible.

Él suspiró y renunció a aquella estúpida actitud en plan «déjame ayudarte» tan absurda.

—De acuerdo. Lo cierto es que, en estos momentos, tengo una situación muy complicada con mi padre. Se ha empeñado en asumir riesgos muy serios, como apuntarse a carreras extremas de veinticuatro horas o escalar montañas, sin ningún tipo de entrenamiento previo. Lo último que se le ha ocurrido es… —Sacudió

la cabeza con lo que me pareció una preocupación muy auténtica—. Un problema. Incluso si consigo convencerle de que no se meta en ese lío, seguro que a continuación se le ocurre otro.

—Vaya… Lamento oír eso —dije con cautela.

Yo no recordaba a mi padre, el de verdad. Había muerto cuando yo solo tenía unos meses, y lo único que me quedaba de él eran algunas fotos y las historias que me había contado mi madre antes de empezar a salir con Prentiss. Sin embargo, eso no significaba que no le echara de menos. Sabía lo que su ausencia había supuesto en mi vida, y no se lo deseaba a nadie. Ni siquiera a Vincent.

—Necesito que se centre en todo lo bueno que ya tiene. Es demasiado viejo para ir buscando emociones fuertes. Quiero que esté presente para su familia, sus amigos, el futuro… Las cosas importantes.

—¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo? —pregunté.

—Para mi padre, es muy importante que encuentre a una mujer y siente la cabeza. Lo único que desea para mí es que me enamore, me case y tenga mi propia familia.

Aquello empezaba a darme mal rollo…

—Así que, cuando mi padre me ha dicho que estaba preparando un viaje a Costa Rica para una experiencia con las microdosis…

Hice una mueca porque, desde luego, aquella idea no sonaba nada bien.

—Le he dicho que se quedara aquí para poder conocer a mi novia.

Ah, así que *eso* era lo que tenía que ver conmigo. Mal rollo confirmado.

—¡Y tú ya te has comprometido por mí!

Me enfureció que no me hubiera dejado ninguna alternativa. Salté de la silla y empecé a caminar por su despacho. Aquella situación

me resultaba demasiado familiar. Era justo lo que hacía Prentiss, asumir que podía obligarme a representar cualquier papel que hubiera elegido para mí.

—Espera un momento, cálmate —dijo Vincent—. No te estoy pidiendo que lo hagas a cambio de nada. Te pagaré por el honor de salir contigo. O, mejor dicho, *fingir* que salgo contigo.

Me volví a mirarle.

—¿Como si fueras mi *sugar daddy*, o algo así? Ni en broma, ¡eso sería asqueroso! Y que no se te vuelva a ocurrir decirme que me calme.

—Bueno, está claro que necesitas el dinero, porque estás aquí en Summit a pesar de que es evidente que no te caigo bien —señaló él.

Era increíble. Por una vez, sus palabras no habían sonado como una provocación, sino como un intento de llegar al fondo del asunto para encontrar una solución. Tal vez fue esa la razón por la que decidí contestarle con sinceridad.

—Es por mi negocio.

—¿La fotografía? ¿Por qué? Según lo que he visto, ganas lo suficiente para vivir. ¿Qué más necesitas?

—No, no es por la fotografía. Ya te dije que tenía otros planes. Tengo una idea que se va a convertir en mi actividad principal, si todo sale como está previsto.

No tenía ningún motivo para darle más explicaciones. Mis planes no tenían nada que ver con él, pero no pude resistirme. Estaba orgullosa de lo que Darcy y yo habíamos conseguido hasta entonces, y quería presumir, demostrarle que no era el único que entendía de negocios.

—Mi amiga y yo hemos montado un negocio de productos de cuero llamado Strapped. Hacemos correas especiales para llevar cámaras de fotos. Nuestro sistema te permite llevar hasta tres cámaras a la

vez y tenerlas siempre a mano. —Saqué mi teléfono y me acerqué a él para enseñarle una foto—. Mira.

—A mí eso me parece un poco pervertido —dijo Vincent, mirándolo con atención—. Me recuerda a esos pantalones de tirantes de los alemanes, pero en plan sado maso.

—Solo a ti se te ocurriría algo así —protesté, aunque lo cierto era que podía entender la comparación—. Son tremendamente prácticas y a la gente le encantan. Ahora mismo solo se pueden comprar correas similares a pequeños vendedores a través de internet, pero nosotras queremos producirlas en masa. Nos hemos puesto en contacto con un grupo de artesanos del cuero en Italia y están preparados para empezar. Solo necesitamos la financiación necesaria para hacer un primer pedido grande. Ya hemos conseguido ahorrar algo, pero vamos a intentar contactar con Mercedes Horan para que sea nuestra asesora e inversora principal.

—¿Y por qué no me has pedido a mí que invierta? —preguntó él—. Parece un buen plan, y yo siempre estoy buscando nuevas oportunidades.

—Uf. —No pude evitar ponerle mala cara—. ¿Y cómo íbamos a hacer que funcionara, considerando que no nos aguantamos? No, a quien queremos es a Mercedes. No solo tiene el dinero suficiente, sino también experiencia. Ya ha invertido en una marca de zapatos, así que conoce el mercado de los productos de cuero, y podría orientarnos bien. Además, dicen que es muy buena como mentora, sobre todo para empresas formadas por mujeres, como la nuestra. Solo necesitamos encontrar la ocasión de hablar con ella.

—Sí, parece una idea que podría interesarle. Me estuvo hablando de su última inversión la última vez que coincidimos en la reunión del Consejo de Administración de Bibliotecas Públicas de Nueva York. Los dos somos miembros del Consejo desde hace años.

—Un momento… ¿Qué estás diciendo? ¿Que la conoces? —pregunté, tratando de ocultar el asombro.

—Pues claro. Manhattan no es más que un pueblo. —Él se encogió de hombros.

Nos quedamos en silencio, mientras yo esperaba que propusiera la solución evidente. Él quería algo de mí, y ahora sabíamos que podía ofrecerme algo a cambio: la ocasión de conocer a Mercedes. Yo no pensaba pedírselo, no quería alimentar su ego suplicándole ayuda; eso sí, si me la ofrecía, desde luego que no iba a rechazarla.

Me crucé de brazos y esperé a que lo propusiera, pero él se limitó a apoyarse en el respaldo de la silla y mirarme. Parecía disfrutar con aquel silencio incómodo, así que me obligué a no moverme ni parecer inquieta. Había leído en algún sitio que el primero en ceder en una negociación es siempre el que pierde, y yo pensaba ganar aquel enfrentamiento.

—Te la presentaré.

¡Sí!

—¿Con qué condiciones? —pregunté, pues quería que los términos de lo que fuéramos a acordar quedaran muy claros.

Él dejó de parecer divertido y se centró en la discusión.

—Fingimos que salimos juntos y vamos en serio hasta la boda de Paul, y eso incluye pasar tiempo con mi padre. Tú sigues trabajando en Summit hasta que los Sullivan acuerden venderme sus flores y, cuando lo hagan, te presentaré a Mercedes.

—Espera, espera. Acabas de añadir un nivel adicional al acuerdo que ya teníamos. Yo ya estoy trabajando en lo de los Sullivan, eso no tiene nada que ver con este nuevo acuerdo. Me vas a pagar por ese trabajo, pase lo que pase, ¿no?

—Sí, tienes razón —suspiró él—. Se podría decir que lo de «pasar tiempo con mi padre para que te presente a Mercedes» es una especie de misión secundaria.

—Oye, mi negocio no es una misión secundaria —le corregí inmediatamente.

Él pareció sorprendido, pero asintió despacio, aceptando mi puntualización.

—Sí, tienes razón.

Aunque nunca parecíamos estar de acuerdo, él debía ser consciente de que poner en marcha un nuevo negocio era un asunto muy serio. Asentí satisfecha.

—De acuerdo. Ahora necesitamos unas reglas, porque tengo que entender con claridad hasta qué punto tendré que tolerar estar contigo para cumplir mi parte del trato. Por ejemplo, ¿vamos a tener que actuar como una pareja en el trabajo?

—La empresa no tiene normas en contra de las parejas —dijo él, negando con la cabeza—, pero se espera que todo el mundo se comporte de modo profesional en horario de trabajo. Cuando estemos aquí, nos centraremos en lo que tengamos que hacer.

—Muy bien —repliqué muy estirada—. Me resultaría imposible fingir que me gustas durante ocho horas cada día.

Él puso los ojos en blanco.

—Solo necesito que estés disponible para unas cuantas comidas o cenas con mi padre, y que actúes como si yo te gustara. Vendrás a la boda de Paul conmigo, e iremos juntos a Hawái, por supuesto.

—¡El viaje es otra cosa! —le recordé.

—Sí, sí, por supuesto. Pero antes, tendrás que cerrarlo en firme. —Me dirigió una mirada cargada de significado.

—Ya verás como lo consigo —le espeté—. ¿Y cuándo me presentarás a Mercedes?

Él torció la boca en un gesto cruel mientras consideraba su respuesta.

—Después de la boda.

La idea de llegar a otro acuerdo inusual con él me provocaba dolor de cabeza, pero el resultado merecería la pena. Al menos, eso fue lo que me dije a mí misma cuando me tendió la mano.

—¿Tenemos un acuerdo? —Me miró con una ceja levantada.

Miré su enorme zarpa durante unos segundos, y después deslicé mi mano en la suya. Él la apretó con fuerza durante un instante más de lo necesario y, cuando por fin me soltó, me sentí mareada y como con la cabeza hueca.

Acababa de hacer *otro* trato con el diablo.

7

PIPER

—¡Segunda semana terminada, pequeña! ¡Feliz viernes! —aulló Darcy cuando entré en nuestro piso al terminar el día de trabajo más absurdo de la historia—. Brindemos por que Strapped ya está más cerca de conquistar el mundo.

Mientras yo soltaba el bolso y me quitaba los zapatos, ella me ofreció una copa de champán llena hasta arriba.

—No tienes *ni idea* —dije, cogiendo la copa y bebiéndome la mitad de un trago—. Hmmm, delicioso. Rellénamela, y no dejes de hacerlo el resto de la noche.

—Vaya, supongo que has tenido un día horrible —dijo ella, rellenando mi copa.

—Espera a que te lo cuente todo —dije, abriendo mucho los ojos, antes de dirigirme a mi habitación para cambiarme—. Vas a alucinar.

—Ponte unos pantalones cómodos y te espero en el sofá. Quiero un informe completo.

Darcy ya llevaba el pelo recogido y ropa de estar por casa, porque trabajaba desde allí los viernes. Me conmovía que hubiera decidido quedarse conmigo aquella noche. Me quité la ropa de trabajo como quien se despoja de una armadura al terminar una batalla y, después de una ducha rápida para quitarme de encima la sensación

del día que había tenido, me reuní con Darcy en el sofá de nuestro diminuto salón, vestida con ropa de algodón y calcetines gordos.

Me encantaba nuestro pequeño piso, aunque teníamos ideas muy diferentes en cuestión de decoración. A Darcy le gustaban las cosas llamativas y excéntricas, mientras que a mí me iba más el ambiente rústico y acogedor. Nuestros dormitorios eran completamente distintos, pero habíamos conseguido llegar a un compromiso en las zonas comunes. Yo había puesto plantas por todas partes y Darcy había limitado los colores chillones a los cojines.

—¿Huele a galletas? —pregunté. El olor a comida me recordó que había estado demasiado ocupada como para comer al mediodía.

—Ya lo creo, y la pizza está de camino. Esta noche haremos una fiesta, amiga mía.

Me incliné para darle un abrazo rápido.

—Eres la mejor, ¿lo sabías?

—Pues claro que sí. Y ahora, ¡suéltalo todo!

—Tú primero —dije, cogiendo de aperitivo una galleta del plato que había en la mesa frente al sofá, como aperitivo—. ¿Qué hay de nuevo en tu vida?

Darcy puso los ojos en blanco.

—¿En serio quieres oír hablar de hojas de cálculo y reuniones de seguimiento? Vamos a centrarnos en el glamuroso mundo de los perfumes caros. ¿Me has traído alguna muestra?

—Sí, he cogido unas cuantas, las tengo en el bolso. Creo que esa es la única ventaja de trabajar en ese sitio. Todos los productos Summit con los que pueda cargar, gratis.

—Eh, ¿y qué hay del salario? —espetó ella—. ¡Eso es lo más importante! Ahora solo necesitamos conocer a Mercedes, y estaremos listas.

Lo ocurrido con Vincent unas horas antes debería haberme ilusionado, pero, para mi sorpresa, me sentía muy confusa acerca de nuestro acuerdo. Sí, fingir una relación delante de los Sullivan me había parecido bien, pero eso se limitaba a una cuestión de negocios. Era como representar un papel, no iba en serio. Sin embargo, fingir delante del padre de Vincent… Eso era otra cosa. Me parecía demasiado íntimo, y no estaba muy segura de lo que sentía ante la idea de intimar con Vincent.

—¿Qué? —preguntó Darcy—. Pareces agobiada. ¿En qué estás pensando?

—Tengo noticias —contesté—. Son buenas, pero también son una mierda.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, y sacudió las manos en el aire, ansiosa.

—¿Y bien? Suéltalo ya.

—Nos van a presentar a Mercedes.

Ella saltó del sofá y empezó a bailar en círculos.

—¡Sí! ¡Ya lo tenemos! Le vamos a encantar.

—Espera, espera —la calmé, consciente de que iba a aguarle la ilusión—. Es un trato diabólico. He aceptado fingir que estoy saliendo con mi jefe para que nos la presente.

Ella se detuvo y me miró confundida.

—Un momento… ¿Qué dices? Creía que ya estabais haciendo eso, por lo de las flores.

—Sí —suspiré—. Esa era la primera parte, pero ahora resulta que él necesita una novia de mentira más o menos a tiempo completo. Al parecer, su padre se está metiendo en algunas actividades peligrosas y a Vincent le preocupa que le pase algo. Cree que, si le demuestra que tiene una relación seria, su padre dejará de buscar emociones

fuertes y pasará más tiempo en casa. Lo de las flores me lo paga, pero a cambio de lo de su padre, nos presentará a Mercedes.

Darcy frunció mucho el ceño, intentando encontrar el sentido de todo aquello.

—*Vaaaale* —dijo, estirando la palabra—. Todo eso es muy raro, pero si nos acerca a Mercedes, lo demás no importa. ¡Lo hemos conseguido, colega!

Yo no me había permitido sentirme ilusionada por toda aquella situación, porque aún no había asimilado a qué me había comprometido. Ver a Darcy tan emocionada me recordó que, en realidad, el trato era bastante bueno, siempre y cuando no tuviera que pasar demasiado tiempo con el capullo de mi jefe.

Darcy se dejó caer en el sofá a mi lado.

—No me has contado casi nada de ese tío, aparte de lo mal que te cae. ¿Cómo es? ¿Te va a costar mucho fingir que te gusta?

Dejé escapar un suspiro y sentí un extraño calor en las mejillas.

—Resulta que Vincent Forde está… tremendo de bueno. Imagínate un vampiro muy sexi, pero como con diez kilos más de músculo. Tiene una actitud muy intensa, pensativa, como de chico malo. No solo te mira, parece que te *atraviesa* con la mirada, hasta el fondo de tu alma, como si te consumiera. Pelo oscuro, ojos claros, unos pómulos increíbles… Básicamente es el tío perfecto, si te va el rollo ardiente, pero aterrador.

Era difícil describir lo guapo que era, porque no solo se trataba de su cara y su cuerpo, sino toda su personalidad. Era tan atractivo que, a veces, no podía concentrarme.

Darcy, que estaba mirando algo en su teléfono, me lo entregó.

—¿Es éste? ¿Tienes que fingir que sales con *este* tío?

Me acerqué para mirar. Era una foto de Getty Images de Vincent en alguna clase de acto benéfico, vestido de negro, como siempre, aunque esta vez con esmoquin. Llevaba el pelo algo alborotado, como si se acabara de pasar las manos por él, y tenía una mirada intensa que sugería que se tiraría a quien se atreviera a devolvérsela.

El corazón me dio un salto involuntario.

—Sí, es ese —respondí, mirando a la imagen con el ceño fruncido.

—Vale, y ¿podríamos organizar un trío? ¡Porque yo me apuntaría! —rio Darcy sin dejar de mirar la foto—. ¿Por qué te comportas como si hubieras hecho un trato con Quasimodo? Te lo vas a pasar genial con este tío.

—No, tú no sabes cómo es —protesté—. Es exigente, engreído, mandón, grosero… ¡Una pesadilla! Y ahora voy a tener que fingir que me gusta hasta el punto de convencer a su padre. ¿Cómo voy a conseguirlo?

—Pues dedícate al sexo —resopló ella encogiéndose de hombros y sin dejar de mirar fotos—. Está claro que te mueres por lanzarte sobre ese tío y hacer que se le olvide todo lo demás. Es obvio, Piper.

—¿Por qué lo crees? —Me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo no iba a creerlo? Cuando lo has descrito, estabas casi babeando. Y el odio y la pasión son emociones muy similares. Apuesto a que estás a punto de pasar de querer darle una bofetada, a querer que te dé un azote en el culo, y bien fuerte.

—Darcy Jean Moretti, ¡cállate la boca ahora mismo! —chillé, y le di una patada en el muslo, ignorando el hecho de que yo misma había tenido esas ideas.

—Sabes que es verdad —rio ella, dejándose caer de lado—. Solo hablas tanto de lo horrible que es para que no se note que te resulta muy atractivo. Si de verdad no te importara nada, lo dejarías estar,

pero creo que te has vuelto *adicta* a este hombre. Nunca te he visto tan alterada.

Abrí la boca para protestar, pero la volví a cerrar. No pasaba nada por admitir la verdad ante Darcy. Ella conocía todos mis secretos.

—Vale, sí, puede que me sienta un *pelín* atraída por él, pero solo porque estoy a dos velas. Hace mucho tiempo que no beso a ningún hombre, pero esa es la *única* razón. Lo único que tiene a su favor es su aspecto, te lo prometo. Bueno, y también el hecho de que se preocupe por su padre. Y por Paul. Y por la abuela de su amigo de la universidad, la abuela Dee. Cuando mencionó Jamesport en la cena de compromiso, no dijo directamente que esa fuera la razón por la que le gustaba tanto, pero he oído a Paul hablar de ir a verla allí tantas veces, que la conexión me resultó evidente. Está claro que Vincent también la aprecia mucho.

Por supuesto, nada de eso significaba que Vincent fuera buena persona, pero cabía la posibilidad de que no fuera tan maligno, aunque yo me hubiera acostumbrado a pensar que sí lo era.

—Y luego está su experiencia en los negocios, que le ha permitido crear una marca de perfumes multimillonaria. Y también puede darte cualquier cosa que desees en el mundo. Nada más y nada menos.

Mi teléfono vibró al recibir un mensaje.

—Hablando del mismísimo diablo —dije al verlo—. El jefe en persona.

—¿No sabe que es viernes por la noche? —preguntó Darcy—. Tío, un respeto.

—Es un adicto al trabajo sin remedio —suspiré—, pero solo ha escrito para preguntar si tengo alguna limitación alimentaria, por lo de la cena con su padre. Me sorprende que sea tan considerado.

—Dile que te encantan las salchichas y que te atreves con una de veinte centímetros.

Me eché a reír y le di otra patada.

—No, se me ocurre algo mejor —escribí con rapidez antes de pensar la respuesta dos veces—. Le digo «*Como de todo menos almas, así que no cuentes conmigo para tu próximo sacrificio humano*».

—¿Le hablas así a tu *jefe*? —chilló Darcy, leyendo por encima de mi hombro.

—Eh, si damos un paso atrás para ver la imagen completa, técnicamente la jefa soy yo. Él depende de mí para su siguiente éxito en el negocio.

Me fijé en los puntos que se movían en mi pantalla mientras Vincent escribía su respuesta.

—¿Qué dice? —preguntó Darcy, inclinada sobre mi pantalla para leer el mensaje.

Contuve una risa.

—Dice: «*La alianza del mal está de vacaciones de verano, así que el consumo de almas se ha suspendido hasta el otoño*».

—Vaya, es muy agudo. Me gusta. —Darcy me dedicó una amplia sonrisa.

No había esperado aquel aspecto más relajado de Vincent. ¿Hasta dónde me permitiría llegar? Escribí una respuesta con rapidez, para no perder el ritmo de la conversación.

«*Para que lo sepas, también intento evitar las comidas que incluyan bebés humanos, murciélagos, sangre o escamas de dragón. Eso significa que, seguramente, no podremos ir a ninguno de tus restaurantes favoritos. Lo siento».*

«Maldita sea», contestó él al momento. «*Me hacía ilusión llevar a mi padre a ese sitio nuevo que sirve bebés orgánicos. Ahora tendré que buscar otra cosa*».

Sonreí a mi teléfono, tratando de pensar en la forma de mejorar eso. ¿Quién hubiera pensado que Vincent habría podido ser tan divertido?

—Te gusta un montón —insistió Darcy—. Da igual lo que digas, está muy claro. Estás sonriendo como una colegiala.

—Para nada —protesté—. Solo estoy tratando de asegurarme de que no diga la última palabra. Se trata de ver quién gana en cuestión de mensajes de texto.

—¿En los mensajes de texto, o en el rollo sado maso? Porque te garantizo que esta «competición» va a acabar entre las sábanas. Puedes discutir conmigo todo lo que quieras, pero yo sé lo que veo —dijo Darcy.

—Déjalo ya. —Puse el móvil sobre la mesa para dedicarle una mirada furiosa—. No puedo pensar, estoy muerta de hambre y de cansancio, así que dejemos de hablar del capullo de mi jefe y vamos a preocuparnos de por qué no llega la maldita pizza.

En ese momento, sonó el timbre como un coro celestial, y llegaron los refuerzos en forma de una pizza extragrande con doble de queso.

8

PIPER

Si iba a fingir ser la novia de un multimillonario, tendría que acostumbrarme a los restaurantes caros.

Prentiss solía arrastrarnos a todos los restaurantes pijos nuevos, pero esas comidas siempre eran lamentables. La razón principal era su compañía, pero también el hecho de que Prentiss no comprendía la diferencia entre un lugar con clase, y uno que solo era caro. Sin embargo, la comida que estaba disfrutando con Vincent y su padre en Aquavit estaba a otro nivel. La sala era impresionante, llena de alegres bancos color turquesa y comensales sofisticados. Desde donde estaba sentada, podía ver la reluciente cocina, así que, si me aburría de mirar a la gente guapa que llenaba el restaurante, podía observar a los cocineros mientras preparaban la comida con sus delantales negros de rayas. Richard, a diferencia de su hijo, se había se había preocupado por que me sintiera cómoda y a gusto, y me había hecho sentar en un lugar que me permitía ver toda la actividad.

Me había sorprendido descubrir que el mayor de los Forde no era, en absoluto, como había esperado. Había asumido que sería una versión más vieja de Vincent, igual de frío y peligroso, pero me sorprendió comprobar que parecía, más bien, un alegre oso de peluche, que me había recibido con un enorme abrazo en cuanto me vio. Con sus más de sesenta años, seguía siendo un hombre muy

guapo, de pelo canoso, con los mismos pómulos que Vincent y una barba blanca bien recortada, pero mucho más accesible que su hijo. Me cayó bien desde el primer momento y, por suerte, el sentimiento parecía ser mutuo.

Brindamos a nuestra salud con una botella de vino tan cara que la carta ni siquiera indicaba su precio, y después Richard comenzó a hacernos preguntas en tono amable.

—No es habitual que mi hijo me presente a sus amigas, así que debes de ser muy especial —me dijo—. Vas a tener que explicarme cuál es tu secreto, Piper Doyle. ¿Por qué no empiezas por contar cómo os conocisteis?

Habíamos cometido un error de novato: no habíamos preparado la historia de nuestros orígenes. Vincent y yo nos miramos nerviosos, y yo me lancé a aprovechar la oportunidad de inventar nuestra historia.

—Aunque parezca increíble, fue en una clase de yoga con calor —dije, optando por la forma más improbable de conocer a un hombre con aspecto de que no se pondría al sol ni muerto.

Richard se volvió a Vincent con una ceja arqueada.

—¿Tú? ¿Haciendo *yoga*?

—Bueno, sí. —Vincent sonrió tenso—. Estaba tratando de hacer algo más que levantar peso.

—Y te ha ido muy bien —señalé yo, sonriendo ante la mirada irritada que me había dedicado—. Cuando empezó, apenas llegaba a tocarse los dedos de los pies. El pobre necesitaba toda la ayuda posible en cuestión de flexibilidad.

Le dirigí una mirada cariñosa, mientras él trataba de perforarme con los ojos.

—Yo he ido a esas clases durante años, así que cuando me fijé en lo mucho que le estaba costando, me ofrecí a ayudarle. Le enseñé

algunos trucos para principiantes, y supongo que le vinieron bien, porque me invitó a tomar un batido después de la clase. El resto es historia. —Me encogí de hombros y miré embelesada a Vincent, que me ignoró sin más—. Desde entonces, somos inseparables. ¡Soy muy afortunada!

—Yoga —dijo Richard, intrigado—. ¿Tú crees que a mí me vendría bien?

Aquella pregunta me recordó la razón por la que estábamos cenando juntos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Por supuesto! Ven a una clase conmigo y te lo explicaré todo. ¡Vincent puede venir también! Así verás cuánto ha mejorado.

—¿Me ayudaría con el golf? —siguió preguntando Richard—. Mis golpes ya no son tan fluidos. Me da la sensación de que me falla un engranaje, ¿sabes?

—¿Juegas al golf? Yo también juego —dije—. Quizá podríamos quedar para jugar algún día.

—¡Me encantaría! Antes jugaba casi todos los fines de semana con la madre de Vincent, y lo echo de menos —dijo Richard, melancólico —. Kathleen era una gran jugadora.

—Ella todavía juega —señaló Vincent en tono agradable.

Yo me quedé callada, esperando averiguar todo lo que pudiera sobre la familia de Vincent. Cualquier detalle podría ser importante para descifrar a mi enigmático jefe. Me fijé en que Richard parecía algo más tenso. ¿Qué habría ocurrido entre ellos?

—¿Tienes noticias suyas? —preguntó Richard.

—Sí, hablamos el otro día —asintió Vincent—. No deja de decir que debería venir a verme algún día de estos.

—Eso sería estupendo, hace mucho que no sale de Miami. Me gustaría quedar con ella para comer.

—Papá, no sé si querrá verte. —Vincent apretó los labios.

—No, ¡si nos enviamos mensajes! —protestó él—. Ahora nos llevamos bien. O, al menos, nos llevamos mejor. Es solo que no estoy seguro de si soy yo quien debería proponer que nos viéramos, pero si se lo sugieres tú…

Ah. Estaban superando un divorcio difícil. Qué interesante.

—Ya veremos —suspiró Vincent.

—Tal vez podríamos invitar a Piper también. Te garantizo que le vas a encantar a Kathleen —continuó Richard, mirándonos del uno al otro.

—Es posible —dijo Vincent, evasivo.

El camarero trajo unos entremeses que no habíamos pedido, como aperitivo de la casa, y así fue como empezó la comida más increíble de mi vida. En cuanto terminábamos un plato, enseguida llegaba el siguiente cubierto con una campana y, para cuando llegamos a los postres y el café, estaba segura de que saldría rodando en cuanto intentara levantarme.

La conversación no decayó durante la cena y, mientras tomábamos el café, terminé de explicar mi estrategia para el próximo viaje a Hawái, con la intención de demostrar a Vincent que cumpliría todas las promesas que había hecho.

—Eres increíble, jovencita —dijo Richard con ojos brillantes—. Estoy seguro de que este hombre está teniendo que darlo todo contigo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su hijo.

—Oh, no tienes ni idea —dijo Vincent, con un resoplido.

Alguien se acercó a nuestra mesa cuando Richard y yo estábamos absortos en una discusión sobre diferentes tipos de guantes de golf.

No pude contener un respingo al darme cuenta de que se trataba de Maya Russo, la supermodelo del momento y muy real exnovia de mi novio falso, espectacular con un ajustado vestido marrón.

Cielos, la cosa se iba a poner interesante.

—¡Vaya, hola! ¡Qué reunión más divertida! —Yo nunca la había oído hablar, así que me sorprendió su acento británico. Ella me dirigió una sonrisa demasiado amplia—. ¿Eres periodista? ¿Estás trabajando en algún artículo, querida?

Aunque no sonó como un insulto directo, la implicación era muy clara. Yo no pertenecía a la misma clase social que los Forde, así que solo podía estar allí por trabajo.

—No, Maya, esta es mi novia, Piper Doyle —contestó Vincent, antes de que yo pudiera decir nada.

Ella le ignoró por completo.

—*Richard*, querido, ¡te veo muy bien! Ha pasado mucho tiempo.

Maya se inclinó para darle un beso en cada mejilla, que él aceptó ocultando una mueca.

—Me alegro de verte.

Maya dedicó entonces su atención a la mesa.

—Vaya, vaya, ¡menudo postre! Es encantador. Está claro que las calorías no te importan, ¿verdad, Piper? Y parece que te has comido el trozo más grande. —Señaló el plato que tenía delante, donde estaban los restos de mi postre.

¿Qué coj…? Abrí la boca para contestar, pero Vincent se me adelantó de nuevo.

—Lo bueno de llevar una vida activa es que te evita contar las calorías, Maya. —Su tono era muy severo—. La comida puede ser muy satisfactoria, pero creo que tú no lo entenderías. Al menos, yo no recuerdo haberte visto disfrutar nunca de una comida.

El golpe dio en la diana, pero Maya no le dio importancia.

—Supongo que no pasa nada por comer lo que quieras si no te importa tu aspecto. Tienes mucha suerte de que a Vincent ya no le preocupe la talla de sus acompañantes, Piper. Resulta muy democrático por su parte —terminó, dedicándome una sonrisa.

Por un momento, valoré la posibilidad de tirarle mi copa de vino tinto encima, por accidente. Una mancha roja iría bien con aquella sonrisa de superioridad. Sin embargo, Vincent me cogió la mano y se la llevó a la boca. El corazón se me aceleró cuando sus labios rozaron mi piel.

—No, el que tiene suerte soy yo. En muchos aspectos.

Me miró los ojos, y tuve que obligarme a sostenerle la mirada. Me recordé a mí misma que solo estábamos representando un papel; pero, maldita sea, cuando me miraba de esa forma tan intensa, el corazón me latía a toda velocidad. Cuando habíamos acordado este plan, no había tenido ni idea de lo buen actor que era. Hasta yo estaba empezando a creérmelo.

—Bueno, nos alegramos de verte, Maya. Es una pena que no puedas quedarte —dijo Richard de una forma muy intencionada.

Por un momento, pareció que Maya estaba preparando otro insulto, pero optó por dar media vuelta y marcharse a toda velocidad.

—Menuda arpía —murmuró Richard, mirando cómo se alejaba—. Nunca me cayó bien.

Me alegré de que tuviera tan buen gusto.

—Vaya —dijo Vincent—. Pues lo disimulaste muy bien en su día.

—No tuve alternativa —dijo Richard, sacudiendo la cabeza—. Quería que fueras feliz, así que estaba dispuesto a aceptarla. —Se volvió hacia mí—. ¡Pero esta vez no tendré que hacer ningún esfuerzo! Piper es un soplo de aire fresco muy necesario. Es encantadora, divertida y no te aguanta las tonterías, Vincent.

Tuve que reírme.

—¡Y esa belleza natural! —continuó Richard—. Lo tienes todo, querida mía. Mi hijo tenía razón en que es un hombre afortunado.

Al lanzar una mirada rápida a mi supuesto novio, me sorprendió la calidez de su expresión. Habría esperado que tuviera alguna respuesta ácida preparada, pero daba la impresión de estar de acuerdo con todo lo que había dicho su padre.

—Lo soy —confirmó, con tanta convicción que estuve a punto de creerlo.

Después de eso, nos quedamos todos en silencio hasta que Richard alargó un brazo para coger una última fresa de su plato de postre.

—Y hablando de belleza natural, no hay nada que me guste más que las fresas maduras —dijo, antes de morder la fruta.

—¿En serio? —pregunté—. Pues deberías venir conmigo alguna vez al mercado semanal de la calle Broad. Yo voy los sábados por la mañana, en cuanto abren. Tienen los mejores productos de las granjas locales, y unos croissants como que están para morirse. —Hice una pausa y continué—. Y, dado que las calorías no me importan, como ha señalado Maya con tanta amabilidad, me los como sin pensármelo dos veces.

Aquella observación hizo reír a mis acompañantes, y yo me uní a ellos. No pensaba dejar que una modelo engreída me fastidiara la noche.

Cuando llegó la cuenta, Vincent y su padre discutieron sobre quién de los dos la pagaría, y Vincent solo renunció cuando Richard propuso echar un pulso para decidir quién se hacía cargo. Tomé nota de que al mayor de los Forde no le importaba pasárselo bien, ni montar una escena. ¿Sería Vincent un poco como su padre en ese aspecto? No lo conocía lo suficiente, pero, aunque antes no lo habría creído, ahora me parecía posible.

Veinte minutos más tarde, Vincent y yo nos dirigimos a mi piso en otro deportivo minúsculo, sin duda debido a que el anterior aún debía estar fuera de combate, gracias a mí. Mientras él sorteaba el tráfico con destreza, yo no pude evitar repasar mentalmente todos los detalles de la cena. Tenía muchísima información que asimilar. La relación con su padre, la discusión sobre su madre, las estupideces de Maya…

La forma en que no había dejado de mirarme.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Te encuentras bien?

Al mirarle de reojo, no pude evitar sentirme halagada ante la preocupación reflejada en su cara.

—Sí, solo estoy un poco abrumada, supongo. Y puede que tenga un poco de envidia también —añadí sin pensar, antes de darme cuenta de lo que iba a decir.

—¿En serio? —Me miró sorprendido—. ¿*Por qué*?

—Tu padre y tú —expliqué, haciendo un esfuerzo para superar el reparo que me daba la idea de sincerarme con él. Después de todo, era yo quien había sacado el tema, así que ahora debía contestar su pregunta—. Tenéis una relación fantástica. Os comportáis como… amigos. Es evidente que te quiere mucho, pero, además, le caes bien. —Me encogí de hombros, tratando de quitarle importancia mientras continuaba con mi explicación—. Yo nunca he tenido algo así. Mi padre murió cuando yo era un bebé, y Prentiss es un pedazo de capullo, así que… No sé, supongo que me ha resultado muy agradable ver a alguien que tiene una buena relación con su padre.

—Nuestra relación no ha sido siempre tan buena —admitió él, y su disposición a hablar con franqueza también me cogió por sorpresa—. Tuvimos una época bastante difícil. Mis padres se divorciaron cuando yo era bastante muy pequeño, así que crecí entre Nueva York y Miami. Mientras mi padre estuvo solo, la cosa no fue mal, pero he

tenido tres madrastras a lo largo de los años, y a ellas no siempre les interesaba yo. De hecho, así fue como empezó lo de los «chicos perdidos» de Dee.

—¿De qué va todo eso? —pregunté. A lo largo de los años, había oído a Paul hacer algunas referencias aisladas a esa historia, pero nunca me la había contado.

—Nos hicimos amigos muy rápido durante el primer año en la universidad. Paul era mi compañero de habitación, y conocí a Aiden, Dominic y Trent porque asistíamos a la misma clase de gestión de marcas y nos tocó hacer juntos un proyecto. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, cada uno iba a volver a su casa, pero nos pilló una huelga que hizo cerrar casi todos los aeropuertos. Eso no debería haber sido un problema para ninguno de nosotros, porque todos teníamos familiares cerca y podríamos haber ido en coche. Sin embargo, mi padre se acababa de casar con su tercera mujer y le había dejado la casa a un amigo suyo mientras estaban de luna de miel, así que yo no podía ir allí y, a causa de la huelga, tampoco podía coger un avión para ir a casa de mi madre en Miami. Por otro lado, los padres de Aiden se estaban divorciando, así que él no tenía muchas ganas de ir a su casa, en Nueva Jersey.

—Vaya —respondí asombrada—. Sí, eso suena muy incómodo.

—Aiden y yo habíamos pensado quedarnos en el colegio mayor y celebrar la Navidad juntos, pero en cuanto Trent se enteró, nos hizo subir a su coche y nos llevó a la casa de su abuela en Long Island. Ni siquiera le avisó de que íbamos hasta que ya estábamos a medio camino. Yo casi esperaba que no nos acogiera, por haber sido tan desconsiderados como para aparecer sin previo aviso, pero la abuela Dee nos recibió con chocolate caliente, camas ya preparadas y regalos que se había apresurado a comprar para nosotros en cuanto Trent la llamó. Se hubiera dicho que llevaba semanas preparando nuestra visita. Para cuando nos marchamos, prácticamente nos había adoptado. Fue ella quien nos llamó los «chicos perdidos», y Paul y Dominic se unieron al grupo cuando volvimos todos a su casa

durante las vacaciones de primavera. A efectos prácticos, es parte de mi familia.

No había visto antes una sonrisa tan suave y cálida como la que se dibujó en su cara al contar esa historia. Era cariñosa, y le sentaba mucho mejor de lo que habría pensado. Intenté que no se me notara el asombro. Ya era bastante sorprendente que me hubiera contado toda la historia, pero me había dejado atónita el hecho de que se hubiera sincerado hasta ese punto y me hubiera revelado tantos sentimientos me había dejado atónita. ¿Quién habría creído que era capaz de emocionarse? ¿Quién era el desconocido sentado a mi lado?

—Estoy bastante seguro de que le caerías muy bien —añadió, dejándome aún más sorprendida.

Una parte de mí estuvo a punto de responder con sarcasmo, pero me sentía tan halagada que no se me ocurrió nada. Era obvio lo mucho que la abuela Dee significaba para él, así que el hecho de que dijera que yo le gustaría… Era un piropo enorme.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Eres encantadora. Y sí, de vez en cuando, tienes gracia. —Me miró de reojo y volvió a sonreír—. Y desde luego que no me aguantas las tonterías.

—Gran verdad —dije entre carcajadas.

Volvimos a quedarnos callados, y yo continué intentando de encajar esta nueva versión de Vincent con la que había conocido durante las semanas anteriores.

—Y es cierto que eres muy guapa —añadió Vincent a media voz—. De eso no hay ninguna duda.

Di un respingo. No tenía ninguna obligación de decir eso. El corazón empezó a latirme más rápido, justo al mismo tiempo que él aceleraba el coche.

—Gracias —dije en voz baja—. Eres muy amable.

Llegamos a mi edificio mucho más rápido de lo que hubiera querido. A pesar de todo, me habría gustado seguir disfrutando de este otro aspecto de Vincent, el que me hablaba de sus sentimientos y me decía que era guapa. Pero sabía que no podía durar. El lunes volvería a ser el mismo jefe mandón de siempre.

Cuando paró el coche delante de mi edificio, puse la mano en la manilla de la puerta y me volví hacia él antes de salir.

—Muchas gracias por esta noche. Ha sido sorprendentemente agradable.

—Espera un momento, te acompaño hasta la puerta —gruñó él, ya con medio cuerpo fuera del coche.

—Pero… estás en zona de carga y descarga. No puedes aparcar aquí —señalé.

Vincent me miró confuso.

—¿Tú crees que la grúa se va a llevar un McLaren P1?

Y ahí estaba el Vincent al que estaba acostumbrada.

—Bueno, como quieras, pero no respondo de lo que pase. Ya he tenido un problema contigo y un coche; no pienso dejar que me eches la culpa si le pasa algo a este trasto. —Señalé el coche azul.

Al ver a Vincent de pie, en la acera, me pareció mucho más atractivo de lo necesario. Me había pasado la noche luchando por prestar atención a Richard y resistir la tentación de admirar a Vincent, pero en ese momento no pude evitarlo.

En otras circunstancias, habríamos puesto fin a lo que había sido una noche maravillosa tonteando un poco y, sin duda, yo le habría invitado a subir a casa. Lo pensé durante un segundo. Darcy había salido y era muy posible que pasara la noche fuera, así que tendría el piso para mí sola. Tenía que admitir que alguna vez se me había

ocurrido la idea de follar con él, solo por la manía que le tenía. Pero en aquel momento, empecé a pensar en cómo sería tirármelo si *no* le tuviera manía. ¿Estaba dispuesta a descubrirlo?

Nos dirigimos a la puerta del edificio en silencio. ¿Estaría él pensando lo mismo que yo? Cuando llegamos, se volvió hacia mí y el ardor que vi en sus ojos me cortó la respiración.

—Ha estado… bien —admitió—. Gracias por ser tan agradable con mi padre.

Estábamos un poco más cerca de lo que era necesario, bajo una bombilla fundida situada sobre la puerta.

—¿Cómo no iba a serlo? Es absolutamente encantador —dije—. Es una pena que no lo hayas heredado.

Vincent fingió que le había dado un golpe en el pecho.

—Ay.

—Es broma. En algunos aspectos, me recuerda a ti. Sois similares, pero distintos. No soy capaz de explicar la diferencia.

—Bueno, parece que ahora vais a pasar más tiempo juntos, así que tendrás la oportunidad de analizarlo —contestó Vincent—. Yoga, golf, el mercado… Desde luego que lo has dado todo. Pero te lo agradezco, en serio. Estoy a favor de cualquier afición que no represente un riesgo para su vida.

—Sabes que tú tendrás que venir a yoga también —le recordé.

—Bueno, ya lo veremos —contestó con una mueca—. Estoy seguro de que ese día tendré una reunión que no podré cambiar.

—No te había tomado por un hombre al que le diera miedo la postura del perro boca abajo —bromeé.

Demasiado tarde, me di cuenta del doble sentido de la frase. La expresión de Vincent cambió al instante y sus ojos bajaron a mis labios. Parecía hambriento.

—Yo… Bueno, tengo que irme —murmuró.

No se movió ni un milímetro.

—Gracias —contesté, sin poder apartar la vista de sus ojos, a pesar de tener el estómago lleno de mariposas—. Me ha sorprendido lo bien que lo he pasado.

—¿Nos vemos el lunes?

Era ahora o nunca. Podía invitarle a entrar, y cambiarlo todo entre nosotros, o podía guardar las distancias. Pero antes de que pudiera decidir, el teléfono que tenía en la mano sonó con un aviso de un mensaje de texto. Darcy avisaba de que volvía a casa después de una cita horrible.

—Mi compañera de piso llegará enseguida —dije, dando un paso atrás—. Así que, sí, nos vemos el lunes.

Contuve la respiración mientras Vincent me dirigía otra larga mirada. Después, se dio la vuelta sin decir una palabra más.

Digamos tan solo que me alegré de disponer de veinte minutos antes de que llegara Darcy, y tener pilas nuevas en mi vibrador.

9

VINCENT

Me desperté temprano, con muchas ganas de desayunar zumo de naranja y un croissant, por alguna razón incomprensible.

Vale, de acuerdo. No era incomprensible en absoluto.

Intenté no pensar en Piper mientras me apresuraba a hacer mi rutina habitual en el gimnasio que tenía en casa, pero, para cuando terminé, la tenía metida en la cabeza de una forma que no podía ignorar. La noche anterior había estado perfecta, y ansiaba otra dosis de su perfección.

Miré la hora y comprobé que el mercado de la calle Broad abriría en unos treinta minutos. Tenía que darme prisa para llegar.

Por lo general, no me gustaban nada los mercados, y era mi cocinero quien se encargaba de comprar comida y prepararla; sin embargo, cuando llegué a aquel mercado, descubrí que me había estado perdiendo uno de los placeres sencillos de la vida. Los puestos estaban abarrotados de verduras frescas, bolsas de café, zumos sofisticados y jabones a base de leche de cabra. Sentí la repentina necesidad de comprar un puñado de zanahorias con sus hojas y unas coles de Bruselas todavía en la rama. ¿Qué diablos me estaba pasando?

Piper debía de ser la responsable de mi evolución. Era un enigma que no me veía capaz de descifrar. Cada vez que abría la boca, había

las mismas posibilidades de que dijera algo encantador, como de que me cabreara. Al terminar la velada de la noche anterior, había tenido que luchar conmigo mismo para no envolverla en mis brazos y besarla hasta cortarle la respiración. La forma en que me había mirado delante de la puerta de su edificio, con aquellos grandes ojos marrones, había parecido una invitación, hasta que recibió el mensaje de su amiga y se echó atrás. Pero hoy era un nuevo día, y todo era posible.

Me compré un café delicioso y lo fui bebiendo mientras disfrutaba de los olores frescos que me rodeaban. Siempre estaba buscando nuevas fragancias que combinar, así que cabía la posibilidad de que esta visita improvisada terminara influyendo en el negocio de Summit. Me detuve en un puesto de verdura fresca y se me ocurrió que nunca habíamos probado una fragancia basada en el pepino. ¿Tal vez era hora de intentarlo? Y quizá podría atribuir el mérito de la idea a Piper, ya que ella era la razón de que yo estuviera allí.

Miré a los compradores que me rodeaban y no pude evitar sonreír cuando identifiqué una familiar melena rubia al otro lado de un puesto de pan artesanal. Empecé a dirigirme hacia ella, pero me fijé en que estaba hablando con un tío que llevaba gafas de montura negra y un gorro de lana. Estábamos a más de veinte grados, así que el gorro debía ser solo un complemento en plan *hípster*, cosa que me resultaba odiosa.

¿Le gustaría a Piper ese tío? Les observé con atención, tratando de descifrar lo que había entre ellos. Era obvio que él estaba intentando conseguir algo, pues no dejaba de acercarse a ella cada vez más. Aunque parecían conocerse, Piper no parecía contenta de verle, y eso me alegraba. Ella le miraba con evidente desagrado, pero aquel hombre no parecía pillar la indirecta. Pensé en interrumpirles, pero me arriesgaba a haber interpretado mal toda la situación; tal vez Piper se estaba haciendo la dura. El hombre no era mal parecido, dentro de su estilo demasiado arreglado y consciente de sí mismo, y eso me hizo pensar en mi propio aspecto. Con mis pantalones de

correr y camiseta negros, ¿daría la impresión de que no me importaba cómo iba vestido?

Esperaba que sí, porque así era.

Volví a mirar a Piper y al *hípster*. Sí, estaba claro que ella no se encontraba a gusto. Pero ¿por qué no se libraba de él? Yo sabía que era capaz de hacerlo. Fruncí el ceño. Entre esos dos había algo, y yo me había cansado de ser un simple espectador. Me fie del instinto que me decía que Piper necesitaba refuerzos, así que me dirigí hacia ellos y le pasé un brazo por el hombro. Ella se puso tensa un instante, pero, al verme, se apoyó en mí aliviada y me rodeó la cintura con su brazo. La sensación me resultó al mismo tiempo familiar y desconcertante. De algún modo, Piper se las apañaba siempre para encontrar la forma de descolocarme.

—Cielo, habías desaparecido —protesté, sonriéndole y mirando después al hombre que estaba con ella—. Me tenías preocupado.

—Sí, es que me he encontrado a, eh, un amigo.

Por la forma en que pronunció la palabra «amigo», supe que él era cualquier cosa menos eso. Me puse a la defensiva al pensar que quizá la había estado molestando.

—¿Qué tal? —dije, haciendo un gesto con el vaso de café en lugar de ofrecerle la mano—. Vincent Forde.

Él se enderezó un poco. ¿Sería posible que hubiera reconocido mi nombre?

—Hola, yo soy Matthew Burns. —Volvió a centrarse en Piper—. No me has dicho que estabas saliendo con alguien.

—No me lo has preguntado —dijo ella con voz tensa—. Estabas demasiado ocupado hablándome de tu trabajo, ¿recuerdas? Estaba esperando que hicieras una pausa para respirar.

Lo dijo con una pequeña sonrisa, pero la pulla era evidente. Esa era mi chica.

—Oye, amor, creo que tienes que venir a ver un puesto de jabón y aceites de masaje que acabo de encontrar —dije, apretándola un poco más contra mí y dirigiendo a Matthew una mirada pícara—. Tenemos planes para esta tarde, ya me entiendes.

Piper rio y Matthew se revolvió, incómodo.

—Claro, no quiero entreteneros —dijo, un poco cortado—. Piper, ya hablaremos. Me alegro de verte, hacía mucho tiempo.

Antes de marcharse, me dirigió una última mirada de deferencia, para darme a entender que sabía que se había propasado con Piper. Yo no le ofrecí ninguna señal de reconocimiento, para dejar claro que la situación no me había hecho ninguna gracia.

Mientras caminábamos en otra dirección, intenté analizar mis sentimientos. Ver a Piper incómoda me había puesto en alerta. Había tenido la sensación de que era mía de verdad y necesitaba protegerla, aunque era muy consciente de que, si lo hacía, ella seguramente se apartaría de mí y quizá intentaría darme un puñetazo. Sabía que era capaz de defenderse sola, pero, a pesar de ello, sentía un fuerte instinto de protección hacia ella.

Además, el hecho de que pudiera cuidar de sí misma no significaba que tuviera que hacerlo sola. No tenía que verse obligada a ser fuerte todo el tiempo, estando yo cerca y dispuesto a ayudarla. De hecho, estaba decidido a hacerlo, porque ni en broma iba a permitir que cualquier capullo le hiciera sentir incómoda y, mucho menos, delante de mí.

Cuando Matthew ya se había alejado, ella dejó caer la cabeza y emitió un largo suspiro.

—Oh, Dios mío, ¡muchas gracias! Menos mal que me has rescatado.

—¿De quién?

Había notado que se había quedado cerca de mí y acomodaba sus pasos a los míos mientras avanzábamos entre la gente. Me

sorprendió lo natural que me resultaba tenerla apretada contra mi cuerpo. Le lancé una mirada rápida para analizar su expresión: tenía el ceño fruncido y seguía mirando al lugar por el que había desaparecido Matthew.

Piper agitó una mano, tratando de quitar importancia a la situación.

—Es una larga historia. Es un pelmazo, eso es todo.

No la conocía muy bien, pero me daba cuenta de que estaba intentando quitar hierro a un asunto que le preocupaba más de lo que quería admitir. Fuera quien fuera aquel tío, había logrado acabar con su alegría habitual.

Menudo gilipollas. No debería haberle dejado marchar con tanta facilidad.

Me obligué a soltar a Piper para poder mirarla a la cara.

—Un momento. ¿Tengo que ir a buscarlo y decirle cuatro cosas?

Ella parpadeó y, tras un instante, se echó a reír, rompiendo la tensión del momento.

—Vale, tipo duro. Relájate un poco.

—Lo digo en serio —dije sin reírme—. Si te ha molestado, puedo ocuparme de él.

Ella sacudió la cabeza, y un mechón de pelo quedó delante de su cara. Tuve que hacer un esfuerzo para no apartárselo de la mejilla.

—No, estoy bien, te lo prometo. Solo es un ex muy insistente.

¿Un ex insistente? La idea me revolvió el estómago y se me ocurrieron una docena de preguntas, cada una de ellas más insistente que la anterior. ¿Habían ido en serio? ¿Por qué lo habían dejado? ¿Y cuándo? Eso último me afectó más que todo lo anterior. ¿Seguiría aquel tío en su vida? ¿Le importaba? Quería exigirle respuestas, pero entonces me asaltó la duda. ¿Tenía derecho a hacerle esas preguntas?

A la mierda. Si no quería contármelo, podía decirme que me había pasado de la raya.

—¿Qué pasó con él? —pregunté con tanto cuidado como pude.

—Me da un poco de vergüenza —dijo ella, con un mohín—. Yo… asumí algunas cosas sobre nuestra relación. Creía que íbamos en serio, pero todo estaba en mi cabeza. Él no sentía lo mismo que yo, y tardé mucho tiempo en darme cuenta. Ahora ya no me fío de mí misma, ¿sabes? No sé cómo pude haberme equivocado tanto con todo aquello. Yo me estaba enamorando de él, y él solo me quería para el sexo.

El maldito *hípster* me empezó a caer aún peor. ¿Cómo podría no haberse dado cuenta de que Piper era especial?

Ella siguió caminando entre los puestos sin dejar de mirar al suelo, y tuve que contenerme para no atraerla hacia mí una vez más.

—Él se lo pierde.

Las palabras se me escaparon sin querer, y casi me arrepentí de haberlas dicho, hasta que ella me miró con ojos agradecidos.

—Gracias por decir eso.

—Bueno, es la verdad —añadí con suavidad.

Ella sonrió durante un instante, pero la expresión tensa volvió a su cara demasiado rápido para mi gusto.

—Odio admitirlo, pero ese gilipollas me dejó hecha polvo. Creí que nunca volvería a verlo, pero hace poco ha empezado a escribirme de repente. Yo no le he contestado, por supuesto, pero se ha presentado aquí… —Se encogió de hombros—. Es muy raro, parece que me estuviera siguiendo.

—Bueno, si eso es así, yo me encargaré de él. Quiero que te sientas segura.

—Y hablando de seguirme… —Me miró con desconfianza—. ¿Qué haces tú aquí?

Tuve que reírme. Sí, me había pillado.

—Supongo que no pinta bien, ¿verdad? Lo cierto es que aquello que contaste del «desayuno fresco» sonaba tan bien que no he podido resistirme. Y tenías razón. —Le mostré mi vaso de café—. Esto era para empezar, y ahora tengo que encontrar esos croissants.

La tristeza de su cara dio paso a una amplia sonrisa, y me encantó haber sido el responsable del cambio.

—¡Así me gusta! —dijo ella, ilusionada—. Es por aquí.

La seguí a través de la multitud cada vez más densa que llenaba el mercado, pero me detuve al ver algo que me resultó muy familiar.

—Piper, ven un momento —llamé.

Ella se reunió conmigo en un puesto de plantas, lleno de flores de todos los colores. Ella cerró los ojos y aspiró el aroma.

—¡Es increíble!

—Ya lo creo. —Decidí ponerla a prueba—. ¿Podrías decirme cuál de los olores es el más intenso?

—Hum…

Ella cerró los ojos y yo aproveché para admirarla. Llevaba una camiseta blanca de tirantes que se ajustaba en todos los lugares adecuados, y sus vaqueros recortados mostraban unas piernas firmes que me hicieron pensar en cosas que, por lo general, me esforzaba mucho por evitar. Pero esta vez no pensaba hacerlo. Dejé que mis pensamientos siguieran su curso y saboreé cada detalle de su cuerpo. La forma en que el pelo le caía por los hombros, las suaves subidas y bajadas de su pecho, incluso una cicatriz diminuta que tenía en una rodilla. Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo.

—Noto un aroma limpio, muy agradable, fresco y verde. Pero creo que las rosas tienen el aroma más intenso. —Piper señaló las rosas expuestas, de colores rojo, rosa y melocotón.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué más?

—¿Es un examen? —rio ella—. ¿Tenía que haberme estudiado las flores?

—No te preocupes, yo puedo enseñarte todo lo que necesites saber —respondí—. Mi madre es una gran jardinera, y mi padre dirigió Summit durante décadas, antes de retirarse. He aprendido de los mejores.

La boca de Piper se curvó en una sonrisa adorable.

—¿Sabes qué? Eso me parece increíble. Pareces un tipo muy grande y duro, pero lo sabes todo sobre las flores. Me gusta ese contraste.

—No viene mal sorprender a la gente —contesté—. Pero volvamos a las rosas. —. Saqué una de color rosa del cubo—. Dime qué te sugiere este olor.

Piper me sostuvo la mirada mientras se acercaba y ponía la nariz sobre la rosa.

—Si te soy sincera, es muy bonita, pero las rosas siempre me recuerdan a…

—Las abuelas —dijimos los dos a la vez.

—¡Estamos de acuerdo! —rio ella—. En serio, me encantan las rosas y su aroma, pero ¿para un perfume? No, gracias.

El aroma de las rosas siempre tendría un lugar especial en mi corazón, porque era la fragancia preferida de la abuela Dee, pero Piper tenía razón. Era más propio de personas mayores. Esa era la razón por la que, en Summit, solo teníamos una fragancia cuya nota principal era la rosa: *Nostalgia.* Raras veces incluíamos su aroma en nuestras listas de ingredientes principales.

—Si tuvieras que elegir una de estas flores como tu aroma favorito, ¿cuál sería? —pregunté, con auténtica curiosidad. Los aromas que prefería una persona decían mucho de ella.

Piper se adentró un poco más en el puesto y observó las opciones entre toda aquella explosión de colores.

—Las gardenias huelen muy bien —dijo, señalando las flores blancas —, y los lirios del valle son muy dulces y delicados. Parecen las flores de las hadas. —Piper se detuvo delante de un cubo lleno de flores violeta—. Pero mis favoritas siempre serán las lilas. Me encanta su olor.

Me acerqué a ella y me incliné para oler las flores.

—Excelente elección —dije—. Son plantas resistentes que florecen pronto y duran mucho tiempo cortadas. Cada flor tiene un significado diferente. En la época victoriana, se creía que las lilas simbolizaban el inicio de un nuevo amor.

No era propio de mí soltar una observación como esa sin haber pensado antes en sus implicaciones, pero ahí estaba, hablando de amor a una mujer a la que no podía dejar de mirar.

—¿En serio? —Piper abrió mucho los ojos—. Vaya, eso es… muy interesante.

Lo interesante era que los dos parecíamos sentir algo, aunque ninguno de nosotros parecía dispuesto a admitirlo. Estábamos solos en aquel puesto, rodeados de montones de flores. Parecía un momento propio de una película, como si lo que me correspondiera hacer ahora fuera tomarla en mis brazos, inclinarla hacia atrás y besarla. Y ella me estaba mirando de una forma similar a como lo había hecho la última vez que habíamos estado tan cerca, detenidos en el tiempo y desesperados por saber qué ocurriría a continuación. Preguntándonos quién se atrevería a iniciar lo que ambos estábamos esperando.

Pero ¿y si había interpretado mal toda aquella situación? Había demasiado en juego como para echarlo todo a perder por un posible romance rápido, y eso era lo único que yo podía ofrecerle. Sabía lo que debía hacer, por mucho que me costara.

—Bueno, ¿qué hay de esos croissants? —pregunté, dando un paso atrás para romper el hechizo.

—¡Sí, los croissants! —Piper sonó aliviada—. Es por aquí.

Se abrió paso ágilmente entre la multitud y yo la seguí. No me sorprendió el número de cabezas que se volvieron a mirarla de camino hacia el puesto de pasteles. Piper era espectacular, incluso sin maquillaje y vestida con ropa cómoda.

—Muy bien —dijo haciendo un gesto con la mano cuando nos detuvimos ante el puesto—. Tienen croissants de todos los sabores. No pienses en comprar solo uno, porque lo lamentarás en cuanto te comas el último bocado.

—Los dulces no me entusiasman, pero ese de Nutella parece muy tentador.

—Lo es, y siempre puedes hacer unas cuantas docenas de flexiones y abdominales extra, como penitencia. —Me clavó un dedo en el estómago.

—Uf. —Fingí encogerme un poco—. Más vale que merezca la pena.

—Venga ya. —Piper puso los ojos en blanco—. Seguro que no dejas de ir al gimnasio ni un solo día. Un par de croissants no van a afectar a toda esa montaña de músculos.

Contuve una sonrisa al oír aquel piropo indirecto.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú para, esto, mantenerte en forma?

Comprendí demasiado tarde que acababa de preguntarle cómo conseguía mantener aquel cuerpazo increíble.

—Lo primero es no estresarme por lo que como. Me gusta la comida, y me preocupo por las consecuencias después. —Hizo una pausa mientras consideraba las diferentes opciones de croissants que tenía delante—. Y hago yoga. No lo olvides, porque tu padre y tú vais a venir a una sesión conmigo.

—No me lo recuerdes —protesté—. Lo estoy temiendo.

—¿Quieres decir que no te gustaría ser más flexible? —Piper ladeó la cabeza—. ¿Te gusta ser así de…? —Apretó los puños y levantó los hombros hasta las orejas.

—¿Es así como me ves? —pregunté riendo.

—Sí, un poco —rio ella también—. No es culpa tuya, sé que tienes muchas responsabilidades. Por eso creo que el yoga te irá bien. Te ayudará a equilibrar tu cuerpo y tu mente, y todo eso. Y si te lo tomas en serio, tal vez algún día consigas abrirte de piernas, como yo.

Ella se volvió para hacer su pedido, mientras yo apelaba a todas mis fuerzas para no tratar de imaginar a mi novia falsa abriéndose de piernas encima de mí.

10

VINCENT

—Tienes que dejar de preocuparte por mí, cariño. —Al otro lado del teléfono, la abuela Dee me reprendió con amabilidad—. Me encuentro muy bien. De hecho, estoy como nueva, como si hubiera pasado unos cuantos días en un balneario. Eso es todo.

—No sé de ningún balneario donde controlen la presión arterial y el nivel de azúcar cada hora —respondí.

—Entonces, podemos considerarlo un balneario medicinal —rio ella —. Les preguntaré si ofrecen cirugía plástica, ya que estamos.

La abuela Dee ya había salido del hospital, pero aún no se encontraba bien del todo. Lo sabía porque aún no había vuelto a ser ella misma. Se lo notaba en la voz, que sonaba algo más queda y cansada. Yo seguía preocupado por ella, y no dejé de dar vueltas por mi despacho mientras hablábamos, tratando de pensar en alguna forma de ocuparme de ella y arreglarlo todo.

—¿Te han dado ya las citas para la revisión? —pregunté—. Si no, te las puedo organizar yo. O, si lo prefieres, puedo encontrar a alguien que vaya a verte a casa. Tú solo dime qué necesitas.

—Cariño, lo que necesito es que me lo cuentes todo sobre esa jovencita a la que llevaste a cenar con tu padre —pidió ella—. ¡Me ha dicho que es absolutamente encantadora! Cuéntame todos los

detalles, y luego decidiremos qué fin de semana vais a venir a visitarme.

Mi padre y la abuela Dee se conocían desde hacía años, hasta el punto de que también daba la impresión de que ellos eran parientes.

Cuando le dije a Piper que a la abuela Dee le encantaría ella, fue en serio, pero que se conocieran suponía una complicación con la que no había contado. El objetivo de la abuela era ver a todos sus «chicos perdidos» casados y felices, y no quería ni imaginarme lo mucho que me iba a dar la lata en cuanto conociera a Piper y quedara prendada de ella. Por ahora, ya tenía bastante con la presión de mi padre; además, Piper y yo teníamos fecha de caducidad. No tenía sentido dar esperanzas a la abuela Dee. Claro que, por otro lado, no iba a poder evitarla para siempre. Como mínimo, estaba asegurado que nos encontraríamos con ella en la boda de Paul.

—Piper es única, desde luego —admití.

—Ah, ¿sí? Pues coge un calendario y vamos a decidir una fecha.

La puerta de mi oficina se abrió en ese momento, y la mujer de la que estábamos hablando entró con paso rápido. Levanté un dedo para pedirle que esperase y ella respondió con una especie de bailecito, sonriendo enloquecida. Tuve que apartar la mirada, porque el vestido que llevaba puesto se levantaba un poco con cada movimiento, y aquellas piernas me estaban matando.

—Oye, lo siento, tengo que dejarte, abuela Dee. Me esperan en una reunión. Ya lo planearemos, ¿de acuerdo?

—Más te vale —advirtió ella—. Espero que me llames pronto, ¿entendido?

—Por supuesto. Cuídate. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo —contestó ella.

Colgué con un suspiro y miré a Piper.

—Pareces a punto de estallar. ¿Qué pasa?

—¡Lo he conseguido! —dijo ella, levantando un puño con aire triunfante.

Solo podía referirse a una cosa. El pulso se me aceleró.

—Por favor, dime que no es una broma.

—Jamás bromearía con algo tan importante.

—Entonces… ¿Nos vamos a Hawái? ¿Has conseguido que acepten?

—¡Sí! Están comprometidos, al cien por cien.

Tuve que contenerme para no soltar un grito victorioso, porque sin duda, eso haría venir corriendo a Linda, para ver qué pasaba, y quería disfrutar de aquel momento con la mujer que lo había hecho posible. La incorregible, increíble fierecilla destroza-coches que estaba bailando sola al otro lado de mi mesa. Piper no dejaba de sorprenderme, de todos los modos posibles.

—Vamos a comprar los billetes —dijo ella, describiendo círculos con el puño en el aire.

—¿Billetes? —reí—. Venga ya, Piper. Iremos en mi avión privado.

Ella se acercó un poco más a mí, boquiabierta.

—Dios mío, ¿en serio? Esto es cada vez mejor.

Capté un poco de su aroma cítrico. Maldita sea, necesitaba ofrecerle algo mejor. Intenté no pensar en cómo olería *Por Siempre* aplicado a su cuello.

—Estoy impresionado con que lo hayas conseguido. Enhorabuena.

—Te dije que lo haría —respondió ella, sacudiendo un dedo hacia mí —. Soy una mujer de palabra y, como recompensa, ahora nos vamos al paraíso.

—Siento mucho aguarte la fiesta, pero te recuerdo que se trata de un viaje de trabajo. Hay que firmar un contrato —le advertí.

—Sí, bueno. —Piper se aclaró la garganta—. Jean ha dicho que lo firmaremos el último día que estemos allí.

—¿El último día? —Empecé a dudar de todo—. Vaya, eso es muy extraño. ¿Por qué no organizamos una reunión, vemos las plantas y lo firmamos allí mismo?

Ella dejó de sonreír.

—Verás, bueno, para conseguirlo, he tenido que apoyarme bastante en el hecho de que tenemos una relación. A Jane le interesa mucho ese tema, y le encanta la idea de que trabajemos juntos. —Piper pareció insegura—. Cuando me he dado cuenta de eso, he cargado un poco las tintas. Le he contado que eres muy romántico y que te encanta sorprenderme. Incluso he inventado una mentira muy convincente para explicar por qué fuiste tan desagradable durante la fiesta de Paul.

—¿Qué le has contado? —pregunté, preocupado.

—Le he dicho que habías planeado un viaje romántico por sorpresa para llevarme a hacer yoga en la India, y te acababan de decir que se había cancelado.

—*Piper* —suspiré—. ¿Por qué has tenido que inventarte todo eso?

—¡Porque así es como la he convencido! En el fondo, es una romántica, así que ahora le hace mucha ilusión recibirnos. Ha insistido en que nos quedemos en su granja todo el tiempo, en lugar de ir a un hotel. Hasta me ha enviado fotos de la casita en la que nos va a instalar. —Piper dejó escapar un resoplido—. Aunque a mí no me parece tan pequeña.

Mierda. ¿Tendríamos que dormir en la misma habitación? No se me había ocurrido que nos fuéramos a encontrar en esa situación. ¿Cómo iba a resistirme a ella veinticuatro horas al día?

—Entonces, ¿tendremos que fingir ser una pareja durante todo el viaje? —pregunté—. ¿No podemos reservar dos habitaciones en un hotel y quedar con ellos para ver la granja?

—No. —Se mordió el labio—. Si quieres ese contrato, tendrás que darles lo que esperan. Vas a tener que fingir estar completa y locamente enamorado de mí.

¿Fingir estar enamorado de Piper? Había escalado montañas y explorado el fondo del océano, pero este reto me pareció insuperable. No es que dudara de poder representar bien el papel. Sería muy sencillo fingir afecto por una mujer tan increíble como Piper. Lo difícil sería recordar que solo era una representación.

—¿Y tú? —pregunté, sin querer pararme a pensar en cuántas demostraciones de cariño íbamos a tener que fingir.

Piper se puso una mano sobre el corazón y me miró agitando las pestañas con rapidez.

—Oh, yo no tendré que actuar. Ya estoy *tan* enamorada de usted, señor Forde… —Se deshizo en carcajadas.

—No va a haber quién te aguante, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres, amorcito. —Volvió a pestañear, tan rápido que parecía que estaba tratando de provocar una brisa.

—A esto. —La señalé con un gesto—. Vas a intentar avergonzarme todo el tiempo.

—¿Intentarlo? —Abrió mucho los ojos—. Oh, Vincentito, espera y verás. ¡Voy a ser la novia falsa más pegajosa, amorosa y empalagosa que jamás se ha visto! Para cuando terminemos, estarás convencido de que todo es real.

Me hacía una idea de lo cursi que podía llegar a ser, y lo mucho que iba a divertirse tratando de hacerme sentir incómodo, ridículo.

Entonces, ¿por qué se me aceleraba el corazón solo de pensarlo?

~

Ver el mundo a través de los ojos de Piper fue toda una revelación.

Estaba acostumbrado a mujeres que se comportaban como si tuvieran derecho a todo lo que se les ofrecía, y aún más. Por el contrario, Piper disfrutaba con entusiasmo y muchas ganas de todos y cada uno de los privilegios que yo hacía tiempo que daba por sentados. Se lo estaba pasando como nunca, y solo llevábamos dos horas de vuelo. Le había encantado *todo*, desde la bolsa de aseo personalizada que le esperaba en su asiento del avión, hasta los aperitivos seleccionados para ella. Las pequeñas cosas que apenas habrían merecido un simple «gracias» de mis anteriores acompañantes, hacían a Piper vibrar de placer.

—No me puedo creer que me estés pagando por esto —suspiró al acomodarse en la suave butaca de cuero—. ¡Me estoy pellizcando todo el tiempo!

Yo pensaba lo mismo. No me gustaba admitir lo mucho que disfrutaba de la compañía de Piper, porque nuestro tiempo juntos tenía fecha de fin caducidad y tenía que recordarme ese hecho todo el tiempo.

—Me alegro de que ya te estés divirtiendo. Estoy seguro de que podremos sacar mucho partido a este viaje, siempre que no perdamos de vista el objetivo.

—No recuerdo la última vez que me fui de vacaciones —continuó ella como si no me hubiera oído—. A ver, de vez en cuando tengo que viajar para hacer fotos, pero no he tenido muchas oportunidades de viajar por diversión.

—Piper, esto sigue siendo un trabajo —le recordé con suavidad—. Tendrás que hacer fotos para la página web y las publicaciones en redes, además de conseguir que firmemos el contrato.

—Y también representar el papel de tu devota novia —añadió ella con una sonrisa exagerada—. Pero da igual. ¡Me lo voy a pasar bien de todos modos!

Consiguió arrancarme una risa. Su capacidad para ver los aspectos positivos de cualquier situación, incluso cuando yo intentaba enfrentarla a la realidad, me resultaba absurdamente encantadora.

—¿A dónde fuiste en tus últimas vacaciones? —preguntó Piper.

Me paré a considerar la pregunta, mientras intentaba no mirar una de sus piernas desnudas, a solo unos centímetros de la mía, porque me hacía perder el hilo. ¿Tendríamos que ir a la playa? ¿Había traído un bikini? ¿Tendríamos que fingir estar enamorados, *en bañador*?

Solo de pensarlo, noté que se me empezaba a poner dura. Bastante me iba a costar ya conseguir firmar el contrato, sin tener que luchar contra la atracción que sentía hacia mi supuesta novia.

—¿Y bien? —exigió Piper, sacándome de mis fantasías sexis—. ¿Último sitio al que has ido de vacaciones?

—Pues —dije, concentrándome en recordar—, creo que fue España, con mi ex.

—*Oh* —exclamó Piper—. ¡A mí me encantaría ir!

Yo también había asumido que a Maya le gustaría descubrir España conmigo, pero a ella le había interesado más pasar información a la prensa sobre lo que íbamos a hacer, para que tuviéramos público en todo momento. Ella se había pasado el viaje posando y fingiendo comer, y yo me había sentido muy incómodo. Casi no vimos nada interesante.

—¿Te he enviado el itinerario que han preparado Jean y Joe? —preguntó Piper.

—Sí, pero he estado demasiado liado y no he podido leerlo todavía. Déjame buscarlo.

Busqué el mensaje entre los muchos que había en mi bandeja de entrada y, cuando abrí el documento adjunto, vi que llevaba el membrete de la granja, que tenía una flor de heliotropo enlazada entre las letras. Estaba muy cerca de conseguir lo que deseaba, y no podía permitir que la tentación que representaba Piper me distrajera de mi objetivo.

—¿Qué pasa? —preguntó Piper—. Has puesto mala cara. ¿No te gusta el plan que nos han preparado?

—Aún no lo he leído —dije, reponiéndome—. Estaba pensando en nuestra estrategia.

—Siempre estás trabajando —suspiró ella.

Miré aquel itinerario tan ajetreado.

—Eh, espera un momento. ¿Tú has aprobado todo esto?

Ella encogió un poco los hombros y se mordió el labio.

—Confieso que lo preparamos entre Jean y yo. Tuve que hacerlo, para terminar de convencerla.

—*Piper* —la reprendí—, ¡no pienso ir a montar a caballo!

—¿Por qué no? ¿Es que no has crecido jugando al polo, o yendo de cacería, o cosas así?

—No. —Leí aquellos planes imposibles, cada vez más irritado—. No monto a caballo. Bajo ningún concepto. Jamás.

—Un momento… —Su tono sonó más suave, preocupado—. ¿Tienes algún problema con los caballos?

Alcé la vista de mi teléfono.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, me ha dado esa sensación. —. Piper se encogió de hombros, e hizo una pausa—. ¿Tengo razón?

Me volví hacia ella con un suspiro.

—Digamos que tuve una mala experiencia de niño.

—¡Oh no! —Me puso una mano en la muñeca—. ¿Te hiciste daño?

Aunque solo trataba de reconfortarme, el contacto con sus dedos me resultó eléctrico, como un preludio de algo. Me aclaré la garganta y me centré en contestar su pregunta.

—No lo recuerdo bien, porque era muy pequeño. Solo recuerdo un caballo que no quería que lo montara, y a mi madre llorando.

En realidad, no recordaba absolutamente nada de aquel incidente, pero se había convertido en una leyenda familiar. Durante toda mi vida, mi madre le había contado a la gente que «a los caballos no les gusta Vincent», lo que me llevó a creer que yo tenía algún defecto que desagradaba a toda la especie de aquellos animales majestuosos. Sin embargo, en aquel momento, resultaba extraño lo sencillo que había sido contarle esa historia a Piper. Ya le había contado a ella mucho más que a ninguna otra mujer con la que había salido.

No, nada de otras mujeres con las que había *salido,* porque no estaba saliendo con Piper. ¿Por qué me costaba tanto recordar eso?

—Tal vez podamos limitarnos a ver los caballos, en lugar de montarlos —sugirió Piper.

—O, tal vez, podemos centrarnos en las flores. —Volví a mirar mi teléfono y seguí leyendo, con un ceño cada vez más fruncido al ver lo que aquellas dos habían preparado—. ¿Yoga, Piper?

—Um, eso fue idea de Jean, puesto que el viaje a India se ha «cancelado» —explicó, haciendo el gesto de comillas con los dedos —. Ha localizado al yogui más famoso de la isla y ha conseguido que acepte darnos una clase privada. Quedaríamos muy mal si lo rechazáramos.

—Así que la visita a la granja no será hasta el segundo día —observé irritado.

—Es para que se nos pase el *jet lag* —explicó ella.

—¿Y esta noche cenamos con ellos?

—Sí, vamos a tener que empezar con el espectáculo enseguida. ¡No tendremos mucho tiempo para descansar! ¿Estás listo para fingir que me quieres?

Piper pestañeó con rapidez una vez más y, a pesar de lo poco que me apetecía todo aquello de los caballos, el yoga y la cena, no pude evitar reírme. ¿Estaba preparado? Sí, más de lo que quería admitirle a ella. O a mí mismo.

—Me las apañaré —dije, por fin.

—¡Excelente! —Con una sonrisa, Piper apretó el botón que reclinaba el respaldo de su asiento—. Y ahora, necesito descansar para tener buen aspecto—explicó, sacando de la bolsa de aseo el antifaz para dormir.

No lo necesitaba en absoluto, porque estaba perfecta, pero no discutí con ella. Me resultaría más fácil centrarme si ella estaba dormida, en lugar de desplegar sus encantos conmigo. Pasé las siguientes horas contestando correos electrónicos mientras ella dormía, hasta que, por fin, sucumbí yo también al cansancio y cerré los ojos con la intención de dormir tan solo una breve siesta. Pero, para mi sorpresa, no me desperté hasta que el piloto anunció que iniciábamos el descenso.

Piper y yo nos estiramos y nos incorporamos cuando notamos el cambio de presión de la cabina en los oídos.

—Supongo que los dos lo necesitábamos —rio ella.

Yo no solía permitirme dormir a deshora, así que ella tenía razón. Debía de estar más cansado de lo que había creído.

—Voy a asearme un poco —dijo Piper.

Yo seguí su ejemplo, porque tenía la sensación de que Jean y Joe nos estarían esperando al aterrizar. Me sentía un tanto incómodo ante lo mucho que se habían implicado en el viaje, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa necesaria para conseguir las flores. Salvo montar a caballo.

De vuelta en nuestros asientos, el zumbido del avión llenó el silencio entre nosotros, hasta que Piper me miró con aquel destello provocador en la mirada que ya me resultaba familiar.

—Cuéntame, ¿qué tal se te da actuar? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, se supone que estamos enamorados, ¿no? —Me dirigió una sonrisa burlona—. ¿Crees que puedes convencerles?

—Ya lo hemos hecho antes, ¿no?

—Venga ya. Solo fingimos durante un par de horas. Esto es distinto, ahora viene la actuación de verdad.

—¿Dudas de mis cualidades como actor?

Ella se encogió de hombros, pero sabía que me estaba desafiando.

—Solo digo que vamos a tener que pasar mucho tiempo juntos, y no sé tú, pero yo preferiría que no me consideren mala actriz. Quizá deberíamos…

—¿Hacer qué?

—Quizá deberíamos practicar —terminó con una sonrisa pícara.

El corazón me dio un salto, porque creí entender a qué se refería.

—¿Practicar?

—Sí. Deberíamos pensar en cómo vamos a demostrar estar enamorados. —Lo dijo de una forma muy natural, como si

estuviéramos hablando del tiempo, pero su cara…

Me miraba con tanta sinceridad, y estaba tan guapa en ese momento, que me dieron unas ganas enormes de besarla, y tuve que obligarme a mantener las manos quietas. No estaba seguro de entender con exactitud lo que estaba sugiriendo, pero era muy probable que no se refiriera a besarnos, por mucho que yo lo deseara.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —pregunté en una voz que sonó más grave de lo habitual.

—Podíamos intentar algo sencillo… —Extendió una mano y la deslizó en la mía.

Yo cerré mi mano alrededor de la suya por instinto, disfrutando de la sensación. Era un gesto sencillo, en apariencia no más íntimo que un apretón de manos, pero me provocó una descarga de anticipación que recorrió todo mi cuerpo.

—No está mal, ¿eh? —preguntó ella.

Sonreí. Se había quedado muy corta.

—En absoluto.

De hecho, la situación era tan agradable, tan natural, que no pude contener un impulso. La atraje hacia mí, hasta que estuvo tan solo a unos centímetros.

—¿Esto te parece romántico? —susurré, mirándola con atención para asegurarme de no haber interpretado mal su intención.

De repente, la atrevida Piper se había vuelto tímida, y sus mejillas habían adquirido un tono sonrosado. Sin embargo, siguió mirándome sin hacer ademán de apartarse, lo que me dio la confianza necesaria para cerrar el espacio que había entre nosotros y unir mis labios a los suyos.

Fue más un roce que un beso, pero fue suficiente para hacerme pensar en hasta dónde podríamos llegar. Nos separamos despacio, justo cuando el avión tomaba tierra. Los ojos de Piper recorrieron mi cara, como preguntándose si los dos habíamos sentido la misma descarga.

Sí, había sido muy real y yo estaba jodido, porque ahora necesitaba mucho más.

—Bienvenida a Hawái —susurré, con el beso aún vibrando en mis labios.

—Gracias —respondió ella en otro susurro, pero enseguida sonrió traviesa—. Ahora, vamos a divertirnos.

PIPER

Era oficial, estaba en el paraíso.

Un frondoso paraíso tropical que olía a flores, y que parecía tener hasta una cascada allá, en la distancia. ¿Cómo podía ser esto parte de mi trabajo?

Lo que resultaba más extraño era el hecho de ir de la mano con un hombre al que antes detestaba, pero que ahora debía admitir que me *gustaba*.

Había asumido desde el principio que Vincent no era más que un capullo con problemas emocionales, al que solo le importaban los beneficios de la empresa; sin embargo, poco a poco, me iba demostrando que era mucho más que eso. Su preocupación por su padre y la abuela Dee, y su disposición para mostrar su lado más vulnerable durante el vuelo, me habían permitido descubrir algunos aspectos inesperados del rompecabezas que era Vincent Forde. Solo esperaba que siguiera dándome nuevas oportunidades para descubrir cómo era en realidad.

Por suerte, a los Sullivan también pareció caerles mejor. Después de enseñarnos su impresionante casa, nos encontrábamos inspeccionando la casita en la que nos instalaríamos nosotros, situada colina abajo respecto del edificio principal.

Estaba decorada en lo que podría llamarse estilo hawaiano rústico elegante: techo muy alto de paneles de madera clara, y una pared posterior formada por ventanales cubiertos de ligeras cortinas blancas que ondeaban en la brisa. Resultaba discretamente lujoso, y enfocado a la comodidad y el respeto al entorno.

—Por aquí, venid por aquí —nos instó Jean—. Quiero que veáis el paisaje desde la parte de atrás.

—No os lo vais a creer —añadió Joe con un guiño.

Vincent tiró de mí hasta que los cuatro estuvimos frente a los ventanales de la pared posterior, mirando hacia los extensos campos de heliotropo. Ante nosotros se extendían kilómetros de flores moradas, solo interrumpidas por algún destello blanco o rosa ocasional. No era de extrañar que todo oliera tan bien.

—Son perfectas —dijo Vincent, admirado.

Yo sabía que estaba pensando en la cosecha, pero sonó como si de verdad admirase la belleza natural del paisaje.

—Estamos muy orgullosos de ellas —dijo Joe—. Nos alegramos de que estéis aquí para verlas.

Contuve la respiración. Lo que Vincent dijera a continuación podría hacer que el viaje resultara un éxito, o un fracaso. Yo había establecido la relación con los Sullivan, pero antes de firmar el contrato, tendríamos que superar las pruebas que nos pusieran por delante, y Vincent tenía que demostrarles que no era solo el capullo al que habían conocido en aquella cena.

—Me honra que hayáis confiado esta cosecha a Summit —dijo, volviéndose hacia Joe—. Vuestra aportación es esencial para el éxito de *Por Siempre*, y nos encanta que las flores de vuestra granja vayan a formar parte de él. Muchas gracias por todo esto.

Respiré aliviada. Humilde, agradecido, amable, pero, sobre todo, *auténtico*. Vincent no estaba representando un papel para los

Sullivan, lo decía en serio. Sabía que las flores eran muy importantes para ellos, y estaba dispuesto a jugarse su reputación para asegurarse de honrar su legado y sus tierras.

—Es un placer para nosotros —contestó Joe.

Los dos hombres se miraron durante unos instantes, como si estuvieran cerrando el trato en silencio.

—Ahora, ¡venid a ver la ducha al aire libre! —dijo Jean dirigiéndose hacia un pasillo.

Joe fue tras ella y nos dejó que les siguiéramos.

—¿Ducha al aire libre? —murmuró Vincent por lo bajo—. ¿Qué es esto, un campamento de verano?

Ah, ahí estaba. No se había ablandado del todo, por lo visto.

—*Para* —susurré, dándole un puñetazo en el estómago que solo le hizo reír.

Me obligué a ignorar lo duro que estaba su estómago. Parecía tallado en granito.

A mí tampoco me hacía mucha gracia la idea de ducharme al aire libre, hasta que vi a qué se refería Jean. Se trataba de un baño que parecía un oasis, con una gran bañera de porcelana situada junto a un espacio abierto al exterior con dos duchas de cascada. La pared que rodeaba todo aquel espacio para darle intimidad era de roca volcánica negra, y estaba cubierta de ramas y enredaderas para integrarla en el entorno.

—Caray, *vaya* —suspiré.

—¿Habéis probado alguna vez una ducha de exterior? —preguntó Jean.

Negué con la cabeza.

—Ninguna como esta —dijo Vincent—. Yo tuve que usar una improvisada durante una escalada, al llegar a la cima, pero la experiencia fue totalmente distinta.

—Digamos que dos duchas significan el doble de diversión —rio Joe.

Me costó un segundo entender lo que quería decir, y luego me sonrojé, sin poder evitar imaginarlo. Vincent y yo no íbamos a ducharnos juntos, de ninguna manera. Claro que… tampoco era la peor idea que había oído. Le miré de reojo e intenté imaginar qué aspecto tendría bajo la cascada de agua, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados… y yo de rodillas delante de él.

¡PARA!

Lo que daría por verlo mojado.

¡*Céntrate*!

—Tengo ganas de probarla —dijo Vincent, obligándome a dejar de pensar en agarrarme a su culo desnudo.

Él me cogió la mano y me acercó para plantarme un beso en la cabeza. Una serie de chispazos recorrieron mi espalda. ¿Cómo íbamos a poder manejar todo aquello?

—Oooh —suspiró Jean—. Sois encantadores. Estoy deseando que nos contéis vuestra historia esta noche. Estoy segura de que estaréis cansados, así que, ¿quedamos a las seis?

Yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que se creyeran nuestra historia de amor, pero me alegraba que quisieran cenar pronto, porque estaba empezando a notar la diferencia horaria.

—Nos va bien, ¿verdad, cariño? —preguntó Vincent.

—Sí, así tendré tiempo para refrescarme un poco —contesté.

—¿Os vestís para cenar? —preguntó Vincent.

Lo preguntó de una forma que me hizo pensar en bromear sobre cenar desnudos, pero me lo pensé dos veces.

—En general, seguimos las reglas de la isla —rio Joe—. Aquí, las chanclas se consideran elegantes. Podéis vestiros como estéis más cómodos.

Gracias a Linda, la asistente de Vincent, tenía un montón de opciones disponibles en la maleta. Ella había insistido en llevarme de compras con la tarjeta de crédito de Vincent, con el argumento de que, dado que se trataba de un viaje de trabajo, la empresa debía asegurarse de que tuviera todo lo necesario. Aunque él me había indicado que comprara lo que quisiera, había sido Linda quien me había animado a amontonar un modelo tras otro sobre el mostrador de la elegante boutique a la que me había llevado.

—Descansad los dos un poco, o haced lo que queráis. —Jean nos guiñó un ojo—. Nos veremos a las seis, venid con hambre.

Se marcharon cogidos de la mano, y nos quedamos solos.

—Supongo que debería deshacer la maleta —dije.

Me alegré de tener algo que hacer, porque estaba empezando a comprender la enormidad de la situación en la que nos habíamos metido. Dormir juntos. Dormir en la misma habitación que el tío bueno de mi jefe.

—Eso ya está resuelto. Mira en el vestidor —dijo Vincent desde detrás de mí.

Fruncí el ceño. ¿Cómo? No podía ser. Abrí la puerta de un vestidor del tamaño de una habitación y, efectivamente, cada una de mis prendas estaba ya planchada y colgada. Y ahora, ¿qué podía hacer para evitar obsesionarme con aquel hombre tan guapo que no dejaba de mirarme?

—Ven aquí conmigo —dijo Vincent desde algo más lejos, como si hubiera sentido mi preocupación.

Lo encontré tumbado en una hamaca en el porche, con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Yo fingí frotarme los ojos y quedarme mirándole.

—¿Cómo? ¿Vincent Forde sabe relajarse y descansar?

—Tampoco es que tenga otra opción —replicó, en un tono lento y tranquilo que me provocó un escalofrío por la espalda—. Voy a tener que adaptarme a esto del «ritmo de las islas» si quiero conseguir el contrato. Tú deberías hacerlo también.

Señaló la hamaca junto a la suya y yo comencé a instalarme en ella con cuidado. Me miraba de una forma que me pareció diferente. Tal vez era el calor tropical, o tal vez era solo él, pero el corazón me latía en el pecho con una fuerza inusual.

—Ten cuidado, se vuelca con facilidad —me advirtió Vincent.

El aviso llegó demasiado tarde. No había calculado cómo distribuir mi peso, y la hamaca dio una vuelta completa, lanzándome al suelo de culo.

—¡Mierda! —exclamó Vincent—. ¿Estás bien?

Se inclinó bruscamente y su hamaca osciló de forma peligrosa. Durante un segundo, estuve segura de que iba a caer sobre mí, y casi esperé que lo hiciera. Yo tenía una rodilla en el suelo y estaba apoyada sobre las manos, con el otro pie en alto, enganchado aún en las cuerdas de la hamaca. Los hombros me temblaban de risa.

—¿Piper? —preguntó Vincent, que no podía ver que me estaba riendo—. ¿Te has hecho daño?

—Y tanto que es fácil volcar —dije, llorando de risa.

Él me tendió una mano para ayudarme a levantarme, pero cuando la cogí, di un fuerte tirón. Su hamaca giró casi trescientos sesenta grados, y le hizo caer junto a mí.

—*Piper* —gruñó, tirado en el suelo.

La forma en que dijo mi nombre, con voz grave, casi peligrosa, me hizo sentir un vuelco en el estómago. Me mordí un labio para contener la risa, pero al verle ahí, tirado en el suelo con el pelo algo alborotado, no pude contener las carcajadas. Él intentó parecer enfadado, pero terminó por ceder. Al parecer, Vincent Forde sí que sabía reírse.

Y, *maldita sea*, su risa me hizo sentir algo. Me había prometido a mí misma portarme bien, considerando todo aquello del viaje de trabajo, el futuro de la empresa y demás, pero aquella versión tan agradable de Vincent estaba acabando con mis defensas.

Conseguimos calmarnos, aunque seguíamos sonriendo como idiotas. Él se puso en pie primero y me volvió a ofrecer su mano. Cuando me levanté, me acercó tanto a su cuerpo que pude oler el ligero aroma de su colonia: limpio, silvestre, y totalmente enloquecedor.

—Estás cansada y eufórica —murmuró de forma que su respiración acarició mi sien—. Va a ser una noche muy larga.

Me serené de golpe al comprender la realidad. Miré hacia el interior de la casa, y ahí estaba: una sola cama grande, en la habitación al final del pasillo.

Sí, desde luego que iba a ser una noche *muy* larga.



Si tuviera que poner nota a nuestra actuación como pareja, nos habría puesto un diez. Fuimos tan encantadores durante la cena, que hasta yo misma empecé a pensar que todo iba en serio.

Como era de esperar, la cena consistió en una selección perfecta de frutas y verduras locales, además de un pescado que, según Joe, había sido capturado solo unas horas antes. Cuando terminamos el postre, la combinación de toda la comida, el champán y el *jet lag* me

obligaron a hacer un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, aunque me lo estaba pasando como nunca.

—Antes de que os vayáis a dormir, me gustaría confirmar el plan para mañana —dijo Jean—. Podéis desayunar a la hora que queráis, tanto en vuestra casa como en la principal. No tenéis más que llamar desde el teléfono de vuestra habitación y pedir al encargado lo que os apetezca.

—Y a las once, iremos a montar —recordó Joe.

Vincent se encogió de una forma casi imperceptible.

—Bueno, estaba pensando… —comenzó.

Contuve la respiración. Por mi parte, estaba más que dispuesta a abandonar la idea de montar a caballo ahora que sabía que representaba un problema para Vincent, pero Jean estaba muy orgullosa de sus planes. ¿Se ofenderían si les pedíamos cambiarlos?

—Puede que no sepáis que Piper juega muy bien al golf —continuó, tras dirigirme una mirada rápida—, y se me ha ocurrido que podría ser divertido organizar un juego rápido de nueve hoyos. Eso, si vosotros todavía jugáis.

Abrí la boca para protestar. Después de todo, si a Vincent le ponía nervioso montar a caballo, a mí me ponía nerviosa jugar al golf. Prentiss casi había acabado con mi amor por el juego. Sin embargo, me contuve al pensar que el golf era una buena solución para evitar los caballos. Además, había oído que los campos de la isla eran muy bonitos. ¿Por qué tenía que ser una mala idea el golf? Tal vez esta era la oportunidad de recuperar mi pasión por el juego. En lugar de asociarlo a un motivo de tensión entre Prentiss y yo, podría utilizarlo para cerrar el acuerdo.

Miré a Vincent a los ojos. Los suyos parecían esperanzados, así que esbocé una sonrisa y asentí con la cabeza. Si Joe y Jean estaban de acuerdo en cambiar los planes, yo me apuntaría.

—Sí que jugamos —dijo Joe, con una ceja levantada—, pero a Jean le hacía mucha ilusión llevaros a montar…

—No, no, no —dijo la aludida con rapidez—. Yo solo quería asegurarme de que tuvierais cosas que hacer, pero si preferís el golf, eso haremos. Y ¿qué es eso de nueve hoyos? Si jugamos, será los dieciocho.

—Perdonad, pero hay un problema —dije con cautela—. No he traído ropa ni zapatos de golf.

—No te preocupes por eso. —Jean me aplacó sacudiendo una mano —. Pediré al club que nos envíe unas cuantas cosas. Pero ¿estáis seguros de querer jugar con un par de viejos?

—Por supuesto —insistió Vincent—. Este viaje no solo es para Piper y para mí, se trata de nuestra asociación.

Sus palabras dejaron a Jean encantada, mientras que Joe dirigió a Vincent un gesto de asentimiento.

—Me alegro de oír eso. Ya estoy deseando daros una paliza mañana en el campo.

—No tan rápido —dije yo, bastante animada ya—. ¿Por qué no le damos un poco más de emoción? Cambiemos de pareja. Yo iré contigo, Joe, y Jean puede jugar con Vincent.

Jean dio unas cuantas palmadas, encantada.

—Oh, ¡nos lo vamos a pasar fenomenal!

Después de acordar la hora, Vincent y yo nos dirigimos a la casita. Yo estaba tan cansada que, cuando él me tomó de la mano, me apoyé en él sin darme cuenta.

—Has estado perfecta —dijo en voz baja—. Gracias.

Sentí una oleada cálida por todo el cuerpo. En ese momento, *todo* era perfecto. El efecto del champán, la enorme luna en un cielo azul

oscuro, la sensación de la mano de Vincent envolviendo la mía… No recordaba haberme sentido tan feliz y satisfecha jamás.

Aun así, a pesar de la satisfacción, una parte de mí ansiaba algo que no podía tener. Miré a Vincent para recordarme que el hombre que me llevaba de la mano era mi jefe, no mi novio.

—Creo que los dos lo hemos hecho bien. Ha sido una forma muy elegante de evitar los caballos, por cierto. —Al mirarle, vi que estaba sonriendo.

—Sí, ha sido un buen cambio: nos da más tiempo para engatusar a los Sullivan y, además, puedes presumir de lo bien que juegas.

—Ya te puedes ir preparando para perder —reí.

—Y tú prepárate para tragarte tus palabras —replicó él.

Cuando entramos en la casa, sentí que me espabilaba de golpe. Hora de acostarse, en una cama para los dos.

—Oye, yo puedo dormir en el sofá —dijo Vincent en un tono demasiado ligero, como si me hubiera leído el pensamiento—. No quiero hacerte sentir incómoda.

—¿Vas a dormir a la intemperie? —pregunté, señalando al exterior.

—Bueno, no sería la primera vez. —Se encogió de hombros—. He ido de acampada extrema muchas veces, y tampoco es que esto sea demasiado incómodo.

Señaló el sofá del porche, amplio y cómodo.

—El caso es… —Hice una pausa y comprendí, con un vuelco en el estómago, que quería tenerlo junto a mí—. Es una cama muy grande.

—Debe medir dos metros —asintió él.

—Podemos dormir cada uno en un extremo —sugerí, con una voz que sonó más firme que los latidos de mi corazón.

—¿Estás segura de que eso no será un problema? Es muy probable que esto suponga algún tipo de incumplimiento de las reglas de recursos humanos.

—Sí, pero yo no soy tu empleada de verdad —susurré—. ¡Y no vamos a contarlo!

Vincent soltó una risa grave y cálida que me envolvió como una oleada.

—De acuerdo, resuelto entonces. Me cambiaré y… bueno, nos vemos en el dormitorio.

Vincent también le estaba dando demasiadas vueltas al tema. Yo me dirigí a aquel vestidor enorme, tan grande como mi propia habitación, y encontré uno de los pijamas de seda que había traído. Era negro, así que no se transparentaría, y el pantalón y las mangas eran cortos, para no dar demasiado calor. Cuando me miré en el espejo, la tela, suave y ligera, se pegaba a mi piel lo bastante como para hacerme sentir atrevida. No era lencería, pero era bastante sexi. Claro, que tampoco quería estar sexi para Vincent, ¿no?

Mentira. Por supuesto que quería estar sexi para él.

Cuando él salió del baño, casi tropezamos el uno con el otro. Inspiré hondo, porque su versión de un pijama no era más que unos calzoncillos color azul marino.

Vincent estaba bien con cualquier tipo de ropa con la que le había visto hasta ahora, pero así, casi desnudo, era *arrebatador*. Mis ojos recorrieron su cuerpo, desde sus hombros anchos y su pecho definido, hasta unos muslos fuertes y musculosos que me obligaron a tragar saliva. No podía entender por qué tantos hombres se centraban en ejercitar solo el torso, cuando unas piernas fuertes resultaban tan atractivas.

Vincent se aclaró la garganta, y comprendí que me había quedado mirándole sin pestañear. Mis mejillas enrojecieron y me pareció que la temperatura de la habitación había subido unos cuantos grados.

—Qué pijama más mono —dijo con un gesto vago.

—He comprado, quiero decir, has comprado uno de cada color, así que prepárate para un espectáculo distinto cada noche.

Sus ojos parecieron oscurecerse un poco.

—No, no me refiero a *esa* clase de espectáculo. —Reí nerviosa—. Como un desfile de moda, solo que de pijamas.

—Me gustará cualquier cosa con la que desfiles para mí —dijo con una voz grave y ronca que me hizo sentir un cosquilleo.

—¡Ja! —Mi risa sonó chillona, aguda y demasiado ansiosa, y me hubiera dado una bofetada por eso.

Corrí a la cama y, prácticamente, me sumergí bajo las aquellas sábanas tan lujosas, tratando de crear una barrera de tela entre nosotros antes de perder el control de mí misma. Vincent apagó la luz del techo y la habitación quedó a oscuras, salvo por la tenue luz de una lámpara en la mesilla. Noté cómo se hundía su lado de la cama cuando se acostó.

Empecé a respirar con rapidez. Vincent y yo estábamos en la *cama*. Juntos.

La habitación parecía mucho más pequeña.

—Te pido disculpas por adelantado. —Me volví hacia él y me sobresalté al encontrar que un Vincent Forde casi desnudo me estaba observando. La lámpara le iluminaba desde atrás, así que no pude identificar su expresión—. Me muevo mucho cuando duermo. Es posible que acabe en tu zona de la cama, perdóname si lo hago.

—No hace falta que te disculpes —contestó él—. Yo también me muevo cuando duermo.

El ambiente en la habitación pareció más pesado mientras compartíamos nuestras peculiaridades nocturnas. ¿Cómo narices habíamos acabado en aquella situación?

—Es que hay algo más. Puede que… te abrace sin querer —dije en voz baja, con gran esfuerzo. Era una locura admitirlo, pero también era verdad—. No puedo controlarlo.

—Pues eso no puede ser —murmuró Vincent.

Preocupada, me pregunté si le habría asustado y ahora querría irse a dormir al sofá.

—A mí me gusta ser el que abraza, no que me abracen —continuó, con ojos oscuros e impenetrables clavados en los míos—. Así que, si no te parece mal, vamos a resolver el problema antes de que ocurra.

Extendió una mano, me rodeó la muñeca con cuidado y tiró de mí hasta que estuve a solo unos centímetros de él. La proximidad me cortó la respiración. Notaba el calor de su cuerpo.

—¿Te parece bien que te abrace? —murmuró.

El corazón se me iba a salir del pecho estando tan cerca.

—Sí…

Nos miramos unos instantes más, asimilando lo que estábamos haciendo, hasta que yo me giré hacia el otro lado y apreté la espalda contra él. Vincent me rodeó con un brazo, y yo dejé escapar un suspiro al notar que encajábamos a la perfección. La sensación de su cuerpo pegado al mío era como una corriente eléctrica.

—Buenas noches, Piper —susurró en mi oído, y su respiración contra mi piel me provocó un escalofrío por la espalda.

Había imaginado antes en esas sensaciones. Diablos, si hasta había soñado con sentirlo y, sin embargo, la realidad era mucho mejor de lo que había imaginado. El peso de su brazo sobre mi cintura, su cuerpo apretado contra el mío; todo era perfecto, como debía ser. Estaba unida a él como si mi cuerpo hubiera sido diseñado para encajar en el suyo.

—Buenas noches, Vincent —susurré con voz temblorosa.

Hablar era lo único que me mantenía cuerda en ese momento. Intenté luchar contra el cansancio para poder disfrutar con calma de la sensación de estar pegada a él, pero no tardé mucho en rendirme al sueño.

Tuve los mejores sueños del mundo.

12

VINCENT

Nunca me había alegrado tanto de perder al golf.

Como era de esperar, Piper y Joe habían dominado el juego por completo. Al principio yo había estado dispuesto a demostrar a Piper que no era la única que sabía jugar, pero fue evidente enseguida que ella estaba a otro nivel. Me obligué a cambiar de estrategia para jugar como un aficionado casual en lugar de un competidor, y me pasé los dieciocho hoyos haciendo reír a Jean.

Me sorprendió lo divertido que resultó el juego y tuve que felicitarme: el golf había sido una idea estupenda.

Había querido lograr que los Sullivan se sintieran cómodos con la parte de nuestra visita relativa a los negocios, pero una parte de mi estrategia era conseguir caerles bien. Aunque habría sido fácil asumir que cerraríamos el acuerdo sin más, me negaba a dar nada por hecho hasta que se hubiera secado la tinta de las firmas. Por el momento, todo parecía estar a nuestro favor y encaminarse a permitirnos cerrar pronto el trato.

Los días que siguieron reforzaron esa sensación. Piper dio rienda suelta a todo su encanto con los Sullivan y, una vez que les explicamos cómo Summit respetaría su propiedad, se comprometieron en firme a vendernos de las flores. Yo tenía sobre aviso a los abogados de Summit, que redactaron el contrato

rápidamente. Lo único que faltaba era que los Sullivan firmaran en la línea de puntos.

Sin embargo, al estar tan cerca de conseguirlo, una parte de mí temía el momento de la firma. El viaje había sido un éxito desde todos los puntos de vista, pero… no sabía si estaba seguro de querer que acabara. En tan solo unos días, Piper y yo nos habíamos acostumbrado a una rutina muy cómoda, y habíamos compartido tiempo y espacio de un modo que me había resultado muy natural.

La mañana del día en que íbamos a firmar, Joe insistió en celebrarlo con un último juego de golf, así que comenzamos el día en el campo. Como siempre, Piper y él nos ganaron y yo… Yo hice lo posible por mantener la compostura cada vez que Piper apretaba el palo y se colocaba en posición de golpear la bola.

Después de comer en el club de golf, volvimos a la granja Sugarview y quedamos para cenar cuando se pusiera el sol, lo que nos dio a Piper y a mí la tarde libre para hacer lo que nos apeteciera.

Tras pasar aquella primera noche con el culo de Piper pegado a mi entrepierna, se me habían ocurrido unas cuantas ideas subidas de tono acerca de lo que podríamos hacer en nuestro tiempo libre. Aquella noche, Piper se había dormido enseguida, pero yo me quedé despierto al menos una hora, disfrutando de la sensación de estar con ella. Por suerte, su sueño era muy profundo, porque, al cabo de un rato, cedí a la tentación y deslicé los dedos por la aterciopelada piel de su hombro. Sin embargo, las demás noches había optado por dormir en la hamaca al aire libre. Piper no había protestado demasiado, lo que sin duda era mejor, porque solo pensar en volver a compartir la cama con ella otra vez… Era demasiado para mí.

El coche nos dejó en la casa principal, y nos dirigimos a la nuestra caminando, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Ven por aquí —dijo Piper de pronto, saliendo del camino en dirección a un grupo de árboles.

Como siempre, no tenía ni idea de lo que pretendía, pero quería averiguarlo. Ella se dirigió al borde de los campos de heliotropo y se volvió hacia mí.

—Explícame qué tiene esta pequeña flor morada para que la hayas elegido para *Por Siempre*. ¿Por qué es tan especial?

—¿Quieres saberlo de verdad? —pregunté con una sonrisa.

—Pues claro. Después de todo, es la razón por la que hemos venido hasta aquí. Y con todas las flores que existen, podrías haber elegido otra que te hubiera dado menos problemas.

Me acerqué a una de las plantas y cogí una de las flores, para inhalar aquel aroma mágico.

—Su olor es incomparable —dije, cerrando los ojos para olerlo una vez más—. Y fíjate en esta cosecha. Hemos acertado de lleno. Yo lo comparo con las uvas de la región de Champaña, en Francia. Esta tierra aporta algo diferente a la planta, da unos matices muy particulares a su aroma.

—Sí, vale —dijo Piper, que no estaba convencida—, pero no has contestado mi pregunta. Existen muchísimas flores distintas. ¿Por qué esta, en concreto?

Me acerqué a ella con la flor en la mano y se la puse delante.

—Huélela.

Ella se inclinó, cerró los ojos e inhaló el aroma. Aproveché ese momento para observarla. Su piel había cogido algo de color y le habían salido más pecas, gracias a las horas pasadas en el campo de golf. Unos mechones de pelo habían escapado de su coleta alta y enmarcaban su cara. El aroma que yo quería inspirar era el suyo, calentado por el sol.

—De acuerdo, huele muy bien, pero también huelen bien las lilas y las gardenias.

—Ya te lo dije aquel día en el mercado. Cada flor tiene su significado. ¿Sabes cuál es el de esta? —Alcé la flor al aire, sujeta por el tallo como si fuera una copa de vino—. Simboliza la fidelidad y la devoción. Lo que espero es destilar esos elementos en *Para Siempre.*

—Oh —dijo Piper en voz baja, mirándome con una pequeña sonrisa en la boca—. Eso sería como la esencia del amor.

No pude contener un resoplido al escuchar sus palabras, pero al ver su expresión sorprendida, comprendí que acababa de echar a perder un momento de intimidad entre nosotros.

—Perdona, no pretendía reírme de ti. Es solo que, según mi experiencia, muy pocas personas tienen la suerte de experimentar esos sentimientos. Fíjate en mi padre. ¿Fiel y devoto? —Sacudí la cabeza—. Después de cuatro mujeres, no creo que ni siquiera sepa lo que eso significa.

—De acuerdo, pero ¿y los Sullivan? —argumentó Piper, señalando hacia la casa—. Llevan juntos cuarenta años, y tienen tres hijos y cinco nietos. Ahí tienes la fidelidad y la devoción.

—No digo que sea imposible —expliqué tras pensarlo un momento —. Estoy siendo realista. El amor de verdad y duradero es muy poco frecuente. La historia de mi familia demuestra que los Sullivan son la excepción, no la regla.

—Entonces, ¿por qué te importa el heliotropo? —protestó Piper—. ¿Por qué intentas capturar la idea de la fidelidad, si tienes una idea tan negativa del amor?

Me quedé helado. Nunca me había parado a pensar en la razón por la que me había embarcado en la misión de encontrar y destilar el heliotropo. Sí, en parte se debía a que me gustaban los retos, a que *necesitaba* enfrentarme a un desafío. Sin embargo, el aroma cálido de aquella flor me hacía sentir… No era capaz de expresarlo con palabras, salvo para decir que era como un abrazo. Cuando

diseñamos el perfil de la fragancia, Celine me había sugerido otras opciones, pero nada me había calado tan hondo como el heliotropo. Por muchos obstáculos que encontrara en mi camino, tenía que ser el heliotropo, o nada.

Piper cogió otra flor y se acercó a mí.

—¿Es porque, en el fondo, sí que crees en el amor? —Olió la flor y parpadeó—. ¿Quizá esperas encontrarlo algún día? —Su voz se redujo a un susurro.

El corazón me latió con fuerza en el pecho, y di un paso hacia ella.

—Créeme, no lo haré —dije en voz baja, mirándola a los ojos—. Soy demasiado cínico.

—Pero podría ocurrir —sonrió ella—. Si encuentras a la mujer adecuada.

Oh, aquella boca. Lo que podría hacerme…

Había creído que el beso en el avión solo había sido fruto de la casualidad, algo que no volvería a repetirse. Pero en aquel momento, Piper me miraba con los labios entreabiertos, de una forma que no ofrecía dudas acerca de que ella lo deseaba tanto como yo.

Extendí un brazo y lo deslicé por su espalda para atraerla hacia mí. Ella empezó a respirar más rápido, como si estuviera nerviosa, ansiosa, preparada. Sus ojos recorrieron mi cara, mientras yo no podía apartar los míos de su boca perfecta.

—¿Qué estás haciendo? —susurró en un suspiro.

No parecía estar acusándome de nada. En todo caso, sonaba esperanzada.

—¿Qué crees tú que estoy haciendo?

Me acerqué aún más a ella, disfrutando de la tensión del momento previo a que se unieran nuestros labios. Estábamos a solo unos

centímetros cuando sonó su teléfono, con un tono tan fuerte que Piper se apartó de mí de un salto, sobresaltada.

—Oh, por Dios —exclamó, con una mano en el corazón. Se alejó unos cuantos pasos y contestó la llamada—. Hola, soy Piper.

El corazón estaba a punto de salírseme del pecho, y maldije para mis adentros a quienquiera que nos hubiera interrumpido.

—Ah, hola, Jean. No había reconocido tu número… El de la casa, claro, ha sido por eso. ¿Qué pasa?

Asintió mientras escuchaba a Jean.

—Sí, eso tiene sentido. —Hizo una pausa—. No, no, es una buena idea. Ajá, claro, podemos hacer eso. Sí. ¡Nos vemos entonces!

Cortó la llamada y se volvió hacia mí.

—Jean quiere que la cena sea más formal, ya que es una «ocasión importante». —Hizo el gesto de comillas con los dedos—. Creo que ya podemos decir que hemos cerrado el trato.

Aunque, como era lógico, estaba encantado de firmar el contrato con los Sullivan, en ese momento me interesaba muchísimo más otro acuerdo al que quería llegar.

—He traído dos vestidos. —Piper tenía la mirada perdida—. Uno es algo más informal, y el otro es un vestido de cóctel. Creo que ese será más adecuado, ¿no? ¿Qué opinas?

Tuve que ocultar mi irritación por la ocasión perdida. Sinceramente, no me importaba lo más mínimo qué vestido se pusiera, si era informal, de cóctel o lo que fuera. Lo que no me quitaba de la cabeza era que preferiría verla sin ningún vestido. La imagen se me presentó sin poder evitarlo: Piper delante de mí, con su piel suave y sus curvas, y sin ningún obstáculo entre nuestros cuerpos. Tuve que tragar saliva e intentar mantener una expresión neutra.

—¿Por qué no vamos a verlos? —propuse—. Puedes hacer un desfile para mí.

—Buena idea —contestó ella—. Quiero asegurarme de estar perfecta para la celebración.

Ella *siempre* estaba perfecta, pero me daba la sensación de que, en ese momento, no le ayudaría que se lo dijera. Aunque aún parecía algo descolocada por el momento que acabábamos de compartir, ninguno de los dos mostró intención de revivirlo.

Volvimos a la casita en silencio.



—¿Más champán, ya que estamos de celebración? —propuso Jean.

Era el momento que llevaba tanto tiempo esperando y, aun así, solo podía centrarme en mi colaboradora. Piper estaba impresionante con aquel vestido rojo de cóctel y el pelo recogido hacia atrás. La forma en que me había estado sonriendo toda la noche me dificultaba mucho la tarea de centrarme en la conversación.

Como siempre, había estado encantadora durante la cena, animando la conversación cuando yo me quedaba sin nada que decir. Una vez más, me había impresionado mucho. Nunca había conocido a nadie igual.

—Ya lo creo que tenemos algo que celebrar —dijo Joe—. Cómo ha cambiado la cosa desde que nos conocimos.

Piper rio un poco al recordar mi horrible comportamiento durante la fiesta de compromiso de Paul y Chloe. Un asistente nos rellenó las copas y yo aproveché para alzar la mía.

—Me gustaría decir algunas palabras antes de continuar.

—Claro, muy bien— murmuró Jean.

Miré alrededor de la mesa mientras los demás levantaban sus copas.

—Ya habréis notado que puedo ser bastante decidido cuando me propongo un objetivo —comencé.

Piper no pudo contener una risotada, y tuvo que taparse la boca con la mano inmediatamente. Yo le dirigí una mirada de enfado fingido y seguí hablando.

—Por suerte, tengo a alguien a mi lado que me ayuda a recordar que en la vida hay muchas más cosas, además de los objetivos. —Volví a mirar a Piper—. Ella me obliga a ir más despacio y disfrutar de las cosas sencillas, como un croissant recién hecho o la puesta del sol. Piper es la razón por la que estamos reunidos aquí esta noche, así que me gustaría brindar por ella y también por vosotros dos, Jean and Joe. Habéis sido unos anfitriones maravillosos. Aunque esta asociación es muy importante para mí por muchas razones, creo que lo esencial es la estrecha relación que hemos forjado durante estos días. —Levanté la copa un poco más—. Por los sueños, los nuevos amigos y el final feliz que será *Por Siempre*.

La habitación se llenó con el tintinear de las copas al chocar en un brindis por el éxito conjunto.

—A mí también me gustaría decir unas palabras —dijo Jean, poniéndose en pie despacio. Era la viva imagen de la matriarca de la mansión, con su vestido largo suelto, azul y naranja y decorado con cuentas—. Vincent, creo que no es un secreto que nuestro primer encuentro fue un tanto… *turbulento*. —Hizo una pausa para sonreírme con ojos entrecerrados—. Pero ahora que hemos tenido la oportunidad de pasar más tiempo juntos, comprendo por qué Piper se ha enamorado de ti, y viceversa. Os complementáis a la perfección, me recordáis a cómo éramos nosotros cuando comenzamos nuestra vida juntos. —Jean miró a su marido y él le tendió una mano para coger la suya—. Este marido mío es un poco gruñón, pero, como Piper, yo también consigo hacerle reír. Si me permitís el atrevimiento, creo que los dos vais a tener una vida larga

y feliz juntos, como la hemos tenido nosotros. Así pues, brindo por los próximos cuarenta años.

Me sentí un tanto abrumado al brindar con los demás. ¿Cuarenta años? Eso sí que parecía un objetivo inalcanzable. Pero cuando miré a la preciosa y chispeante Piper… Sí, podía imaginarme que alguna vez encontraría a alguien que la quisiera durante todo ese tiempo. De hecho, sería muy sencillo pasar la vida entera queriéndola. Yo, desde luego, no era el hombre adecuado, pero estaba seguro de que ella llegaría a encontrar su cuento de hadas.

Mi mente me ofreció entonces una serie de imágenes de Piper, vestida de novia junto a otro hombre, que no me hicieron ninguna gracia. La idea de que estuviera con otro me puso tenso, y me encontré apretando los dientes. Ella merecía una vida de felicidad, pero no quería que ningún imbécil la disfrutara con ella.

Una patada por debajo de la mesa me devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa? —susurró Piper.

Debía de haber puesto mala cara sin darme cuenta. Sacudí la cabeza.

—Estoy bien —vocalicé sin voz.

—Bueno, amigos, creo que ha llegado el momento —dijo Joe, que se levantó de la mesa para acercarse al aparador, donde sacó un montón de papeles de un cajón—. Vuestro abogado ha dado el visto bueno al contrato, así que solo queda firmarlo. ¿Vamos a ello?

—¡Bravo! —aplaudió Piper.

Me acerqué emocionado a Joe, que me tendía una pesada pluma negra. Después de todo, a esto era a lo que había venido. Estaba a punto de lograr *Por Siempre*, y ahora podría disfrutar de la sensación de haber conseguido lo que me había propuesto. Mis químicos podrían destilar un aroma que demostraría que nadie podía competir con Summit en el sector.

Entonces, ¿por qué, al plantar mi firma en el papel, sentí que aún me faltaba algo?

13

PIPER

—No eran esos colores —se lamentó Chloe con voz rota, mirando a sus damas de honor en el espejo.

Tenía los ojos brillantes, con la clase de irritación que es fruto de muchas noches sin dormir y demasiada presión.

Sus amigas, Payton, Caroline y Emma se miraban entre sí sin decir nada, seguramente porque no sabían cómo consolar a la afligida novia. Yo, que acababa de conocerlas, no tenía ni idea de por qué yo, la última incorporación al grupo de amigas de Chloe, era la única que parecía dispuesta a resolver este último desastre en potencia que amenazaba la preparación de la boda.

—¿Qué es lo que no te gusta? —pregunté—. Porque son unos vestidos preciosos.

Y lo eran, pero la pobre Chloe estaba tan obsesionada con que cualquier aspecto de su boda podría salir mal, que no atendía a razones. Estábamos en una boutique muy cara, en una enorme sala blanca de probadores y rodeadas de botellas de champán. La prueba de los vestidos debería haber sido motivo de celebración, pero la futura novia parecía inconsolable.

Chloe sorbió por la nariz y se acercó a donde estábamos todas situadas frente al espejo con aquellos vestidos que, al parecer, le disgustaban tanto.

—Ya sé que pensáis que lo estoy sacando de quicio, pero… —Se detuvo insegura, y su voz sonaba frágil—. Había pedido diferentes tonos de rosa pálido, y el vestido de Caroline es… Es demasiado *chillón*. ¡Es casi fucsia! —Tiró un poco de la tela fruncida de la cintura—. Y el vestido de Emma es demasiado claro, casi blanco. El tuyo es el único que se parece a lo que yo había imaginado, Piper, pero tampoco es el tono adecuado.

A mí me parecía que mi vestido era perfecto, pero no iba a servir de nada intentar decírselo. Estaba claro que el problema no eran solo los vestidos. Había que resolver aquella situación de otro modo.

—Sí, ya veo a qué te refieres. —Emma habló antes de que yo pudiera decir nada—. Es un desastre.

Fue como echar gasolina al fuego.

—¡Gracias! Eso es lo que digo —exclamó Chloe—. Yo solo… No quiero obsesionarme con controlarlo todo, pero, esto no es lo que yo había imaginado, y no sé qué hacer. ¡No son como yo quería!

—Bueno, espera un momento, yo no diría eso —añadí con rapidez, porque veía que Payton estaba a punto de hacer su contribución también. Lo último que necesitábamos era empeorar las cosas, justo cuando Chloe estaba a punto de estallar—. Todos están dentro de la misma gama de colores, sin ser exactamente iguales, y eso era lo que tú querías. El vestido de Caroline es rosa intenso, pero no es fucsia. ¿Por qué no les pedimos las muestras de tela, para elegir los tonos?

—No —dijo Chloe, a punto de echarse a llorar—. No servirá de nada. Yo… Todos me parecen horribles. Ni siquiera sé por qué. Es mi opinión. —Se llevó un pañuelo a la nariz—. ¿Qué vamos a hacer?

La dependienta debía habernos escuchado, porque se acercó a toda prisa.

—¿Va todo bien? ¿Qué pasa?

—No nos gustan los vestidos —lloriqueó Chloe—. No sé, ¡creo que habrá que hacerlos de nuevo!

La dependienta, una neoyorquina de pelo canoso con aspecto de haberlo visto ya todo, miró a Chloe como si fuera una niña pequeña con una pataleta.

—No estoy segura de que nos vaya a dar tiempo. Además, estos están hechos a medida, así que habrá que pagarlos de todos modos.

Chloe se quedó paralizada.

—¿No… va a dar tiempo? —Parecía a punto de derrumbarse.

Yo no conocía bien a Chloe, pero comprendía que su ansiedad era el resultado de planear una boda de gran relevancia social que recibiría mucha atención. La presión era enorme, pero le estaba dando salida de la forma más desafortunada. No era la típica novia obsesiva; solo era una mujer estresada, llevada al límite por el agotamiento de tomar tantas decisiones. Me habría gustado que sus amigas lo hubieran comprendido. ¿Tal vez Paul podría ayudar?

Salí al pasillo para llamarle y, quince minutos más tarde, se presentó en la tienda una brigada de hombres preocupados. Paul me dio un abrazo rápido al entrar y me volvió a presentar a sus amigos Aiden, Dominic y Trent. Estaban viendo un partido de béisbol en casa de Paul que, por suerte, no estaba demasiado lejos, así que habían podido venir a tiempo. Les seguí al probador, pero me detuve al notar una mano en la parte inferior de la espalda.

—Vaya, estás increíble —susurró una voz grave en mi oído—. ¿Cabe uno más ahí dentro?

Vincent.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

No había me había quitado la mano de la espalda, y eso hacía que me fuera difícil recordar que esperaba una respuesta.

—Una tragedia con los vestidos de las damas de honor —expliqué—. Se le ha metido en la cabeza de que son horribles, pero a mí me parecen muy bonitos.

—Por lo que veo, sí que lo son. Estás guapísima con ese vestido.

Me miraba de un modo que iba mucho más allá de apreciar lo que llevaba puesto, y me sonrojé, pero entonces se oyó un sollozo desde algo más lejos y Vincent hizo una mueca.

—Ay, vaya. Voy a ver si puedo echar una mano.

Lo seguí a la zona de probadores y observé admirada cómo empezaba a trabajarse a la dependienta. Mientras los demás se dedicaban a intentar calmar a Chloe, Vincent aprovechó el momento para convencer a aquella mujer de que, por el precio adecuado, por supuesto que había tiempo para hacer vestidos nuevos, si eso era lo que quería la novia. Sonreí orgullosa. Sabía de lo que Vincent era capaz de lograr en cuestión de negocios, y me encantó verle utilizar sus poderes para ayudar a Paul y Chloe.

Cuando ultimaron los detalles y Chloe se calmó un poco, acordamos cómo proceder. Chloe consultaría con la almohada lo que quería hacer con los vestidos y volvería a la boutique al día siguiente para confirmar. Y ya que estábamos allí, Vincent propuso que fuéramos todos a comer. Había dado por hecho que nos llevaría a algún restaurante caro, pero cuando los Uber Black que habíamos pedido nos dejaron frente a un restaurante de hamburguesas, me di cuenta de que aún tenía mucho que aprender sobre los gustos de Vincent. Él me tomó de la mano al entrar.

—Tenemos que continuar la representación hasta después de la boda —murmuró en mi oído—. Vamos a hacer que cuente.

Sus palabras me provocaron una oleada de emoción, y le apreté la mano.

—Haces que resulte muy sencillo.

Me miró con ternura durante un instante y una bandada de mariposas revoloteó en mi estómago. El hecho de ser capaz de hacer salir su lado más dulce, oculto a casi todo el mundo, me resultaba irresistible.

Aunque el restaurante era bastante informal, Vincent se las apañó para conseguir que nos instalaran en una sala privada, lo que nos permitió alborotar todo lo que quisiéramos. Los amigos de Paul resultaron ser bastante gamberros.

—Eh, Vincent —gritó Dominic desde una esquina de la mesa—. ¿Ya le has contado a Piper lo de aquella vez que te dejaste las llaves en el colegio mayor y tuviste que trepar por la pared en plan Spiderman? ¿Y que entraste por la ventana de la delegada de planta, y la única forma de conseguir que no te delatara fue prometerle que te unirías a su club de ajedrez?

—No te rías, al final fue muy divertido —contestó él con una carcajada—. Pero he estado demasiado ocupado hablándole de aquella asquerosa mezcla de tequila que preparaste en un cubo de basura de doscientos litros para la fiesta de la hoguera, y que luego acabaste tirándote dentro al final de la noche, diciendo que eras… ¿Cómo lo llamaste? ¿El Conde del Cóctel?

—El Titán del Tequila —gritó Aiden desde el otro extremo—. Y mírale ahora. ¡Aquello resultó ser profético!

—Dominic es el director de marketing de Elixir —explicó Vincent, inclinándose hacia mí—. Aiden es el presidente. Esos dos son imparables.

Me encantó detectar la admiración en su voz. Era divertido ver cómo bajaba la guardia con sus amigos. Se reía y contaba historias con facilidad, pero siempre se aseguraba de darme la información necesaria para entender las referencias. Vincent me hizo sentir como si ya formara parte de aquel grupo de viejos amigos y me hubieran recibido con los brazos abiertos.

Todo el mundo parecía estar pasándolo muy bien todos juntos, excepto Paul y Chloe. Ellos dos parecían estar en su propio mundo, y discutían en voz baja en un extremo de la mesa mientras los demás reíamos y contábamos historias. Me fijé en que Vincent los observaba con preocupación, y me incliné para golpear su hombro con el mío.

—¿Estás preocupado por esos dos? —Señalé con la cabeza a la no-tan-feliz pareja.

—Sí, un poco —confirmó él—. No debería ser tan difícil, ¿no crees?

—Las bodas son complicadas, estas cosas pasan —le aseguré—. En cuanto se pase el gran día, todo irá bien.

Vincent me miró un momento, como si tuviera algo más que decir. Me habría encantado tener alguna idea sobre lo que se le pasaba por la cabeza, pero, por otro lado, no estaba segura de querer escuchar de nuevo sus opiniones sobre el matrimonio.

—¿Qué? —pregunté.

Él sacudió la cabeza y pareció relajarse.

—Nada. Todo bien.

—Eh, Vincentito —gritó su amigo Trent.

—¿Sí? —contestó con el ceño fruncido al escuchar el diminutivo.

—¿Cuándo vas a llevar a Piper a conocer a la abuela Dee?

—Pronto. —Me dirigió una mirada rápida—. Muy pronto.

—Bien —respondió Trent—. Porque así me dejará en paz. No para de insistir en que me case y le dé unos cuantos nietos, y prefiero que seas tú quien se encargue de eso.

—Eh, espera un momento —dijo Vincent, que casi se atragantó con la bebida, provocando las risas de todos.

El resto de la comida transcurrió casi como un programa de humor, en el que cada uno de los amigos contaba una historia tras otra sobre las tonterías que habían hecho durante la época de la universidad, intentando superar las de los demás. Me costó mucho creer que Vincent hubiera aceptado el desafío de correr desnudo por el campus, hasta que Aiden me enseñó una foto borrosa que, desde luego, parecía mostrar a un Vincent más joven corriendo en la oscuridad con un par de nalgas relucientes al aire. Es posible que me quedara mirando aquella foto un rato más de lo necesario.

Al cabo de unas horas, casi habíamos olvidado la razón por la que estábamos reunidos, pero, al disponernos a salir del restaurante, Paul me detuvo y me apartó un poco del resto del grupo.

—Oye, muchas gracias por ayudar a Chloe. Ella… bueno, últimamente está hecha un lío.

—No pasa nada, lo entiendo —contesté—. El *New York Times* va a hacer un reportaje sobre la boda y Chloe me ha dicho que también habéis invitado a unos cuantos *influencers*. Necesita que todo sea perfecto.

Paul se apoyó contra la pared en el estrecho pasillo y suspiró.

—Ojalá pudiéramos olvidarnos de todo eso y casarnos en el ayuntamiento, sin más. Lo único que importa somos nosotros dos, no los colores de los vestidos ni los lazos de las sillas.

—¿Estás al tanto de los lazos de las sillas? —reí—. Vaya, sí que te has implicado a fondo.

—¿Y qué otra opción tengo? Quiero que sea feliz.

—Eres un buen hombre —dije, cogiéndole un brazo—. ¿Lo sabías?

—Gracias. —Había enrojecido, y desvió la mirada al suelo—. Espero que Chloe siga pensando lo mismo. Hemos llegado a un punto en el que está estresada *todo* el tiempo, y no sé qué hacer para evitarlo.

—Sigue haciendo lo mismo que hasta ahora —dije, apretándole un poco el brazo—. Deja que se apoye en ti.

—Cuando acabe todo esto, quizá podríamos quedar los cuatro. Me gustaría pasar más tiempo con esta versión más agradable de Vincent, de la que eres responsable al cien por cien.

Esta vez fui yo quien se sonrojó.

—¿Sí? ¿Lo crees de verdad?

—Vaya que sí —rio él—. Es como si volviera a ser el viejo Vincent otra vez. Parece más… No sé, ¿relajado? Ya sé que tiene mucha presión en el trabajo, pero durante todo este rato ha conseguido estar presente. —Paul hizo una pausa—. Tú eres la diferencia.

—¿Diferencia en qué? —preguntó Vincent, acercándose a nosotros —. ¿De qué habláis? ¿De la calidad de las servilletas?

Paul rodeó los hombros de Vincent con el brazo.

—Cosas de hermanos, no te preocupes.

Sus palabras me alegraron el alma. Su padre había supuesto un obstáculo en nuestra relación, pero era posible que, por fin, pudiéramos empezar a sentirnos como hermanos.

—¿Y tú? —le preguntó Vincent—. ¿Has superado esta crisis de una pieza, o vais a seguir discutiendo hasta llegar al altar?

Había una nota de sarcasmo en su voz que no me gustó nada, como si dudara de la solidez de su compromiso. Le quise dirigir una mirada de advertencia, pero él tenía los ojos clavados en Paul.

—Haré lo que sea necesario para casarme con esa mujer —dijo Paul con dulzura—. Solo quiero que todo salga como ella lo ha previsto. Es lo que se merece.

—Mejor para ti. —Vincent se encogió de hombros—. Yo no entiendo a las novias, pero si tú lo dices…

En ese momento, Chloe se acercó a nosotros con aire pesaroso.

—Lo siento mucho, sé que soy insoportable.

—¡En absoluto! —le aseguré—. Eres una perfeccionista. Pero quiero que sepas que me encanta mi vestido y creo que es precioso. No lo digo para intentar que cambies de opinión, es lo que pienso de verdad.

El labio inferior de Chloe sobresalió un poco, como si fuera a echarse a llorar, y me dio un abrazo rápido.

—Vosotros dos hacéis buena pareja, ¿lo sabíais? —dijo Chloe, mirando de Vincent a mí—. Piper me ha ayudado a calmarme y ha llamado a los refuerzos, y Vincent se ha ocupado de engatusar a la dependienta. Aún no puedo creer que la boutique me haya dejado cambiar de opinión.

Yo señalé a Vincent, casi tartamudeando.

—¿Este tío? ¿Engatusador?

Su frente se arrugó durante un momento, tan breve que fue muy posible que solo lo notara yo.

—Sí, bueno, tiene razón —dijo—. Pero lo único que he hecho ha sido abrir la cartera.

—Sea como sea, la has convencido y yo te estoy muy agradecida —dijo Chloe, cogiendo a Paul del brazo—. Estamos en deuda con vosotros dos. ¿Quedamos para cenar un día de estos?

—¿Qué te parece si lo dejamos para después de la luna de miel? —propuso Paul con amabilidad—. Estos días estás muy liada.

—Cierto. Será más divertido cuando todo haya terminado —rio Chloe —. Pero tienes mi palabra de que, a partir de ahora, seré mucho más calmada y razonable.

—Así me gusta —dijo Paul, que se inclinó para besarle la cabeza, en un gesto encantador.

—Lo creeré cuando lo vea —me dijo Vincent cuando salimos del restaurante y nos dirigíamos hacia su coche—. Espero que la segunda boda de Paul sea más sencilla.

Yo me aparté de él de un salto.

—Espera, su ¿qué?

—Nada, era una broma. —Vincent no me miró y apretó los labios.

Podía intentar ocultarlo, pero sonó como si siguiera dudando de la existencia de los finales felices.

14

VINCENT

Tenía reuniones durante todo el día, pero, aun así, encontré una razón, no, una excusa, para bajar al estudio de fotografía y ver cómo iba Piper con las últimas fotos.

No hacía falta que supervisara la sesión yo mismo, era solo que me encantaba verla trabajar. De hecho, me encantaba verla hacer cualquier cosa, pero Piper dirigiendo a su equipo era un espectáculo digno de verse. Aunque, al conseguir el heliotropo, ella había terminado el trabajo para el que la había contratado, yo le había prometido seis meses de salario, y tenerla en la plantilla de Summit estaba dando buenos resultados. Y no solo era la empresa la que se beneficiaba de su trabajo, ya que Piper había admitido que trabajar con nosotros mejoraría su currículo y su cartera de clientes. Todos salíamos ganando.

Entré en el laboratorio con discreción y me quedé junto a la pared, porque mi presencia solía poner nerviosos a los empleados. Por suerte, todos estaban tan ajetreados que podía pasar desapercibido.

Las fotos eran para la publicidad de una nueva crema que brillaba sobre la piel una vez que se absorbía. Aunque yo había ascendido a Piper al puesto de directora creativa, ella seguía prefiriendo implicarse personalmente en determinados proyectos, y no siempre estaba dispuesta a dejar las fotografías a otros. En este caso, se había reservado la tarea de hacer las fotos básicas del producto para

nuestra página web, así como obtener algunas imágenes que mostraran el proceso entre bastidores, para publicar en las redes sociales. A juzgar por la forma en la que estaba ajustando la iluminación cuando entré, todavía debía estar ocupada con las fotos del producto.

Joder, era perfecta. Iba vestida para hacer trabajo físico, con unos pantalones negros amplios y una camiseta blanca de canalé que se le pegaba al cuerpo. Y encima llevaba aquel invento suyo de las correas que la hacía parecer una dominatrix. Había entendido el propósito del artilugio cuando me lo explicó, pero al verlo en acción comprendí por qué era una buena idea. No se trataba solo de su atractivo diseño, sino que funcionaba muy bien. Le permitía elegir con rapidez entre tres cámaras distintas, de forma que solo tardaba un momento en pasar de hacer primeros planos muy detallados, a tomar fotos estándar.

El resto del equipo parecía estar disfrutando con aquel trabajo tanto como ella, lo que suponía un cambio muy agradable respecto del reinado de terror de Eileen. Piper tenía un toque mágico, y yo era su afortunado beneficiario.

—Hola, Vincent.

Volví a la realidad al darme cuenta de que había sido detectado. Repasé en mi cabeza la lista de nombres de mis empleados, tratando de identificar al hombre joven y serio que me había saludado, para tratar de parecer más cercano. Piper podría enseñarme un par de cosas sobre eso.

—Bradley —dije por fin—. ¿Qué tal va todo?

—Lo cierto es que muy bien. Estamos terminando las imágenes del producto y ahora nos pondremos con lo de las redes sociales. Piper es super eficiente.

El resto del grupo notó el cambio en el ambiente de la sala y se volvió a mirarnos.

—Hola, jefe —saludó Piper, haciendo un gesto con la mano.

—No quería interrumpir —sonreí.

—No, acércate. Quiero que veas lo que llevamos hecho.

Mientras me acercaba al enorme monitor donde estaba Piper, no se me escapó que había hablado en plural, refiriéndose a todo el equipo. Me enseñó las fotos, observándolas con ojo crítico.

—No ha hecho falta editarlas mucho. Hemos conseguido la iluminación perfecta.

Las imágenes eran espectaculares. Mostraban tres botes de crema situados en varias composiciones frente a un fondo blanco, y también cada uno por separado. Yo intenté prestar atención a las fotos que estaba mirando y no perderme en el aroma del perfume de Piper. Por suerte, había cambiado su vieja colonia barata por una de nuestras fragancias clásicas llamada *Coral*, que armonizaba el coco, el azahar y el jazmín. A mí siempre me había gustado, pero últimamente la apreciaba mucho más. Me recordaba a nuestros días en Hawái.

—¿No te gustan? —preguntó Piper.

Yo había estado más pendiente de ella que de las fotos.

—Claro que sí. Son perfectas.

—¡Genial! —me sonrió ella—. Ahora podemos dedicarnos a la parte divertida. Solo tengo que refinar un poco la idea que tengo para las redes sociales. No quiero que parezca planeado, me gustan los momentos espontáneos.

Al mirar una vez más los tres botes de crema frente al fondo blanco, caí en que habían hecho un buen trabajo para mostrar el producto, pero no sus resultados. Al fijarme en Piper, me vino la inspiración.

—Escuchad todos —dije, mirando a mi alrededor—. Aquí ya habéis terminado. Piper y yo tenemos que discutir la estrategia para las

redes.

Algunos de los presentes se miraron entre sí, sorprendidos por una petición tan poco ortodoxa, pero sabía que no discutirían con el jefe. Recogieron sus cosas, se marcharon, y enseguida me encontré a solas con Piper.

—¿Me vas a despedir, o algo así? —Me miró desconfiada—. Esto es muy raro.

—No, he tenido una gran idea. Dame una de tus cámaras. —Le tendí una mano.

—¿Cómo dices? —Piper dio un paso atrás muy exagerado y protegió con los brazos la cámara que le colgaba del pecho.

—Confía en mí —insistí—. Te prometo que no la romperé. Tú solo dime cómo funciona. Sé algo de fotografía, hice un curso en la universidad. Quiero asegurarme de que lo hago bien.

—Pero esta cámara es especial —protestó ella—. Es la primera que tuve, es como una extensión de mi ojo. La uso desde que empecé a hacer fotos cuando estaba en el instituto.

—Entonces te prometo que tendré aún más cuidado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, aún escéptica.

—Las fotos para las redes. Venga, dámela.

Había reaccionado como si le hubiera pedido que me entregara a su primogénito, pero, por fin, eligió una de las tres cámaras que colgaban de la correa, la soltó y me la entregó. Me explicó cómo funcionaba sin dejar de mirarme con desconfianza.

—Muy bien. Ahora, quítate la correa —le ordené, ansioso por comenzar.

—¿Por qué?

—Porque voy a fotografiarte, obviamente.

—¡Ni hablar! —Parecía horrorizada—. ¡Estoy horrible! ¿Cómo se te ocurre?

—Se me ocurre que has hecho un gran trabajo para mostrar lo bonitos que son los botes de crema, pero no se ve cómo resplandece el producto sobre la piel, así que he decidido que lo vas a demostrar tú.

—¡Ni en broma! Tenemos un equipo dedicado a aprobar las ideas para las redes, y esta no la hemos hablado con ellos. Quedamos en publicar algunas fotos que mostraran el estudio y el proceso de fotografiar las botellas, pero solo se verían las manos o a la gente de espaldas, no sus caras.

—No necesitas la aprobación de ningún equipo teniendo al director ejecutivo aquí mismo. Soy yo quien tiene la última palabra —repliqué con cierta arrogancia—. Y quiero ver cómo brilla la piel de tus hombros y brazos. Si hasta llevas la camiseta perfecta para mostrarlo.

Piper se miró los brazos como si no los hubiera visto en su vida.

—Pero… ¿*yo*?

—Sí, tú. Es una orden directa de tu jefe.

Ella abrió la boca para protestar, pero cambió de opinión. Se quitó la correa y se quedó mirándome.

—Esto no me gusta nada.

Su expresión sombría me hizo reír. Dios, qué mona estaba cuando se ponía a la defensiva.

—Venga ya, Piper. ¡Diviértete un poco!

—Esto no es divertido —protestó—. Lo mío es estar detrás de la cámara.

¿Cómo podía no ser consciente de que ella misma era tan espectacular como cualquiera de las modelos de nuestras campañas

publicitarias? Piper era muy discreta, pero yo estaba decidido a conseguir que apreciara algo de lo que yo ya me había dado cuenta.

—Eso va a cambiar hoy. —Dejé la cámara sobre la mesa y miré las botellas—. A ver, ¿cuál de ellas irá mejor con tu tono de piel? Acércate, por favor.

—Creo que la de fruta de la pasión, pero todas son increíbles —dijo ella, a mi lado.

—Bien, pondremos fruta de la pasión en un brazo, y la de ópalo en el otro. —. Cogí uno de los botes blancos y quité el tapón—. Dame el brazo, por favor.

—¡Cuidado, vamos a manchar la cámara!

—Piper, ¿no has leído la información para la publicidad? Esta crema no mancha. Cuando se absorbe, no deja ningún residuo. A los clientes de los locales de *strip tease* les va a encantar. El brazo —dije con firmeza.

Ella extendió el brazo izquierdo, ceñuda. Yo apreté el bote y dejé que un brillante chorro de crema resbalara desde su hombro. La imagen era increíble, pero lo que me estaba poniendo tenso era anticipar la sensación de su piel bajo mis manos.

—Permíteme —dije en un tono más bajo, y comencé a extender la crema por su brazo. Su piel era suave como la seda, y la crema hacía que lo pareciera aún más.

—Vale —dijo Piper con un hilo de voz mientras yo masajeaba su brazo—. Creo que esto no está tan mal.

Describí círculos sobre su piel con el pulgar, subiendo despacio desde su muñeca hacia su hombro. El momento resultó muy íntimo. No solo la estaba tocando, sino que estaba disfrutando de cada segundo. Ella cerró los ojos y, cuando me detuve para pasar al otro brazo, no pudo contener un sonido de decepción.

—¿Te gusta? —pregunté, al tiempo que cogía la otra botella.

—No me había dado cuenta de lo cansados que tenía los brazos —dijo ella, asintiendo.

Ella no era la única a la que le gustaba. Tuve que morderme la lengua para no preguntarle si notaba cansancio en alguna otra parte del cuerpo, como la parte interior de los muslos, o…

Comencé a aplicar loción sobre el otro brazo, haciendo esfuerzos por ignorar la sensación de presión que crecía entre mis piernas a base de recordar que los químicos aún no habían conseguido destilar el heliotropo. Lo estaba logrando, hasta que Piper dejó escapar un pequeño gemido.

—Lo siento —dijo ella con una pequeña sonrisa.

Di un paso atrás para admirar mi obra.

—Increíble. Esta crema se va a vender como churros.

—A mí no me van mucho los brillos, pero creo que me encanta —dijo Piper, que estaba moviendo los brazos para que la luz se reflejara en ellos.

A mí también me encantaba, pero por razones muy distintas.

—Vamos con las fotos, ¿te parece?

Piper se dirigió hacia el telón blanco dispuesto como fondo.

—¿Qué hago?

Yo me acerqué a ella y me llevé la cámara al ojo para enfocar la imagen.

—Muévete un poco hacia la luz.

Piper consideró la distancia hasta los focos y se situó en el lugar adecuado para que las sombras quedaran a su espalda y la luz iluminara su piel.

—Perfecto —dije, comenzando a disparar—. Estoy enfocando solo tu parte superior, así que no te cortes. Nosotros seremos las únicas personas que sabrán que la modelo eres tú. Será nuestro secreto.

Nos quedamos callados, y eso me permitió notar que la canción pop que sonaba de fondo había terminado, dando paso a la seductora y sugerente música de Sade.

Los dos notamos el cambio al mismo tiempo. El ambiente de la sala se transformó, como si la música nos hubiera envuelto en una burbuja de intimidad. Los movimientos de Piper se volvieron más lentos y deliberados. Deslizó una de sus manos por el otro brazo, capturando la luz, y lo único que pude pensar fue en cómo sería la sensación de sus dedos sobre mi piel. Mi cuerpo reaccionó por instinto y una oleada de calor se extendió por mi abdomen. En un segundo, me puse como una piedra.

Miré a través de la cámara intentando no olvidar por qué estábamos allí, pero Piper estaba espectacular, y yo estaba cada vez más excitado. Cuando levanté la vista, vi que me miraba intensamente, con los labios entreabiertos.

—Tengo una idea —dije en voz baja—. ¿Me permitirías fotografiar tu espalda?

—Quieres decir… —Tiró de su camiseta y yo asentí.

—Solo si te parece bien. Creo que el efecto brillante en toda esa piel sería muy bonito.

Lo estaba llevando demasiado lejos, pero la idea de su piel centelleando bajo la luz me resultaba irresistible. Contuve la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Vale.

Y, para mi completa sorpresa, Piper me dio la espalda, se quitó la camiseta y se desabrochó el sujetador. Cruzó los brazos sobre el

pecho y volvió la cabeza para mirarme por encima del hombro, con una coquetería casual. ¿O sería intencionada?

Noté una opresión en el pecho, como una oleada de algo primitivo.

—Cuando quieras —dijo en un murmullo.

Tuve que inspirar hondo, porque verla así, desnuda de cintura para arriba y mirándome con aquellos ojos, me había descolocado. Y, si era posible, me la había puesto aún más dura.

—Yo… Eh, voy a probar otra crema para estas fotos. —Mi voz sonaba tensa, casi forzada.

Cogí un bote y me acerqué a donde esperaba Piper. El sonido del tapón al abrirlo resonó como un trueno en el silencio.

—¿Lista?

Ella asintió y yo dejé caer la crema por el centro de su espalda, sin perder detalle de cómo resbalaba despacio a lo largo de su columna. Se me secó la garganta. La crema era de un color rosa claro, y se iluminó cuando la extendí por su piel. Presioné los dedos contra ella, comenzando por los hombros y descendiendo luego por su espalda. Cada contacto era un placer.

Piper gimió y suspiró mientras mis manos la acariciaban, y yo hice un esfuerzo por no dejar que mis dedos fueran donde no debían. Sus pechos desnudos estaban a solo unos centímetros; con un gesto rápido, podría rodearlos con las manos, dejar que mi pulgar acariciara su pezón y lo cubriera de destellos. Contuve un gemido, mientras todo mi cuerpo vibraba por la necesidad.

No, no, teníamos que terminar el trabajo. Me aclaré la garganta y traté de limitarme a dar un masaje normal al cuerpo más bonito que había visto nunca.

Entonces, Piper se volvió despacio hacia mí y dejó caer las manos a los lados, mostrándome su pecho. Se me cortó la respiración, y mi mente se quedó en blanco en cuanto ella clavó sus ojos en los míos.

Su mirada revelaba a las claras un deseo tan intenso como el mío. Tuve que luchar con todas mis fuerzas para no quedarme mirando sus maravillosos pechos.

—Esto es una tortura —suspiró, expresando mis propios sentimientos—. Te deseo, Vincent.

No necesité oír nada más. La tomé en mis brazos, apreté su cuerpo contra el mío y estrellé mi boca contra la suya, desesperado por probar sus labios. Piper me rodeó el cuello con sus brazos y apretó el cuerpo contra mí mientras nos besábamos. Yo había perdido la cabeza hasta el punto de que apenas recordé que estaba besando a una empleada medio desnuda delante de una hilera de ventanas y sin haber cerrado la puerta con pestillo. Pero me dio igual. Lo único que importaba era que Piper me deseaba tanto como yo a ella. Lo arriesgaría todo por seguir sintiendo su cuerpo pegado al mío.

—Ven aquí —dije con la voz cargada de necesidad, cuando por fin conseguí dejar de besarla durante un segundo.

La llevé detrás del telón de fondo para las fotos, donde no estaríamos a la vista de las ventanas, ni de alguien que pudiera entrar por la puerta.

En cuanto nos ocultamos, volvimos a lanzarnos el uno contra el otro. Yo necesitaba mucho más de ella, no podía apartar mis manos de aquella piel tan increíblemente suave. Mis besos bajaron de su boca a su cuello, y después a sus preciosos pechos. Por suerte, la crema era fiel a sus promesas y no noté su sabor al besarla.

Me introduje uno de sus pezones en la boca y recibí un respingo de placer como recompensa, como si le hubiera sorprendido y le encantara lo que sabía hacer con la lengua. Eso me animó a querer darle más. Por un momento, pensé en lo que podría hacer con la boca: recorrer su cuerpo, acabar entre sus piernas y saborearla hasta que se deshiciera debajo de mí. Noté cómo se rendía y se movía entre mis brazos sin ningún pudor, mientras yo veneraba sus pechos, pasando de uno al otro. Piper dejó que su mano bajara

hasta el bulto que presionaba contra ella y me frotó hasta que casi me volví loco por la necesidad de enterrarme en su cuerpo y sentirla por completo.

Nos separamos al mismo tiempo y comenzamos a quitarnos la ropa, como en una carrera por ver quién podía desnudarse primero. Piper tenía ventaja, pues solo llevaba puestos los pantalones, y eso me permitió admirar su cuerpo perfecto mientras luchaba por quitarme los zapatos y desnudarme yo también.

En el último momento, recordé el condón que llevaba en la cartera, y me lo puse a toda velocidad bajo la mirada atenta de Piper. Se había sentado sobre una caja enorme que había quedado allí después de alguna sesión de fotos anterior, y me esperaba con las piernas abiertas. Sus ojos seguían brillando de deseo, y su cuerpo prácticamente temblaba por la misma necesidad que corría por mis venas. Yo nunca había sentido un deseo tan enloquecedor. Me acerqué a ella y la atraje para besarla de nuevo. El beso fue más agresivo, desesperado, como si ninguno de los dos pudiera esperar ni un instante más. Introduje la mano entre sus piernas y, al sentir su calor, supe que estaba lista para mí. Ella empezó a frotarse contra mi mano, interrumpiendo los besos para gemir o suspirar, dejándose llevar por el momento. Los sonidos que hacía me estaban volviendo loco. Sabía que estaba cerca, y quería sentirla deshacerse entre mis brazos. Me deslicé dentro de ella y su cuerpo me acogió de un modo exquisito.

—Oh, Dios mío, eres perfecto —suspiró en mi oído—. Por favor, te lo suplico. Fóllame.

Pronunció la última palabra en un suspiro tembloroso, y no pude hacer más que cumplir su petición. Estaba sentada en el borde de la caja, con las piernas alrededor de mi cintura, y me ofrecía el ángulo perfecto para follarla con la intensidad que ambos deseábamos. Mi mente estaba en blanco, y mi mundo se había reducido a ese momento; a la sensación de su cuerpo y la forma en que se agarraba a mí, como si no pudiera saciarse.

Acaricié su piel con los dedos mientras me hundía cada vez más dentro de ella, intentando aguantar, alargar el momento todo lo posible. Pero ella gritó, su cuerpo se estremeció de placer al correrse, y su voz llenó la sala como si no le importara que la oyera el mundo entero. Como si le hubiera hecho perder el control por completo. No necesité nada más para correrme yo también y me dejé llevar por el placer, apoyando la cabeza contra su pecho. La sensación fue abrumadora; tan potente que, durante un instante, no pude respirar.

Piper se apoyó en mis hombros, y su contacto me devolvió a la realidad a medida que las sensaciones se disipaban. Poco a poco, recuperé el control de mi cuerpo y me aparté un poco de ella, lo justo para mirarla. Sus mejillas estaban sonrojadas y respiraba tan rápido como yo. En aquel momento, solo podía pensar en lo mucho que la deseaba de nuevo.

—Gracias —suspiró en voz baja, casi sin respiración.

—Esto solo ha sido el principio —jadeé, sin poder contener una sonrisa—. Espera y verás.

Era una advertencia, y una promesa.

15

PIPER

Gracias a Dios que Vincent había esperado a última hora de la tarde para poner mi mundo patas arriba detrás del telón para las fotos. ¿Cómo se suponía que iba a poder volver a la tarea de editar las imágenes después de aquello? Solo tuve presencia de ánimo para vestirme, recoger mis cosas y seguir a Vincent a otro de sus ridículos deportivos, con el que me llevó a su piso a toda velocidad para la segunda ronda. Y la tercera. Y la cuarta.

Así fue como me desperté a su lado a la mañana siguiente, vestida con una camiseta suya como si fuera su novia de verdad.

Me acomodé sobre la almohada y observé aquella bonita habitación, en la que apenas me había fijado la noche anterior. El dormitorio era un espacio minimalista decorado en gris y blanco, con enormes ventanas decoradas con espesas cortinas que no nos habíamos molestado en cerrar antes de quedarnos dormidos, de forma que la luz de la mañana iluminaba el cuerpo de Vincent.

¿Cómo podía alguien tan despiadado parecer tan angelical mientras dormía? El pelo oscuro de Vincent estaba revuelto y tenía un brazo doblado por encima de la cabeza, de una forma que resaltaba su impresionante bíceps. Parecía estar… en paz.

Me incliné sobre el borde de la cama para coger mi cámara. Le había propuesto, en broma, que nos hiciéramos unas fotos desnudos, pero

él se había negado en redondo, así que revisé las fotos que él me había hecho en la oficina. Esperaba que fueran propias de un novato y estuvieran borrosas o mal enfocadas. Pero no. Una vez más, Vincent demostraba que era capaz de hacer bien cualquier cosa que se propusiera. Las fotos mostraban principalmente mi brazo y mi mano en primer plano, pero estaban encuadradas de forma que las luces y sombras contrastaban a la perfección. Los destellos de la piel eran tan brillantes que casi no sería necesario modificar el contraste de color. Continué revisando las fotos, entre impresionada y envidiosa por que se le diera tan bien, caramba. La fotografía no era solo una cuestión mecánica, sino que requería ver las cosas como eran de verdad, y Vincent tenía un ojo increíble.

Me detuve al llegar a una serie de fotos tomadas desde un poco más lejos, y se me cortó la respiración. En ellas se veía mi cara. Me alegré de que hubiera mentido acerca de la parte de mi cuerpo que estaba fotografiando, porque, si lo hubiera sabido, me habría puesto muy nerviosa. Sin embargo, aquellas fotos mostraban una espontaneidad muy bonita. Se notaba que yo era consciente de cómo me miraba y que no estaba posando. Mi expresión era seductora, ansiosa y, siendo sincera, estaba bastante espectacular.

—¿Por qué sonríes?

La voz de Vincent, cargada de sueño, me sorprendió.

—Tienes ojo para las fotos —contesté, volviéndome hacia él—. ¿Hay algo que se te dé mal?

Él torció un poco la boca mientras lo pensaba.

—El pádel.

—Solo eso, ¿eh? —reí—. Me lo creo, estas fotos son sorprendentemente buenas. No necesitas un fotógrafo en la plantilla, podrías hacer las fotos tú.

—¿Por qué iba a hacerlo, si te tengo a ti? —preguntó, acercándose a mí para deslizar un brazo sobre mi cuerpo—. Y hablando de

tenerte… —Recorrió mi cuerpo con ojos cargados de deseo.

—¿Sí? ¿Qué decías? —Me apoyé sobre un codo y me quedé mirándole, a solo unos centímetros de él.

—Bueno, deberías saber que mi última afición es una empleada guapísima a la que he contratado hace poco —explicó.

—No me digas.

—Sí te digo —dijo, acercándose aún más.

Nos quedamos callados, mientras su pene se endurecía contra mi cuerpo. Yo apreté las caderas contra él en una invitación silenciosa y, con ojos brillantes, él deslizó las manos por mis caderas y levantó la camiseta que llevaba puesta.

—¿No llevas braguitas? —preguntó con sorpresa fingida, como si no me hubiera visto sacar la camiseta de uno de sus cajones y ponérmela sin nada debajo, antes de irnos a dormir la noche anterior.

—La ropa interior está sobrevalorada —expliqué con una sonrisa traviesa que Vincent no vio, porque estaba admirando mi cuerpo con ojos que parecían vez más oscuros, mientras cambiaba de posición.

Sentí sus labios suaves sobre los huesos de mis caderas, y cada uno de sus besos hizo correr chispas por mi cuerpo.

—Vincent… —susurré.

Quería decirle que nos vendría mejor dejar de disfrutar de nuestros cuerpos e ir a desayunar, pero no me salieron las palabras. Sus besos interrumpieron mis pensamientos y los reemplazaron con la necesidad urgente de sentirle más cerca. Sus labios siguieron descendiendo y me instó a abrir más las piernas para él. Se situó entre ellas, tan cerca que podía sentir el calor de su aliento.

—¿Qué estás haciendo? —susurré con voz ahogada.

—Torturarte —murmuró, acercándose más para acariciar mi piel con el más leve de los besos.

Sus labios, tan suaves, me estaban acercando al abismo tan solo con la promesa de lo que venía después. Dejé escapar un suspiro tembloroso y me arqueé hacia él cuando su lengua me tocó durante un instante y provocó una descarga que me recorrió el cuerpo.

—Para —suspiré, tratando de acercarme más.

—¿De verdad quieres que pare? —Él se incorporó.

—Para de *torturarme* —supliqué.

En lugar de contestarme, aplicó su boca entre mis piernas y movió la lengua de una forma increíble, lamiendo, saboreando y chupando, de tal modo que solo pude retorcerme contra él. Enredé los dedos en su pelo, y no pude evitar tirar de él, pero a Vincent no le importó. De hecho, el gesto pareció llevarle a entregarse aún más.

Yo estaba casi al límite, me acercaba más y más al clímax con cada pasada de su lengua. Cuando introdujo un dedo dentro de mí y lo situó justo en el lugar exacto, todos mis nervios se dispararon y el orgasmo se apoderó de mí con una intensidad increíble. Me arqueé gritando su nombre. Vincent no se detuvo, continuó hasta que agoté todo el placer y me quedé temblando bajo él.

—Me encanta cómo dices mi nombre cuando te corres —murmuró contra mi piel, con voz grave y satisfecha.

Yo solo pude asentir mientras trataba de recobrar el aliento. La cabeza me daba vueltas, y mi cuerpo vibraba por el efecto del placer. Oí cómo abría un cajón de la mesilla y rompía el envoltorio de un condón.

—¿He gritado muy fuerte? —conseguí preguntar al fin, cuando él se dejó caer en la cama a mi lado.

—Para nada —me aseguró—. Y quiero oírlo otra vez. Necesito escucharte.

Me dio la vuelta sin ningún esfuerzo y me situó de forma que estuviera apoyada sobre las rodillas y las manos. Me apreté contra él cuando se situó detrás de mí, y él deslizó las manos por mi espalda. Solo se detuvo un instante, cuando el contacto me provocó un escalofrío, antes de sujetarme por las caderas.

—No me hagas suplicar —gemí con una voz que sonó casi irreconocible, porque me estaba excitando con la punta, pero se mantenía fuera de mi alcance.

—Como desees.

Se deslizó dentro de mí y los dos exhalamos a la vez. Su tamaño, la forma en que me dilataba y me llenaba… Era perfecto. Él volvió a deslizar las manos por mi espalda hasta mis caderas, y comenzó a moverse despacio contra mí. Juntos éramos uno, nos movíamos al mismo ritmo, como en una danza perfectamente sincronizada. Vincent fue aumentando la velocidad poco a poco, apretando más mis caderas, hasta que soltó una mano y me agarró del pelo. Lo recogió en alrededor de su puño y dio un tirón cuidadoso.

—¿Te parece bien? —preguntó con una voz que traicionaba el esfuerzo que estaba haciendo por contenerse.

—Tira más fuerte —gemí con voz ronca.

La orden pareció desatar algo dentro de él. Con una exhalación temblorosa, tiró más fuerte de mi pelo, y la sensación me provocó otra oleada de placer. Su otra mano golpeó mi culo, con un impacto inesperado que me hizo gemir. La mezcla de sensaciones me estaba volviendo loca. Todo aquello era muy nuevo para mí, pero no tenía ninguna duda de lo mucho que me gustaba.

Vincent aceleró el ritmo, presionando contra mí de una forma que me acercaba al éxtasis con cada empujón. Cuando volví a llegar al orgasmo, fue como si cayera por un precipicio. Mi cuerpo se deshizo en una explosión de placer que me hizo volver a gritar su nombre, enloquecida. Unos segundos más tarde, el gruñido de satisfacción de

Vincent se unió a mis gemidos, y se dejó caer sobre mí, de modo que ambos nos desplomamos en la cama jadeantes, satisfechos y completamente felices.

Descansamos unos instantes para recuperar el aliento, con los cuerpos aún enredados uno en el otro.

—Vale, ahora estoy muerta de hambre —dije cuando por fin conseguí respirar con normalidad.

—Creo que nos hemos ganado el desayuno —rio Vincent—. Vamos.

Encontró un viejo par de pantalones cortos para mí y nos dirigimos juntos a la cocina. Por fin pude apreciar lo espectacular que era su piso, aunque intenté que no se me notara mucho cómo intentaba fijarme en todo.

—Menuda vista —dije, señalando las ventanas.

Él se volvió a mirarme, con la puerta de la nevera abierta.

—A mí me gusta más esta otra vista.

—Para. —Volví a sonrojarme.

—¿Te apetecen unas crepes? —preguntó Vincent—. Tengo huevos del mercado, y café del que te gusta.

—Un momento, ¿sabes hacer crepes? —pregunté—. ¿Las vas a hacer tú mismo? Había dado por hecho que tendrías un cocinero en la plantilla, o algo así.

—Si hubiera empleados en la casa, estarían muertos de risa gracias a todo el ruido que hemos hecho. Estamos solos, no va a venir nadie hasta dentro de unas horas. Y sí, sé cocinar porque mi madre me enseñó que todo el mundo tiene que saber hacer al menos un buen plato para cada comida del día. Me enseñó a hacer crepes para desayunar y tostadas de queso con pera para comer. Mi padre me enseñó a hacer el chuletón perfecto para cenar.

—Tus padres parecen grandes aficionados a la cocina.

—Lo son. En Miami hay buenos restaurantes, pero mi madre echa de menos la variedad que hay aquí.

—No me extraña. Y parece que tu padre la echa de menos a ella.

—¿Te diste cuenta de eso?

—Cómo no iba a darme cuenta, ¡solo le faltó decirlo directamente! —reí—. Eso es bueno, ¿no?

—La verdad es que no —dijo él, mientras sacaba los ingredientes y una sartén para las crepes—. Volvería a cagarla. Es el ejemplo perfecto de por qué las relaciones a larga distancia no funcionan nunca. Están destinadas al fracaso, como todos los matrimonios.

Su tono hizo que se me cayera el alma a los pies. ¿Lo creería en serio? Intenté no pensar en ello, y disfrutar de aquel momento con él.

—Siéntate. —Vincent señaló la barra situada frente a la cocina—. Observa y aprende.

—¿Y si ya sé cómo hacerlas? —dije, con un resoplido.

—En ese caso, adelante. —Empujó el cuenco hacia mí y yo me eché a reír.

—Vale, me has pillado. Lo mío son los gofres congelados, pero estoy deseando aprender.

Él subió y bajó las cejas con rapidez.

—No es lo único que estás deseando.

—¿Y puedes culparme? —Señalé su cuerpo.

Vincent había decidido cocinar sin camiseta, y solo llevaba un pantalón gris de algodón lo bastante caído como para hacerme perder la cabeza. Cada vez que se movía, mis ojos bajaban a sus caderas para no perderme el espectáculo. Todo lo que hacía era digno de verse. Se movía con tanta seguridad en la cocina que me

pregunté si habría recibido formación profesional, además de la que le había dado su madre. Pero claro, así era Vincent. Un hombre que lo hacía bien *todo*.

Hasta follar. *Especialmente* follar.

Cuando terminó de cocinar, salimos con nuestros platos a la terraza y, una vez más, me sorprendió lo bonita que era. La ciudad se extendía durante kilómetros en todas las direcciones, pero la terraza estaba decorada con árboles y plantas trepadoras de forma que daba la impresión de que estábamos en un parque privado. Con el sol de la mañana brillando sobre nosotros, me sentía como si estuviera de vacaciones.

—Esto está buenísimo —dije tras probar mi crepe rellena de Nutella —. Eres increíble.

—Gracias por darte cuenta —contestó él sin levantar los ojos del plato.

Le di una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! ¿Qué tiene de malo que admita ser increíble? —preguntó con la boca llena.

—En ti, nada. Te pega mucho.

—¿Me estás llamando egocéntrico? —preguntó, tras una pausa.

A modo de respuesta, le mostré el pulgar y el índice, separados un par de centímetros. Él se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Tú también eres increíble, solo que no quieres darte cuenta.

—Eso no me lo esperaba. —El piropo me había llegado al alma.

—A eso me refiero. No debería ser así. Tienes que aprender a apreciar tu propia valía y todo ese talento que tienes.

—Oooh, gracias —dije, haciendo un puchero.

—Es cierto. Se te da bien todo, menos aparcar.

Puse los ojos en blanco y me eché a reír.

—Claro, no podías dejarme disfrutar del momento.

—En lo que se refiere a aparcar, no —dijo, comiéndose otro bocado —. Pero no te preocupes, yo puedo darte clases.

Estaba a punto de darle una respuesta que nos acercara aún más a la siguiente ronda en la cama, cuando sonó el teléfono de Vincent. Él se detuvo en seco al mirar la pantalla.

—Son los de I+D, y es sábado por la mañana —dijo despacio.

—¿Eso son buenas o malas noticias?

—Vamos a averiguarlo —dijo él, no sin preocupación.

Vincent contestó la llamada y yo observé su cara mientras hablaba, rodeándome las rodillas con los brazos. Su frente estaba tensa y arrugada, y escuchaba con atención. Al cabo de un momento, su cara se iluminó con la sonrisa más alegre que jamás había visto.

—Dwayne, ¿lo dices en *serio*?

Volvió a escuchar y su sonrisa se amplió aún más.

—¡Sabía que lo conseguirías! ¡Sí, joder! —Dio un puñetazo al aire—. ¿Cómo lo habéis conseguido? ¿Con enflorado en caliente? Hubiera dicho que el heliotropo era demasiado delicado para eso. ¡Sois los mejores!

Vincent se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro mientras escuchaba los detalles de la victoria.

—No soy capaz de expresar lo emocionado que estoy. Muchas gracias por hacerlo posible, D. —Colgó y se quedó mirando a la distancia.

—Lo habéis conseguido —observé—. ¡Enhorabuena!

—Lo han conseguido ellos —dijo él, volviéndose a mirarme—. Yo me he limitado a contratar a un gran equipo, e insistir en los resultados. El éxito es suyo.

Recordé la entrevista que el *New York Times* le había hecho a Vincent. En ella, había mencionado que quería destilar la flor, pero había dejado muy claro que era su equipo quien hacía todo el trabajo, bajo su dirección. Era agradable ver la prueba de que aquel hombre era capaz de compartir el éxito con otros.

—Nuestro día libre ha empezado de maravilla —dijo Vincent—. Deberíamos celebrarlo.

—Ah, ¿sí? —Ladeé la cabeza para mirarle—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Podríamos ir de compras, luego a comer, y tal vez a un espectáculo en Broadway.

—¿Se te ocurre alguna otra cosa?

Me levanté un poco la camiseta que llevaba puesta y le hice un nudo para dejar mi estómago al aire. Me eché hacia atrás y me estiré exageradamente, para que la camiseta subiera aún más y mostrara la parte inferior de mis pechos.

—Umm… —Vincent me miraba sin decir palabra, y yo aproveché para deslizar un dedo por la Nutella que quedaba en mi plato y llevármelo a la boca.

Sin apartar mis ojos de los suyos, saqué el dedo de mi boca despacio, y luego volví a meterlo. Vincent saltó de su silla con tanto impulso que la hizo caer hacia atrás, me agarró y me echó sobre uno de sus hombros. Mientras pasábamos por la cocina, me dio una palmada en el culo que me hizo gritar de risa, y él soltó una mano para recoger algo.

—¿Qué es eso? —pregunté, sin dejar de reír.

—La Nutella —contestó él con voz ronca—. Voy a extenderla por todo tu cuerpo, y lamerla hasta dejarte bien limpia.

Si era sincera, yo no necesitaba más celebraciones.

16

VINCENT

Como no podía ser de otro modo, todo se estaba viniendo abajo el día antes de la boda de Paul y Chloe.

Estábamos todos en el edificio Manhattan, el bonito, pero complicado lugar que Chloe había elegido para celebrar su boda. Se trataba de una construcción de ladrillo expuesto que ofrecía un ambiente bohemio chic, pero el evento se celebraría en el último piso, y eso suponía que era necesario subir hasta allí todos los elementos necesarios para la decoración. El hecho de que el ascensor de servicio se hubiera estropeado ese mismo día añadía un nuevo problema a una organización ya bastante difícil de por sí. Y Chloe se estaba viniendo abajo.

Todos los miembros del grupo de los novios nos habíamos reunido en el vestíbulo del edificio, en plan Vengadores, para tratar de ayudar, porque no había forma de localizar a los gerentes del edificio y la organizadora de bodas estaba atendiendo ese día a otro cliente. Los ojos de Chloe reflejaban el pánico que sentía, y no dejaba de abrir y cerrar los puños, como si intentara no perder los nervios a base de fuerza de voluntad. Yo habría resuelto el problema con dinero, mi solución habitual, pero arreglar el ascensor de un edificio tan antiguo requería un experto, y no eran fáciles de encontrar. Incluso tras recurrir a los contactos que teníamos entre todos, habíamos tenido que esperar a que nos devolvieran la llamada para

confirmar cuándo podrían venir a arreglarlo, y aún no teníamos ni idea de lo que tardarían.

—¿Por qué habré elegido este lugar? Es culpa mía, lo he echado todo a perder… —La voz de Chloe se quebró, mientras miraba a su alrededor con ojos muy abiertos—. ¡Va a ser un desastre! Creo que… deberíamos retrasarlo todo.

Era obvio que estaba a punto de llegar al límite. Las damas de honor se acercaron a consolarla, y todos los hombres nos volvimos hacia Paul para ver su reacción, que fue quedarse paralizado. Sí, parecía que todo aquel ridículo espectáculo de la boda iba a acabar con él también. Cuando por fin me miró, le hice un gesto para que me siguiera al descansillo.

—Tío —dijo en tono deprimido cuando estuvimos solos—. Despiértame cuando se acabe, por favor.

No fui capaz de decirle que, si su matrimonio resultaba como la mayoría de los que yo conocía de cerca, gracias a mi padre, y a Dominic y a sus continuos problemas maritales, la pesadilla no había hecho más que empezar. Paul se frotó las sienes y se volvió hacia mí.

—No debería ser tan difícil, ¿sabes?

Yo me encogí de hombros sin comprometerme. Decirle que el matrimonio era una estupidez, no ayudaría en ese momento. Lo único que podía hacer era darle mi apoyo.

—Verás como se resuelve todo —dije, haciendo un gesto a mi alrededor—. Las próximas veinticuatro horas van a ser difíciles, pero haremos lo que sea necesario para asegurarnos de que mañana todo sea perfecto. Conseguiremos que vengan los de los ascensores, arreglarán el problema y se podrá empezar con la decoración. Hay tiempo suficiente, pero si no fuera bastante, yo mismo me aseguraré de dar un incentivo al personal para que se queden toda la noche, si hace falta, hasta dejarlo todo terminado.

La sonrisa torcida de Paul no resultó muy convincente.

—Te lo agradezco, y sé que mañana todo irá bien, pero hay daños colaterales, ¿sabes? Chloe lo ha dado todo por este día, está obsesionada y eso ha provocado un montón de discusiones durante una buena temporada. No se puede razonar con ella. Cuando le dije que las discusiones sobre la boda estaban dominando nuestra vida, dejó de hablar de ella por completo. —Agitó la mano delante de su cara, como tratando de despertar de un trance—. Pasamos de pelear a muerte por la boda, a no mencionarla en absoluto. Es como si se lo guardara todo hasta explotar, como ha pasado ahora. Y cuando se controla para no estallar delante de mí es aún peor. Finge que todo va bien y no pasa nada, y luego la oigo llorar en la ducha.

—Sí, parece que está un poco… alterada —confirmé. No quería insultar a Chloe. Era una mujer encantadora, y yo sabía que no se comportaría de ese modo si no estuviera estresada hasta el límite—. Y no digo que sea una de esas novias insoportables. No está siendo irracional. Lo que quiero decir es que parece un cartucho de dinamita que ya ha quemado toda la mecha.

—Exacto —asintió Paul—. Todo esto no es bueno para nuestra relación. Deberíamos ser capaces de hablar de cualquier cosa, pero ella me ha aislado por completo. No es normal que la mujer con la que voy a casarme se distancie de mí el día antes de la boda, ¿no?

Intenté encontrar la forma de reconfortar a mi amigo, pero no se me ocurrió nada. El compromiso a largo plazo era un misterio para mí. Nos quedamos callados, con los brazos cruzados y mirando al suelo. Había mucho más que decir, pero yo no sabía cómo expresarlo con palabras.

—Eh, ¿habéis organizado una reunión sin avisarnos?

Paul y yo nos volvimos para ver a Trent, Aiden y Dominic acercándose a toda prisa.

—Sí, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Dominic—. Parecéis muy concentrados.

Una vez más, los «chicos perdidos» de Dee corrían a ayudarse unos a otros. Daba igual lo mucho que hubiéramos cambiado y madurado desde la universidad, nuestro vínculo era indestructible. Cuando las cosas se ponían feas, siempre acudíamos todos. Me sentí muy afortunado por tener ese grupo de amigos.

Paul les hizo un saludo desinteresado con la mano.

—Hola. Solo estoy tratando de calmarme para poder seguir con esto, ¿sabéis? —Señaló las escaleras con el pulgar, por encima del hombro —. Supongo que nos tendremos que acostumbrar a usar esas.

—No, en absoluto —dijo Aiden con firmeza—. Vamos a arreglar el ascensor, aunque tengamos que hacerlo nosotros mismos.

—Sí, ¿o es que piensas que la abuela Dee y las demás personas mayores van a poder subir por las escaleras?

Paul suspiró y asintió con la cabeza.

—Un momento. A ti te pasa algo más serio que lo del ascensor —observó Aiden—. ¿De qué se trata?

—Son demasiadas cosas como para contarlas ahora —dijo Paul, mirándonos a todos—. Digamos que me alegraré cuando pase mañana y pueda volver a la vida real. Quiero casarme con Chloe, pero que le den a la boda.

—Buena suerte con eso —resopló Dominic por lo bajo.

No era ningún secreto que al único de nosotros que se había casado no le estaba yendo demasiado bien. Lo único bueno en su vida era su hija de tres años, Hailey.

—Oye —dijo Trent—. ¿Estás seguro? Porque podríamos secuestrarte y sacarte de aquí ahora mismo.

—Déjalo, Trent. Eso no tiene gracia —le reprendí.

—Lo siento, solo trataba de relajar los ánimos. Ya sabes que todos te queremos, tío, y a Chloe también.

—Yo también la quiero —dijo Paul, abatido—. Ese no es el problema, para nada. Chloe es maravillosa, y espero que todos encontréis a alguien así algún día. —Nos miró a Aiden, a Trent y a mí.

El estómago se me cayó a los pies porque, al oír sus palabras, mi mente me presentó una imagen de Piper. Sí, ella también era maravillosa. No tenía muy claro qué tipo de relación teníamos, pero estaba disfrutando demasiado con ella como para planteármelo.

—Tal vez estáis teniendo todos los problemas al principio. Cuando todo parece perfecto desde el primer momento, no se puede saber si seréis capaces de enfrentaros juntos a las dificultades —dijo Dominic, de un modo que sugería que estaba pensando en su propia situación.

Y tenía razón en lo que decía, solo había que fijarse en mis padres. A pesar de lo enamorados que estuvieron al principio, acabaron divorciándose, y mi padre había tratado de encontrar la misma magia con otras mujeres, solo para fracasar una y otra vez.

—Eh, sea lo que sea, sabes que puedes contar con nosotros para lo que haga falta, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, lo sé —confirmó Paul—. Gracias por apoyarme siempre.

—Eso ha sonado como si estuvieras practicando para el «sí, quiero» de mañana —rio Aiden.

—No necesito practicar esa parte, será la más sencilla. —Paul se animó un poco al pensar en ello—. Lo que va a acabar conmigo es todo lo demás —explicó, haciendo un gesto a su alrededor.

—Deja de preocuparte, nos tienes a nosotros —dijo Dominic, mirando a donde estaban los demás—. Pero no sé si se puede decir lo mismo de tu novia y sus amigas. Parece que están discutiendo con alguien. Vamos a ver qué pasa.

Los tres se dirigieron hacia el otro grupo y nos dejaron solos a Paul y a mí de nuevo.

—Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Estás bien? —dije, mirándole con atención para tratar de asegurarme de que me contestaba con sinceridad.

—Sí, a mí me gustaría saberlo también —dijo una voz suave detrás de nosotros.

Al volvernos, encontramos a Piper en la puerta, mirándonos con preocupación.

—Eh, hola —dijo Paul, sonriendo un poco—. ¿Qué está pasando con Chloe?

—Disputa territorial —dijo Piper con los ojos muy abiertos, medio divertida pero también un poco nerviosa—. Han entrado unas personas que quieren ver el edificio por si les interesa para otra boda y Chloe no les deja pasar. No quiere perder el control. Nosotros lo entendemos, pero los otros no. La cosa se está poniendo tensa.

Paul se enderezó.

—Debería ir a…

—No hace falta. Ya se están encargando tus amigos, y son bastante imponentes —le aseguró.

—Cierto —aceptó él, encogiéndose de hombros—. Supongo que es una batalla menos para mí.

—Vaya —repuso ella, mirándole—. Tienes pinta de no haber dormido en una semana.

Aquel desaire inesperado hizo que Paul dejara escapar una risotada.

—¡Vaya! ¡Gracias, Piper! Eso es justo lo que esperaba oír el día antes de pasarme unas cuantas horas dejándome fotografiar desde todos los ángulos.

—Sabes que estoy de broma —dijo ella, que se acercó para darle un abrazo—. Vas a ser un novio muy guapo, y me alegro mucho de formar parte de tu gran día.

—Gracias. —Paul cerró los ojos al abrazar a Piper—. Chlo te quiere, y yo también.

Aquel momento entre los hermanos me emocionó un poco. Paul me había contado que Piper y él no tenían una relación muy cercana, ya que sus padres se casaron cuando ellos dos ya eran mayores. Por eso, nunca vivieron juntos en la misma casa ni tuvieron que aprender a convivir como hermanos. Sin embargo, parecía que la boda estaba mejorando su relación. ¿Tal vez la tradición no era tan mala como parecía?

—¡Paul! Han llamado los del ascensor —dijo Chloe desde lejos—. ¡Paul! ¡Ven aquí, por favor!

Él se apartó de Piper como si le hubiera dado una descarga.

—Sí, joder. ¡La respuesta a mis plegarias!

Se marchó, y Piper y yo nos quedamos solos en el descansillo.

—¿Sabes que eres la única que ha conseguido que se relaje un poco? —le pregunté.

Antes de que pudiera contestar, una de las damas de honor, cuyo nombre no recordaba, se acercó a nosotros con aspecto agobiado.

—Piper, Chloe quiere que subas al piso de arriba para ver si han traído las mesas. La empresa de eventos dice que sí, pero se suponía que debían haber enviado una foto de las mesas ayer y no lo han hecho. Chloe se acaba de acordar.

—A la orden —contestó ella con un saludo militar y, cuando la otra chica se marchó, se volvió hacia mí—. ¿Dónde se ha metido la organizadora de la boda?

—Coge las cuerdas, es hora de escalar hasta la cumbre —dije, mirando a las escaleras.

Varios pisos más arriba, llegamos a un espacio amplio y muy luminoso lleno de mesas y sillas, aunque no parecían estar colocadas todavía.

—Bueno, al menos tiene una cosa menos de la que preocuparse —dijo Piper, asintiendo—. Pero ¿cuándo piensan colocar las mesas en su sitio? ¿Dónde están los manteles? —Miró alrededor de la sala—. Vale, ahora me voy a empezar a preocupar yo también. ¿Cómo van a dejar todo esto listo en veinticuatro horas?

—Piper, yo me encargo —dije, tomándola de un brazo con cuidado —. Tengo un equipo preparado para hacerse cargo de todo esto, y solo necesito hacer una llamada. No quería entrometerme y ponerme al mando nada más llegar, pero si me necesitan, puedo resolverlo. No pienso permitir que algo salga mal el gran día de Paul.

—¿En serio? —Me miró sorprendida—. Eso es lo más bonito que he oído nunca.

—No es nada —contesté, algo incómodo por haber mostrado mi lado más cariñoso, aunque fuera a Piper—. Creo que es importante tener un plan de emergencia, ¿sabes?

Ella se acercó a mí y me rodeó con sus brazos.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

La sensación de tenerla pegada a mí fue suficiente para ponérmela dura al instante. Ella apoyó la nariz contra la base de mi cuello e inspiró.

—Me encanta como hueles. Y no es la colonia, porque la he olido en la botella y el aroma es distinto. Es la forma en que huele sobre tu piel.

Volvió a inspirar una y otra vez, mientras su mano descendía hacia mi entrepierna.

—Piper, no podemos… —gruñí.

Ella se apartó de mí y miró a nuestro alrededor.

—Tiene que haber un cuarto de la limpieza o algo así por aquí. —Me acarició por encima del pantalón.

—De acuerdo —cedí—. Uno rápido, antes de que nos echen de menos.

—Contigo es imposible que sea rápido —rio ella.

Yo le interrumpí la sonrisa con un beso y ella se dejó llevar. Recorrió mi espalda con las manos hasta llegar a mi culo, haciendo que mi cuerpo vibrara de necesidad por el suyo. No había duda, íbamos a hacerlo allí mismo.

Empecé a dirigirme con ella hacia una puerta al otro lado de la sala, sin interrumpir el beso y esperando que, hubiera lo que hubiera al otro lado de esa puerta, nos ofreciera al menos un poco de intimidad para poder hundirme dentro de ella. Para cuando llegamos, estaba a punto de arrancarle el vestido a tirones.

Pero la puta puerta estaba cerrada con llave.

—Mierda —dije, dando un par de empujones.

Piper dejó escapar un lamento y, en ese momento, escuchamos el sonido de pasos y voces que se acercaban, subiendo las escaleras.

—Joder —protesté—. Viene alguien.

—Ostras, entonces tengo que calmarme. —Piper se pasó la mano por el pelo para alisárselo—. ¿Se nota que estaba a punto de tirarme encima de ti, o sigo pareciendo una dama de honor virginal?

—Si te soy sincero, pareces un poco desquiciada —reí—. Pero me gusta.

Ella me hizo una mueca, y se recolocó el vestido que yo acababa de subirle hasta las caderas. Me incliné para besarla una vez más y ella

me mordió el labio.

—Te prometo que la espera valdrá la pena —le susurré.

Un grupo de gente vestida con pantalones y camisas negras entró por la puerta, sin duda para preparar la sala. Por suerte, parecían demasiado centrados en su trabajo como para fijarse en la alterada y excitada pareja situada en una esquina. Piper me sonrió y me cogió la mano.

—Deberíamos bajar. Parece que las cosas se están poniendo en marcha—dijo.

Sí, desde luego, y dentro de mí parecía que algo se estaba poniendo en marcha también. No pude apartar la mirada de Piper mientras nos dirigíamos a la escalera para descender de nuevo a la locura.

Aquella sensación en mi interior me resultaba desconocida, pero mientras me sintiera así de bien, no iba a cuestionar nada.

PIPER

—En mis tiempos, se consideraba muy escandaloso que una novia enseñara los hombros —dijo la abuela Dee con un destello vivaz en los ojos.

Nos encontrábamos en un rincón algo más tranquilo de un salón enorme, donde acababa de comenzar el cóctel, y disfrutábamos del ambiente bullicioso que nos rodeaba. Después del estrés del día anterior, estábamos encantadas de que la boda hubiera transcurrido como el perfecto sueño romántico. Yo había cumplido como una profesional con mi deber de dama de honor durante la ceremonia y las formalidades posteriores y por fin, tras terminar mis tareas, había llegado el momento de disfrutar del resto de la noche.

La abuela Dee y yo nos habíamos conocido esa noche y, desde el primer momento, había tenido la sensación de haber encontrado a mi propia abuela perdida. Era una mujer muy hermosa y elegante, de pelo blanco, vestida con una chaqueta y un vestido color violeta intenso, a la que le gustaba reír tanto como a mí.

—¿Escandaloso, en serio? —pregunté—. O sea, que el vestido sin mangas de Chloe no habría sido bien visto.

—Y tanto —dijo ella con una sonrisa recatada. Y, ¿a que no adivinas qué me puse yo para mi boda?

—Esto, ¿un jersey de cuello alto? —bromeé.

Ella echó la cabeza atrás y soltó una carcajada que iluminó la sala. No era solo una risa, era esa clase de alegría expresada con todo el cuerpo que resultaba contagiosa, y daba la impresión de que compartías un secreto con ella.

—¡Un jersey de cuello alto! Eres tremenda, ¿lo sabías? No, yo también llevé un vestido sin mangas, ¡porque me encanta escandalizar!

Me reí con ella. Las dos habíamos congeniado de forma natural y sin ningún esfuerzo. Ella empezó a contarme los detalles de su vestido de novia, y describió su celebración con una gracia y humor que transmitían lo mucho que había visto y vivido, sin perder ni un ápice de su personalidad.

—¿De qué estáis hablando? —Richard, el padre de Vincent, se acercó sonriendo y tocó nuestras copas de champán con su vaso de licor.

—Salud, querido —le dijo la abuela Dee al brindar—. Solo hablábamos de los no tan buenos viejos tiempos, cuando se juzgaba a las mujeres por ir a la moda.

—En ese caso, estoy fuera de mi elemento —dijo Richard, volviéndose hacia mí sin perder la sonrisa—. Acabo de volver de jugar al golf en el Nacional de Augusta, y no dejaba de acordarme de ti, Piper. ¿Has jugado alguna vez en ese campo?

Suspiré, porque nunca había tenido ni la suerte, ni las conexiones, necesarias para jugar en el que, de hecho, era el segundo mejor campo del país, donde se jugaba el Torneo Masters.

—No, nunca, pero me encantaría hacerlo algún día.

—Entonces, tendremos que conseguir llevarte a jugar allí. ¿Me recuerdas cuál es tu hándicap?

No me di cuenta de quién era la persona que pasaba junto a nosotros en ese momento, hasta que se dio la vuelta y se unió al

grupo. Inspiré hondo. Era Prentiss, la última persona con la que quería hablar esa noche, ataviado con una ridícula pajarita de lunares.

Había conseguido evitarle durante toda la ceremonia y mantenerme apartada de él cuando nos hicimos las fotos. Me volví para buscar a mi madre. Ella nunca se había enfrentado a Prentiss para defenderme, pero podría contar con ella para que se lo llevara si amenazaba con montar una escena. Por desgracia, en ese momento no la vi por ninguna parte.

—¿Estáis hablando de golf por aquí? —preguntó cuando estuvo cerca.

—¡Así es! Acabo de jugar en el Nacional de Augusta. ¿Tú también juegas al golf?

Richard no tenía ni idea de que acababa de invitar al enemigo a unirse a nosotros. No tuve otra alternativa que presentárselo a los demás.

—Os presento al marido de mi madre, Prentiss Mercer —dije sin entonación.

No me molesté en mencionar los nombres de Richard o la abuela Dee, porque esperaba que se fuera cuanto antes.

—Yo también juego al golf, y bastante bien, por cierto —contestó Prentiss, y me señaló con su copa—. Soy yo quien le ha enseñado a ella todo lo que sabe.

—Bueno, eso no es así —le corregí enseguida, apañándomelas para fingir una sonrisa—. Yo empecé a jugar con diez años, y mi madre no te conoció hasta que yo tenía quince. —. El estómago se me había caído a los pies. Sabía exactamente cómo se iba a desarrollar la conversación, y no quería tenerla delante de nadie.

—¿Llamas jugar a esos golpecitos que dabas de pequeña? —preguntó Prentiss, con una sonrisa de superioridad.

—Eh, eh, para un poco —dijo Richard con amabilidad—. Empezar a jugar de pequeño da una base muy buena.

—No, solo sirve coger malos hábitos, que yo tuve que ocuparme de corregir después. —Prentiss soltó una risotada—. Me he pasado la vida corrigiéndola, pero no me escucha. Tengo un montón de buenos consejos para ella, pero siempre los ignora. Como su carrera, por ejemplo. ¡Insiste en ser *fotógrafa*, nada menos! Eso es una afición, no un trabajo. Lo único que hay que hacer es apuntar con la cámara y darle a un botón. —Prentiss sacó el teléfono del bolsillo y fingió que tomaba una foto—. Eh, miradme, ¡yo también soy fotógrafo! Solo me falta la cámara de tres mil dólares. No dejo de decirle que nunca llegará a ningún sitio si no deja de perseguir esos sueños absurdos. ¿Os ha contado ya esa idea ridícula de las correas para llevar cámaras, con las que cree que puede montar un negocio? —Sacudió la cabeza, compadeciéndome.

—Eres Prentiss, ¿verdad?

Vincent, que había aparecido de la nada, sobresaltó a Prentiss de un modo que le hizo derramar la bebida. Era mucho más alto que él, casi le sacaba una cabeza. Su actitud protectora me emocionó.

—Sí, soy yo —contestó Prentiss, molesto.

—Soy Vincent Forde. Es extraño que no nos hayamos conocido hasta ahora. —Le ofreció la mano—. Piper trabaja conmigo en Perfumes Summit. Empezó como fotógrafa, pero su visión me ha gustado tanto que la he ascendido al puesto de directora creativa, y ahora es un miembro importante de nuestra dirección ejecutiva. ¿Y qué estabas diciendo sobre que necesita tus consejos? Porque tal vez yo los necesite también. Quiero decir, yo solo dirijo una empresa multimillonaria, seguro que a mí también me vendrían bien tus indicaciones.

Habría querido aplaudir a Vincent, pero me contuve y me limité a observar la discusión. Prentiss se aclaró la garganta, incómodo.

—Estoy seguro de que los consejos que le he dado a lo largo de los años la han ayudado a llegar a donde está ahora. Yo siempre he sido un buen guía en su vida.

—¿Un buen guía, o un sabelotodo? —murmuró la abuela Dee en un tono lo bastante bajo como para permitirnos a todos fingir que no la habíamos oído, aunque desde luego que lo hicimos.

—Escuchad, soy yo quien ha enseñado a Piper todo lo que sabe. Si le va bien en tu empresa, es porque yo le he enseñado cómo conseguirlo. Creedme, antes de que yo apareciera, Piper no era más que una niña quejica y malcriada.

Apreté los dientes, como lo hacía cuando era joven. Había olvidado que, cuando vivía con él y tenía que aguantarle todo el tiempo, me solía doler la mandíbula a última hora del día.

Vincent dio un paso hacia él y Prentiss se apartó como si estuviera asustado.

—Creo que te equivocas en eso. Piper es una emprendedora, con un ojo y una visión inigualables. Y es *increíble* con la gente, una habilidad que está claro que no ha aprendido de ti, porque tú no tienes ni pizca de don de gentes. Así que, en lugar de atribuirte el mérito de su éxito a la vez que la insultas, tal vez deberías pensar más en la razón por la que habéis tenido tantos problemas en vuestra relación al cabo de los años, a ver si te das cuenta de que ella no es el problema. Eres tú.

Prentiss empezó a escupir una respuesta, pero enseguida comprendió que estaba en minoría. Yo no solo tenía a Vincent de mi parte, sino también la protección de una abuela Dee y un Richard con aspecto de estar muy enfadados.

—Lo que tú digas. Necesito otra copa —murmuró, se dio media vuelta y se marchó.

Cuando desapareció, sentí que por fin podía respirar.

—¿Estás bien? —preguntó Richard, con el ceño fruncido a causa de aquel numerito.

Asentí, tratando de calmar mi acelerado corazón. Tratar con Prentiss siempre me ponía a la defensiva, aunque, al menos, esa vez había tenido bastantes refuerzos.

—Cariño… —dijo la abuela Dee, tomándome de la mano—. No dejes que hombres como ese puedan contigo. Tienes grandes cualidades, y ¡él no puede atribuirse el mérito de ninguna de ellos!

—Exacto —dijo Vincent, que me miraba fijamente, como si quisiera asegurarse de que Prentiss no me fastidiaría la noche—. Creo que todos estamos de acuerdo en que eres excepcional, Piper. Brillante, creativa, dedicada… Si ese gilipollas no es capaz de verlo, entonces es que es ciego y estúpido.

Una lágrima solitaria descendió por mi mejilla, a pesar del esfuerzo que estaba haciendo para reprimir mis emociones. Odiaba que Prentiss siguiera pudiendo alterarme.

—Eh, eh, —dijo Richard con calma—. Nosotros sabemos lo especial que eres, Piper. Tú seguirás teniendo éxito, y nosotros estaremos ahí para animarte. Estoy seguro de que podrás conseguir todo lo que te propongas.

—Gracias —dije con suavidad. Qué agradable era recibir elogios paternales, para variar.

—Ya lo creo. Y ¿sabéis qué es lo siguiente que tiene Piper en su lista? —preguntó Vincent.

—¿Conseguir unas cuantas vieiras envueltas en beicon? —murmuré por lo bajo.

Me hubiera gustado que me pasara el brazo por los hombros, pero él parecía estar pendiente de algo o, mejor dicho, de *alguien*, al otro lado de la sala.

—No exactamente —rio él—. Lo siguiente es convertir su mayor sueño en realidad, con la ayuda de una amiga mía.

Señaló a un punto entre la muchedumbre, y yo me esforcé por identificar lo que estaba indicando.

—Es hora de conocer a Mercedes.

El corazón se me detuvo, mientras seguía buscándola entre la gente.

—¿*Cómo*? ¿Ahora? ¿Está aquí?

—¿Mercedes Horan? —preguntó la abuela Dee—. He leído hace poco un artículo sobre ella en la revista *Time*. ¡Parece una mujer digna de tener en cuenta!

—Ya lo creo, y es hora de que la dinamita se encuentre con la llama —dijo Vincent, que por fin me miró—. ¿Estás lista?

—Oh no, ¡en absoluto! —Me separé de él, sacudiendo la cabeza—. ¿Ahora mismo? ¡Estoy hecha un desastre! Y después de lo que acaba de pasar, no tengo la mente lo bastante clara como para venderle mi idea. Y me he tomado tres copas de champán, ¡estoy borracha!

—Piper —dijo él con una sonrisa paciente—. La primera copa te la tomaste hace cinco horas, y has estado comiendo desde entonces. Estás perfectamente serena. Además, a mí me contaste tu idea sin ninguna preparación, así que sé que puedes hacerlo bajo presión. Esto es justo lo que estabas esperando, y sé que puedes hacerlo. Creo en ti.

Sus palabras me calmaron y me aportaron una dosis de valor y confianza que me resultó muy útil para olvidar lo mucho que me habían afectado las palabras de Prentiss.

—Tienes razón —dije al cabo de un momento—. Es el momento perfecto, tanto si me gusta como si no. Parecerá una coincidencia.

—¿El momento perfecto para qué? —preguntó la abuela Dee, mirándonos de uno al otro.

—Te lo contaremos todo cuando tengamos la respuesta positiva de Mercedes —respondió Vincent.

Me ofreció la mano y yo la tomé en la mía.

—Pues, sea lo que sea, os deseamos suerte —dijo Richard a nuestra espalda—. ¡Creemos en ti, Piper!

Vincent se inclinó hacia mí para susurrarme al oído.

—Tú no necesitas suerte.

Me apretó la mano un instante, y después me soltó para situarla en mi espalda e impulsarme hacia el encuentro más importante de mi vida. Atravesamos la multitud y nos encontramos delante de una mujer cuya trayectoria yo había seguido durante años.

Mercedes Horan guardaba una gran personalidad en un cuerpo diminuto. Seguramente habría trabajado en su imagen para compensar su baja estatura, pues hablaba con una voz más resonante que las de quienes la rodeaban, y su vestido naranja destacaba tanto como un cono de tráfico.

—Vaya, mira quién está aquí —dijo ella al ver a Vincent—. El creador de mi perfume favorito. Vincent, me alegro mucho de verte. —. Se acercó para que él le besara en las mejillas.

Desde donde yo estaba, podía sentir su energía, y resultaba magnética. Muy intensa, pero encantadora.

—Siempre es un placer, Mercedes. ¿Y a qué perfume te refieres? —preguntó Vincent.

—¿Quieres decir que no reconoces el aroma? —Le presentó una de sus muñecas con gesto dramático—. Huele.

Vincent se inclinó para olerlo, con los ojos cerrados.

—Ah, por supuesto. *Belle Nuit*. Te favorece mucho.

—Me encantan tus perfumes. ¡Estoy deseando saber cómo será el siguiente! —Me miró con ojos brillantes, intrigada.

—Bueno, si quieres que te hable de algo nuevo y emocionante —dijo Vincent, cambiando de tema de un modo muy natural—, esta es la persona con la que debes hablar. —. Me empujó hacia delante con una mano situada en la parte baja de mi espalda—. Mercedes, esta es mi colega, Piper Doyle. Tiene mucho talento. Su ayuda ha sido esencial para conseguir el ingrediente más importante para mi nueva fragancia, y tiene un instinto increíble para los negocios.

Yo extendí una mano, tratando de proyectar una confianza que no estaba segura de sentir.

—Es un placer conocerte, Mercedes. He estado siguiendo tu carrera durante años.

Mercedes me valoró con ojo crítico, pero su sonrisa era cálida. Aunque su mirada era calculadora, no resultaba desagradable: era una mujer habituada a analizar las posibilidades.

—Y si me lo permites —continuó Vincent—, creo que el sentimiento será mutuo muy pronto.

—Ah, ¿sí? —Mercedes me miró con una ceja levantada—. Cuéntame.

—Piper es una fotógrafa muy buena que ha identificado una necesidad en su sector, y ha creado un producto para resolverla. Ella te lo explicará mejor.

Cuando los dos se volvieron a mirarme, yo apreté un poco la mano de Vincent y me tragué mis inseguridades. Darcy y yo habíamos practicado nuestro planteamiento en el salón de casa cientos de veces, pero hacerlo yo sola, sin previo aviso y un poquito achispada, aportaba una complejidad que no había esperado. Aun así, este era mi momento, y lo único que debía hacer era darlo todo.

—Todo empezó hace unos años, en una boda, cuando yo era una fotógrafa novata —comencé.

Darcy y yo habíamos pulido la historia de nuestro proyecto de forma que destacara el aspecto humorístico de lo que, en realidad, había sido una situación muy tensa. Había tenido que manejar a la vez varias cámaras diferentes para hacer las fotos de una novia muy exigente, y su aún más exigente madre. Por suerte, Mercedes se rio en todos los momentos adecuados y, para cuando terminé, me dedicó una sonrisa enorme.

—¿Puedo ver este producto?

Saqué el teléfono con manos tan temblorosas, que estuve a punto de dejarlo caer. Abrí la aplicación de fotos, pensando que le había contado la historia a la perfección y que enseñarle lo que era Strapped en realidad, solo representaba la guinda del pastel. Busqué una foto mía con la correa puesta y le mostré el teléfono.

—Vaya, es mejor de lo que había pensado —dijo ella, mirando la foto con atención—. ¿Es cuero italiano?

—Sí, hemos buscado por todo el mundo y este fue el que nos cautivó. En especial, nos gusta que se trata de una cooperativa de mujeres artesanas. Nuestro negocio está formado por mujeres al cien por cien.

—Como debe ser. Me gusta lo que me cuentas, Piper.

Contuve la respiración mientras ella seguía mirando la foto, y cada segundo me pareció una eternidad. Al mirar a Vincent de reojo, él me dirigió un guiño rápido para reconfortarme.

—Obviamente, este no es el momento ni el lugar para hablar de números y proyecciones, pero me interesaría tener otra conversación —dijo Mercedes por fin, devolviéndome el teléfono—. Deberíamos tener una reunión con tu socia. Llama a mi oficina la semana que viene y lo organizaremos.

—Oh, Dios mío. ¡Muchísimas gracias, Mercedes!

Me quedé mirándola con una sonrisa de oreja a oreja, hasta que Vincent tuvo que intervenir.

—Vamos a por algo de beber —dijo, mostrando su copa vacía—. Mercedes, nos veremos en la próxima reunión del consejo.

Mientras ellos hablaban un momento sobre la biblioteca, yo aproveché para recuperar el aliento y tratar de tranquilizarme. ¡Lo había conseguido! ¡Mi propuesta le había parecido lo bastante interesante a Mercedes como para conseguir la ansiada reunión con ella! A Darcy le iba a dar algo. Estaba deseando salir fuera para llamarla, pero me obligué a mantener la calma hasta que nos alejamos un poco. Me parecía que la cara se me iba a partir en dos de tanto sonreír.

—Fantástico —dijo Vincent, inclinándose para susurrarme al oído—. Lo has hecho a la perfección.

—Gracias a tu presentación —le sonreí—. Hacemos un equipo increíble.

—Ya lo creo.

El ruido y la multitud que nos rodeaban parecieron alejarse mientras nos mirábamos a los ojos. Yo me sentía aturdida por un montón de razones diferentes: la boda de mi hermano, la nueva «familia» a la que estaba empezando a conocer, el éxito de la conversación con Mercedes… Pero todo ello quedaba eclipsado por la sensación recibir una sonrisa secreta de Vincent.

En aquel momento, la orquesta comenzó a tocar, dando comienzo al baile. Yo sabía que Vincent no bailaba, pero aquella noche, mientras disfrutaba de mi victoria, tuve la sensación de que también podría conseguir que bailara conmigo algún día.

PIPER

—No pares nunca de hacer eso —suspiré con los ojos cerrados.

—¿Te gusta? —preguntó Vincent sin dejar de frotar el arco de mi pie con los nudillos.

—¿Tú has visto esos instrumentos de tortura que Chloe nos ha obligado a llevar todo el día? No creo que mis pies se recuperen jamás.

—Y, aun así, te las has apañado para pasar la mitad de la noche en la pista de baile —rio él.

—¡Nunca pierdo la oportunidad de unirme a un baile en línea!

Acabábamos de ducharnos, después de un día de boda épico, y estábamos en la cama, pero aún no teníamos ganas de dormir. Comentamos todo lo ocurrido, desde la conversación con Mercedes hasta cómo Paul y Chloe habían parecido ser las personas más felices del mundo durante todo el evento. Los dos esperábamos que pudieran llevar una vida más normal, ahora que habían superado todo el drama de la boda.

Vincent se puso más aceite de masaje en las manos y empezó a trabajar en mi pantorrilla. Estaba sentado en el extremo de la cama, con mis pies sobre su regazo.

—Oh —suspiré de nuevo—. Eso es… *divino*.

—Este aceite de masaje de Summit es fantástico, ¿verdad? Está hecho a base de aceite de coco, así que tiene usos muy diversos. Usa tu imaginación.

—¿En serio? —dije, abriendo los ojos para mirarle—. La sensación es maravillosa, pero no creo que todo sea mérito del aceite.

—Muchas gracias, señora —dijo él, inclinando la cabeza—. Espero que me dé una propina digna de su valoración.

—¿Aceptas efectivo? —pregunté con falsa modestia y siguiéndole el juego, mientras ponía mi otro pie en su entrepierna—. O, tal vez, podríamos llegar a algún acuerdo.

—No me importa considerar otras formas de pago. —Las fuertes manos de Vincent empezaron a subir por mi pantorrilla con pasadas rítmicas—. ¿En qué está pensando?

—Algo que nos pueda satisfacer a los dos, tal vez —ronroneé, mientras sus manos llegaban a mi muslo.

—Me gusta esa idea.

—Pero tendrás que demostrar lo que vales antes de que te ponga una mano encima—advertí—. Has empezado bien, pero necesito saber si tienes alguna… *habilidad especial* en tu repertorio.

—Entiendo. —Deslizó las manos más arriba y las deslizó hacia la parte interior de mi muslo—. ¿Algo así?

—Te vas acercando —dije con voz ronca, al tiempo que sus dedos rozaron el borde de mi ropa interior.

—Sabe, creo que podrían despedirme por esto. —Vincent se arrodilló entre mis piernas—. Pero no puedo resistirme a usted. No puedo evitar hacer esto.

Metió los dedos por debajo de mi ropa interior y encontró mi calor. No pude evitar dar un respingo cuando deslizó un dedo dentro de

mí, pero enseguida se detuvo.

—¿Debería parar? —preguntó Vincent en voz baja, aún en su papel de masajista excitado—. Si alguien nos pilla, tendríamos un problema.

Me apreté contra su mano.

—No, no pares.

—*Suplícame.*

Su tono cambió de servicial a dominante en tan solo unas pocas sílabas.

Estaba tan desesperada por él que ni me planteé desobedecerle.

—Por favor, señor. No pare.

—Que no pare ¿*qué*? —gruñó, moviendo la mano más despacio entre mis piernas.

—No pare de… tocarme —jadeé.

Aquel hombre era un artista en lo que se refería a mi cuerpo, y necesitaba más. Me provocó con los dedos, deslizándose dentro de mí, acariciando mi clítoris, pero volvió a detenerse. Iba en serio con lo de que suplicara, y conseguiría lo que buscaba, porque yo estaba lo bastante desesperada como para rogarle que me diera más.

—*Por favor*. Yo… necesito…

—Necesitas, ¿el qué? —preguntó Vincent con un rugido.

—Que… me folles —suspiré con voz ronca, desesperada.

Él sacó un condón de la mesilla y se lo puso en un instante. Para cuando me quise dar cuenta, estaba sobre mí y me miraba con una expresión endiablada.

—¿Es esto lo que quieres?

Frotó la punta de su polla contra mi humedad.

—Sí, sí… —suspiré—. *Por favor*.

Respondió deslizándose dentro de mí, y los dos suspiramos al unísono cuando estuvimos unidos. Se dejó caer sobre mí, cubriéndome con su cuerpo, y yo le rodeé la cintura con las piernas por instinto, de forma que llegó aún más dentro de mí.

—Llevaba esperando esto todo el día —me susurró al oído.

Vincent empezó a mover las caderas y a introducir y sacar el pene de mi cuerpo con lentitud. Apenas había empezado a follarme y yo ya empezaba a ver estrellitas detrás de los párpados. Sin perder el ritmo, lento y regular, puso la mano entre mis piernas para acariciarme. La forma en que me llenaba y la atención que dedicaba a mi clítoris me llevaron al clímax antes incluso de que me diera cuenta de que estaba cerca.

—¡*Vincent*! —grité en pleno éxtasis.

Las vibraciones continuaron latiendo dentro de mí, un poco más fuertes, hasta desaparecer por completo.

Vincent se detuvo para dejarme disfrutar del orgasmo, y luego comenzó a moverse con más fuerza, sacudiendo las caderas hacia mí.

—Más fuerte —susurré.

—Mi pequeña fierecilla —me dijo con voz ronca.

Se sacudió contra mí, y supe que estaba tratando de contenerse, de durar un poco más.

—Me encanta la sensación —susurró con la boca pegada a mi oreja —. No quiero correrme.

—No me voy a ninguna parte. Podemos jugar a este juego una y otra vez —le aseguré—. Toda la noche.

Él nos giró a los dos, como si fuéramos uno, de forma que quedé situada sobre él.

—Ahora tienes tú el control. Quiero verte. Eres perfecta, Piper. Joder, no puedo dejar de mirarte.

Los piropos de Vincent me hacían sentir invencible. Por lo general, yo solía ser de las que prefieren hacerlo con la luz apagada y bajo las sábanas, pero con él, podía dar rienda suelta a mi lado más salvaje.

Me puse de rodillas y me dejé caer sobre él, moviendo las caderas una y otra vez, y Vincent levantó las manos para rodearme los pechos con ellas mientras yo le follaba. No apartó sus ojos de los míos hasta el momento en que no pudo contenerse más y mi nombre se escapó de sus labios. Cuando terminó, me dejé caer sobre su pecho y los dos jadeamos al tiempo, en silencio y muy satisfechos.

Vincent se apartó de mí a desgana para ocuparse del condón, y volvió enseguida para tomarme en sus brazos.

—Eres exquisita, en todos los sentidos. ¿Lo sabías? —Me besó en la cabeza.

—A veces se me olvida. Creo que será mejor que me lo recuerdes todos los días —dije, con una risa.

—Lo haré encantado —respondió, apretándome contra su pecho.

Descansamos abrazados, disfrutando de la satisfacción posterior a un día perfecto y una noche aún mejor.

—¿Te lo has pasado bien en la boda? —le pregunté.

—Me ha gustado ver a Paul y Chloe convertirse en marido y mujer.

—Eso no contesta mi pregunta —observé.

—Si te soy sincero, no me encantan las bodas —respondió, encogiéndose de hombros.

—Supongo que algo ha cambiado desde la generación anterior, porque tu padre ha sido el alma de la fiesta. —Apoyé la cabeza contra su pecho.

—Bueno, él se ha casado cuatro veces, así que se le puede considerar un profesional —dijo él con un resoplido—. Seguramente bebió demasiado. Creo que esa es su forma de evitar pensar demasiado en nada.

Me apoyé sobre un hombro.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Dejó marchar a mi madre, y se ha pasado el resto de la vida tratando de volver a encontrar lo que tuvo con ella —dijo, después de mirarme un momento.

Vincent no se sinceraba conmigo a menudo, así que aproveché la ocasión.

—¿Por qué se separaron?

—Él la engañó.

—¿Richard *la engañó*? —exclamé—. Jamás lo hubiera dicho. ¡No parece ser esa clase de hombre!

—No lo es. Se arrepiente de ello cada día.

—¿Lo hizo durante mucho tiempo? —pregunté con cautela—. Es decir, ¿tuvo una amante?

—No, fue solo una vez, durante un viaje de trabajo —dijo él, negando con la cabeza—. Mi madre y él estaban pasando una mala época, y entonces ocurrió aquello. A continuación vino el divorcio y, después, los años de recriminaciones.

Durante un momento, su cara reflejó el dolor que sentía, pero desapareció enseguida, y me sorprendió que siguiera hablando.

—Mi padre tampoco tuvo un buen ejemplo en el suyo. Yo no conozco los detalles, nunca ha hablado del tema, pero creo que le preocupaba mucho repetir con nosotros las conductas de su pasado. Cuando yo era pequeño, nunca estuvo muy presente, ¿sabes? Podía haber recibido la custodia compartida, pero prefirió que yo pasara la mayor parte del tiempo con mi madre. Está claro que ya ha aprendido de sus errores, porque parece que ahora no se cansa de mí.

—Parece que tu madre aún le importa.

—Oh, sí, ya lo creo. Es la que se le escapó —rio Vincent—. Creo que mi madre también siente algo por él todavía, pero no le hace ninguna gracia que tenga otras tres exmujeres.

Me acarició la espalda, y yo le apreté un poco más fuerte, sintiéndome más unida a él que nunca.

—Parece que, en el fondo, es un romántico —dije—. Puede que no sepa muy bien qué hacer con todos esos sentimientos, pero cree en el poder del amor, como dice Celine Dion.

—O es un imbécil —dijo el, y su risa resonó en mi oído.

Me aparté para mirarle.

—¿Cómo dices?

—¡Fíjate en su historial! Cero matrimonios sólidos de cuatro. Menuda estadística de mierda. Por suerte para mí, no he heredado eso de él.

Mi corazón pareció reducir de pronto sus latidos al mínimo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con cuidado, sin estar segura de si quería escuchar su respuesta.

—En el fondo, un matrimonio es como sentarse a una partida de dados y cruzar los dedos a ver si hay suerte. Piénsalo. Mi padre no lo ha conseguido ni después de cuatro intentos. ¿Y qué hay de lo mal que lo han pasado nuestros recientes novios antes de llegar al altar?

—Sí, pero todo eso fue por culpa del estrés de planear la boda, no por un problema en su relación. —Me senté en la cama y tiré de la sábana para taparme—. Tú sabes que se adoran, y ahora están bien.

—¿Seguro? —preguntó Vincent con intención—. Yo creo que ya ha habido algunos daños bastante serios. Mira, no digo que el amor de verdad sea imposible, sino que ¿cuáles son las posibilidades de encontrar a tu alma gemela? ¿Una entre cien? ¿Entre mil? Piensa en toda la gente que conoces, y cuántos de ellos están en relaciones que estés segura de que van a durar.

No contesté, porque ya no sabía si quería seguir escuchando sus ideas super deprimentes en materia de amor y matrimonio. Al cabo de unos minutos, la respiración de Vincent se hizo más profunda, y empezó a roncar ligeramente. Yo me coloqué de lado, y él se situó al momento junto a mi espalda para abrazarme desde atrás. La sensación de estar acurrucada contra él era increíble, pero mis pensamientos iban a toda velocidad y no podía relajarme lo bastante para dormir.

Si dudaba tanto de que una relación pudiese durar, ¿qué creería que estaba pasando entre nosotros? Sí, habíamos empezado fingiendo nuestra relación, pero yo, desde luego, pensaba que se estaba convirtiendo en algo real. En algo bueno. ¿Lo vería él de otro modo? ¿Estaría dispuesto, al menos, a darnos una oportunidad para ver si podíamos mantener una de esas relaciones duraderas? ¿O se estaba limitando a dejar pasar el tiempo y esperar que todo se viniera abajo?

La idea me dejó helada, incluso entre sus cálidos brazos.

VINCENT

Cerré los ojos y tiré el teléfono sobre la mesa.

Nuestro director de redes sociales me había reenviado una publicación de Instagram de la modelo que habíamos seleccionado con todo cuidado para la campaña de *Por Siempre*, Ingrid Olafsson. Se trataba de un intento evidente, grosero y desesperado por conseguir dinero.

¿A santo de qué habría aceptado una modelo que ganaba más de diez mil dólares al día hacer propaganda de un brebaje llamado «té para tripa plana»? Ingrid acababa de terminar una campaña de cosméticos tremendamente lucrativa, y había firmado un contrato con Summit para ser la imagen de la publicidad de *Por Siempre*. Sin embargo, yo no pensaba asociar nuestra buena imagen a una modelo que se vendía para promocionar bebidas peligrosas que fomentaran los trastornos alimenticios y la inseguridad sobre el aspecto. Ni en broma.

—Linda —gruñí en el teléfono interno—. Por favor, convoca al equipo a mi despacho, ahora mismo.

Aunque lo había pedido por favor, sabía que ella se habría dado cuenta de que estaba muy molesto.

—De acuerdo —respondió resignada.

Comprendí que, una vez más, había sonado como un capullo. No era culpa suya que las cosas se fueran a la mierda. Intenté arreglarlo enseguida.

—Te lo agradezco mucho, Linda.

—No hay problema —contestó ella en un tono más animado.

En cinco minutos, tenía el despacho lleno. Habían venido todos los que importaban, y parecían tan disgustados como yo por la publicación de Ingrid, pero nadie parecía dispuesto a ofrecer sugerencias.

—¿Y si la sustituimos por Lucy McBride? —pregunté.

—No —contestó Bradley, ceñudo—. Acaba de firmar con *Remarkable*, y están a punto de lanzar un nuevo perfume también.

—Joder —estallé.

No teníamos mucho tiempo, y un cambio de modelo justo antes de comenzar la campaña publicitaria era lo último que necesitaba.

—¿Y Maya?

Todas las cabezas se volvieron a Piper, que había hecho la propuesta.

—No, ni en broma —dije, sacudiendo la cabeza—. De ninguna manera.

—¿Por qué no? —preguntó Piper—. Ya ha trabajado antes con Summit y es fiel a la marca. Es la opción más evidente.

¿Evidente? Tal vez, pero eso no tenía en cuenta que Maya era un desastre andante, un cataclismo envuelto en ropa de diseño. Y, además, era la última persona que necesitaba volver a meter en mi vida.

—Sabes que hay una historia detrás —recordé a Piper, tratando de comunicarle con la mirada que captara la indirecta y lo dejara estar.

—¿Y qué es peor? ¿Seguir adelante con una campaña de publicidad para la que ya tenemos al personal, los maquilladores y el modelo masculino, aunque sea con algo de historia detrás, o empezar desde cero y, posiblemente, retrasar el lanzamiento?

Los murmullos de los presentes ante el evidente sentido común de lo que acababa de decir, no hicieron más que aumentar mi irritación. Por supuesto que tenía razón, pero eso no hacía que su sugerencia fuera más fácil de digerir. La simple mención del nombre «Maya» me traía a la mente toda una avalancha de recuerdos muy irritantes.

Pero ahí estaba Piper, dispuesta a ignorar la mezquina actitud de Maya la noche en que cenamos con mi padre. Era una mujer con mucha clase, y una auténtica profesional. Lo único que quería era asegurarse de que la publicidad fuera un éxito. Joder, yo podría aprender algunas cosas de ella.

Miré a Stephanie, nuestra responsable de organización.

—¿Crees que podrías conseguirla?

—Por supuesto —contestó Stephanie—. Aún tengo el número de su agente. Me pongo con ello.

—Adelante.

Piper me dirigió una sonrisa compasiva, y yo intenté pensar en eso, y no en la persistente sensación de vacío en el estómago que me provocaba la idea de que las dos se encontraran de nuevo.



Gracias a algún milagro, todo salió bien y, una semana más tarde, estábamos listos para empezar con la campaña. Sí, básicamente habíamos tenido que suplicarle a Maya que la hiciera, pero accedió por fin, una vez que le ofrecimos una cantidad suficiente de dinero y otros beneficios.

El caos que reinaba en el estudio era bastante propio de una sesión de fotos. La música sonaba a todo volumen, y docenas de personas corrían de un lado a otro para ocuparse de las preparaciones de último minuto. Rodrigo, el modelo masculino al que habíamos contratado para las fotos con Maya, estaba ya sin camisa y untado de aceite.

Piper, muy concentrada en el trabajo, iba a toda velocidad del escenario a la iluminación y al ordenador en el que comprobaba las imágenes a medida que se hacían las fotos. Como siempre, yo me quedé en una esquina de la sala para no distraer a nadie mientras terminaban con los preparativos. No pasó mucho tiempo hasta que todo estuvo listo para el espectáculo.

Maya salió de la zona de maquillaje y se dirigió contoneándose al otro lado del estudio, donde Rodrigo ya estaba esperando en su posición. Me volví para mirar a Piper cuando Maya se acercó, y me alivió comprobar que se le daba la hostia de bien fingir que no le importaba en absoluto. Nadie habría sabido que Maya se había comportado como una zorra con ella hacía unas pocas semanas.

El vestuario para la sesión era mínimo, ya que Maya y Rodrigo debían dar la impresión de estar desnudos. Maya llevaba unas mallas negras y un diminuto top color melocotón sin tirantes que apenas cubría sus pechos. Yo, sin embargo, no podía apartar los ojos de Piper, vestida con una camisa y vaqueros. Ella dio un par de palmadas para llamar la atención de todo el mundo.

—Chicos, atención. Vamos a empezar. Todo el mundo fuera de la escena, excepto Maya y Rodrigo, por favor.

Me encantaba la forma en que tomaba el control. El personal se dirigió a sus puestos y los modelos se situaron en posición. Rodrigo estaba subido encima de una caja para quedar situado por encima de Maya, quien le miraba de perfil.

—¿Preparados? —preguntó Piper con calidez.

—*Siempre* —contestó Maya sin quitar ojo a Rodrigo, como si quisiera comérselo allí mismo.

Estuvieron haciendo fotos durante una hora entera, y me alegré de comprobar que los tres trabajaban bien juntos. Podía imaginarme sin problemas cómo cobraría vida la visión de Piper una vez que editara las fotografías.

—Vamos a tomarnos diez minutos —dijo Piper por fin—. Creo que a todos nos vendrá bien un descanso.

Era el momento perfecto para salir de allí sin ser visto, pero antes de llegar al ascensor, oí que me llamaba Maya. Maldita sea.

Me di la vuelta despacio y me la encontré caminando hacia mí mientras se ponía una bata de seda, aunque, en lugar de anudarse el cinturón, la dejó abierta para mostrar sus pechos casi desnudos.

—Vincent —dijo con un puchero—. ¿No te quedas a verlo? ¿Tienes celos de Rodrigo?

Oh, sí, no te puedes imaginar hasta qué punto, suspiré.

—Maya, me encanta que tengas tan buena química con él. Quedará muy bien en las fotos.

—Sabía que encontrarías la manera de volver a traerme a Summit —ronroneó ella—. ¡Me necesitas!

Me contuve para no decir algo que pudiera cabrearla, como que, en aquel momento, lo único que necesitaba era que volviera a desaparecer de mi vida.

—En Summit estamos encantados de que hayas vuelto para esta campaña *única*. —Enfaticé la palabra para que no se hiciera ilusiones.

—Me ha sorprendido ver a tu amiguita haciendo las fotos. ¿En serio que seguís juntos? No puedo creer que ella sea lo bastante buena para ti.

Ahí estaba.

Debería haber sabido que no sería capaz de terminar el día sin dedicar alguna pulla a Piper. Maya había convertido los celos en toda una forma de expresión artística, solo comparable a su capacidad para utilizar una bata de seda como un arma. Inspiré hondo y conté hasta diez en mi cabeza.

Piper te da cien mil vueltas en cualquier cosa que se proponga, pensé. Sin embargo, en lugar de decir eso y echar más leña al fuego, me obligué a sonreír sin ganas y ocultar que me estaba cabreando hasta la médula.

—Maya, vamos a…

—Mírala a ella, y mírame a mí. —Maya deslizó una mano por su cuerpo y dejó que las yemas de sus dedos resbalaran por sus pechos—. Está claro que has salido perdiendo —rio.

Venga ya, y una mierda.

—Yo diría que eso es cuestión de opinión —dije.

En *mi* opinión, Maya no le llegaba a Piper ni a la suela de los zapatos, incluso en su mejor día, pero no conseguiría nada diciéndoselo a las claras.

—Vamos a dejar el tema —zanjé, con un paso atrás para apartarme de ella.

—Como quieras, pero llámame cuando estés listo para volver a la primera división. Hacíamos buena pareja.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —reí—. Lo nuestro fue peor que un accidente de tráfico.

La referencia me recordó a Piper. A veces, los accidentes acababan bien, aunque Maya era más bien de las que causan un choque en cadena de cincuenta coches que afecta a varios municipios.

—Y, además, desde que lo dejamos, has estado hablando mal de mí a la prensa siempre que has podido —continué—. ¿Qué clase de idiota crees que parecería si volviera con alguien que me ha tratado así?

—Oh, venga ya. Sabes que al público le encantan las reconciliaciones. —Dio un paso hacia mí, pero yo me aparté instintivamente—. Ya me imagino cómo sería. Fingimos encontrarnos por casualidad en Central Park y organizamos que nos hagan unas fotos con teleobjetivo. ¡Nadie se lo esperaría, parecería encantador! La gente se preguntaría si estábamos volviendo a intentarlo. Luego nos fotografiarían tomando café unos días más tarde. Nada demasiado comprometido, solo estaríamos hablando de lo que fue mal entre nosotros. Después pasearíamos a mi perro, riendo y caminando de la mano…

—Tú no tienes perro, Maya —suspiré, harto de sus tonterías. Todo lo que hacía estaba planeado y era artificial; era tan diferente de Piper, que siempre era ella misma, dinámica y desafiante.

—Da igual, alguien me prestará uno —repuso ella enseguida—. A la gente le gustan los perros.

Tuve que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. ¿Existiría algún límite al número de estupideces que podía soltar una persona antes de entrar en combustión espontánea? Porque, si era así, Maya debía de estar a punto de cruzarlo.

—Sé que echas de menos algunas de las cosas que supone estar conmigo… —Se había acercado de nuevo, y me cogió la mano para colocarla sobre su pecho—. Como estas cosas.

Me aparté de ella al instante. No comprendía cómo había podido considerar que la estaba alentando, pero me dirigió una sonrisa de superioridad y procedió a apretar sus pechos uno contra el otro para hacerme una demostración.

—Te recuerdo que esto es lo que te espera cuando decidas dejar de lado a esa fotógrafa.

—Porque me echas muchísimo de menos —dije en el tono más seco posible—. No porque echas de menos que pague todas las mierdas que eres demasiado tacaña para comprarte tú misma.

La familia de Maya no había tenido mucho dinero, y por mucho éxito que tuviera, seguía costándole mucho gastarse el dinero en sí misma. Yo respetaba la fuerza de voluntad que había demostrado para llegar a donde estaba; incluso respetaba su frugalidad y el hecho de que conociera el valor del dinero. Lo que no soportaba era que actuara como si me estuviera haciendo un favor enorme al permitirme satisfacer todos sus caprichos.

—¿Y no puedo echar de menos las dos cosas? —preguntó con un guiño—. Creo que me merezco un hombre bien… dotado, en todos los sentidos. Y tú mereces a una mujer que sea un diez, no un cinco.

—Qué romántica eres —ironicé.

Eso le hizo reír.

—Los dos sabemos que el romance no es real —canturreó ella—. No necesito que me quieras. Ni siquiera me importa si te gusto o no. Lo que te propongo es satisfacernos mutuamente. Piénsatelo… y ten en cuenta que la oferta no durará para siempre. —Y con eso, dio media vuelta y se marchó.

Escuché una tos detrás de mí. Piper estaba en el umbral.

—Qué pena que solo estemos a mitad de la sesión —dijo.

—Oh, mierda. —Me acerqué a ella—. ¿Has oído todo eso?

Ella asintió, pálida.

—Es ridícula, los dos lo sabemos. Ignórala. Jamás volvería con ella.

Le puse las manos sobre los hombros. Ella me miró y consiguió esbozar una sonrisa, que pareció forzada.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Solo un poco cansada —repuso—. Está siendo un día muy largo. Pero no va mal, ¿verdad? Creo que hemos conseguido algunas fotos bastante buenas, y me parece que te va a gustar cómo hemos preparado la siguiente escena.

—De acuerdo —dije despacio, sin dejar de mirarla.

Piper me sonrió una vez más y se dirigió de vuelta al estudio. Yo la seguí, luchando contra la sensación de que algo iba mal. Por supuesto que debía estar cansada; había estado trabajando mucho en la campaña publicitaria y no debía estar siendo fácil aguantar la presión de aquel día, pero eso era propio de un trabajo de este nivel y podríamos superarlo juntos.

Conseguiríamos completar la maldita campaña publicitaria fuera como fuera y, después, todo volvería a la normalidad.

20

PIPER

Habíamos tenido que superar muchos obstáculos para llegar a aquel momento y, a pesar de todos los dramas, al final las cosas habían salido bien.

La fiesta de lanzamiento de *Por Siempre* se estaba celebrando en una azotea, y había venido todo el mundo que había contribuido a lograr ese final feliz, como Jean y Joe Sullivan, además de un montón de gente importante a la que había visto en el cine, la televisión e internet. Estaba muy nerviosa, y un poco mareada por tener que fingir que codearme con toda aquella gente importante no tenía nada de especial para mí. Divisé a Darcy entre la multitud, charlando con una *influencer* dedicada al maquillaje a la que las dos habíamos seguido durante años. Me di cuenta de que intentaba parecer relajada, pero, cuando me miró, intercambiamos una mirada incrédula con los ojos muy abiertos, sin poder creer lo que estábamos viviendo aquella noche.

Summit no había reparado en gastos para el acontecimiento. La azotea estaba decorada con paredes de flores elaboradas con ranúnculos y rosas de color rojo y rosa. Por supuesto, el logo de *Por Siempre* era visible desde todos los ángulos, con independencia de a dónde apuntaran las cámaras. Aquella fiesta nos iba a dar buena prensa.

—Estás espectacular esta noche —me susurró Vincent al oído—. Me encantaría llevarte detrás de esa pared de flores y hacerte de todo.

—Muy tentador, pero este vestido es dificilísimo de poner y quitar. Fíjate en toda esta cinta.

Me di la vuelta para que pudiera ver la cinta de raso que se entrecruzaba en mi espalda. Había elegido un vestido estilo corsé de una tela violeta muy ligera, que me hacía parecer etérea como un hada. Había elegido el color como una sutil referencia al ingrediente estrella de *Por Siempre*, la flor que me había llevado a tener una relación con el capullo en jefe.

Vincent tiró un poco de la capa superior de tul de mi vestido.

—Solo tendría que levantar esto y… —Me miró con una ceja levantada.

—Para —reí—. Mira quién se acerca.

Señalé con la cabeza el trío que se aproximaba a nosotros, a quienes reconocí como tres de los accionistas principales de Summit. Me había preparado muchísimo para la fiesta, porque sabía que asistiría mucha gente importante, y quería parecer la empleada perfecta. Vincent se puso serio.

—Grace, Robert, Clive, me alegro mucho de veros. —Se apartó a un lado—. Quiero presentaros a nuestra directora creativa, Piper Doyle. Su ayuda para lanzar *Por Siempre* ha sido incalculable.

Estreché la mano de cada uno de ellos, haciendo lo posible por ignorar las punzadas que sentía en el estómago. Directora creativa. Sí, técnicamente eso era cierto, pero yo era algo más que eso, entre nosotros había algo más. Y estábamos en una fiesta. ¿Por qué no me había presentado Vincent como su pareja? Forcé una sonrisa.

—¿Verdad que es una noche maravillosa?

Charlamos durante un rato mientras yo intentaba no darle vueltas a lo que podría estar pensando Vincent, y escuchaba en silencio su

conversación sobre el trabajo, tratando de no sentirme fuera de lugar. No podía dejar de pensar en la forma en que me había presentado. Quizá solo había pretendido conseguir que esas personas me respetaran y demostrar que yo era una parte importante del equipo, no solo un elemento decorativo. Pero, a pesar de mis esfuerzos, no pude evitar recordar las veces en que Matthew había hecho esfuerzos por evitar situaciones en las que alguien pudiera pensar que era su novia, la forma en que prefería quedarse en casa conmigo en lugar de salir, y ponía excusas para no invitarme cuando quedaba con sus amigos o su familia.

Vincent no era así. De hecho, era justo lo contrario, pues él sí le había contado a su padre y a sus amigos que estábamos saliendo, incluso antes de que fuera verdad. Sin embargo, pensar en ello no me hizo sentir mejor; solo sirvió para recordarme que nuestra relación había empezado con un acuerdo que yo ya había cumplido. Si consideraba que Vincent opinaba que todas las relaciones estaban condenadas al fracaso, ¿dónde nos dejaba eso? Ahora que los dos habíamos conseguido lo que queríamos, ¿qué otra cosa nos unía, sino el mero hecho de que ambos quisiéramos estar juntos?

¿Y cómo podía yo saber si seguía siendo lo que él quería?

—¿Piper?

—Perdón, ¿qué decías? —Volví a centrarme en la conversación.

Vincent me miraba con el ceño fruncido.

—Grace acaba de preguntar si Maya y tú pensáis volver a trabajar juntas en algún momento, ya que la campaña ha salido tan bien.

—Gracias por el cumplido —respondí, tragándome una sensación desagradable—. Maya ha sido una gran ayuda para esta campaña, y Summit le agradece mucho lo que ha aportado al lanzamiento.

La había visto pavoneándose por la fiesta y, hasta ahora, había conseguido evitar encontrarme con ella. Mientras seguíamos charlando, miré con discreción a la multitud. Vincent había

mencionado que Mercedes vendría, y quería conseguir un poco de tiempo con ella y con Darcy para hablar de nuestros números. La fiesta nos ofrecía un momento relajado perfecto para dar el siguiente paso, pero hasta ahora no había conseguido ninguna oportunidad de hablar con ella.

Por fin, los accionistas se marcharon y nos dejaron solos de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Vincent—. Estás muy callada esta noche.

—¡Estoy fenomenal! —contesté con rapidez—. Solo un poco abrumada, ¿sabes? Nunca pensé que llegaría este día.

Vincent empezó a decir algo, pero se detuvo al ver a otra persona que venía en nuestra dirección.

—Es Carrie Rutherford, del *Times* —dijo en voz baja—. La periodista que me entrevistó para aquel artículo.

Una mujer atractiva, con gafas de montura negra, se acercó a nosotros.

—¡Vincent, lo has conseguido! Has cumplido tu promesa de destilar el heliotropo. Claro, que yo nunca dudé de ti.

—Bueno, el mérito no es solo mío —rio él de buen humor—. Mi equipo de I+D es quien ha hecho todo el trabajo. Y Piper Doyle, mi directora creativa, ha sido también esencial en muchos aspectos.

Ahí estaba otra vez. Mi título oficial, y nada más.

—Me gustaría tener una foto tuya para nuestras redes sociales, y así podremos enlazarla al artículo sobre ti para conseguir más visitas —dijo Carrie—. ¿Te importa ponerte delante de la pared de flores?

—Claro, encantado —dijo Vincent.

Se alejó sin decirme ni una palabra. Me dije a mí misma que no pasaba nada. Era normal que Vincent se centrara en la prensa y no en si, como pareja, encajábamos en alguna historia. De eso podríamos encargarnos después; aun así, no conseguía librarme de

la persistente sensación insidiosa que notaba en el estómago. Me dirigí hacia el bar para calmarme con una bebida, pero Darcy, radiante con un vestido largo de rayas, me detuvo con una mano en el brazo.

—Mercedes quiere hablar con nosotras.

El estómago, ya bastante alterado, se me cayó a los pies.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunté.

—¡Porque este podría ser el momento! —susurró acercándose a mí —. Ya hemos hablado de las cifras, calculado las proyecciones, su equipo ha investigado la cooperativa del cuero… Lo único que falta es hacerlo oficial. Creo que esta es la última prueba.

—¿Prueba? —balbucí—. ¿Qué clase de prueba?

—Química —contestó Darcy, que me cogió del brazo y empezó a caminar conmigo a través de la gente—. Creo que quiere saber si nos vamos a llevar bien las tres.

Miré hacia donde Vincent posaba delante de la pared de flores, con Maya a su lado, y el pulso se me aceleró. No, no pasaba nada. Era una cuestión de negocios, yo sabía lo que él pensaba de ella. ¿Verdad?

Les dirigí una última mirada y me fijé en que él le había pasado el brazo por el hombro. A mí, apenas me había tocado durante toda la noche.

Tenía que centrarme. Había cumplido todas mis promesas para ayudar a Summit a conseguir su objetivo, y ahora era el momento de concentrarme en mis propios sueños. Tenía que prepararme para el futuro, y Mercedes era la clave.

—¿Lista? —Darcy me miró a los ojos.

Inspiré profundamente y exhalé despacio.

—Vamos allá.

Encontramos a Mercedes escuchando a un hombre con pinta de empresario informático, que le estaba soltando un rollo sobre cómo su aplicación iba a hacer del mundo un lugar mejor. Lo único que necesitaba eran unos cinco millones de inversión. La cara de Mercedes se iluminó cuando nos vio.

—¿Me disculpas un momento, Chad? Hay unas personas importantes con las que tengo que hablar.

Mercedes se alejó de él, poniendo los ojos en blanco. Como siempre, iba vestida para llamar la atención, con un traje pantalón color rosa fuerte y unos tacones altísimos que no suponían una gran diferencia en cuanto a su altura.

—Hola, señoritas —dijo mientras nos daba un cálido apretón de manos—. ¿Os estáis divirtiendo?

—¡Yo sí! —exclamó Darcy con una risa—. Acabo de conseguir una cita con Denny Jones para una sesión de retinol.

—Dime dónde está —pidió Mercedes, mirando a su alrededor—. Esta cara vieja necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

—Venga ya, pero si estás increíble —dije.

—Ni se te ocurra añadir que «para mi edad» —advirtió, agitando el dedo delante de mí.

—¡Jamás!

Me costaba asimilar el hecho de que estuviéramos bromeando con la gran Mercedes Horan, nada menos. ¡Y nos había llamado «personas importantes»! La noche parecía ir mejorando.

—¿Por qué no nos sentamos? —preguntó Mercedes, señalando hacia un grupo de sillas en una zona algo más apartada.

Darcy me cogió una mano y la apretó mientras la seguíamos.

—Quiero empezar diciéndoos que me habéis impresionado mucho las dos —dijo Mercedes—. Darcy, tus proyecciones están basadas en

una investigación muy completa de las tendencias de la industria, y Piper, tu visión creativa es inigualable.

El corazón se me cayó a los pies. Eso sonaba a que ahora venía un «pero».

—Estaría loca si no invirtiera en Strapped, pero…

Y ahí estaba.

—Antes de comprometerme a nada, necesito asegurarme de que os implicaréis al cien por cien —continuó ella—. Ahora mismo, las dos tenéis trabajos a tiempo completo, lo que significa que no podéis dedicar a Strapped la atención que necesitará para crecer. Si queréis trabajar conmigo, tendréis que dedicaros por completo a este negocio. No aceptaré medias tintas. Y si vamos a sacar este proyecto adelante, tendrá que ser pronto. Se espera que el precio del cuero suba dentro de un mes, más o menos, así que me gustaría hacer un pedido lo bastante grande para hacer frente a las necesidades del negocio durante los primeros seis meses de producción.

Su expresión alegre se había vuelto mortalmente seria, pero, considerando la cantidad de dinero que nos hacía falta, tenía sentido. Mercedes no se andaba por las ramas cuando se trataba de sus recursos.

—No hay más que hablar —dijo Darcy, con el teléfono en la mano—. Voy a llamar a mi jefe para presentar mi dimisión ahora mismo.

—Vale, de acuerdo —rio Mercedes—. Darcy, me queda claro que tú vas a comprometerte. —Se volvió hacia mí—. ¿Y tú, Piper? Tú estás muy vinculada a Summit, en más de un aspecto, si me lo permites.

Me sonrojé. No sabía si Vincent le había contado que estábamos juntos, o si, durante la boda, se había dado cuenta de que había algo entre nosotros, pero no tenía intención de mentir y negárselo.

—Summit me ha tratado bien —dije.

—Y tú les has venido muy bien a ellos. Así que, ¿qué significa eso para el futuro de Strapped? ¿Eres capaz de dejar Summit, y hacerlo pronto?

El contrato con Summit, firmado cuando Vincent estaba tratando de convencerme para que le ayudara, me garantizaba un mínimo de seis meses de trabajo, pero no tenía una fecha de fin. Yo no había pensado en marcharme; me gustaba el trabajo, mi equipo y la posibilidad de dar un empujón a mi carrera y conseguir mejores clientes. Y sí, también me gustaba trabajar con Vincent. Pero si tenía que elegir… El acuerdo con Mercedes era algo que llevaba años esperando. ¿En serio pensaba arriesgarlo a cambio de un trabajo que solo era mi segunda opción, y un tío que no me ofrecía ningún compromiso a largo plazo? Habíamos alcanzado nuestro objetivo común. Él ya no me debía nada, y yo a él tampoco.

—Creo que ese silencio significa que aún no estás segura del todo —dijo Mercedes.

—No —respondí enseguida—. ¡Para nada! Solo resulta un poco abrumador así, de repente. No me malinterpretes, estoy emocionadísima —aclaré con rapidez—. Supongo que solo tengo que organizar las cuestiones logísticas.

Darcy me miró preocupada. Ella estaba dispuesta a dejar su trabajo en ese preciso instante y, si yo titubeaba, tendría que aguantar un poco más.

—Por supuesto, ya sé que este no es el mejor lugar para tener una discusión como esta, pero no estaba segura de si las tres podríamos reunirnos en otro momento —explicó Mercedes—. Me marcho a Brasil en breve.

Ya sabía lo que tenía que hacer. Tenía sentido dejar Summit ya. Mi futuro era Strapped, y merecía toda mi atención. Al mirar a mi alrededor, vi a Vincent hablando con un grupo de gente en el que estaba Maya con unas cuantas mujeres más, también con aspecto

de modelos. Su vida estaba entre ese tipo de gente, mientras que la mía me acababa de hacer una oferta que no podía rechazar.

—Estoy contigo —dije, mirando a Mercedes a los ojos—. Con todo mi corazón. Creo en este producto y en que Darcy y yo podemos conseguirlo, juntas. Yo también dimitiré, solo necesito encontrar el momento adecuado. Obviamente, no puede ser esta noche.

—Entendido —contestó ella—. Pero ¿vas a hacerlo pronto?

Darcy estaba sentada en el borde de su silla y me lanzaba miradas asesinas.

—Sí —dije—. Por supuesto.

—Entonces, ¡tenemos un acuerdo, señoras! —La expresión firme de Mercedes se relajó en una amplia sonrisa—. Bienvenidas al imperio Horan. Brindemos por una larga y provechosa asociación. Me encargaré de que firmemos los documentos cuanto antes. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde están los camareros? Este momento merece unas copas de champán.

—Ahora mismo —dijo Darcy, que se puso en pie de un salto y se dirigió hacia Mercedes, con la mano tendida—. ¡Muchas gracias! De verdad. Estoy como atontada. A la porra con una copa de champán, ¡traeré una botella entera!

Mercedes y yo observamos riendo cómo corría a conseguir la botella para nuestra celebración. Ella se inclinó hacia mí.

—Entiendo tus dudas. Vincent es un hombre excepcional, pero debes pensar primero en ti. Los hombres van y vienen, créeme, pero tu negocio es para siempre. Has tomado la decisión correcta, Piper.

Sabía que Mercedes tenía razón, pero ¿por qué se me encogía el corazón cada vez que la multitud se apartaba y me permitía ver a Vincent?

VINCENT

Tres horas de charlas y sonrisas más tarde, esperaba que la velada fuera a tocar a su fin, pero el DJ no dejaba de poner una canción popular tras otra y la pista de baile seguía abarrotada. Como anfitrión, no podía marcharme antes de tiempo, así que fingí estar encantado de seguir allí con la sonrisa pegada en la cara.

Lo cierto era que me sentía inquieto, pero no sabía por qué. Sí, estaba encantado de poder lanzar *Por Siempre*, pero notaba una cierta corriente de tensión con Piper que me había puesto nervioso.

Miré alrededor buscándola, porque apenas habíamos tenido ocasión de hablar durante la noche. Había tenido la intención de destacar lo mucho que había trabajado, pero todo el mundo parecía interesarse solo por mí. Por supuesto, ella no necesitaba que yo llamara la atención de sus méritos. Sabía que era capaz de demostrar su valía a toda la gente importante que nos rodeaba. Seguramente estaría hablando de golf con los Sullivan, o ganándose la amistad de alguna princesa austriaca.

Por fin la localicé, apoyada en la barandilla y hablando con alguien que estaba oculto por la gente. Cuando la multitud se movió un poco, pude ver que se trataba de Rodrigo, el modelo de la publicidad de *Por Siempre*. Estaban riendo. Y no, claro, no pasaba nada. La gente se ríe. Pero ¿por qué le tocaba él la espalda? Me fijé en que Piper le estaba dedicando una sonrisa que yo creía que reservaba

solo para mí. Estaban demasiado cerca, de una forma que me resultaba muy familiar. Como si tontearan. Por supuesto, eso era muy propio de Rodrigo, pero ¿Piper? Nunca la había visto actuar con tanta… coquetería.

¿Qué cojones estaba pasando entre ellos?

Me di cuenta de que tenía los dientes apretados. Confiaba en Piper, por supuesto… Pero no pude evitar los recuerdos. Eso era justo lo que Maya solía hacer cuando creía que yo no le prestaba la atención suficiente. Buscaba a algún tío, daba igual quién, y tonteaba con él para ponerme celoso. Yo solía conseguir ignorarlo, pero a veces me resultaba imposible si ella llevaba las cosas demasiado lejos. El resultado era que cualquier atisbo de ese tipo de jueguecito era suficiente para provocarme un dolor de cabeza monumental.

Pero esta vez no se trataba de Maya. Era Piper. ¿Por qué diablos no podía evitar sentir celos?

En aquel momento, Piper deslizó un brazo alrededor de Rodrigo y le dio un medio abrazo rápido. Él respondió dejando caer la cabeza sobre su hombro, y ella le frotó la espalda. Se me revolvió el estómago. Ya había visto suficiente.

El tiempo aquella noche era perfecto, y eso significaba que todo el mundo estaba en aquella terraza. El único lugar al que podía escapar era el oscuro interior del edificio, al otro lado de las puertas automáticas de cristal. Necesitaba estar solo unos minutos, para recobrar el aliento. Atravesé la multitud, sin perder la sonrisa y haciendo lo posible por evitar ser arrastrado a otra conversación interminable sobre cómo habíamos conseguido destilar el heliotropo, o lo perfecta que estaba Maya en la nueva campaña. Cuando por fin atravesé la puerta, dejé escapar un suspiro y la cerré detrás de mí. El ruido de la fiesta se desvaneció, y por fin pude respirar hondo.

La noche representaba un triunfo para Summit, pero yo me sentía vacío. Algo había cambiado con Piper, y me daba cuenta de que se estaba apartando de mí. Sin embargo, cada vez que le preguntaba si

le pasaba algo, ella insistía en que todo estaba bien, y yo ya no tenía ni idea de qué hacer para mejorar las cosas. Me solté la pajarita, desabroché unos cuantos botones de la camisa y me dejé caer en una silla.

—¿Te vas a quitar todo eso? —dijo una voz desde algo más lejos.

Dejé caer los hombros en un acto reflejo, porque habría reconocido esa voz en cualquier sitio. Maya, la última persona a la que quería ver.

—Hola —dije—. Solo voy a estar aquí un momento, tengo que volver ahí fuera.

Y alejarme de ti, pensé.

Ella iba vestida para representar el papel de supermodelo, con un vestido tipo corsé de tul beige, que daba la impresión de que estuviera desnuda. Al menos, aquel atuendo nos aseguraría montones de visitas en las redes sociales.

—Cariño, ¡qué tristón estás! ¿Qué te pasa? —dijo con un puchero mientras avanzaba contoneándose hacia mí. Siempre caminaba como si estuviera sobre la pasarela y el mundo entero la estuviera mirando.

—No me llames así —suspiré.

Ella se quedó de pie delante de mí, con las manos en las caderas.

—Pareces deprimido, pero apuesto a que sé cómo animarte. —Me dirigió una sonrisa malvada—. Empezaré poniéndome de rodillas.

—Vamos, Maya, ya está bien —gruñí, echándome hacia atrás en la silla para poner algo de espacio entre nosotros. ¿Cuántas veces tendría que pasar por esto?

Pero Maya no cejó en su empeño.

—Los dos sabemos cómo hacerte feliz, guapo. Necesitas un poco de vitamina M.

Con un gesto rápido, se levantó la falda hasta las caderas y se sentó sobre mí a horcajadas. Solo pude pensar una cosa: *¿Estaba de puta coña*? Pero ella me rodeó el cuello con los brazos inmediatamente e intentó darme un beso. Me puse en pie tan rápido que ella se deslizó de mi regazo y estuvo a punto de caer al suelo de culo.

—¡Hostia, Vincent! —Explotó Maya, mientras intentaba enderezarse sujeta al borde de la mesa—. ¿Por qué has hecho eso? Los dos sabemos que aún me deseas. ¡Es evidente!

—Estoy con alguien, y lo sabes —dije, con los dientes apretados.

Maya se echó a reír.

—¿Esperas que crea que vas en serio con esa fotógrafa de tres al cuarto? Venga ya. La estás utilizando para ponerme celosa. No es real, ¿a que no? Admítelo, lo estáis fingiendo.

Toda la presión y el estrés que había estado soportando se combinaron para estallar en ese preciso momento. No quería tener esa conversación tan absurda con ella, pero no me dejó otra elección.

—¿Sabes qué? Tienes razón —grité, sin importarme lo fuerte que sonara mi voz—. Al principio sí que fingimos estar juntos, ¡y tú fuiste el motivo! Como no me dejabas en paz, Piper y yo acordamos fingir que éramos una pareja para que por fin se te metiera en la cabeza que habíamos terminado. Pero está claro que no ha servido de nada, porque te veo más desesperada que nunca.

—¿*Desesperada*? —chilló Maya, cuyos ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas—. ¡Mírame, Vincent! Es físicamente imposible que alguien con un cuerpo como el mío esté desesperada.

—Bien, entonces ¿por qué no paras de hacer tonterías y dejas de molestarme de una puta vez? — le espeté.

—¿Y tú por qué no dejas de mandarme señales confusas? —protestó ella—. Me has contratado para la campaña de publicidad más

importante de la historia de Summit. Eso significa algo, no te atrevas a negarlo.

—¡Eso es por mi *negocio*! —aullé.

—Claro, igual que tu relación falsa con la «directora creativa» —gritó ella, haciendo el gesto de comillas al decir el título de Piper—. Contigo todo es negocios, no tienes corazón.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y sorbió por la nariz.

—Venga, Maya, déjalo —le reprendí—. No vayas por ahí conmigo.

—¡Déjame en paz! —exclamó con una voz angustiada que sonó muy falsa—. ¡Me has vuelto a romper el corazón, Vincent Forde!

Se tapó la cara con las manos y salió corriendo de la sala, llorando a todo volumen, para conseguir la máxima atención. Solo entonces me fijé en una figura oculta entre las sombras, no demasiado lejos.

—Eh, oye, perdona. No pretendía espiaros.

Aquel tipo se metió una cámara en el bolsillo. Me resultaba familiar, pero también era verdad que todos los asistentes a la fiesta eran gente conocida. Entonces caí en la cuenta.

Aquel hombre de aspecto esquivo no era otro que Jerry Reed, un bloguero de TikTok, conocido por publicar cotilleos y lo que él llamaba «imágenes a ciegas», editadas de tal modo que resultaba obvio quiénes salían en ellas, aunque no se les viera directamente. También le gustaba gastar a los famosos unas bromas pesadas que, en realidad, podrían considerarse acoso. Estaba bastante seguro de que Maya lo había visto y había exagerado las lágrimas falsas y todo ese rollo del corazón roto para manipular la historia a su favor. Así de calculadora era ella.

—Lo que has escuchado era una conversación privada —dije con sequedad.

—En un lugar público —apostilló él, encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Y ha sido bastante difícil de ignorar, con todos esos gritos y demás.

Me hubiera encantado acercarme a él y partirle la cara, pero eso solo empeoraría una situación que ya era muy lamentable. Lo mejor que podía hacer era ocultar mi furia y confiar en que el público considerase que aquella historia no tenía ningún interés.

Joder, ¿a quién quería engañar? «Ejecutivo mujeriego finge un romance con su empleada y hace llorar a su preciosa exnovia supermodelo en una fiesta de presentación». La historia iba a estar por todas partes.

—Bueno, es una fiesta estupenda. Nos vemos. —Jerry me dedicó un signo de la paz y volvió a salir a la terraza.

Noté que todo mi cuerpo se ponía tenso al pensar en cómo afectaría aquello al lanzamiento. No cabía duda de que cualquier noticia favorable a *Por Siempre* quedaría quedar enterrada bajo el peso de lo que acababa de pasar en aquella sala vacía. Me dirigí a la terraza a toda prisa y estuve a punto de chocar con Piper, que se disponía a entrar.

—Eh, te estaba buscando. —Su expresión alegre se tornó preocupada cuando se fijó en la mía—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar ahora mismo.

Me di la vuelta y atravesé con ella la sala vacía, hasta que encontré una sala de reuniones más pequeña, un poco más adelante por un pasillo.

—Vincent, ¿qué pasa? —preguntó Piper, que casi tuvo que correr para mantenerse a mi paso.

Esperé a cerrar la puerta antes de contestar. No podía pensar con claridad, pero sí tenía una cosa clara: aquello se iba a poner muy feo.

—¿Qué? —Piper me puso una mano en el brazo—. Cuéntame qué ha pasado.

Estaba tan enfadado que casi no me fijé en lo preocupada que parecía.

—Gracias a Jerry Reed, tenemos que prepararnos para una catástrofe. Maya me ha acorralado a solas, ha intentado besarme y, prácticamente, me ha obligado a confesar que, cuando empezamos a salir, fingimos nuestra relación. Jerry lo ha visto todo, y puede que hasta lo haya grabado. No estoy seguro de eso.

—¿Cómo dices? —susurró Piper. Se había puesto pálida.

—Maya ha montado un numerito tremendo, diciendo que le he roto el corazón. Ahora, toda información sobre Summit se va a centrar en esa escena, no en *Por Siempre*. ¡Voy a parecer idiota!

Echaba humo solo de pensar en todas las formas en que Jerry podría manipular aquella historia.

—No sé qué decir… —susurró Piper con expresión atormentada.

—Sí, ya somos dos. —Me pasé las manos por el pelo y suspiré—. Todo nuestro trabajo…

—Sí, pero cuando salga la campaña publicitaria, la gente se centrará en ella —dijo Piper con voz hueca—. Les parecerá espectacular.

—Sí, estoy seguro de que eso es lo que tú crees —resoplé—. Me he fijado en que Rodrigo y tú no podíais tener las manos quietas. Eso tampoco va a ayudar a arreglar las cosas. Espero que a vosotros no os haya grabado nadie, al menos.

Piper se apartó de mí, con la cara muy pálida.

—Vincent… —Su voz no era más que un suspiro dolido—. ¿En serio crees que estaba tonteando con Rodrigo? Se acaba de enterar de que su *novia está embarazada*. ¡Le estaba felicitando por la buena noticia, eso es todo!

Me quedé helado. ¿Novia? No tenía ni idea.

—Bueno, esa no es la cuestión —insistí—. Se trata de la forma en que la prensa manipulará la noticia. Maya ya se ha hecho pasar por la víctima, hemos perdido el control de la narrativa.

—Pero eso no es culpa mía —dijo ella con voz dulce.

—¿Acaso he dicho yo que lo fuera? —le grité.

Piper se encogió contra la pared, como si la hubiera agredido, así que opté por descargar mi irritación dando vueltas por la habitación. El ambiente se iba cargando cada vez más mientras los dos tratábamos de asumir que todo se estaba viniendo abajo.

—Creo que esto se ha acabado —dijo Piper con voz temblorosa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. La fiesta aún no ha terminado, y creo que aún tenemos que hacernos unas fotos para *New York Magazine.* Malditas las ganas que tengo de seguir sonriendo.

—No me refiero a eso —susurró Piper, apartándose un poco de mí con la cara desencajada—. Me refiero a que hemos terminado.

—¿Perdona? —pregunté, con el estómago en los pies.

Había esperado que tuviéramos ocasión de hablar de nosotros en otro momento, cuando hubiéramos tenido tiempo de calmarnos y valorar los daños. No en ese momento, ni en aquel lugar.

—Tú y yo —contestó, señalándonos a los dos—. Se acabó.

Estaba a punto de contestar cuando sonó mi teléfono.

—*Joder*, es Amanda.

Que la gurú de las redes de Summit me llamara en mitad de la fiesta no podía ser una buena noticia.

—Sí, creo que deberías coger esa llamada —dijo Piper en un tono un poco más ácido—. Te dejo con ella, ya que los negocios son lo único

que te importa.

Observé cómo su expresión pasaba de la tristeza al enfado, mientras mi teléfono parecía sonar cada vez más fuerte, hasta parecer una alarma de incendios. Supuse que eso es lo que era, después de todo.

Necesitaba controlar los daños que nos pudiera ocasionar la intervención de Jerry. La empresa era lo primero para mí; tenía que serlo. Nuestros empleados de todo el mundo dependían de mi capacidad para resolver los problemas, y merecían que me asegurase de que el negocio siguiera creciendo, y ellos siguieran cobrando sus salarios. Sin embargo, Piper me miraba como si ella también hubiera contado conmigo… y yo la hubiera decepcionado. Las cosas se estaban escapando de mi control, y la única forma que tenía de enfrentarme a la situación era centrarme en lo que pudiera resolver. Y eso no era, y nunca había sido, mi vida amorosa.

Incluso aunque mis sentimientos por Piper fueran más fuertes y profundos de lo que nunca había sentido antes, había llegado a un punto en que ya no eran sostenibles. Debería haberme dado cuenta antes y no haberme permitido llegar a este punto. Yo sabía muy bien lo poco que dura un romance.

Si hubiera sido más listo y hubiera tenido más cuidado, tal vez no me dolería tanto que se fuera.

VINCENT

Estaba pensando en irme a casa y ahogar en alcohol el estrés de la fiesta, cuando recibí un mensaje de Paul.

Sé que es muy tarde, pero tenemos que hablar.

En lugar de contarme nada por teléfono, preguntó si podíamos vernos. De todos modos, yo no estaba seguro de poder dormir, así que le dije que se dirigiera hacia mi casa. Cuando llegué, me estaba esperando en la entrada del edificio, pálido y con ojos cansados.

—Tienes muy mala pinta —le dije al acercarme.

—Ya, gracias. Tú tampoco tienes buen aspecto, ni siquiera con ese esmoquin.

Nos dimos un apretón de manos y un medio abrazo desganado.

Yo sabía que se me debía notar en la cara el drama de aquella noche. Había conseguido mantener las apariencias durante la fiesta, pero ahora, en mi casa y con un viejo amigo, podía admitir hasta qué punto estaba jodido. Sin embargo, Paul me había pedido ayuda, así que en ese momento la cuestión no trataba de mí ni de mis problemas.

Subimos en el ascensor en silencio, mientras Paul se miraba los zapatos.

—¿Quieres beber algo? —pregunté cuando entramos en mi piso.

Encendí las luces, pero las dejé tenues con el fin de crear un ambiente adecuado para lo que asumía que sería alguna confesión.

—¿Y me lo tienes que preguntar? —rio él—. Trae la botella.

Paul salió a la terraza mientras yo cogía dos vasos, y la mejor botella de whiskey que tenía. Cuando me reuní con él, lo encontré sentado en una silla, inclinado hacia delante con la cabeza gacha. Le serví un vaso de whiskey y le toqué un hombro con él para que lo cogiera. Después me senté en la silla delante de él.

—Cuenta.

Paul bebió un buen trago y después suspiró.

—Esto ayuda un poco.

—Espera a llevar dos más y verás como ya no sientes nada. —Yo estaba deseando llegar a ese punto también.

Bebimos en silencio durante unos minutos. No tenía intención de presionar a Paul para que me contara lo que le ocurría. Sabía que, entre nosotros, a veces bastaba con estar ahí para apoyar a los demás. Al cabo de un rato, él comenzó a hablar.

—Las cosas no van bien con Chloe —dijo sin levantar la voz—. De hecho, todo es una mierda.

—¿Qué quieres decir? Os acabáis de casar, estáis al principio de lo de vivir felices para siempre. Se supone que lo malo tarda años en llegar.

Paul se inclinó hacia atrás y miró al cielo estrellado.

—Ya, eso creía yo también, pero resulta que Chloe me ha estado ocultando un montón de cosas.

—Un momento. —Me incliné hacia él—. No querrás decir que ha estado…

—No, no me está engañando, pero tiene muchos secretos —interrumpió Paul—. Después de todos los dramas con la preparación de la boda, pensaba que ya habríamos vuelto a la normalidad. De hecho, ella se comportaba como si todo fuera bien. ¡Estaba feliz! Y, de pronto, un día se dio cuenta de que no encontraba uno de los pendientes antiguos que había heredado de su abuela. Eran lo que había llevado en la boda como «algo viejo», pero después de la celebración, nos liamos con los preparativos para irnos de luna de miel. Desayunamos e hicimos las maletas a toda velocidad para llegar a tiempo al avión, así que no se dio cuenta de que le faltaba un pendiente. Hace un par de noches, estaba revisando sus cosas y fue entonces cuando vio que no lo tenía.

No tenía la menor idea de por qué un pendiente desaparecido podía requerir una visita tan urgente de madrugada.

—¿Llamasteis al hotel?

—Inmediatamente. Lo estuvieron buscando, pero no apareció. A Chloe le dio un ataque. Estaba tan alterada que no la reconocí. No solo lloraba, hasta llegó a hiperventilar. —Paul parecía cohibido—. Y, en ese momento, le dije lo peor que se le puede decir a una mujer alterada.

—Venga ya, dime que no lo hiciste.

—Ya lo creo que sí —respondió con tristeza, antes de beber otro largo trago de whiskey—. Le dije: «Cálmate, no es más que un pendiente».

Ahora empezaba a entender la razón de la visita.

—Fue como si hubiera hecho saltar una presa. Ella… se vino abajo delante de mí. Cayó de rodillas al suelo. Intenté consolarla, abrazarla mientras lloraba, ¿sabes? Pero ella me apartó. —Paul parecía atormentado por el recuerdo de aquella escena—. Cuando se recuperó un poco, empezó a hablar. Me dijo que no era feliz, que hacía meses que no lo era. Dijo que yo no me había tomado en serio

lo preocupada que estuvo con los preparativos de la boda, y que nunca ayudo cuando las cosas se ponen difíciles.

—Vamos, Paul —interrumpí—. ¿Qué otra cosa podías hacer? Si hasta nos reuniste a todos unas cuantas veces para acudir en su ayuda, como los Vengadores. ¿Qué más quiere?

—Dijo que había habido varias ocasiones en las que se sentía como si se ahogara, y yo no había estado ahí para ayudarla. ¡Pero yo no puedo leerle el pensamiento! Entiendo que se pusiera nerviosa cuando las cosas iban mal, pero luego volvía a la normalidad. Nunca me dijo con sinceridad lo mal que lo había pasado. ¿Eso es justo? ¡Yo solo puedo ayudarla si sé que me necesita!

Se bebió el resto del whiskey de un trago y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe. Yo se lo rellené al momento.

—Eso no es justo —confirmé—. Debería haberte contado lo que pensaba.

—*Gracias* —dijo él, irritado.

—Aun así —continué—. ¿Me estás diciendo en serio que es tan buena actriz que te resultó imposible darte cuenta de que algo no iba bien? Quiero decir que habría alguna señal, ¿no? Por lo que yo vi, ella estaba normal un día, e inconsolable al siguiente, como un péndulo. Tal vez tengáis que hablar de esto entre vosotros.

Pensé en mis propios sentimientos acerca de lo ocurrido con Piper. Había sospechado que ella tampoco se había sincerado conmigo sobre lo que pensaba, y yo no había hecho nada al respecto. Al final, todo había saltado por los aires, como les había pasado a Paul y Chloe.

—¿Estás diciendo que he ignorado sus sentimientos? —preguntó Paul, mirándome resentido.

No le contesté, y él bajó la mirada a sus manos.

—Vale, de acuerdo —admitió por fin, desarmado—. Sí, me di cuenta de que las cosas no estaban bien del todo entre nosotros, pero yo trataba de centrarme en las cosas buenas. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada en absoluto, pero deberías haberle dado a tu mujer la oportunidad de hablarte con sinceridad.

Él me miró con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás echando la culpa de lo ocurrido, Vincent?

—No, no estoy diciendo eso —respondí—. Lo cierto es que no creo que sea culpa de nadie. Yo creo que se estaba conteniendo. No está bien que esperase que le leyeras el pensamiento cuando lo estaba pasando mal, pero, por otro lado, quizá podrías haber indagado un poco si notabas que algo iba mal. Resulta… —Me encogí de hombros —. Es difícil.

Relaciones, amor… Siempre acababan complicándolo todo y convirtiendo hasta el problema más sencillo en un rompecabezas sin solución. Y todo eso, ¿para qué?

Intenté no pensar en lo mucho que se parecía la situación de Paul a la mía. Pero, claro, a pesar de cómo estaban las cosas, Chloe y él iban en serio. Lo mío con Piper era otra cosa. Estaba seguro de que ninguna relación que empezara con un accidente de coche, y luego pasara por fingir un noviazgo, podría acabar en amor verdadero para siempre. La idea era absurda.

Al menos, eso era lo que me decía a mí mismo. Eso sí, el dolor que sentía en el pecho sugería otra cosa.

Bebimos en silencio, no supe durante cuánto tiempo, bajo una luna que aparecía y desaparecía entre las nubes. En aquel momento, no necesitábamos nada más, solo compañía y apoyo sin decir nada. El resto de los chicos estaban con nosotros en espíritu.

—Es tarde, hermano —dije al cabo del rato—. ¿Quieres quedarte a dormir?

—Sí, eso me vendría bien. —Paul apuró su vaso—. Creo que Chlo y yo necesitamos pasar algo de tiempo separados.

—Eso es preocupante. —Lo miré extrañado—. ¿Tengo que buscarte un abogado?

—Oh, no. —Paul negó con la cabeza—. Ni en broma. No pienso dejarla. Esto solo es un pequeño bache, solo tengo que encontrar la forma de resolverlo. Nos queremos, de eso estoy seguro.

Tenía que admitirlo. Tenía envidia de Paul, del hecho de que pudiera pasar por aquel infierno con Chloe y saber aún, en el fondo, que estaban hechos el uno para el otro. Había encontrado algo único y especial. Dudaba mucho de que esa posibilidad existiera para mí. A simple vista, parecía que lo tenía todo, pero jamás había tenido la suerte de conectar con alguien como él con Chloe. El tipo de conexión que le permitía a uno creer que, por muy difíciles que se pusieran las cosas, se podrían superar juntos.

Piper era la única persona con la que había estado cerca de encontrar parecido, pero ya se había acabado. Recordé en un destello su cara angustiada cuando se había alejado de mí unas horas antes. Le había hecho daño. No había sido mi intención, pero ya estaba hecho.

Paul se puso en pie despacio.

—Estoy hecho polvo. Necesito dormir un poco.

—Yo también. Puedes dormir en esa habitación.

Señalé hacia el otro lado de la terraza, a donde daban las grandes ventanas de mi mejor habitación de invitados.

—Te lo agradezco, de verdad. —Me miró durante un instante, como si me viera por primera vez en toda la noche—. Piper ha sacado tu lado más amable.

No tenía ganas de hablar de ella en ese momento, sobre todo considerando que Paul tenía sus propios problemas.

—Oye, una cosa. Falta una bombilla en el baño. —Cambié de tema con rapidez, porque no quería que empezara a hablar de lo maravillosa que era Piper. Lo sabía de sobra—. Mi asistente ha pedido una nueva a Suiza. Avísame si te da problemas.

—Bombillas suizas —rio Paul—. Eres único, tío.

—Buenas noches, Paul.

Cuando se fue, me quedé solo en la oscuridad pensando en la forma en que mi vida estaba patas arriba. Saqué el teléfono del bolsillo para comprobar cómo iban los daños ocasionados por la discusión con Maya. Amanda, que sabía algo sobre Jerry, me había advertido de que las cosas se iban a poner feas y, según mis alertas de Google, había tenido toda la razón. Jerry no solo había grabado mi discusión con Maya, sino que había hecho dos publicaciones sobre ella en TikTok. Uno de los vídeos solo era un fragmento sin sonido, para llamar la atención, al que había añadido una estúpida canción de moda que repetía «oh no» una y otra vez; después, unas horas más tarde, había publicado la grabación completa con todo el espectáculo.

Gracias a la forma en que Maya había actuado para su público, todo lo que había dicho sobre mí se entendía a la perfección. Jerry había empezado a grabar cuando Maya se había sentado en mi regazo y yo me había puesto en pie, lo que me hacía parecer la víctima de una seducción no deseada. Sin embargo, mis palabras sobre Piper se escuchaban alto y claro y, contra todo mi sentido común, no pude evitar leer los comentarios.

¿Quién coj… rechazaría a Maya? Ese tío es imbécil.

¡Pero ella le ha acosado!

Habrá que ver a esa tal Piper. ¿Estará tan buena como Maya?

Eh, Vince, tío bueno. ¡Yo también quiero fingir que salgo contigo!

Cerré los ojos. Según Amanda, el ecosistema de los comentarios de TikTok representaba un plano de existencia diferente, de forma que, aunque las cosas se pusieran feas allí, era posible que no pasaran al mundo real. Sin embargo, yo dudaba mucho de que ese fuera el caso en aquella situación. A continuación, consulté la sección de cotilleos del *New York Post* y, como esperaba, no solo habían publicado algunas capturas del vídeo de Jerry, sino que se las habían apañado para inventarse un artículo entero sobre nuestra discusión y destacar el hecho de que había tenido lugar durante la fiesta de lanzamiento de *Por Siempre*.

Eso significaba que, ahora, el mundo entero estaría expuesto a un montón de teorías y especulaciones sobre la buena marcha de Summit, y la razón por la que el propietario de la empresa se habría prestado a fingir que salía con una empleada. Los detalles de mi ruptura con Maya serían analizados hasta el agotamiento una vez más. Era solo cuestión de tiempo que los medios más serios se hicieran eco de la historia y la distorsionaran para crear la narrativa sobre Summit que más les interesara. A lo largo de los años, yo había sido objeto de historias hostiles, desde artículos que me acusaban de no ser más que un hijo de papá, hasta otros que sugerían que mi obsesión por innovar perjudicaba la larga y compleja historia de la empresa. Gracias a Maya, este nuevo y desagradable enfoque sobre Summit les daría infinitas oportunidades para meterse conmigo.

Joder. Ya me habían ido mal las cosas cuando rompí con ella, tiempo atrás. Ella se había dedicado a probar lo mejor de todo a mi costa, y no estaba dispuesta a dejar escapar el acceso gratuito a todo lo que le apeteciera. Por no hablar de que me había convencido para que la convirtiera en la imagen de algunas de nuestras fragancias más conocidas, y yo la había dado a conocer por todo el mundo. Su sueño era ser la imagen de la publicidad de Summit mientras salía conmigo, y el fin de nuestra relación la llevó a perder las dos cosas. Así que se había dedicado a encontrar una docena de formas

distintas de atacarme a través de los medios, y hasta había acudido a programas de televisión para hablar de mujeres atrapadas en relaciones tóxicas. Lo único tóxico que había habido en nuestra relación era ella, pero fue Summit quien sufrió los efectos de sus ataques incesantes.

Y ahora volvíamos a estar en la misma situación. Esta vez, los problemas del corazón nos habían metido en un lío muy complicado que afectaría negativamente a lo único que me importaba: Summit. Aunque había logrado evitar el matrimonio, había acabado por caer en la misma trampa que mi padre. Había permitido que mis relaciones personales lo estropearan todo y, de paso, perjudicaran el buen nombre de la empresa.

También había heredado su incapacidad para sentirme satisfecho. ¿Acabaría como él dentro de treinta años, buscando la felicidad a base de drogarme en una selva perdida? Pero no podía permitirme el lujo de preocuparme por todo aquello en ese momento. Tenía otros problemas reales a los que enfrentarme: una empresa en crisis, una ex vengativa que buscaba pelea, y Piper…

Bueno, Piper se había marchado y, por mucho que doliera, comprendía que era lo mejor. Nuestra relación había llegado a su fin y ya era cosa del pasado, justo a tiempo para permitirme reconducir mi vida. Sí, eso me vendría muy bien. Se habían acabado los romances, y las complicaciones.

Había aprendido la lección. Nunca más.

PIPER

—Vamos, levanta.

Notaba las miradas asesinas que me lanzaba Darcy desde la puerta de mi habitación, pero me negué a abrir los ojos.

—Sé que no estás dormida —continuó—. Te he oído ir al baño hace tres minutos, así que levántate, vístete y vamos al mercado. El ritual del sábado.

—Hoy no es un sábado normal. —Gruñí con los ojos cerrados, como una niña que se hace la dormida.

—Tienes razón. Es la mañana después de nuestro triunfal acuerdo con Mercedes. La vida es bella.

Sabía que estaba intentando darle la vuelta a lo ocurrido para centrarse en lo positivo y ayudarme a olvidar cómo había acabado la noche anterior, pero yo no podía dejar de recordar la frialdad con la que Vincent me había dejado marchar. Sí, nuestro acuerdo con Mercedes me hacía mucha ilusión, pero, a pesar de lo que ella me había dicho, en la vida hay mucho más que los negocios. Tal vez Vincent y ella creyeran en eso, pero a mí, el corazón no me permitía pensar lo mismo.

—¿Sigues ahí? —pregunté.

—Pues claro —contestó ella.

Me senté de golpe y aparté las sábanas de un tirón.

—¡Eres insoportable!

—Gracias. Ahora, ponte un sombrero para ocultar esas greñas y vámonos. Me muero de hambre.

Yo no tenía apetito, y no estaba segura de volver a tenerlo alguna vez. Lo que sí tenía era dolor de cabeza, sin duda gracias a la combinación del exceso de champán y una buena dosis de corazón roto. Lo último que me apetecía era ir al mercado y verme rodeada de un montón de gente hartándose de croissants. Pero Darcy no cedió y, cuando estuvimos en la calle, me sorprendió notar que, en realidad, sí me sentía un poquito mejor. El aire fresco me aclaró la cabeza mucho más de lo que habría conseguido si me hubiese quedado en la cama sumida en la tristeza. Eso sí, no iba a informar a Darcy de que había tenido razón.

—¿Te acuerdas de que hablamos de alquilar un puesto aquí para Strapped? —rio Darcy—. Teníamos una perspectiva demasiado reducida. Y míranos ahora. Vamos a ser socias del ángel inversor de las empresas creadas por mujeres.

—Tienes razón —admití por fin, tratando de sentirme feliz por un acuerdo tan importante para nosotras—. No pensábamos a lo grande.

Darcy me pasó el brazo por los hombros y apretó un poco.

—Pero eso se acabó. ¡Todos nuestros sueños se van a hacer realidad! Empezaremos vendiendo nuestro producto estrella, y luego añadiremos bolsas para cámaras y bolsos y, para cuando queramos darnos cuenta, estaremos compitiendo con Kate Spade y Michael Kors.

—Me gusta cómo piensas —sonreí.

—Eh. —Darcy se apartó de mí y se volvió a mirarme—. Ya sé que el capullo de tu jefe nos ha fastidiado la buena noticia, y siento mucho que anoche se portara como un gilipollas contigo. No te merece, Piper. ¿Lo entiendes?

Ella esperó hasta que la miré a los ojos y, cuando lo hice, asintió con la cabeza antes de seguir andando.

—Vas a superar esto, te lo prometo. Vas a dimitir y, cuando dejes de verle todos los días, te olvidarás de él. Pase lo que pase, yo te apoyaré en todo momento.

Me dio un abrazo enorme, que me provocó un desagradable cosquilleo en la nariz. No quería ponerme a llorar en medio del mercado, pero no pude contener unas cuantas lágrimas que rodaron por mis mejillas.

—Eh, eh —dijo ella cuando nos separamos—. Vamos a conseguirlo, ¿de acuerdo? Venga, desahógate todo lo que quieras, pero prométeme que recordarás todo lo bueno que hay en tu vida. ¡Estamos a punto de emprender una gran aventura juntas!

Su ilusión era *casi* contagiosa.

—Va a ser increíble —sollocé, y me limpié la nariz con el dorso de la mano—. Uf, necesito un pañuelo.

—Vaya, parece que a alguien le ha dado alergia.

Al girarme, encontré a Matthew, la penúltima persona a la que habría querido encontrarme en una mañana tan lamentable como aquella.

—Uf —dijo Darcy, mirándole con la nariz arrugada, como si oliera a leche agria—. ¿Tú no eres capaz de pillar una indirecta, ¿no?

—No tengo ni idea de a qué te refieres —dijo con una risa que pretendía ser agradable—. Solo he venido a disfrutar de un día precioso, dar un paseo y comprar verduras frescas. Bueno, ¡y he tenido la suerte de encontrarme con ella!

Al decir eso, me dio un golpecito en un pie con el suyo.

—Matthew, eso no ha sido suerte, los dos lo sabemos —dije, mirándole enfadada—. Tú jamás quisiste venir al mercado conmigo cuando estábamos… bueno, haciendo lo que sea que hacíamos juntos. Desde luego, salir no era.

—¿De qué estás hablando? Nos iba bien juntos.

Matthew me miraba con intensidad, como si creyera que podría hacerme creer todo ese montón de chorradas con solo una mirada. Darcy soltó una risa chillona y él la miró enfadado, pero enseguida volvió a centrarse en mí.

—Oye, ¿podemos hablar un momento a solas?

—Darcy —suspiré—. Dame un minuto para resolver esto.

Ella le dirigió lanzó una sonrisa de superioridad, pero se dirigió a un puesto que vendía bisutería hecha a mano.

—¿Qué quieres, Matthew? —pregunté con hastío—. Porque estoy hasta las narices de que finjas que todos estos encuentros casuales se deben a alguna razón sobrenatural. No tengo ganas de hablar contigo, así que dime qué narices quieres, y vamos a acabar con esto de una vez.

—Me imagino que estás pasando un mal momento —dijo en un tono con el que parecía intentar consolarme—. He oído ciertos cotilleos sobre tu empresa, y tienen algo que ver contigo. Parece que ese Vincent ha resultado ser un gilipollas, ¿no?

No tenía la menor intención de discutir aquel tema con Matthew, sobre todo teniendo en cuenta que no sabía exactamente de qué se había enterado. Yo había estado evitando las redes sociales desde la noche anterior, pero Darcy me había contado un par de cosas sobre lo que se estaba publicando. A esas alturas, la información debía estar por todas partes, por desgracia. Así que no, no pensaba

comentarlo con Matthew, y mucho menos aceptar su consuelo. Uf, me moría de asco solo de pensarlo.

—¿Vas a decirme de una vez lo que quieres, Matthew? —pregunté, sin molestarme en ocultar mi irritación—. Sé que quieres algo, así que suéltalo ya.

Él miró a ambos lados antes de hablar, y luego me dedicó su versión de una mirada sincera.

—Vale, voy a ser franco contigo. Necesito un favor, Piper. —Juntó las manos bajo la barbilla.

—Eso está claro —dije, mirándole enfadada—. Si no, no me estarías siguiendo.

Él pareció incómodo, y me gustó la sensación de ponerle en evidencia, para variar. Ver cómo se preparaba para suplicar lo que fuera a pedirme mejoró mi día en, al menos, un cinco por ciento.

—Creo que ya sabes que he empezado a trabajar para Waldorf Construction —empezó.

—¿Y cómo iba a saber eso? —protesté—. Tampoco es que frecuentemos los mismos ambientes. Cosa que ya sabes, porque nunca creíste que yo fuera digna del tuyo.

—Anda, no seas así —dijo él, con una mueca.

Yo me quedé mirándolo, sin decir nada más, y él titubeó un momento. Parecía comprender que, desde que dejamos de vernos, yo me había vuelto más fuerte.

—El caso es que las cosas me van bien, y el dueño de la empresa, Bruce Waldorf, cree que podría hacerme socio dentro de no mucho tiempo. Incluso antes de que lo sea su propio hijo.

Hizo una pausa, como si esperase que yo fuera a felicitarle; cosa que, por supuesto, no hice. Tras carraspear un poco, siguió hablando.

—El mes que viene habrá una reunión muy importante con los distribuidores en Palm Springs, y uno de nuestros principales clientes va a asistir como patrocinador. En esa reunión se decidirá a qué empresa se le da la distribución exclusiva para la Costa Este, y Bruce quiere asegurarse de que Waldorf consiga ese contrato. Está convencido de que, si nos llevamos a ese cliente a jugar al golf, conseguiremos caerle bien y nos dará el contrato a nosotros.

Por fin comprendía la razón por la que Matthew me había estado persiguiendo de esa forma tan sospechosa.

—Es un torneo de golf bastante importante —continuó—. No se trata de jugar dieciocho hoyos, y ya. Los ingresos de la empresa están en juego, de verdad. La cuestión es que… Bueno… que le he dicho a Bruce que mi novia es prácticamente una profesional del golf, y ha insistido en que estés en nuestro equipo. Cree que tener a una chica guapa en el grupo nos ayudará a conseguir el contrato.

Me quedé mirándole boquiabierta. Pero ¡*qué desfachatez*! Ahora me llamaba su «novia», después de haberme negado el título cuando importaba. Y, para colmo, lo que les ayudaría a ganar el contrato era mi aspecto físico, no mi supuesto dominio del golf, ni mi don de gentes. Y, además de todo eso, me había mentido a la cara sobre lo de querer ser mi amigo.

—Escucha. —Continuó hablando a toda prisa—. Se trata de un fin de semana en Palm Springs, ¡y el campo es precioso! No vas a negarte, ¿verdad? Podemos compartir la habitación del hotel para que no te cueste nada. Solo tendrías que pagar tu billete de avión…

—¿Me estás tomando el pelo? —exploté—. Para empezar, me has mentido sobre la razón por la que me has estado siguiendo. La única razón por la que quieres que vaya es para quedar bien tú, y, encima ¿quieres que me pague yo el viaje?

Darcy se había quedado cerca de nosotros, lista para ayudarme si era necesario. Matthew parecía molesto por el hecho de que le hubiera recriminado en público.

—Eres increíble. —Lo miré, sacudiendo la cabeza—. En serio, no tengo ni idea de qué es lo que vi en ti.

Vincent me había mostrado el tipo de relación que me merecía, una en la que me sintiera querida y apreciada. Era cierto que todo se había ido al traste cuando, al final, su reacción ante una situación en la que yo había salido muy perjudicada había sido preocuparse tan solo por el efecto que tendría en su empresa aquel desastre enorme que había provocado él mismo. Sin embargo, todo aquello me había demostrado que yo merecía mucho más. Al pensar en el lamentable estado de mi vida, toda mi tristeza se convirtió en furia.

—Que te den, Matthew —continué—. Espero que juegues de pena ese día y les demuestres lo que eres de verdad: un maldito fraude. Borra mi número de una vez, ¿vale?

—Eso, que te den. ¡Y no vuelvas! —añadió Darcy, situándose a mi lado.

Matthew abrió y cerró la boca unas cuantas veces, como si estuviera considerando hacer un último intento para hacerme cambiar de opinión, pero supuse que mi actitud enfurecida y el apoyo de Darcy le convencieron de que lo dejara estar.

—¿Puedo llamarte alguna vez?

—¡*No*! —gritamos Darcy y yo a la vez.

—Déjala en paz —continuó Darcy, que le clavó un dedo en el pecho para enfatizar el mensaje.

Algunos paseantes se volvieron a mirarnos, y eso fue lo que, por fin, hizo que Matthew se decidiera a marcharse. Darcy me abrazó mientras las dos le mirábamos alejarse.

—Por fin te has librado de él. Odio a ese gilipollas. ¿Estás bien?

—Sí. No. No lo sé —suspiré.

—Es un perdedor, eso ya está más que claro.

Yo la miré de reojo y ella me pasó un brazo por los hombros.

—Venga, vamos a pasear un poco y hablamos.

A pesar de que mi vida entera parecía haberse ido a la mierda, me aliviaba saber que podía contar con Darcy. Todo el mundo merecía una Darcy en sus vidas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó cuando se detuvo ante un puesto que vendía pan. El de masa madre tenía una pinta increíble, pero yo no tenía apetito.

—¿Con Summit?

—Mercedes nos dejó muy claro que teníamos que comprometernos —dijo ella—. No creo que espere que lo abandones todo de golpe, pero…

—Voy a dimitir el lunes.

Ella se volvió a mirarme, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí —asentí—. Tampoco es que a Vincent le importe si sigo allí, ya me lo ha dejado clarísimo. Seguramente se alegrará de que me marche.

Se me rompió el corazón al tener que admitirlo en voz alta, y miré a otro lado en un intento de ocultar las lágrimas que me vinieron a los ojos.

—He estado siguiendo las noticias —dijo Darcy apretándome los hombros—. La culpa de todo este desastre es suya. A ese tío le hace falta un poco de formación sobre cómo tratar con la prensa.

—Bueno, tampoco es que supiera que le estaban grabando —dije yo.

—Un momento. —Darcy se volvió a mirarme, enfadada—. ¿Te estás poniendo de su parte?

—Tienes razón —dije con una mueca.

—¿Crees que se lo espera? ¿Lo de que dimitas?

—A ver, él no me ha obligado a firmar un contrato indefinido. Yo terminé el trabajo para el que me había contratado, y ya no hay razón para que me quede, pero no creo que se espere que me vaya a ir tan rápido.

Hablar de todo aquello hacía que fuera real. Vincent y yo habíamos terminado. Mi fantástico trabajo en Summit se había acabado. Sí, me iba a embarcar en un nuevo capítulo muy emocionante, pero Vincent no estaría en él. Las lágrimas que había estado intentando contener se escaparon y no tuve más remedio que rendirme al llanto.

—Oh, amiga —dijo Darcy, que comprendió que no podía seguir manteniendo el tipo, y me dio otro abrazo enorme—. Venga, desahógate.

Los paseantes tuvieron que esquivarnos mientras nos abrazábamos, como si fuéramos rocas en mitad de una corriente. Yo no tenía fuerzas para nada más que llorar sobre su hombro, y ella me acarició la espalda hasta que me aparté al cabo de un rato.

—Tengo hambre —dije, sorprendida al notar que mi apetito había vuelto a la vida.

—Ahí estás —rio Darcy—. Vale, vamos a por bollos de canela, donuts, croissants y todo el café del mundo.

—Hecho —sollocé.

Mientras seguíamos andando, intenté centrarme en todo lo bueno que aún tenía en mi vida, pero sabía que pasaría algún tiempo hasta que fuera capaz de sonreír sin tener la sensación de estar fingiendo.

—Espera un momento —dijo Darcy de pronto, y desapareció entre la multitud.

Me quedé mirando al infinito, tratando de no pensar en nada, hasta que volvió con el ramo de girasoles más grande que había visto en mi vida.

—¿Has comprado todos los que tenían? —dije con una carcajada.

—Casi. —Metió la nariz en el ramo—. No tenía ni idea de que los girasoles pesaban tanto, pero te los mereces. Representan todo lo bueno que va a venir, ya verás.

Me incliné para enterrar la nariz en aquel enorme ramo e inhalé, pero, claro, los girasoles no olían absolutamente a nada.

Era perfecto. En aquel momento, prefería que mi vida no tuviera ningún aroma.

VINCENT

—Eso que dicen es cierto: no existe la mala publicidad.

Amanda se encogió de hombros y se empujó las gafas hacia arriba. Como buena analista que era, me había venido a ver a primera hora del lunes para hablar de las consecuencias de la fiesta de *Por Siempre*.

—Eso es justo lo que estamos viendo ahora —confirmó—. Sí, es cierto que Summit sigue recibiendo comentarios negativos en internet, porque Maya continúa con su ofensiva, pero también vemos que las ventas de *Por Siempre* siguen aumentando. Casi diría que todo este jaleo está favoreciendo las ventas.

Miré los informes en la pantalla de mi ordenador con un suspiro.

—Pero eso no es todo.

—No, no lo es —dijo Amanda algo más tensa.

—¿El consejo?

—No lo tienen claro. Se alegran por las ventas, pero les preocupa que tú supongas… —Me miró con una sonrisa de disculpa—. Una distracción.

Cerré los ojos y me masajeé las sienes. Tenía claro que pretendía suavizar el mensaje que había recibido. No era la primera vez que

me recriminaban el hecho de llamar demasiado la atención. Cuando sustituí a mi padre en la dirección de Summit, la gente creyó que solo me habían dado el puesto por ser su hijo, y se refirieron a mí como el multimillonario mujeriego. Con el tiempo, había conseguido demostrar mi valía, e hice lo posible por separar los aspectos profesionales y privados de mi vida, pero, a veces, las cosas se complicaban. Había creído dejar todo aquello atrás, pero gracias a Maya, volvía a estar en los titulares. Y Piper también.

Me sentía fatal cada vez que veía su foto en mi pantalla; en parte porque no me gustaba que se hubiera visto implicada en aquella catástrofe, pero, sobre todo, porque no quería admitir lo mucho que la echaba de menos. No habíamos vuelto a hablar desde la discusión del viernes por la noche, y el silencio entre nosotros me decía todo lo que necesitaba saber.

Se habían publicado algunos artículos que hablaban de los romances en el trabajo, así como de las relaciones fingidas, o motivadas por las relaciones públicas. Todo el mundo asumía que mi relación con Piper había sido totalmente manufacturada, y lo cierto era que resultaba una conclusión lógica si se partía de lo que habíamos dicho Maya y yo en el vídeo. Sin embargo, nadie sabía nada de los sentimientos auténticos que habían surgido entre nosotros. Unos sentimientos muy reales que, en parte, tenían la culpa de todo lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—Y, entonces, ¿qué? —pregunté a Amanda, cansado.

—Hemos determinado que la mejor manera de proceder es no contestar a nada de lo que diga Maya. No queremos otorgarle ninguna credibilidad, ni ofrecerle una respuesta que pueda utilizar para apoyar sus argumentos. Creemos que, en algún momento, acabará por cansarse. —Hizo una pausa—. O eso esperamos.

No pude evitar una sonrisa irónica, porque, desde luego, no parecía que Maya fuera a cansarse de hablar de mí a corto plazo. En ese momento, mi teléfono vibró en el bolsillo y lo miré enseguida,

esperando otro problema en el trabajo. Cuando vi de quién era el mensaje, noté una presión en el pecho. *Mi madre.*

Vincent, cariño, he visto las noticias y quería saber cómo estás. Tiene muy mala pinta. Sé que trabajas mucho y que esto te debe estar afectando. Llámame cuando puedas. Te quiero.

Se me encogió el estómago y me invadió un sentimiento de culpabilidad. Hacía siglos que no la llamaba. Había estado tan absorto en todo lo ocurrido, que no había encontrado el momento. Sabía que mi madre lo entendería, porque siempre lo hacía y nunca me insistía con nada. Solo quería asegurarse de que me encontraba bien.

Me quedé mirando el mensaje, con un dedo sobre la pantalla para responder, pero la voz de Linda sonó a través del intercomunicador.

—Vincent, ha venido Piper a verte.

—Esto… —Amanda abrió mucho los ojos—. Creo que eso era todo lo que tenía que hablar contigo. Gracias, Vincent.

Recogió sus cosas con rapidez y, se cruzó con Piper al salir. Las dos se saludaron con un gesto de la cabeza, como los soldados en las trincheras.

Al ver a Piper dirigirse hacia mí, el corazón me dio un salto. Joder, era preciosa, hasta cuando estaba enfurecida. Tenía los ojos enrojecidos, pero parecía muy decidida, incluso airada. Se detuvo ante mi mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te presento mi dimisión, efectiva hoy mismo. No he utilizado mis días de vacaciones, así que puedes considerar que ese es mi preaviso de dos semanas. Lo comunicaré también por correo electrónico, pero quería decírtelo en persona.

Maldita sea. Piper acababa de conseguir lo imposible. Me había pillado desprevenido.

—Perdona, ¿*cómo dices*?

—¿Por qué te sorprendes? —preguntó—. Nuestro acuerdo ha terminado. Tenías que saber que esto iba a pasar esto.

Yo parpadeé sin decir nada, tratando de encontrar el sentido a lo que estaba diciendo.

—He reseteado mi portátil y restablecido la configuración original, y lo dejaré en informática antes de irme. Ya he despejado mi mesa y he preparado un informe sobre la situación de todos mis proyectos, para que el equipo sepa cómo van y qué hay que hacer. ¿Quieres que envíe yo el correo de aviso para decir que me voy, o prefieres que se encargue otra persona?

Noté en el pecho un dolor que me resultaba totalmente desconocido. Sí, la noticia me había pillado por sorpresa, pero había algo más: el hecho de que Piper estuviera tan enfadada conmigo. Había erigido un muro, alto e impenetrable, entre nosotros, pero las cosas no podían acabar así. Aunque no tenía la menor idea de cuál era la mejor manera de terminar nuestra asociación, estaba seguro de que no podía ser de este modo, con ella saliendo de mi vida para siempre. Tendría que endurecer mi corazón. Si ella quería terminar conmigo, de acuerdo, pero no iba a permitirle que perjudicara a Summit en el proceso.

—No acepto tu dimisión —dije, en tono neutro.

Esta vez fue ella la que se sorprendió, y se acercó un poco más.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—Ahora no es el momento. Sería un desastre de relaciones públicas si dimites justo después de la fiesta del viernes. Tienes que esperar unas cuantas semanas, hasta que pase todo esto.

—Que tengo... *¿qué*? —balbuceó incrédula—. ¡No! ¡Tienes que dejar de decirme lo que debo hacer, Vincent!

—Vamos, Piper —gruñí—. Esto ya deberías saberlo. Es una cuestión de imagen. Lo único que importa son las apariencias, y que vaya

bien el negocio es más importante que ninguna otra cosa.

—Estaba claro que ibas a decir algo así —espetó ella en un tono que destilaba veneno—. Lo único que te importa son los negocios. Eso ya me lo has dejado clarísimo.

—¡Porque los negocios son lo único que perdura!

Mi voz resonó por la habitación como una bofetada. Durante un segundo, la fachada de Piper se vino abajo, y pareció a punto de echarse a llorar. A pesar de cómo se habían torcido las cosas entre nosotros, todo mi ser vibraba por la necesidad de arreglarlas. Jamás había querido hacerle daño, pero una vez más, había vuelto a hacerlo. La observé con atención, con la esperanza de que se sincerase conmigo y me contara qué le ocurría en realidad, pero no lo hizo. Se limitó a enderezarse y fulminarme de nuevo con la mirada.

—Sorprendentemente, en eso estoy de acuerdo—dijo ella—. Los negocios son lo único que perdura. Así que yo voy a dedicar mi vida a los míos y, de hoy en adelante, eso es Strapped. Estamos a punto de firmar los documentos con Mercedes, y eso significa que ya no hay sitio en mi vida para nada de esto.

Incluyéndome a mí. No tenía que decirlo, la implicación estaba muy clara.

—Estoy segura de que aquí no notaréis mi marcha —continuó—. Os iba muy bien antes de que yo apareciera, y estoy segura de que, cuando me vaya, continuaréis igual.

En eso se equivocaba. Todos los aspectos de mi vida habían mejorado gracias a Piper, pero ella había decidido perseguir sus sueños sin mí.

—Muchas gracias por la oportunidad, Vincent.

Lo dijo en un tono muy formal, como si yo fuera un desconocido, y eso me dolió. Sí, siempre habíamos tenido fecha de caducidad, pero

no había esperado que el final fuera tan abrupto, tan… doloroso. Tuve que obligarme a fingir que no me importaba su marcha.

—Has sido muy valiosa para Summit, y te agradecemos mucho todo tu trabajo —dije en tono pausado—. Te deseo lo mejor con tu nueva empresa.

Me dolió en el alma decir cada una de aquellas malditas palabras, fingir que Piper no era más que otra empleada que presentaba su dimisión. Nos miramos a los ojos, hasta que el silencio entre nosotros se convirtió en un pitido en mis oídos. Todo se había ido al infierno.

—Adiós —dijo Piper sin más.

Y con eso, salió de mi despacho, y de mi vida.



Piper

Tuve la sensación de no haber respirado ni una sola vez mientras estuve en el despacho de Vincent.

Tenía las marcas de las uñas en las palmas de las manos, y los hombros me dolían por la tensión. Quería quitarme los tacones y correr unos cuantos kilómetros para intentar dejar atrás el estrés y la pena que sentía, pero tenía que terminar mi último día de trabajo. Aunque había dimitido sin previo aviso, no pensaba comportarme como una completa imbécil. Tenía que firmar los documentos en recursos humanos y despedirme de mis colegas.

Hice las rondas correspondientes y contesté las mismas preguntas una y otra vez. Sí, me daba pena irme; no, no tenía nada que ver con lo ocurrido con Vincent; sí, seguiríamos en contacto. Contesté a todo como un autómata, para evitar que me abrumaran los sentimientos, pero, sobre todo, porque no quería lamentar mi decisión ni por un segundo.

Después de todo, había logrado lo que quería: una buena cantidad de dinero que nos ayudaría a lanzar el negocio, y había conocido a Mercedes, que nos permitiría ponerlo en marcha. Eso era lo que habíamos acordado Vincent y yo. El acuerdo nos había beneficiado a los dos, porque él también había conseguido lo que quería.

Ahora se había acabado, y no pasaba nada, de verdad.

Había sido previsora y había venido a la oficina en el coche de la abuela de Darcy, para ahorrarme el bochorno de coger el metro con todas mis pertenencias metidas en una caja y no tener que aguantar las miradas compasivas de los demás pasajeros.

Recogí el resto de mis cosas, incluyendo una planta que me había encontrado sobre la mesa el primer día como detalle de bienvenida y que había conseguido mantener viva contra todo pronóstico, una goma para el estrés con forma de frasco de perfume, y una foto

enmarcada de Darcy y yo, que me recordaba para qué estaba trabajando.

Eché un último vistazo a la zona. Mi último día había sido una pesadilla, pero el trabajo había sido divertido mientras duró. Me apoyé la caja en la cadera, apagué la luz y estuve a punto de chocar con Linda.

—Oh, hola —dije con cautela, porque era la guardiana, protectora y salvavidas de Vincent.

Ella me sonrió con simpatía.

—¿Estás bien, Piper?

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero parpadeé para evitar que cayeran.

—Sí, todo bien, gracias. Me marchaba ya. ¿Se me ha olvidado algo?

—No, nada. Solo quería acompañarte a la salida —explicó ella.

—¿Es una cuestión de seguridad? —Miré detrás de ella para ver si Vincent había enviado a unos cuantos tipos duros que la acompañaran.

—Piper. —Linda me puso una mano en el hombro—. No, lo digo como tu compañera. Quiero apoyarte.

Más humedad en los ojos y más picor en la nariz. No *podía* venirme abajo.

—Gracias, es un detalle.

Sin embargo, no lo entendía. Linda y yo apenas nos conocíamos, ni siquiera nos habíamos tomado un café juntas. Aunque su oferta era muy amable, no pensaba bajar la guardia. Algunas personas me saludaron con tristeza cuando atravesé la oficina de camino al ascensor. Aquel estúpido trabajo accidental que había conseguido por casualidad significaba mucho más para mí de lo que había

esperado. Bueno, no se trataba solo del trabajo, pero no quería pensar en esa parte.

Linda y yo entramos en el ascensor para iniciar el largo descenso hasta el aparcamiento. Ella activó el mecanismo insertando una llave especial en el panel de control.

—Una de las ventajas del piso ejecutivo es que tenemos ascensor directo al garaje sin más paradas —explicó—. Aunque también significa que no tengo mucho tiempo para decirte lo que quiero decir.

—¿A qué te refieres? —pregunté preocupada.

—Está hecho polvo —empezó Linda—. Sé que parece el mismo de siempre, pero todo este drama le está afectando mucho.

—Bueno, sí, ya. —Me contuve antes de decir que el drama era culpa suya al cien por cien, porque Linda se sentiría obligada a defenderle y, en cualquier caso, una discusión sobre ese tema no llegaría a ningún sitio—. Se le pasará.

—A *Summit* se le pasará, de eso no hay duda, pero Vincent es otra cosa —aclaró ella. Miró a la cámara de seguridad y, después, a mí—. No quiero meterme donde no me llaman, pero debes saber que llevo muchos años trabajando con él, y he visto tanto lo peor de él como lo mejor. Te puedo asegurar que he aguantado su lado malo durante mucho tiempo. —El recuerdo le hizo reír—. Últimamente, se ha estado esforzando por controlar ese aspecto, pero aún le falta mucho y sigue reaccionando mal en ocasiones. Lo que pasó el viernes por la noche es un buen ejemplo.

Asentí, sin saber todavía a dónde quería ir a parar.

—No me refiero a lo de Maya —dijo ella en voz más baja—. Me refiero a ti.

Su expresión preocupada me atravesó el corazón como una flecha, y no pude contener una lágrima que rodó por mi mejilla.

—Sé que te ha molestado la forma en la que se ha referido al principio de vuestra relación, y también que solo se haya preocupado por las consecuencias de todo eso para Summit, en lugar de pensar en ti. Pero eso es porque él siempre se centra primero en los problemas del trabajo. Cuando se trata de cuestiones emocionales, él… No tiene ni idea, pero eso no quiere decir que no le importes. He observado lo mucho que ha cambiado desde que llegaste aquí. Está más relajado, más feliz, y es más fácil lidiar con él. —Volvió a reír—. Tú has hecho que mi trabajo sea mucho más fácil.

—Bueno, pues siento que mi marcha te vaya a poner las cosas más difíciles —sollocé.

—Eso no es lo que quería decir.

Sonó el timbre del ascensor y las dos salimos al aparcamiento.

—No es asunto mío, y es posible que no deba decir esto, pero me he dado cuenta de que había algo especial entre vosotros dos. Siento mucho que haya acabado así.

—No sé qué decir. —Mi labio inferior tembló mientras intentaba evitar echarme a llorar.

—No tienes que decir nada.

Linda me dio un abrazo un poco torpe que no pude devolverle sin que se me cayera la caja con mis cosas, lo que hizo que ambas nos echáramos a reír.

—Cuídate, Piper —dijo con una sonrisa triste.

—Gracias. Tú también.

Nos miramos un instante más, hasta que ella volvió a entrar en el ascensor. El aire en el aparcamiento parecía más silencioso y denso de lo habitual, y me recordó el primer día que había entrado en aquel lugar. El día que había cambiado mi vida.

Me dirigí a donde había dejado el coche, intentando no mirar hacia la plaza de aparcamiento de Vincent, pero me resultó imposible. Esta vez había en ella un pequeño deportivo rojo brillante, uno distinto del que yo había embestido. No, mentira. Fue él quien había chocado conmigo.

Sacudí la cabeza. Estaba a punto de conseguir lo que había deseado durante tanto tiempo, y no solo eso. Iba a demostrar al mundo, a mí misma, y al gilipollas de mi padrastro, que era capaz de apañármelas sola y que creer en mí misma había dado resultado. No dejaba de repetirme que debería ser feliz. Mi sueño estaba a punto de hacerse realidad, y no debía importar que se me hubiera roto el corazón en un millón de pedazos. Después de todo, eso era culpa mía. ¿Cómo había podido enamorarme de un multimillonario mujeriego? ¿Cómo había podido enamorarme, punto? Pues bien, se acabó lo de creer en cuentos de hadas. No volvería a hacerlo.

Cuando llegué al coche, me limpié unas lágrimas que no había notado caer e intenté pensar solo en mi propio final feliz.

25

PIPER

No tenía ganas de salir, pero Paul no aceptó un no por respuesta.

Me había llamado la noche que dejé Summit para que le contara todos los detalles de lo ocurrido, después de que Vincent se lo mencionara de pasada, y había insistido en que quedara con él para comer. Darcy me había obligado a ir, aunque lo único que yo quería hacer era quedarme tirada en el sofá durante unas cuantas semanas.

Cuando llegué al restaurante, Paul ya me estaba esperando, lo que ya era un milagro de por sí. Aquel hombre no llegaba a tiempo ni para salvar su vida, así que debía ser muy consciente de que yo lo estaba pasando mal, y estaba dispuesto a hacer un esfuerzo por mí. Por suerte, el restaurante era bastante informal, así que no desentoné demasiado con mis mallas, coleta y ojos hinchados.

—Hola. Me alegro de que hayas venido.

Me miró con preocupación mientras me sentaba a la mesa, y se inclinó para darme un beso en la mejilla y un abrazo de medio lado.

—Hola. —Me las apañé para esbozar una débil sonrisa.

—¿Cómo estás?

—Mírame a la cara y dímelo tú. —Planté los codos sobre la mesa y me quedé mirándole.

—Bueno… parece que una siesta no te iría mal. Pero tienes el pelo muy bonito. —Añadió eso último con rapidez.

No pude evitar reírme. Paul era un encanto, siempre intentaba ver el lado bueno de las cosas. Yo sabía que tenía la cara enrojecida y los ojos hinchados por el llanto.

—Escucha, Vincent es mi amigo, pero yo siempre voy a estar de tu parte. Tú eres mi familia. Tal vez nuestra relación hasta ahora no ha sido demasiado cercana, pero eso va a cambiar. Chloe también piensa lo mismo.

—¿Cómo está tu encantadora mujer? —pregunté.

Él agitó la mano en el aire.

—Ya hablaremos de eso. Ahora quiero hablar de *ti*.

—¿Qué quieres que te cuente? Ya lo sabes todo.

—Bueno, pues entonces, ¿quieres que le dé una paliza? —preguntó Paul, terriblemente serio. Fue una pregunta tan inesperada que me eché a reír.

—¿Qué dices, Paul? Si lo tuyo es el amor, no la guerra.

—En lo que se refiere a ti, estoy dispuesto a todo —dijo muy convencido—. Aprendí jiu-jitsu brasileño en la universidad. Además, él tiene demasiado músculo, eso le hace más lento. Yo soy más ágil. —Lo demostró fingiendo esquivar un golpe y agacharse—. Te lo digo en serio, Piper. ¿Quieres que le sacuda un poco?

Para cuando terminó su discurso de tipo duro, yo estaba muerta de la risa.

—No, no hará falta.

Él estaba mirando a la pared, como si, a pesar de mi negativa, siguiera pensando en la mejor estrategia para enfrentarse a Vincent.

—Un momento, tal vez podría reclutar a Aiden. Él jugaba al fútbol americano, es fuerte y ágil a la vez.

—Te lo digo en serio, no hace falta recurrir a la violencia. Pero gracias de todos modos. —Le apreté la mano.

—No me gusta nada cómo han acabado las cosas entre vosotros —explicó, mirándome a los ojos—. Le conozco bien, y sé que él no es así.

—Ah, ¿no? —pregunté con interés—. Cuéntame. ¿Cómo se comportaba con las mujeres con las que estuvo antes de mí?

—Vale, sí, tienes razón —admitió con una mueca—. Pero… Te prometo que no te estoy llevando la contraria. Lo que quiero decir es que ese no es el Vincent al que yo conozco.

El camarero se acercó a preguntar qué queríamos beber, y eso me dio un breve respiro. No quería pensar en el lado «bueno» de Vincent. Era más fácil centrarse en el aspecto gilipollas.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí —dije, acomodándome en mi asiento—. ¿Cómo va la vida de casados?

—Es… demasiado. —Dejó escapar un largo suspiro.

—¿Tan pronto? Se supone que aún estáis en la fase de luna de miel. ¿Qué demonios pasa?

—Todo se fue al traste por culpa de un pendiente —admitió un tanto avergonzado.

—Venga, suéltalo —pedí.

—Bueno, ya sabes todo eso de algo nuevo, algo viejo y demás —empezó—. Lo viejo de Chloe eran unos pendientes de su abuela, unos diamantes con una perla colgante.

Asentí. Lo sabía todo sobre aquellos pendientes.

—Bueno, pues ella se dejó uno de los pendientes en el hotel la noche de nuestra boda, y no nos dimos cuenta de que lo había perdido hasta que volvimos de la luna de miel. Eso provocó una discusión enorme. Creo que, bueno, yo intenté quitarle importancia al asunto, y eso empeoró aún más la situación. Al final, me fui a dormir a casa de Vincent.

Ahora parecía aún más avergonzado.

—Paul —pregunté despacio—. ¿Te dijo por qué los pendientes eran tan importantes para ella?

—Bueno, eso es evidente. Los había heredado de su abuela. Seguramente eran carísimos.

—No, es mucho más que eso. Creo que los dos vais a tener que aprender a comunicaros si queréis que esto funcione —le reprendí sin acritud—. Chloe y yo tuvimos una larga conversación el día que se estropeó el ascensor. Me contó que su abuela había muerto por un cáncer de mama y que, hacía poco, habían visto una mancha en la mamografía de su madre y habían tenido que hacerle una biopsia. Todo eso fue la semana antes de vuestra boda, así que los problemas de su vida se sumaron a todo el estrés de la boda.

—No puede ser. —Parecía aterrado—. ¿Por qué no me lo contó?

—Supongo que no querría añadir más presión a la que ya teníais, así que debió decidir que la mejor opción era callárselo. —Hice una pausa—. No es solo culpa tuya, Paul. Ella también tiene que saber que puede contar contigo en las situaciones difíciles, pero tú necesitas darle la oportunidad de que te cuente lo que le pasa.

—Joder. —Se sujetó la cabeza con las manos—. Sí, las cosas se pusieron muy feas justo antes de la boda. Había que tanto que hacer, que me pasaba todo el tiempo haciendo las tareas de una lista interminable. No tuvimos muchas ocasiones de hablar con calma, y supongo que dejamos de lado todo lo realmente

importante. Sabía que algo no iba bien, pero no insistí en que me contara lo que era. Supongo que tenía algo de miedo. En ese momento, nuestra relación parecía tan… frágil. No quería acabar con lo poco que aún teníamos en común.

Me estiré y le pasé un brazo alrededor de los hombros.

—Oh, venga ya. Los dos sois fuertes, solo necesitáis aprender a enfrentaros juntos a la vida. Los problemas van a seguir viniendo, ya sabes.

—Sí, lo sé. Y si en algún momento hay un bebé, estaremos jodidos si no sabemos resolver las cosas. —Dejó escapar un sonido irritado.

—¡Un momento! —Me aparté de él—. ¿Un *bebé*? ¿Hay algo que quieras contarme?

—Oh no, aún no —rio con amargura—. Hace una semana que no lo hacemos.

—Eh, no me des tanta información —dije, tapándome los oídos.

—Tengo que arreglarlo con ella cuanto antes —continuó Paul—. ¿Crees que debería enviarle flores?

—No, eso es un cliché, y es demasiado fácil. Piensa, Paul. ¿Cuál fue el detonante de todo esto?

—El pendiente desaparecido.

—Exacto —confirmé—. Para ella es muy valioso. Así que, ¿qué puedes hacer para arreglarlo?

Yo tenía claro lo que debía hacer, pero quería que se cayera en la cuenta él solo.

—A ver, es posible que el hotel me deje volver a la suite a buscarlo —propuso.

Negué con la cabeza.

—A estas alturas, ya se habrán alojado una docena de clientes en la misma habitación. ¿Qué más se te ocurre?

—Tal vez pueda encontrar uno parecido en eBay —continuó con la mirada perdida.

—Buena idea, pero si es un ejemplar único, otra opción sería…

—¡Pedir que hagan una copia! ¡Eso es! —exclamó con una palmada en la mesa, que hizo que otros comensales se volvieran a mirarnos.

—Muy bien, perfecto —le animé—. ¿Conoces esa marca de joyas, Veritique? Una parte de su negocio consiste en crear duplicados de joyas. Estoy segura de que podrían hacerlo.

—Oh, sí, claro. A Chloe le encanta esa marca. Creo que ha visto esa película, *Very Veritique*, como veinte veces. Podría organizarlo con ella.

Me recosté en mi asiento y le sonreí de oreja a oreja.

—Esa es la idea. Podría significar el comienzo de una nueva fase en vuestra relación. Tendríais que hablar de todo lo que ha ido mal hasta ahora y lo que podéis hacer para comunicaros mejor en el futuro, para que no vuelva a ocurrir. Debes demostrarle que la apoyarás siempre, en lo bueno y en lo malo, ¿de acuerdo? De hecho, dijiste esas mismas palabras no hace mucho, delante de todas las personas importantes de tu vida.

—Tienes razón —admitió—. Pero no soy solo yo. Ella tiene que contarme lo que le pasa y no tratar de guardárselo todo dentro.

—Eso es, ya lo estás entendiendo —asentí—. Así que, de nada por resolverte todos los problemas. Te enviaré mi factura por la sesión de terapia.

Él se echó a reír, pero enseguida se puso serio.

—Me gustaría poder hacer lo mismo por ti. Siento mucho el daño que te ha hecho Vincent.

Miré a los otros clientes del restaurante, que comían con ganas. Gracias a todos los platos apetitosos que nos rodeaban, notaba que estaba recuperando las ganas de comer. Tal vez estaba pasando a la siguiente fase del duelo, la de lidiar con la pena a base de atiborrarme de comida.

—No creo que Vincent sea capaz de darme lo que necesito en una relación. Summit es su primer amor, y eso que, para empezar, ni siquiera cree en el amor, ¿sabes? Es como si hubiera hecho cálculos y llegado a la conclusión de que no le merece la pena.

—Su padre no ha sido un buen modelo en cuestión de relaciones —dijo Paul—. ¿Cuántas veces se ha casado? ¿Cinco?

—Cuatro —corregí—. Tuvo un gran amor y luego, otras tres mujeres más. Pero bueno, no hace falta hablar de eso. Te voy a contar cómo vamos con Strapped.

Y con eso, aplicando el manual de Vincent Forde, pasé a hablar de lo único que importaba: los negocios.

VINCENT

Además de todos los problemas que ya tenía, ahora podía añadir a la lista la desaparición de Paul.

No estaba en mi casa cuando volví del trabajo, así que le mandé un mensaje para preguntar dónde estaba. Normalmente vivía pegado al teléfono, así que me sorprendió que no contestara enseguida. Volví a escribirle a la mañana siguiente, mientras me preparaba para ir a trabajar, pero tampoco respondió. Cuando le llamé y no contestó, me imaginé que le habría pasado algo y que no sería nada bueno. No quería llamar a Chloe, en caso de que ella tampoco supiera lo que le pasaba así que, cuando llegó la hora de comer, me dirigí a su apartamento. En lugar de coger mi coche, había preferido que el chófer me llevara a la oficina aquella mañana, porque solo entrar en el aparcamiento me recordaba a Piper.

Y pensar en ella hacía que me doliera el corazón de una forma que no había sentido antes.

Volví a llamar a Paul cuando entré en su edificio, aunque sospechaba que no contestaría. Aquel silencio no era habitual en él, y me estaba empezando a preocupar. A ese hombre le encantaba hablar. Cuando tampoco me cogió la llamada, me acerqué al mostrador donde estaba el portero.

—Hola, Sam. ¿Está Paul en casa?

—Buenas tardes, señor Forde. —Sam me saludó con una sonrisa—. Parece que sí está… —De pronto, dejó de sonreír y miró confuso por encima de mi hombro—. Quiero decir, él… Bueno…

Me di la vuelta para ver qué estaba mirando y encontré a Paul detrás de mí, haciéndole gestos para indicarle que se callara. Cuando nuestros ojos se encontraron, suspiró derrotado.

—Vale, sí, estoy aquí —dijo Paul, irritado—. ¿Y qué haces tú aquí? ¿No te vale con haber estado llamando y mandando mensajes sin parar?

—Tenemos que hablar —dije con firmeza—. ¿Puedo subir?

—No creo que quieras escuchar lo que tengo que decirte —aviso él —. Pero, como quieras. Te doy cinco minutos.

Había pensado que, tal vez, me había estado evitando, pero nunca se me habría ocurrido que fuera por mi culpa. Subimos a su piso sin decir palabra. Lo que fuera a ocurrir no sería nada bueno. Nunca había visto a Paul tan desagradable conmigo.

De todos nosotros, Aiden era el más luchador y perdía la calma con facilidad. Trent era la clase de hombre que guardaba silencio cuando se enfadaba, así que, si callaba, sabíamos que las cosas se iban a poner feas. Pero ¿Paul? Paul era como un cachorrito, y siempre se las apañaba para encontrar una razón para estar contento, por mucho que se torciera la situación. Intenté prepararme para lo que fuera a decirme. ¿Irían a separarse ya él y Chloe? Con lo mal que habían ido las cosas en los últimos tiempos, no me sorprendería mucho. La mayoría de los matrimonios estaban destinados al fracaso y, en su caso, les había tocado enfrentarse a lo inevitable antes de lo habitual.

Al entrar en su piso, casi esperé que estuviera hecho un desastre, ya que, en los últimos tiempos, había vivido como un soltero, pero estaba tan ordenado como siempre. Flores frescas en varios jarrones distribuidos por la casa, cojines perfectamente colocados en el sofá y

demás. Mi bien adiestrado olfato fue capaz de distinguir qué rosas estaban a punto de marchitarse, a pesar de que todas ellas parecían perfectas desde lejos.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

—Perdona, ¿cómo dices? —pregunté incrédulo.

—¿Tienes idea del daño que le has hecho a Piper?

—Así que se trata de eso —suspiré—. Ya entiendo.

—¿Estás seguro de que lo entiendes? —preguntó, con clara irritación en la voz—. Porque desde luego que no lo parece.

Vaya, joder. Sí que estaba cabreado.

—Lo siento, pero eso ha sido lo mejor. Piper estará mucho mejor sin…

—Le has roto el corazón —me interrumpió—. Si hubiera tenido la menor idea de que podías hacerle algo así, la habría avisado de que se mantuviera alejada de ti. A ver, yo ya tenía mis dudas, porque no hay más que ver tu historial. —El tono de Paul era muy ácido—. Tenía la esperanza de que esta vez fuera diferente, porque Piper es muy auténtica. No es una de tus supermodelos con ínfulas, ella es una persona decente, amable y cariñosa. Pensé que, si salías con ella, comprenderías cómo puede ser una relación en la que de verdad existe el cariño. Y, tal vez, ella podría derretir ese corazón de hielo que tienes.

Sus palabras me estaban afectando, pero no respondí. No hacía falta discutir con él, porque tenía razón. Piper era todo aquello, y mucho más.

—¿Y bien? ¿No te vas a defender? —exigió.

—¿Podemos sentarnos, al menos?

—No. No quiero que te pongas cómodo —replicó.

¿Ni siquiera me iba a dejar pasar de la entrada? Vaya, eso era mala señal. ¿Sería así como terminarían nuestros años de amistad?

—Paul —suspiré—. De acuerdo, lo admito, la he cagado. Pero ya se ha terminado, y lo cierto es que yo no soy lo que ella necesita. Estas cosas no se me dan bien, estoy mejor solo.

Él me miró con una mueca.

—Ya. Lo dice un tío que tiene un grupo enorme de amigos que ha conservado desde la universidad. El hecho de que estés aquí ahora demuestra lo que estoy diciendo. Te has tomado la molestia de venir hasta aquí desde el trabajo porque creías que me pasaba algo. A Piper le dijiste que solo te importaba el trabajo, pero está claro que eso no es verdad. Cuando alguien te importa, te pones a su disposición y les atiendes en lo que necesiten. Así que, ¿por qué no puedes hacer lo mismo con Piper?

Estaba a punto de contestar cuando se abrió la puerta principal y entró Chloe cargada de bolsas. Se quedó helada cuando me vio.

—¿Qué hace este aquí?

—Hola, Chloe, yo también me alegro de verte —repliqué.

—Vincent ha venido a ver cómo estaba —explicó Paul—. Y ahora estoy tratando de entender por qué ha sido tan imbécil como para romperle el corazón a Piper.

—Bueno, pues al menos, invítale a sentarse —dijo ella, adentrándose en la casa—. Porque seguramente le va a costar un buen rato explicar semejante estupidez.

Nos quedamos mirándonos en silencio, sin que ninguno de los dos pareciera dispuesto a hablar primero.

—De acuerdo —dijo Paul por fin—. Pasa.

Llegados a ese punto, yo ni siquiera sabía si quería continuar la conversación. Paul ya había decidido de qué lado estaba, pero

ahora, además, tendría que enfrentarme a una Chloe igual de enfadada. Seguí a Paul al salón, al otro lado de la cocina abierta donde ella se ocupó de las bolsas de la compra.

—¿Queréis beber algo? —preguntó Chloe—. ¿Cerveza? ¿Whiskey? ¿Chupitos de tequila?

—No, gracias. Yo tengo que volver a la oficina después —dije, sentándome en un sillón.

—Porque el trabajo es lo que más te importa en el mundo —dijo Paul con sarcasmo, tomando asiento en el sofá frente a mí.

No me lo iban a poner fácil, pero sabía que me lo merecía. Me sorprendió que Chloe saliera de la cocina y se dejara caer junto a Paul en el sofá. Había pensado que las cosas no iban bien entre ellos, pero ahí estaban, mostrando un frente unido y dedicándome idénticas miradas fulminantes.

—Tienes que saber que Piper es la razón por la que Chloe y yo ya estamos bien —dijo Paul, cogiendo una de sus manos, lo que me provocó un destello de envidia.

—Es cierto —añadió ella con una pequeña sonrisa en los labios, y colocó su otra mano sobre la de Paul—. Ella le dio a Paul un pequeño empujón y… bueno, el resto salió solo.

—Yo creía que, si no le pedía a Chloe que me contara las cosas que la hicieran sentir incómoda, evitaría problemas en nuestra relación. Lo que no había comprendido es que se estaba guardando todo su dolor, y que necesitaba que la animara a sincerarse conmigo.

—Y yo tampoco se lo puse fácil. Se me da demasiado bien ocultar mis problemas reales. —Dio un golpecito a Paul, acompañado de una sonrisa tímida—. ¿Te ha contado lo del pendiente que perdí?

—Sí, algo me ha dicho… —No estaba muy seguro de cuánto podía revelar que sabía—. Era de tu abuela, ¿no? Y lo perdiste en el hotel.

—Todo eso provocó una pelea *enorme* —añadió Chloe, un tanto avergonzada—. Es la razón por la que Paul acabó durmiendo en tu casa la otra noche.

—Después quedé con Piper para comer y ella me sugirió que encargásemos una réplica en Veritique. Era la solución perfecta. Obviamente, no será lo mismo que tener el par original, pero al menos podrá llevarlos y, cada vez que se los ponga, sabrá que cada uno de los pendientes se lo dio una persona que la quería más que a nada. Son un símbolo de la familia, el amor, y nuestro compromiso de resolver cualquier problema al que nos enfrentemos.

—Tú podrías aprender algo de nosotros, Vincent —añadió Chloe—. La vida siempre te va a plantear dificultades, así que necesitarás a alguien a tu lado que te ayude a superarlas. Alguien en quien puedas confiar, que te apoye pase lo que pase y pueda compensar los altibajos.

—Sí, no siempre vas a poder contar con los chicos para que llenen los vacíos que haya en tu vida. Con el tiempo, y con suerte, cada uno de ellos encontrará a alguien especial, como lo he hecho yo. —Levantó sus manos unidas y besó el dorso de la de Chloe—. ¿Has pensado en eso? Nosotros estaremos escribiendo la historia de nuestras vidas, y tú estarás…

—Solo —terminó Chloe.

La palabra resonó por el apartamento con un eco. Aunque mi primer impulso fue rebatir lo que decían y defenderme, tuve que admitir que todo lo que habían dicho era la verdad.

—Bueno —dije al cabo de un momento—. Ya es demasiado tarde. Piper no quiere saber nada de mí.

—¿Y le culpas por eso? —preguntó Chloe sin rodeos.

—Joder, qué duros sois —protesté.

—Tío, eres tú quien ha puesto la empresa por encima de ella. Te ofreció su corazón y tú se lo pisoteaste —observó Paul.

—Si quieres arreglar las cosas, vas a tener que hacer todo lo que sea necesario para convencerla de que vas en serio —añadió Chloe—. Pero…

—¿Pero?

—No te molestes en intentar nada si no estás dispuesto a hacer cualquier cosa para que vuestra relación funcione —terminó Paul por ella.

Me dejé caer sobre el respaldo del sofá y miré al techo. Estar con Paul siempre me recordaba cómo era yo hacía años, antes de convertirme en el desastre que era ahora. Paul me ponía las pilas como nadie. Excepto Piper. Al pensarlo, solté una risa ahogada. Sí, nadie decía lo que pensaba como lo hacía ella y, joder, cuánto lo echaba mucho de menos.

—Estoy seguro de que le gustan las joyas —sugirió Paul—. Veritique tiene una selección considerable.

Chloe le interrumpió al momento, negando con la cabeza.

—Las joyas están muy bien, pero no creo que le digan mucho a Piper. Si quieres recuperarla, tendrás que hacerlo con el corazón.

—¿Y cómo hago eso? —pregunté.

—Eso depende de ti —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Piensa en algún momento especial que hayáis compartido, o algo que os recuerde el uno al otro, como las bromas que os hagáis entre vosotros. Algo que le demuestre que, para ti, no es solo la mujer del momento.

Bueno, había muchas cosas que me recordaban a Piper, desde un parachoques abollado a una puesta de sol en Hawái.

—Sí, tienes que hacerle ver que tus sentimientos son reales —explicó Paul.

El problema era que yo no sabía lo que sentía. Nada que hubiera sentido antes se acercaba lo más mínimo a las emociones que me embargaban. Por ahora, era más sencillo olvidarme de ellas y centrarme en lo que podía controlar.

—Un momento —pedí, levantando las manos—. Mirad, no estoy seguro de qué hacer, y no hace falta que me convenzáis de lo increíble que es Piper. Eso ya lo sé, y también sé que, en la fiesta, me comporté como un capullo. Tampoco necesito que me recordéis eso. Lo cierto es que no estoy seguro de ser el hombre que ella necesita.

—Pues vas a tener que averiguarlo pronto —dijo Paul.

—Cierto —añadió Chloe, sacando el teléfono de su bolsillo—. Bueno, es hora de comer y tú tienes que engordar un poco. He traído comida y hay de sobra para los tres, así que quédate. Como eres el jefe, puedes volver más tarde a la oficina, si quieres.

—De acuerdo, gracias. Me quedaré —contesté con una carcajada.

Al verlos dirigirse a la cocina para preparar la comida, charlando y bromeando entre sí, sentí una especie de sensación de pérdida. Piper y yo también habíamos bromeado del mismo modo, y lo echaba mucho de menos. Cada vez que cerraba los ojos, no podía evitar recordar su cara triste cuando se marchó. La había cagado, y ahora estaba pagando el precio.

Pero, a esas alturas, ya debería estar acostumbrado. Al fin y al cabo, ese era mi legado.

VINCENT

—Tu padre está en el hospital.

Si la llamada de Piper me había sorprendido, la razón por la que llamaba era aún más inesperada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el corazón en un puño—. ¿Está bien? ¿Y por qué estás tú con él?

—Está bien, tú solo ven a verle y te lo contaré todo.

Colgó en cuanto me dio la dirección, antes de que pudiera hacerle más preguntas. Cuando llamé al teléfono de mi padre, el contestador saltó inmediatamente, así que me dirigí al hospital a toda prisa. Digamos tan solo que me vinieron muy bien las técnicas de conducción deportiva que había aprendido en las carreras en Mónaco.

No me esperaba lo mucho que me afectó verle tumbado en aquella cama, conectado a un montón de máquinas. Parecía frágil por primera vez en su vida, y yo no estaba preparado para verle con ese aspecto. El hecho de que Piper estuviera sentada junto a él hacía que la situación fuera aún más difícil de asimilar. Al verla, noté algo parecido a un dolor por todo el cuerpo. Maldita sea, cuánto la echaba de menos.

—Deja de preocuparte, estoy bien —gruñó mi padre cuando entré, sin darme tiempo a decir nada—. No hace falta que pongas esa cara de agobio.

—¿Quiere alguien decirme qué le ha pasado? —pregunté, mirando del uno al otro—. ¿Cómo has acabado aquí, papá?

Piper se negó a mirarme, y se volvió hacia mi padre.

—He hecho una tontería —murmuró él.

—Joder —suspiré—. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Te has tirado en caída libre? ¿En ala delta? ¿Cuántas veces tengo que decirte que debes elegir con más cuidado las…?

—Un mensajero en bicicleta me ha arrollado en un paso de cebra.

Durante un momento, traté de imaginarme la situación y tuve que contener una risilla de alivio al saber que solo había sido un pequeño accidente y que, por algún milagro, no había sido él quien lo había provocado.

—Estás de broma.

—¿Te enseño las marcas de ruedas que tengo en el culo?

—¿De verdad?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Nah, si apenas me ha dado. Pero me he caído y me he golpeado la cabeza contra el bordillo. Durante un momento, me he quedado atontado y la gente que pasaba se ha asustado. Para cuando ha llegado la ambulancia, ya me había espabilado y quería irme a casa, pero básicamente me han obligado a venir al hospital a hacerme algunas pruebas, así que… Aquí estoy.

—¿Y por qué está…? —Miré a Piper—. ¿Cómo…?

No sabía cómo preguntarle por qué había llamado a mi exnovia de mentira en lugar de llamarme a mí.

—Bueno, tú siempre estás muy ocupado y, en ese momento, Piper y yo estábamos chateando por teléfono sobre el palo de golf Callaway que me acabo de comprar, así que se lo dije a ella, pensando que te avisaría a ti.

Mierda. Aún no le había contado que habíamos roto, y parecía que Piper tampoco lo había hecho. Supuse que revelar la verdad dependía ahora de mí.

—Ahora que estás aquí, yo ya me puedo marchar, Vincent. Tengo que volver al trabajo, ya sabes cómo es —dijo Piper con sequedad mientras se ponía en pie. Se volvió a mi padre—. Me ha gustado verte, aunque siento que no haya sido en mejores circunstancias. Me alegro mucho de que no haya sido nada serio.

Le apretó una mano y mi padre se llevó la suya a los labios para darle un rápido beso en el dorso.

—Ya quedaremos para jugar al golf, jovencita. Necesito que me ayudes con mi *swing*.

Los ojos de Piper se volvieron a mí un segundo.

—Ya veremos. Por ahora, céntrate en cuidarte, y mantén los pies en el suelo.

No dejé de mirar a Piper mientras salía de la habitación y, muy probablemente, también de mi vida. Para siempre.

—Papá… esto… Ahora vuelvo —dije antes de salir tras ella.

Piper se alejaba por el pasillo casi a la carrera.

—Piper, espera —llamé.

Ella se volvió despacio, preocupada. No sabía lo que iba a decirle, pero no estaba dispuesto a perder la ocasión de decirle *algo*.

—¿Sí? —Cruzó los brazos sobre el pecho con gesto protector.

—Solo quería darte las gracias por ayudarle. No hacía falta que te encargaras de él.

—Tu padre es un hombre encantador. Me he alegrado de poder hacerle compañía.

Sus palabras encerraban un significado evidente. Mi padre era encantador, mientras que yo no lo era. Piper podía dedicarle su tiempo a él, pero no a mí.

—Le caes muy bien —dije.

Ella se encogió de hombros y, una vez más, un gesto tan sencillo transmitió mucho significado. Sin embargo, ya no importaba que ella le cayera bien a mi padre. Nuestra relación había terminado, y ellos ya no tendrían la posibilidad de conocerse aún mejor.

—Tengo que irme. Darcy y yo tenemos que prepararnos para una reunión.

—Sí, entiendo. ¿Cómo van las cosas con Mercedes? —pregunté, para intentar retenerla un poco más.

Ella cerró los ojos para dar a entender que estaba al límite de su paciencia.

—Déjalo ya, Vincent, ¿vale? En la fiesta me dejaste muy claro lo que piensas, así que no hace falta que finjas que te preocupa lo que pase en mi vida. Ya vale, estoy harta, ¿de acuerdo? Hemos terminado.

Su tono sonó muy sincero, y la tristeza en sus ojos me atravesó el estómago como un cuchillo. Pero tenía razón. Yo había salido de su vida, y no tenía ningún derecho a preguntarle por ella.

—Piper —dije con cuidado. Me moría por tender una mano hacia ella y tocarla.

Ella me estudió con los dientes apretados, como si estuviera preparándose para decir algo, pero se limitó a dar media vuelta y se

alejó sin decir otra palabra.

Me aclaré la garganta y, con un esfuerzo para obligarme a ignorar la tristeza que me atenazaba las entrañas, volví a entrar en la habitación de mi padre y me dejé caer en la silla junto a su cama.

—Deberíamos quedar los tres para jugar al golf cuanto antes —dijo él con voz resonante cuando entré—. Sé lo ocupado que estás, pero seguro que encontrarás tiempo para tu viejo padre, ¿verdad? No voy a durar para siempre, ya sabes —sonrió con picardía.

—Venga ya, papá. No digas esas cosas.

—¿Por qué? Es la verdad. A mi edad, es conveniente valorar el tiempo que le queda a uno y dar prioridad a lo que es importante. Yo he aprendido esa lección por las malas —añadió con un resoplido —. Fíjate en Piper y en ti. Parece que ya lo tenéis todo decidido.

Hice una mueca. No quería tener esa conversación en aquel momento, pero no me había dejado otra opción.

—Papá, Piper y yo hemos roto.

Su expresión alegre se transformó en una de sorpresa.

—¿Cómo?

—Sí. Ocurrió la noche de la fiesta.

Por suerte, mi padre no tenía paciencia para las redes sociales, así que se había evitado la mayor parte de la tormenta mediática. Me miró con los labios apretados, y supe exactamente lo que vendría a continuación.

—Te estás equivocando.

—Dicho por un hombre que ha tenido más relaciones que pares de zapatos —repliqué, pero me arrepentí enseguida. No había querido decirlo en voz alta, se me había escapado.

Él me miró en silencio durante unos minutos, en los que el único sonido que se escuchó fueron los pitidos regulares de las máquinas a las que estaba conectado.

—¿Quieres saber por qué soy un monógamo en serie?

—Sí, porque no dejas de buscar a la mujer perfecta, pero no existe. Solo persigues una fantasía, y estás pagando el precio en pensiones compensatorias.

Él hizo una mueca, y yo me sentí mal por haber sido tan directo.

—En parte tienes razón —empezó él—. Sí, he estado buscando algo. Algo que se me escapó. —. Esperó hasta que le miré antes de añadir —: Tu madre.

No dije nada. Le había oído hablar de lo maravillosa que era mi madre en muchas ocasiones. Aquello no me resultaba nada nuevo.

—Cada nueva relación solo ha sido un intento de recrear la magia que tuve con ella. Cuando terminó la última, intenté llenar el vacío en mi vida buscando emociones fuertes. —Hizo una pausa antes de continuar—. Solo quería sentir algo que se pareciera a lo que sentí cuando me enamoré de ella.

—Enamorarse es fácil —dije con desdén—. Lo difícil es conservar el amor.

—No tiene por qué serlo —respondió él sin levantar la voz—. ¿Te ha resultado muy difícil estar enamorado de Piper?

—¿Quién ha dicho que estuviera enamorado? —espeté.

—No ha hecho falta que lo dijeras —respondió él con una leve sonrisa—. Era muy evidente.

Mi padre se equivocaba. ¿Enamorado? ¿Yo? Imposible.

—Os lo noté a los dos, estaba claro como la luz del día —continuó él —. Y ahora la has dejado escapar, como hizo el idiota de tu padre.

—¿Qué quieres decir? Según recuerdo, fuiste tú el que rompió con cada una de esas mujeres.

—Con la dos, tres y cuatro, sí, fui yo. Pero no con la única que importaba. Tu madre fue quien tomó la decisión de dejarme, por culpa de mi desliz.

No estaba de humor para revisitar el pasado. Ya había oído sus excusas muchas veces.

—¿Sabes que le supliqué que me perdonara? Me puse literalmente de rodillas y le prometí que haría lo que quisiera si volvía conmigo.

—Esa no es la historia que me ha contado mamá —respondí con el ceño fruncido—. Ella dice que la engañaste, que discutíais sin cesar y que tú pediste el divorcio. Seis meses después, estabas saliendo con otra mujer.

—Eso es reescribir la historia, además de que el tiempo distorsiona los recuerdos —resopló él—. Pero, a la vista de tu situación, creo que es importante que sepas la verdad. Sí, cometí un error terrible en un viaje de trabajo, pero se lo confesé a tu madre tan pronto como volví a casa, asumiendo que podríamos superarlo. Aún recuerdo cómo me miró cuando se lo conté.

Hubiera jurado que le brillaban los ojos, como si el dolor aún fuera muy reciente.

—Hice todo lo posible para recuperar su cariño. Regalos, sorpresas, notas de amor… Pero nada funcionó. Lo único que ella quería de mí era a mí mismo, no todas aquellas cosas materiales. Para cuando lo comprendí, ella ya no quería saber nada más de mí. Así que hice lo posible por llenar el vacío de mi corazón, pensando que, si volvía a enamorarme, todo iría bien. Después pasé a las aventuras. Siempre iba buscando un chute de serotonina, un subidón, pero nada se acercó ni de lejos a lo que había tenido con tu madre. Es irreemplazable.

Aquella palabra se me quedó grabada en la cabeza. *Irreemplazable.* Yo conocía a alguien así.

—Eres consciente de la impresión que dabas desde fuera, ¿verdad? —pregunté—. Todas esas relaciones hacen que parezca que nunca te has tomado el matrimonio en serio. Como si el amor no fuera más que un capricho momentáneo que se acaba y desaparece sin dejar rastro.

Mi padre dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Lo sé. Tu viejo no puede dejar de cometer errores. —Se incorporó y me miró a los ojos—. Espero que no hayas heredado esas tendencias.

Yo había heredado la cabeza de mi padre para los negocios, su espíritu, e incluso su atractivo, pero la idea de haber heredado también su parte desesperada y dependiente era algo que me retorcía el estómago.

Yo me sentía más cómodo estando solo. La inseguridad que suponía entregar el corazón a otra persona me parecía espantosa, y no tenía la menor intención de exponerme a toda esa estupidez del corazón roto por la que había pasado mi padre.

—Ella también me quería, ¿sabes? —continuó—. Muchísimo. Es curioso pensarlo ahora que no soy más que una nota al pie de una página en su vida. Pero al principio… —Dejó escapar un silbido entre dientes—. Lo nuestro era único. Podíamos pasar días enteros en la cama.

—Venga ya, papá —protesté—. No hace falta que me cuentes esas cosas.

—No es solo que el sexo fuera increíble —dijo con una risilla—. Hacíamos un gran equipo. Veíamos el mundo de la misma forma, nos terminábamos las frases. Ella me acompañaba a la puerta todas las malditas mañanas, y me despedía con un abrazo y un beso. Cuando volvía a casa, me esperaba mucho más de lo mismo. Pero el

tiempo cambia las relaciones. —Su expresión se ensombreció—. Summit no dejaba de crecer, y yo tenía que dedicarle toda mi atención para mantenerme al tanto de lo que ocurría. Tu madre lo comprendía, pero, poco a poco, yo empecé a alejarme de ella, sobre todo después de que nacieras tú. No porque quisiera, sino porque creía que era lo que debía hacer. Eso era lo que había visto hacer a mi padre, y pensaba que así debía ser, que eso era parte de lo que significaba ser el responsable de la familia. Ahora ya sabes a dónde me llevó esa forma de ver las cosas.

Una enfermera entró entonces para ver cómo estaba, lo que nos dio un respiro que los dos agradecimos. Sin embargo, mi padre volvió al tema en cuanto salió de la habitación.

—Vincent, te ruego que no cometas los mismos errores que yo. Viendo cómo se ha comportado Piper, estoy seguro de que has sido tú quien ha roto con ella, y me gustaría que lo reconsiderases en serio. Os iba muy bien juntos, yo mismo lo he visto. Esa chica es especial, como lo es tu madre.

No era capaz de mirarle a los ojos. Tenía razón, Piper no se parecía a nadie que hubiera conocido antes, pero, como era propio en mí, lo había jodido todo.

—Ya no quiere saber nada de mí, papá.

—Yo no estaría tan seguro. Está dolida, pero creo que aún le importas. Ve a por ella, admite que has sido un imbécil, pero has visto la luz y harás lo que sea necesario para arreglar las cosas ente vosotros. —Hizo una pausa, con el dolor reflejado en el rostro—. No quiero que acabes como yo.

Extendí una mano y le apreté el brazo, a lo que él respondió tirando de mí para darme un abrazo enorme y unas palmadas en la espalda. Joder, aquello era justo lo que necesitaba en ese momento.

—Ve a por tu chica —me susurró al oído—. Antes de que sea demasiado tarde.

PIPER

—Pellízcame —dijo Darcy, poniendo los pies sobre su nuevo escritorio—. ¿Esto está pasando en de verdad?

—El que tú estés sentada y yo esté trabajando me parece bastante real, la verdad —bromeé mientras desmontaba una caja de cartón.

—No te atrevas —me reprendió—. Es el primer descanso que me tomo en tres días.

—Es broma, has estado increíble.

Me dejé caer en una de las sillas con ruedas que había en nuestra recién estrenada oficina. Estábamos tardando más de lo previsto en instalarnos, pero estábamos disfrutando al máximo de nuestro nuevo territorio. Nos habían asignado lo que antiguamente había sido la sala de corte de una empresa de moda, con paredes de ladrillo y mucho más grande de lo que creíamos necesario. Sin embargo, Mercedes nos había convencido de que llenaríamos todo aquello mucho antes de lo que creíamos. El pedido de cuero de Italia, que acababa de llegar, ya ocupaba buena parte del espacio disponible, y aún estábamos lejos de funcionar a pleno rendimiento. Mi vida profesional parecía estar en su mejor momento. Estaba tan ocupada que no tenía tiempo de pensar en la pesadilla que era mi vida privada.

—¿Te apetece ir a comer algo rápido? Me muero de hambre —preguntó Darcy.

—Todavía no. Tengo que enviar un par de correos electrónicos y quiero colgar mis fotos, aprovechando que me las acaban de enmarcar.

—Ah, pues entonces, te ayudo. ¿Dónde está la caja de herramientas?

—No te preocupes. Ya sé que has quedado después con ese camarero, no tienes que ocultármelo. Ve a casa y prepárate.

—Es que me parece mal tener una cita —suspiró ella—. Me pone enferma lo que te ha hecho ese capullo, y encima ha sido justo cuando nuestro sueño se ha hecho realidad. —Hizo un gesto con la mano para abarcar todo aquel espacio.

—Estoy muy bien —mentí—. Ha sido mucho mejor dejarlo ahora, antes de que me liara aún más con sus estupideces. El trabajo es una distracción estupenda.

—En eso tienes razón —admitió ella, mirándome con intensidad—. ¿Seguro que no te importa que me vaya?

—Anda, lárgate. —Señalé la puerta.

Darcy me dio un abrazo rápido y, cuando la puerta se cerró tras ella, hice una pausa para considerar todo el trabajo que aún me quedaba por hacer antes de marcharme. Colgar las fotos, terminar de montar las estanterías, reorganizar las mesas de trabajo y los envíos, contestar los veinte correos que no había podido leer durante las horas de trabajo… Mi lista de tareas era interminable, pero estaba disfrutando de cada segundo. Mantenerme ocupada me impedía pensar en otra cosa. Al menos, la mayor parte del tiempo.

Había momentos en los que, contra mi voluntad, no podía evitar pensar en Vincent. Un autobús que exhibía en un lateral mi imagen de Maya, Rodrigo y la botella de *Por Siempre*; una foto en las redes

sociales de alguien que había ido a Hawái, y hasta las flores frescas de las tiendas del barrio hacían que mi corazón se encogiera con recuerdos de Vincent.

No tenía sentido pensar en él. Notaba que cada día me distanciaba un poco más de toda aquella historia, hasta el punto de que casi podía llegar a creer que él había sido horrible mientras estuvimos juntos. Mi mente ya había aceptado esa nueva versión de nuestra historia, pero convencer a mi corazón estaba resultando mucho más difícil.

Estaba apilando cajas desmontadas cuando escuché un ruido en la puerta principal, que estaba cerrada. Sonaba como si alguien estuviera intentando abrirla. Reí al pensar en que sería la imparable Darcy. Ella vivía su vida a la velocidad de la luz y me obligaba siempre a tratar de seguirle el ritmo.

—¡Un momento! —grité, mientras corría hasta la puerta—. Dame un segundo, mujer.

Abrí la puerta, y me quedé de piedra al ver quién estaba al otro lado.

—*Vincent*.

—Hola —dijo. Parecía agotado, y yo no pude evitar sentir una punzada al verle, a pesar de todo—. ¿Podemos hablar un momento?

Mi corazón exclamó: «¡Sí! Te he echado de menos. ¿Por qué has tardado tanto?», pero me obligué a ignorar ese sentimiento. El órgano que latía en mi pecho era un idiota ridículo, y no podía fiarme de él.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba cerrando la puerta sin pensar, hasta que esta chocó con un zapato negro de aspecto muy caro y Vincent soltó un grito de sorpresa.

—¿En serio, Piper?

—No tengo nada que decirte —dije a través de la puerta a medio cerrar—. Tienes que irte.

—¿Y si soy yo el que tiene algo que decir?

—Oh, tú ya has dicho bastante —le espeté, apoyando la cabeza contra la puerta—. Ya no quiero saber nada más de ti.

—Piper… Venga ya. ¿Por favor?

No podía resistirme a una súplica. Tal vez podía dejar que me dijera un montón de cosas bonitas y luego echarle de todos modos. Abrí la puerta del todo e ignoré la reacción visceral de mi cuerpo al tenerle tan cerca.

Sí, parecía bastante cansado, a pesar del traje caro y la corbata llamativa. Una sombra, con ojeras pronunciadas, del hombre al que había conocido. Sentí un odioso impulso de abrazarle con fuerza y decirle que todo iba a salir bien.

—¿Qué quieres? —exigí.

—¿Puedes salir conmigo un momento? Quiero enseñarte algo.

Parecía nervioso, de una forma que no era habitual en él.

—No, Vincent, no puedo. Estoy trabajando. Di lo que tengas que decir, y vete.

—*Por favor* —pidió desesperado.

—De acuerdo —suspiré, y después gruñí—. Tienes tres minutos.

Cogí las llaves y cerré la puerta cuando salimos.

—Vamos por las escaleras. Solo son cuatro pisos.

Fueron cuatro tramos de escaleras muy largos, pero no tenía intención de encerrarme en el ascensor con Vincent. El mero olor de su colonia me recordaba la sensación de enterrar mi nariz en su cuello e inspirar su aroma, y eso representaba un nivel de

autodestrucción que no podía soportar. Tenía que mantenerme lo más alejada de él que pudiera, porque mi cuerpo me traicionaría si me acercaba demasiado. Prácticamente me lancé escaleras abajo para mantener la distancia entre nosotros. La dignidad era importante, pero no tanto como protegerme a mí misma.

—Un momento —dijo Vincent a mis espaldas cuando empecé a abrir la puerta de la calle—. No salgas todavía.

Me volví hacia él con un gruñido.

—Pero ¿de qué vas? Eras tú quien ha dicho hace un minuto que fuéramos a la calle —protesté, cediendo a la irritación.

—Espera solo un segundo —pidió cuando estuvo a mi lado—. Piper, antes de salir ahí fuera, tienes que saber que todo esto es para ti.

Cuando abrió la puerta, me quedé boquiabierta al mirar al exterior. La manzana en la que estaba nuestro edificio se había transformado en un paraíso lleno de flores. Allá donde mirase, desde las farolas a los buzones, estaba cubierto de lilas, preciosas flores blancas y violetas que decoraban todas las superficies visibles.

—¿Cómo? —pregunté en un suspiro, atónita a más no poder.

—Lo he hecho por ti —explicó Vincent.

Di unos pasos, como en un trance. ¿Cómo había conseguido poner guirnaldas de lilas en la fachada de nuestro edificio? Hasta había convertido una papelera en un precioso ramo de flores moradas y ramas verdes. Había tantas que su aroma llenaba toda la calle.

—He reunido los setenta y cinco tonos diferentes que existen —explicó Vincent, abarcando con un gesto aquel despliegue tan estrambótico—. Están todos, hasta el último.

Señaló algo más allá, y volví a sorprenderme al descubrir que la explosión floral continuaba hasta el final de la calle. Sentí que se me secaba la boca y, por primera vez en mucho tiempo, no supe qué decir. Era demasiado. Demasiado bonito, demasiado… Vincent. Era

un gesto grandioso y exagerado que me cortaba la respiración y me impedía pensar con claridad. Pero, entre toda la abrumadora belleza de aquel decorado, no podía apartar una idea muy insistente: ¿*qué demonios se supone que tengo que hacer con todo esto*?

—Pero… ¿*por qué*? —pregunté.

Él parpadeó un momento y pareció confuso.

—Dijiste que las lilas son tus flores favoritas. En el mercado del sábado.

—Sí, sí que lo son. —Señalé todas aquellas lilas con la mano—. Pero ¿por qué has hecho *esto*?

Un grupo de chicas adolescentes que se acercaban por la calle me pidieron que les hiciera una foto junto a una decoración de flores con forma de corazón, lo que me dio unos segundos para pensar en algo que no fuera lo que Vincent había hecho. Por mí, al parecer.

Cuando devolví el teléfono a las chicas, encontré a Vincent mirándome.

—¿Te gusta?

—Las flores son espectaculares.

Su cara se iluminó.

—Me alegro. He pensado que merecías algo especial después de… de todo lo que ha pasado.

Mi corazón bailó la polka durante unos segundos, pero lo obligué a calmarse. El gesto era encantador, pero no era la respuesta que esperaba después de cómo me había tratado. Y, lo que era peor, acababa de mencionar «lo que ha pasado» en lugar de «cómo me he comportado».

—Te lo agradezco.

La calle estaba llena de gente admirando el despliegue de flores, así que Vincent hizo un gesto para que lo siguiera a una zona más despejada, junto a una tienda cerrada frente a la que habían situado un enorme cubo plateado lleno de flores.

—Tengo que decirte algunas cosas —empezó en tono dubitativo.

—Vale. —Crucé los brazos, tratando de evitar darle ninguna esperanza—. Te escucho.

—Aquella noche… —Hizo una pausa, y comprendí que estaba tratando de ordenar sus ideas—. Aquella noche fue un desastre. Esa fiesta representaba la culminación de muchos años de trabajo, y me sentí abrumado. Además, tampoco me gustan mucho las fiestas.

—No me digas —resoplé—. No sé si has olvidado que fui testigo de tu comportamiento en la fiesta de compromiso de Paul y Chloe.

Al oír aquello, hizo una mueca.

—Exacto. Me desagrada todo eso de las sonrisas falsas y la charla vacía.

No contesté. No quería desmentirle, ni excusar su horrible comportamiento.

—Si añadimos la presión de ser el centro de atención, y a Maya buscando su momento de gloria a mi costa, tienes una receta para el desastre.

Me quedé mirándole en silencio, lo que le incomodó. Nunca le había visto nervioso, jamás, pero en ese momento comprendí que intentaba darlo todo, entre la explosión floral y transmitir sus sentimientos, para variar. La decoración era maravillosa y, obviamente, carísima, pero yo no necesitaba gestos grandiosos. Lo que quería era que fuera sincero conmigo y admitiera lo que me había hecho, pero no estaba segura de poder conseguirlo.

Vincent siguió hablando.

—Después pasó aquello entre Rodrigo y tú, y eso tampoco favoreció mi estado mental en ese momento.

Me quedé helada. ¿*Cómo*?

—¿Te refieres a cuando le felicité porque iba a tener un bebé?

—Sí. ¿Cómo lo iba a saber? —rio con amargura—. Lo siento, pero ese tío es un ligón. Estaba pegado a ti, así que no es de extrañar que me pareciera sospechoso.

—*Claro* —dije despacio, considerando lo que decía—. Y asumiste lo peor de mí.

—¿Y puedes culparme por eso? —protestó—. ¡No hay más que verle! Su trabajo es, literalmente, ser la fantasía de cualquier mujer. Necesito que entiendas cómo me sentía aquella noche —continuó Vincent—. Estaba sometido a mucha presión, y tuvo que salir por algún lado. Tú te llevaste la peor parte.

—¿Liberar presión? —pregunté con el estómago en los pies—. ¿Así es como lo llamas?

—Bueno, sí. Llegué al límite, acabé por estallar, y fue contra ti. Quiero compensártelo. —. Volvió a indicar las flores con un gesto, como si necesitara que me recordara el dinero que se había gastado en ellas.

Miré de nuevo al excesivo despliegue que nos rodeaba. No se podía negar que el gesto era muy bonito, pero no era, ni de lejos, lo que yo necesitaba.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunté despacio—. Ni siquiera lo has dicho aún —murmuré, sintiéndome mareada de nuevo.

—Vamos, estás hablando en acertijos. ¿A qué te refieres? —dijo Vincent, un tanto alterado.

Me quedé mirándole, sin poder comprender que aún no hubiera dicho aquellas dos palabras.

—Nunca me has dicho que lo sientes.

Él me miró sorprendido y echó la cabeza hacia atrás.

—Así que de eso se trata.

Solté una risa amarga. ¿Cómo podía ser que no lo comprendiera?

—Las flores no son más que un gesto —dije con calma—. Uno muy bonito, sí, pero si no hay ningún sentimiento detrás, no es más que un alarde. El dinero no lo arregla todo, Vincent.

La idea pareció sorprenderle de verdad. Nos quedamos mirándonos a los ojos, mientras los paseantes se maravillaban al ver lo que podía conseguir el dinero de Vincent. Era curioso que esa fuera la parte que menos me importaba a mí.

No supe cuánto tiempo nos miramos en silencio. Ya le había dicho lo que esperaba de él, pero seguía sin pronunciar las palabras.

—Lo siento mucho, ¿de acuerdo? —consiguió soltar por fin—. Creí que las flores te lo dejarían claro, pero ya veo que no es así.

—Lo que me dejan claro es lo bien que se te dan los gestos teatrales —dije, sacudiendo la cabeza y parpadeando para evitar unas lágrimas que me habían cogido desprevenida—. Lo malo es que no entiendas que tan solo necesito una disculpa sincera. Necesito saber que te importan mis sentimientos. No me hace falta un espectáculo, podías haberte ahorrado todo ese dinero.

—El dinero da igual —dijo él enfadado.

—Vaya, algo en lo que estamos de acuerdo —reí con amargura.

Vincent se acercó un poco y tendió una mano hacia mí, pero se contuvo.

—Piper, siento mucho que toda esta situación te haya hecho sufrir. Yo solo quiero arreglar las cosas entre nosotros. Creí que te gustarían las flores.

Seguía sin entenderlo. Yo quería que admitiera que era él quien me había hecho daño, pero él seguía sin hacerlo.

—Son preciosas, pero ¿sabes lo que me entristece de todo esto? —Miré hacia la gente que había en la calle.

Vincent frunció el ceño y negó con la cabeza.

—El hecho de que no tengas ni idea de lo que esperaba de ti, y que tu primera reacción instintiva después de hacerme daño no haya sido pedirme perdón. ¿Tú sabes qué es lo que me ha dolido de verdad?

—Maya —contestó él al momento—. El numerito que montó y que arruinara la fiesta.

—No, eso es lo que te ha dolido a *ti*, no a mí. A mí lo que me dolió es que te grabaran diciendo que nuestra relación era una mentira. Tú sabías por lo que pasé con Matthew, ¿cómo pudiste no darte cuenta de lo humillante que sería eso para mí? Claro, que ya lo estaba pasando mal incluso antes de que dijeras eso, porque te pasaste la noche presentándome a la gente como tu *colega*, aunque yo pensaba que era tu novia. Y al final, la razón por la que me marché fue lo mal que lo estaba pasando, mientras tú solo pensabas en el negocio. Para mí fue una noche horrible, y a ti no se te ocurrió preguntarme ni una sola vez cómo estaba. Mis sentimientos no te importaban lo más mínimo. *Yo* no te importo lo más mínimo. Y ese problema no se arregla con un montón de dinero.

—Piper… —Su voz sonó ahogada, como si por fin empezara a comprender que, por una vez, había encontrado un problema que su gigantesca cuenta bancaria no podía resolver.

—Gracias por convertir mi calle en un jardín, es muy bonito. —Conseguí esbozar una sonrisa forzada, aunque las lágrimas rodaban ya por mis mejillas—. Y gracias por lo bien que lo hemos pasado estos últimos meses. Pero aquí es donde acaba nuestra historia. —Inspiré, entrecortadamente—. Adiós, Vincent.

Me di la vuelta y me volví a la oficina.

—Piper —llamó él detrás de mí, en voz tan alta que la gente se volvió a mirarle.

Yo no me detuve, y no me volví. Tan solo me marché.

VINCENT

Convocar una rueda de prensa sin previo aviso era una buena forma de asegurar la asistencia de todos los medios importantes, y eso era justo lo que yo buscaba. Linda lo había organizado todo en veinticuatro horas, demostrando una vez más que podía hacer milagros.

—¿Qué se nos olvida? —preguntó Linda mirando a su alrededor en la sala auxiliar situada junto al salón del hotel desde el que yo hablaría dentro de unos minutos—. Ya ha llegado todo el mundo, el equipo de grabación está listo…

—¿Y la transmisión en las redes? —interrumpí—. Eso es *esencial*.

—Estaba a punto de decir que el equipo de redes sociales está listo para empezar. Y el…

—¿El mensajero con la entrega? —volví a interrumpir, porque esa era la parte más importante de todo el espectáculo.

Linda me miró a los ojos durante un momento, lo que debía suponer el único tipo de réplica que se atrevía a hacerme.

—Como decía —continuó—, el mensajero ha llamado para decir que lo ha recibido, y que ha visto las instrucciones incluidas en el paquete.

—Ojalá hubiera algún modo de garantizar que todo saldrá bien —dije, empezando a caminar de un lado a otro—. Todo tiene que estar perfectamente coreografiado, pero si Piper no sigue las instrucciones, no servirá para nada. —No podía dejar de pensar en todo lo que podría salir mal.

Tal vez Piper habría dejado la caja en algún sitio y se había olvidado de ella. O quizá la había tirado sin abrirla siquiera. El desastroso día de las lilas me había parecido lo bastante resentida como para hacer algo así. Pero no, el peor caso posible era que hubiera abierto la caja y no le hubiera gustado lo que contenía. ¿Por qué cojones había creído que eso sería una buena idea?

—¿Y los paquetes para la prensa? —gruñí en un tono más seco de lo que había querido.

—Listos para ser entregados. Tenemos a una persona preparada con ellos en un extremo de cada una de las filas. —Linda me sonrió con paciencia—. Vincent, no hace falta que te preocupes por la logística, céntrate en lo que vas a decir. —Sacó el teléfono para ver la hora—. Ya falta poco. Voy a comprobarlo todo por última vez.

Dwayne se asomó por la puerta justo después de que saliera Linda.

—¡Esto está abarrotado!

—Bien, eso era justo lo que esperaba —dije asintiendo—. Oye, muchas gracias por lo que has hecho, sé que no ha habido mucho tiempo. Como siempre, has ido mucho más allá del deber.

—¿Cómo iba a negarme? —contestó con una sonrisa—. Era una idea increíble, y me encanta el resultado. Espero que todo salga bien. —Dwayne se volvió un momento para hablar con alguien a quien no pude ver, y después preguntó—: ¿Quieres compañía o necesitas estar solo?

El escándalo que se oía al otro lado de la puerta me permitió saber con exactitud de quién se trataba.

—Está bien, aún faltan diez minutos. Diles que entren.

Trent, Aiden, Paul y Dominic entraron en la habitación. Todos iban vestidos con el tipo de traje que llevaban a la oficina, y no tenía ni idea de cómo habrían conseguido escaparse en mitad de la jornada laboral. Aunque todos vivíamos la vida a una velocidad de vértigo, en cuanto uno de nosotros necesitaba ayuda, allí estaban los demás.

—¡Tío! —exclamó Aiden—. ¡Mírate, lo estás dando todo!

—En serio, esta mierda está a otro nivel —dijo Dominic con admiración en la voz—. Pero lo pillo. Ha llegado el momento del número final.

Trent me dio una palmada en la espalda.

—Sabemos que lo tienes controlado, pero hemos pensado que te vendría bien ver unas cuantas caras amigas entre el público.

—Sí —admití—. Desde luego que ayuda. Gracias por venir. Siempre habéis estado ahí, para lo bueno y lo malo.

—Y tú has hecho lo mismo por nosotros —dijo Aiden—. Eso es lo que hacemos.

—Espera un segundo —dijo Paul mirándonos a todos—. ¿Os podéis creer que no nos hicimos ni una sola foto los cinco el día de mi boda? Hay un montón de fotos vuestras con las preciosas damas de honor, pero ninguna de nosotros cinco solos. Eso hay que arreglarlo ahora mismo.

—Paul, hombre, a ver si atiendes más —rio Trent—. ¿No ves lo nervioso que está este tío? Lo lleva escrito en la cara.

Tenía razón, pero me vendría muy bien pensar durante unos minutos en algo que no fuera lo que estaba a punto de intentar.

—No, hagámoslo —dije con rapidez—. El que tenga los brazos más largos, que haga el *selfie*.

—A ver —dijo Aiden extendiendo los brazos cuan largos eran y mirándonos a todos—. Yo tengo dos metros de envergadura.

Nos quedamos mirándole durante un momento, y luego nos echamos a reír todos a la vez.

—¿Dos metros? —balbuceó Trent—. ¿Y por qué no estás jugando con los Giants?

—Escucha, estuve a punto de ser profesional —espetó Aiden—. Pero estos dos me convencieron para que me dedicara a los negocios.

Señaló a Dominic y a Trent.

—Sí, y puedes darnos las gracias —dijo Dominic con una sonrisa burlona—. Te hemos ahorrado una fractura de cráneo.

—Tíos, vamos a hacer la foto, ¿vale? Vincent tiene que concentrarse en su discurso —dijo Paul, siempre la voz de la sensatez.

Nos pusimos juntos y nos pasamos los brazos por los hombros. Aiden alzó su teléfono.

—Tres, dos, uno ¡*Chicos perdidos*!

Aquel viejo apodo siempre nos hacía reír, porque hacía siglos que no estábamos perdidos, ni de lejos.

—Muchas gracias, colegas —dije—. Y no os preocupéis por mí. Estaré bien.

—Ya, seguro que sí —rio Trent—. Pareces más nervioso que aquella vez que saltamos desde un avión.

—Eh, al menos, aquella vez me garantizaron la seguridad con un paracaídas profesional —bromeé.

—Vámonos de aquí —dijo Dominic—. Estaremos sentados en la última fila, para no distraerte.

—Creedme, no voy a ver nada de lo que haya en la sala —respondí —. Voy a dedicar toda mi atención a la cámara.

Paul se había quedado un poco apartado y me miraba con los brazos cruzados. Habíamos estado en buenos términos desde aquella conversación con él y Chloe en su apartamento, pero él aún parecía seguir en guardia, sin duda porque Piper le habría contado todo aquel desastre de las lilas. Cuando los otros salieron de la sala, se acercó a mí.

—Tú puedes. —Me puso una mano en el hombro—. No te preocupes.

Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Hay demasiado en juego. Solo espero que salga todo bien.

—A Chloe y a mí nos parece que es una buena idea. Estás haciendo lo correcto.

—Gracias —dije, sintiendo algo menos de presión sobre los hombros —. Eso espero.

Le observé alejarse y volví a repasar mi discurso. Ni siquiera había tenido que escribirlo, todo lo que iba a decir salía directamente de mi corazón, y había estado ahí durante más tiempo del que quería admitir.

Linda se asomó por la puerta.

—¿Estás listo? Tienes unos tres minutos.

—Lo estoy —dije, inspirando hondo.

Seguí a Linda al salón principal y, con una mirada rápida, comprobé que no quedaba ni un asiento libre. Hablar en público no solía ponerme nervioso, con independencia del número de asistentes. O, al menos, no me ponía nervioso cuando se trataba de asuntos de trabajo. Pero esto no era trabajo, así que esa debía de ser la razón por la que el corazón me martilleaba en el pecho de aquel modo.

Miré a los operadores de las cámaras y recibí un gesto con el pulgar hacia arriba, así que me situé en el estrado.

—Buenas tardes a todos —saludé, lo que hizo callar a los asistentes —. Quiero empezar agradeciéndoos que hayáis venido con tan poco tiempo de preaviso. Sé que mi petición ha sido bastante inusual. —Hice una pausa para aclararme la garganta—. Pero creo que merecerá la pena.

Miré a los asistentes. Todas las caras que me observaban mostraban alguna versión del mismo tipo de confusión, y me fijé en que algunas personas se miraban de reojo entre sí, con esas miradas que se usan cuando uno sabe que va a ocurrir algo, pero no sabe el qué.

—Todos sabéis que Summit lanza un número predeterminado de perfumes cada año. Es posible que, con el reciente lanzamiento de *Por Siempre*, hayáis pensado que pasaría algún tiempo antes de que presentáramos una nueva fragancia.

Hice una pausa para dejar que mis palabras hicieran efecto, y observar que los presentes parecían cada vez más intrigados.

—He organizado esta sesión para anunciaros un lanzamiento sorpresa especial.

Mientras una oleada de murmullos recorría la multitud, yo saqué un frasco de una repisa oculta en el pie del atril. Miré el reloj, y rogué porque Piper estuviera viendo la transmisión en directo.

—Os presento nuestra nueva fragancia. —Inspiré hondo, porque había llegado el momento—. *Eternidad*.

Levanté la botella, y las facetas del cristal brillaron bajo las luces. Habíamos reproducido un antiguo frasco de perfume, procedente de París y único en su clase, que reflejaba la luz con destellos como los de los diamantes. El original, si todo había ido bien, estaría en ese momento en manos de Piper.

—Creo que *Eternidad* se puede considerar el epílogo de nuestra colección Trío del Tiempo —continué—. Pensé que *Por Siempre* pondría el broche final, pero me he dado cuenta de que, a veces, el amor puede ir más allá de durar para siempre. Puede ser eterno.

Hice otra pausa y miré directamente a la cámara.

—Eso me lo ha enseñado una mujer llamada Piper Doyle.

Se oyeron respingos de sorpresa entre el público, seguidos de una serie de murmullos emocionados.

—Este perfume —dije, levantando la botella un poco más alto— está dedicado a ella. He intentado capturar la esencia de su belleza y su enorme corazón con una combinación de elementos que me recuerdan a ella. El aroma principal es el de las lilas, su flor favorita, con notas de heliotropo, el alma de *Por Siempre*, que no habría sido posible sin ella. También he incluido unas notas adicionales de vainilla, en honor a la dulzura que ha aportado a mi vida.

El interés era ahora patente en toda la sala, pero yo solo podía pensar en cómo reaccionaría Piper. ¿Me odiaría por aquello, por llamar la atención sobre ella? ¿O apreciaría la intención detrás del gesto?

—Nunca creí que encontraría a alguien como ella. A veces… Bueno, a veces la suerte le sonríe a uno. Supe que ella pondría mi mundo patas arriba desde el día que la conocí, pero cometí un error. De hecho, cometí muchos errores —admití—. El mayor fue no darme cuenta del daño que le hice al intentar protegerme de lo que ella me hacía sentir. Piper se ganó mi corazón hace mucho tiempo, pero no fui lo bastante fuerte para entregárselo.

Miré a la cámara sin pestañear.

—Y esa es la razón por la que os he reunido a todos aquí. Quiero ofrecer una disculpa pública por no haber tratado el corazón de Piper como se merece y, lo que es más importante… —Me dio la sensación de que me lanzaba a un abismo—. Necesito que sepa que estoy,

profunda, desesperada y eternamente enamorado de ella. —Inspiré hondo—. Piper Doyle, te quiero y voy a pasar el resto de mi vida demostrándotelo. Si me lo permites.

Los asistentes rompieron a aplaudir y, por fin, me permití sentir un destello de esperanza. Si había convencido al público en aquella sala de mi sinceridad, tal vez la habría convencido a ella también.

Respiré despacio mientras esperaba a que se calmaran los vítores y aplausos. Me sentía un tanto abrumado. Las luces me parecían demasiado brillantes, y tenía la sensación de ser un espécimen bajo observación, pero era yo quien había elegido exponerse al mundo de ese modo. Todo iba bien, esto era lo que debía ocurrir.

—Ahora querría que todo el mundo probara *Eterno*. Tenemos muestras para todos ustedes. —Me dirigí al equipo de empleados de Summit, preparados para ese momento—. Por favor, ¿podéis comenzar a repartirlas?

El grupo comenzó a distribuir pequeñas cajas de regalo que contenían muestras de perfume, junto con información sobre el perfil de la fragancia. Hablar de ella era una cosa, pero había que experimentarla para poder comprender las emociones que evocaba. Volví a mirar a la cámara.

—Piper, si estás viendo esto, por favor, abre la botella, cierra los ojos e inspira. Esta fragancia representa todo lo que vivimos juntos. El sol, las risas, el amor…

Para entonces, la audiencia estaba abriendo las muestras y sus reacciones me dejaron claro que teníamos otro éxito entre manos. Pero, siendo sincero, eso no me importaba. La única opinión que contaba era la de Piper.

—Antes de terminar, tenemos tiempo para preguntas, si alguno de ustedes tiene una. —Empezaron a alzarse un montón de manos entre el público, lo que no me sorprendió, porque aquello no iba solo de un perfume.

Señalé a una periodista de *New York Magazine* que siempre se había puesto de mi parte cuando Maya se pasaba un poco con sus acusaciones contra mí.

—Andi, ¿cuál es tu pregunta?

La periodista, una morena de actitud seria, se puso en pie y cogió el micrófono que le entregaba un asistente.

—Hola, Vincent. Me encanta *Eternidad*, es una fragancia increíble.

El público aplaudió en señal de aprobación.

—Creo que la pregunta en la mente de todo el mundo es qué es todo eso de la relación falsa. Jerry ha publicado los vídeos que grabó en la fiesta de lanzamiento, y lo que dijiste fue bastante… perjudicial. ¿Puedes aclararnos todo eso ahora?

Apreté la mandíbula con fuerza para armarme de valor. Teníamos que hablar de la verdad incómoda y, por muy embarazoso que fuera, me alegraba de poder aclarar el tema de una vez. El mundo tenía que conocer la historia real. Debía disipar cualquier duda para siempre, por mí mismo y por Piper.

—Sí, no fue mi mejor momento.

Las risas del público resonaron por toda la sala, y el ambiente pareció relajarse un poco, pero yo sabía que no debía esquivar la pregunta con humor.

—Quiero explicarlo con sinceridad —dije cuando cesaron los murmullos—. No suelo publicar detalles de mi vida privada, pero ya que todos conocéis esa versión de la historia, creo que es importante contaros también el contexto. —Hice una pausa para ordenar mis ideas—. Sí, mi relación con Piper comenzó con un acuerdo que nos beneficiaba a los dos. No es necesario entrar en detalles, pero nos encontramos en una situación en la que cada uno podía ayudar al otro y decidimos hacerlo. Al principio, seguimos una serie de criterios, pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más

crecían nuestros sentimientos. Lo que había empezado como una relación fingida se convirtió en algo mucho más real de lo que habíamos experimentado nunca. Piper es…excepcional. Me resultó muy fácil enamorarme de ella. Simplemente, encajamos, como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Pero también admito que eso no hizo que las cosas fueran más sencillas para ella. De hecho, me sorprende que me aguantara durante tanto tiempo.

Reconocí la risa de Aiden desde el fondo de la sala. Muy propio de él.

—Entonces, yo fui y lo fastidié todo. Tres veces. Perdí los papeles en aquella fiesta, no pedí perdón a Piper por el daño que le hice, y tampoco le dije que la quería. Pero, con un poco de suerte, podré corregir lo que he hecho mal, ahora que todo el mundo sabe cómo me siento.

Y lo que ocurra ahora, pensé para mis adentros, *depende de Piper.*

La idea era suficiente como para que me diera vueltas la cabeza. Piper tenía mi corazón en sus manos, y podía elegir destruirlo, o aceptarlo.

El público empezó a gritar más preguntas, pero ya no era necesario continuar con aquella sesión. Ya había dicho todo lo que había que decir.

—No tenemos tiempo para nada más por hoy. Gracias a todos por venir —añadí con una inclinación de la cabeza—. Espero que encontréis el amor para toda la eternidad.

Me despedí con un gesto y volví a la sala auxiliar que, por suerte, estaba vacía. El corazón me latía como si acabara de correr un kilómetro, y necesitaba unos minutos para aclararme las ideas. Sin cámaras, sin preguntas y sin luces apuntándome a la cara. Solo el silencio.

Pero el silencio tampoco me tranquilizó. La cabeza aún me daba vueltas, y mi corazón seguía a mil por hora. Lo que necesitaba era

terminar lo que había empezado.

El chófer me estaba esperando fuera siguiendo mis indicaciones. Sabía que mi equipo querría analizar todo lo ocurrido y comprobar la recepción en las redes, pero a mí no me interesaba conocer la opinión que tuviera el mundo sobre mi mensaje. Las métricas no me dirían si le había llegado a la única persona que me importaba.

Salí por la puerta de servicio antes de que nadie pudiera detenerme, y, lo primero que hice cuando me acomodé en el asiento trasero del coche fue sacar el teléfono para llamar a Piper. Sin embargo, detuve el dedo sobre su nombre, sin llegar a pulsarlo, presa de las dudas. ¿Habría estado viendo la transmisión? Tuve que tragarme la decepción que sentí al ver que ella no me había llamado todavía.

El coche se puso en marcha cuando presioné el botón de llamada. Joder, necesitaba verla, pero no me atrevía a forzarlo. Contuve la respiración mientras sonaba el tono de llamada, esperando escuchar el ya familiar mensaje del contestador. Sonó un tono tras otro, y justo cuando estaba a punto de perder la esperanza…

Los tonos se detuvieron.

Hubo una pausa y un momento de silencio, tan denso que pareció oprimirme el pecho, y entonces escuché el sonido más dulce del mundo.

—¿Vincent?

30

PIPER

Empezó a hablar antes de que yo pudiera decir nada, con palabras tan apresuradas que apenas tenían sentido.

—Piper, cuánto me alegro de que hayas contestado —dijo Vincent a toda prisa—. Espero que te haya gustado el perfume. He pensado que supondría un homenaje adecuado en tu honor. ¿Lo has probado ya? Creo que el equilibrio entre las notas secundarias y el aroma principal de las lilas es el mejor que hemos conseguido hasta ahora. Hemos añadido tonos cítricos a los acordes *fougère*, porque he pensado que los apreciarías. Dwayne sugirió una nota subyacente de alcanfor, pero normalmente lo asociamos a la lavanda, así que he tenido que disuadirle. La fragancia resultante es tenaz, tiene una profundidad y una duración que creo que son muy acordes con su nombre, ¿no te parece?

No pude evitar reír al escuchar toda aquella jerga de perfumista. Apenas entendí la mitad de lo que dijo, considerando el poco tiempo que había pasado en Summit, pero sabía lo que había detrás de todo aquel torrente de palabras: el gran Vincent Forde estaba nervioso. Me acomodé en el sofá y me preparé para lo que estaba segura de que sería una larga conversación.

—Eh, eh, ¿me dejas hablar a mí? —dije con una risa suave—. Sí, lo llevo puesto y, sí, es lo más exquisito que he olido nunca. Es perfecto para mí. Gracias, Vincent.

Me acerqué la muñeca a la nariz, cerré los ojos e inspiré la fragancia, que me trajo un centenar de recuerdos. Atardeceres en Hawái, mañanas tranquilas enredados en la cama, croissants compartidos en el mercado de los sábados, reírnos juntos, hacer el amor… Era la esencia de nosotros dos, destilados en una sola gota.

Al otro lado del teléfono, se escuchó una exhalación de alivio.

—Me alegro mucho —dijo.

No estaba segura de qué decirle, porque había mucho de lo que hablar.

—¿Has visto la rueda de prensa? —preguntó.

Miré por la ventana al brillante cielo azul y traté de mantener mi pulso bajo control.

—La he visto —dije, hablando con calma. No tenía sentido fingir que no me había tragado cada segundo de la sesión, con el corazón en la garganta—. Se me da bien seguir instrucciones.

—Eso es cierto —rio él, e hizo una pausa durante un instante—. Entonces… ¿Qué te ha parecido?

Su voz sonaba tensa, y me di cuenta de que debía acabar con su sufrimiento. Me empezaron a temblar las manos: ahora era yo quien se sentía vulnerable.

—Después de todo lo que has dicho, creo que es justo que te haga saber que…

—Espera, espera —pidió él—. Dame un momento.

Fruncí el ceño. ¿Qué pasaba ahora?

Cinco segundos después, escuché unos golpes en la puerta de casa. Corrí a abrirla y encontré a Vincent al otro lado, con el teléfono en la oreja y mirándome con ojos esperanzados. Estaba aún más guapo de lo habitual, como si hubiera despertado después de una larga hibernación.

—Quería oírlo en persona. Espero que no te importe.

Me sonrió, pero aún parecía un tanto inestable, como si no estuviera seguro de lo que me pasaba por la cabeza. Nunca había visto a Vincent tan desarmado, me iba a costar acostumbrarme a ese aspecto suyo. Nos iba a costar a los dos.

—Vaya, parece que crees que serán buenas noticias —dije, sacudiendo la cabeza ante su suposición.

Él desconectó la llamada y se encogió de hombros con gesto de impotencia.

—En cualquier caso, tenía que verte.

—Pasa.

Me aparté y Vincent entró en el piso, irradiando tensión.

—Vamos a sentarnos —propuse.

—Piper, me estás matando —dijo, dejándose caer en el sofá con un suspiro—. Te lo ruego, dime qué estás pensando.

Me senté en el otro extremo del sofá y crucé las piernas. ¿Por qué estaba temblando de esa forma?

—Lo que has hecho hoy me ha emocionado mucho —comencé—. Sé lo reservado que eres, y que te cuesta mucho abrirte de ese modo. Ha sido muy bonito. Gracias.

A medida que hablaba, la expresión feliz se iba borrando de su cara.

—¿Por qué me da la sensación de que ahora viene un «pero»?

—*Pero…* —Incliné la cabeza hacia él—. Tienes que saber que me has hecho mucho, mucho daño. Y, además, me has humillado públicamente.

Él empezó a interrumpirme, pero yo sacudí la cabeza para detenerle.

—Ya sé que eso no lo hiciste a propósito, pero ha ocurrido de todos modos, y ha sido horrible. Yo confiaba en ti, Vincent, y eso me ha destrozado.

Él parecía muy dolido, como si le hubiera estado dando una paliza a puñetazos y estuviera esperando el golpe de gracia.

—Pero lo que has dicho hoy… —Los ojos se me llenaron de lágrimas —. Me ha llegado al alma, Vincent. Necesitaba que dijeras esas cosas. Es cierto que no era necesario hacerlo delante de todo el mundo, pero tú lo haces todo a lo grande.

Su semblante se animó con una media sonrisa.

—Has dicho todo lo que necesitaba oír, y creo que ya es hora de que yo sea igual de sincera contigo. —Inspiré hondo, porque estaba a punto de lanzarme al vacío—. Yo también te quiero, Vincent Forde.

Su reacción fue inmediata. Cerró los ojos y dejó escapar el suspiro más largo que había oído en mi vida.

—Oh, gracias a los putos dioses. Casi acabas conmigo, Piper.

Me acerqué a él y puse una mano sobre su rodilla.

—Lo siento, solo necesitaba soltar lo otro antes. Si queremos que esto salga bien, tenemos que ser sinceros. No hemos empezado con una base sólida, ya sabes.

—Hemos empezado con una base *ridícula*, pero mis sentimientos son reales. Es solo que me ha costado un montón de tiempo admitirlo.

Nos miramos en silencio mientras asumíamos lo que acabábamos de confesar. Era el amor, un amor auténtico, lo que nos había traído hasta aquí. Lo que pasara a partir de ahora sería una aventura enorme que aún no podía imaginarme.

Tendí la muñeca hacia Vincent.

—Esto es para la *Eternidad*. Como nosotros.

Tomó mi mano, se la llevó con gentileza a la nariz e inspiró el aroma de mi piel, con los ojos clavados en los míos.

—Es perfecto —dijo él, cerrando los ojos e inhalando de nuevo—. Como tú.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo explicas? —murmuré.

Sus labios estaban a unos centímetros de la delicada piel de mi muñeca, y la calidez de su respiración fue suficiente para hacerme estremecer.

—Las notas principales de lila son divertidas —dijo, acariciándome con la nariz—, pero no demasiado dulces. Por debajo hay un aroma cítrico, ligero y brillante, que aporta acidez para equilibrar los diferentes elementos. Es una fragancia compleja, con muchos matices. —Me volvió a mirar a los ojos—. Tal y como la mujer que la inspiró.

La intensidad de su tono hizo que se me erizara la piel.

—Continúa.

Vincent volvió a inspirar.

—¿Has notado la ligera nota de coco?

—Por supuesto que sí —sonreí—. Hay un poco de Hawái en esa botella.

—Ya lo creo. Es intensa y cálida, pero justo después de percibir esa nota, deberías apreciar…

Hizo una pausa y esperó a que yo terminara la frase.

—Heliotropo —contesté.

—Exacto —murmuró, y depositó un beso en el hueco de mi codo que me hizo vibrar de excitación—. El aroma que lo empezó todo. Y va acompañado de una bruma de vainilla y almendra, un tributo a nuestro trabajo juntos.

—Trabajo. —Hice un pequeño puchero.

—El mejor que he hecho nunca —dijo él con una risa—. Ahora deberías apreciar la sensualidad de la fragancia. Su dulzura queda equilibrada con unos tonos más profundos, casi ahumados, de almizcle y ámbar. —Su voz era ahora más grave—. Eso somos nosotros haciendo el amor. El calor de nuestros cuerpos unidos.

Vincent plantó un beso en mi hombro y comencé a respirar más rápido, porque casi podía ver lo que estaba describiendo.

—*Eternidad* aúna la sensualidad con la luminosidad. Como con cualquier perfume, quien lo lleva debería situarlo en los lugares en los que se nota el pulso, donde la sangre circula cerca de la superficie y calienta la piel. Ponlo siempre en la muñeca… —Rodeó la mía con los dedos y la sujetó como con una esposa—. En el cuello… —Se inclinó para inspirar la parte posterior de mi cuello, y yo me acerqué a él instintivamente, esperando un beso inevitable.

Pero él me hizo esperar, incitándome con una dulce recompensa que mantenía justo fuera de mi alcance. Nos quedamos quietos, con Vincent justo a unos centímetros de mí, observándome sin cesar. Todo mi cuerpo temblaba, y me sentía casi mareada en mi desesperación por él. Sin embargo, yo también alargué ese momento, disfrutando de la dulce tortura del deseo.

—Piper —murmuró, atrayendo mi cabeza hacia la suya—. Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero. Nunca dejaré de decírtelo.

La ternura que vi en sus ojos al decirlo acabó con lo poco que quedaba de mis defensas. Me apreté contra él y le besé con tanta fuerza que se le escapó un gruñido de sorpresa. Al oler su aroma, casi lancé un gemido. Había echado de menos aquel olor especiado, cálido y silvestre que emanaba de su piel.

Me puse sobre su regazo sin dejar de besarle ni un instante. ¿Cómo era posible que besarle fuera mejor de lo que recordaba? El viejo vestido de punto que llevaba, demasiado gastado como para sacarlo

de casa, se me subió hasta las caderas mientras nuestras bocas seguían unidas, y las manos de Vincent encontraron mi piel desnuda.

—Piper —susurró con agitación cuando me agarró el culo—. Mi Piper.

Busqué a tientas los botones de su camisa, desesperada por tocarle. Mis dedos se movían con torpeza, pero me las apañé para desabrocharlos y abrí la camisa para poder besar los amplios planos de su pecho. Cuando chupé uno de sus pezones, él gimió y arqueó la espalda.

—Te necesito —gruñó él—. Ahora.

Sus besos se hicieron más exigentes, y bajaron por mi garganta mientras agarraba el desgastado cuello de mi vestido con el puño.

—Quítate esto —ordenó, dando un tirón impaciente al vestido—. Quiero verte entera.

Miré por encima del hombro a la puerta de entrada. No esperaba a Darcy hasta, al menos, dentro de una hora y, aunque era posible que llegara antes, estaba dispuesta a asumir el riesgo. Me quité el vestido por la cabeza, lo tiré al suelo y quedé cubierta solo por un tanga.

Vincent dejó escapar un suspiro ahogado y, enseguida, deslizó los dedos despacio por mi cuerpo, desde el hueco entre mis pechos hasta la curva de mi estómago. Lo hizo de un modo reverente, con adoración. Cuando su mano se detuvo por fin entre mis piernas, habló en voz baja y ronca.

—No tienes ni idea de lo que me hace sentir este cuerpo.

El bulto que veía entre sus piernas me dio una pista, pero me incliné para susurrarle al oído.

—Enséñamelo.

Vincent me puso una mano en la nuca y me atrajo hacia él para darme un beso tan intenso que me hizo temblar las rodillas. Me besó como un hombre muerto de hambre que acabara de encontrar el único alimento que podía satisfacerle. De algún modo, entre el calor de nuestras bocas y el caos de manos y extremidades, me encontré debajo de él, y nuestros cuerpos se unieron en un frenesí de necesidad. Justo cuando creía que iba a ahogarme en sus besos, él se apartó un poco y dejó que sus labios se deslizaran hacia abajo, por mi cuerpo, a lo largo de mi clavícula y cada vez más abajo, dejando un rastro ardiente en cada centímetro que recorrían.

—Un momento —murmuré, poniéndole la mano en la espalda para detenerle justo antes de que fuera demasiado tarde—. Yo también quiero saborearte.

Vincent, que se había detenido a la altura de mis caderas, me miró con una sonrisa endiablada.

—Podemos hacerlo los dos a la vez, ya sabes.

Se puso en pie y se quitó la ropa en un momento. Después se situó en el sofá junto a mí, sobre un costado y con la cabeza cerca de mis pies. Fue divertido, mientras nos colocábamos en posición, y la levedad del momento hizo que la intimidad resultara aún más agradable. Pero, en un instante, todo cambió.

La risa se diluyó en algo mucho más profundo cuando sentí el primer contacto de su lengua en mi centro húmedo, y dejé escapar un gemido involuntario. Al mismo tiempo, recorrí su miembro con la lengua, saboreándole, y abarcando su envergadura con mi boca. Me resultó imposible centrarme en el ritmo necesario para meter y sacar su polla de mi boca, porque me estaba lamiendo el clítoris de un modo tan experto que no pude evitar detenerme para disfrutar de las deliciosas sensaciones que recorrieron mi cuerpo mientras él me hacía el amor con la boca. Era una danza extraña e increíble entre el placer y la conexión, entre dar y recibir.

Tomé su polla con una mano y apreté fuerte, mientras me acercaba cada vez más a un orgasmo que estaba segura de que sería épico. Vincent sabía manejar mi cuerpo como un experto, y me estaba lamiendo primero despacio, y después aumentando la presión, a la vez que introducía la lengua en mi interior.

Cuando el mundo se disolvió en una explosión de luz y calor, cerré los ojos con fuerza. Arqueé el cuerpo y me dejé llevar por un placer que se apoderó de mí en una sucesión de latidos intensos y eléctricos, que no pude contener. Con un grito, mis dedos se aferraron a la piel de Vincent, buscando con desesperación algo a lo que agarrarse mientras me rompía en pedazos.

Él no se detuvo, sus manos y su boca siguieron moviéndose con la misma intensidad hasta extraer de mí el último átomo de placer y dejarme temblorosa y jadeante. Fue demasiado, fue perfecto y, por fin, le aparté de mi cuerpo, exhausto y dolorido de la mejor manera posible.

—Lo siento —jadeé.

—¿Por qué? —preguntó en tono incrédulo.

—Ha sido el peor sesenta y nueve de la historia. Más bien se ha quedado en un treinta y cuatro y medio.

—Bueno, pues te dejaré que me folles para compensar los números que faltan —dijo poniéndose en pie—. Ven aquí.

Vincent me levantó del sofá y cogió su cartera para sacar un condón. Mientras se lo ponía, aproveché para admirar su cuerpo perfecto. Su pecho definido, adornado con un poco de pelo oscuro, las dos hendiduras de sus caderas que señalaban hacia abajo, los muslos fuertes y, por supuesto, su hermosa polla.

Si Darcy llegara en ese momento, nos pillaría completamente desnudos, pero me daba igual. Vincent me pasó un brazo por la espalda, me tomó en sus brazos y se dirigió conmigo hacia la pared de la cocina.

—Un momento —dije—. ¿Vas a…?

—¿Follarte contra esa pared? Sí, eso voy a hacer.

Reí cuando me apretó contra ella. Era ridículo, muy difícil y me encantaba la idea. Él apretó su boca contra la mía, me rodeó los pechos con las manos y todos mis pensamientos se confundieron en una sola ansia: lo necesitaba dentro de mí, llenándome. Levanté una pierna para que pudiéramos situarnos mejor y alinear nuestros cuerpos y, en un instante, él estuvo dentro de mí, empujando y presionando de la forma más deliciosa posible.

Nunca supe cómo lo hizo, pero me encontré suspendida contra la pared mientras Vincent entraba y salía de mí. Me mordí un labio cuando empecé a notar de nuevo la presión en mi interior, pero cuando él bajó la cabeza y se metió uno de mis pezones en la boca, alcancé el punto álgido. Eché la cabeza hacia atrás sin poder contenerme un instante más y dejé escapar un grito de puro placer desatado. Un instante después, Vincent me siguió, dejándose llevar con un rugido de satisfacción contra mi cuello.

Nos detuvimos poco a poco, riendo, sudorosos y satisfechos. Vincent me apretó fuerte contra su cuerpo y se dirigió conmigo hacia los dormitorios.

—Deja que lo adivine. El que está desordenado es el tuyo.

—Tal vez —reí.

Abrió la puerta del todo con el pie y me dejó caer sobre la cama. Mi modesto dormitorio no se parecía en nada al ambiente lujoso al que él estaba acostumbrado, pero eso no pareció molestarle.

—Discúlpame un momento —dijo, encaminándose hacia el baño.

Unos minutos después, volvió a mis brazos y me besó la frente, la punta de la nariz, el cuello.

—Soy muy afortunado —suspiró, apretándose contra mí.

—Los dos somos afortunados —le corregí.

Nos quedamos dormidos así, entrelazados, con los cuerpos relajados y los corazones, por fin, en paz.

Nunca había tenido sueños más dulces.

VINCENT

—No sé por qué habrá propuesto que comamos en un hotel —dije a Piper cuando entramos en el Mandarin Oriental—. Aquí pasa algo.

—¿Como qué? —preguntó ella, que caminaba a mi lado y me apretaba la mano con fuerza—. ¿Crees que es malo probar un sitio nuevo?

—En absoluto. —La miré extrañado—. Es solo que no es la clase de cosa que haría en condiciones normales. Tiene una serie de sitios favoritos en la ciudad y suele ir siempre a los mismos. Esto no es habitual.

Me sentía incómodo mientras trataba de adivinar las motivaciones de mi padre. ¿Querría soltarnos su último bombazo en un lugar neutral? Desde que le había atropellado aquel ciclista, se había mostrado más centrado de lo habitual, tanto física como mentalmente, pero yo no creía que hubieran terminado sus días de adicto a la adrenalina.

Atravesamos los grupos de turistas y viajeros que abarrotaban el vestíbulo del hotel y nos dirigimos hacia los ascensores donde, por suerte, pudimos conseguir uno para los dos solos. Cuando las puertas se cerraron, rodeé a Piper con los brazos.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa?

—Mmm, no estoy segura —dijo ella, retorciendo un poco su bonita boca mientras me miraba—. Creo que deberías decírmelo de nuevo.

—Bueno, para empezar, llevas este vestido —empecé—. Creía que mi favorito de los últimos que te has comprador era el de flores, pero este me está poniendo a mil. —Deslicé un dedo por detrás de la seda que cubría sus pechos.

—Mmm —suspiró ella mientras yo rozaba el encaje de su sujetador y luego deslizaba un dedo por su piel—. No hagas eso. No puedo presentarme delante de tu padre estando excitada.

—Tienes razón, ya paro —dije con una carcajada, y aparté la mano, tratando de calmar a la vez el bulto que crecía en mis pantalones.

El ascensor se detuvo con una campanada, y agradecí el hecho de que la puerta se abriera a un vestíbulo vacío. Para cuando llegó la jefa de sala, los dos estábamos ya presentables. Nos condujo a una mesa para cuatro situada junto a un ventanal sobre Central Park, en la que ya nos aguardaba mi padre, vestido con chaqueta y más arreglado de lo que sería propio de una comida informal.

—Aquí estáis —sonrió—. ¡Qué hermosa pareja!

Me atrajo hacia sí para darme un abrazo con palmadas en la espalda, y después dio otro abrazo igual de largo a Piper. Se diría que no nos había visto en muchos meses, a pesar de que habíamos ido a hacer yoga juntos la semana anterior.

—Sentaos, por favor —dijo, separando la silla junto a la suya para que se sentara Piper—. Vincent, tú siéntate ahí.

Señaló la silla enfrente de Piper. ¿Por qué nos asignaba sitios concretos para una simple comida? Tomé asiento sin dejar de mirarle. Parecía nervioso. Sí, estaba claro que pasaba algo. El alma se me cayó a los pies y me preparé para lo que estaba seguro que nos iba a confesar. Había conocido a alguien.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¿Quién más va a venir?

—¿Quién ha dicho que vaya a venir nadie más? —preguntó él con una sonrisa evasiva.

La camarera se acercó para tomar nota de nuestras bebidas, y eso desvió su atención de mi pregunta, pero yo sabía que tenía razón. Me enfadé por adelantado, convencido de que había vuelto a precipitarse a un nuevo romance.

—Cuéntanos qué has estado haciendo —dijo Piper—. Me da la sensación de que tienes un millón de aventuras cada día.

—Aunque no lo creas —rio él—, ahora me interesan los pájaros. ¡Son fascinantes! ¿Sabías que en Manhattan hay una importante comunidad de aficionados a la ornitología? Nos reunimos en Central Park. —Señaló por la ventana al parque situado a nuestros pies, treinta pisos más abajo.

—¿Y eso qué implica? —pregunté, sin ocultar la nota de escepticismo en mi voz—. ¿Subirse a los árboles? ¿Pilotar un helicóptero para verlos más de cerca?

—¿Quieres dejarlo ya? —me reprendió de buen humor—. Te alegrará saber que mis pies siguen en el suelo, y lo único que se alza al cielo son mis ojos. Me he comprado unos prismáticos fabulosos, y me he descargado una aplicación que permite identificar los pájaros solo por su canto. Se me da bastante bien.

—Parece una afición fantástica. —Piper le dedicó una sonrisa enorme—. ¿Podría ir contigo alguna vez?

Él puso una mano encima de la de ella y le dio un apretón.

—Eso me encantaría.

Sonreí a pesar del nudo que notaba en el estómago. Mi padre no ocultaba lo mucho que adoraba a Piper, y siempre me alegraba ver lo mucho que disfrutaba ella de tener una figura paterna a quien le gustaba pasar tiempo con ella.

—¿Y a ti cómo te va, querida? —preguntó él—. ¿Cómo va el negocio?

Ella sonrió aún más ante la referencia a Strapped.

—¡Estoy abrumada, pero todo es maravilloso! Mercedes ha sido una bendición. Sus fondos han sido esenciales, pero lo que no tiene precio es su conocimiento del sector. Aunque el calzado es otro mundo, hay muchas semejanzas en lo que se refiere a la cadena de proveedores y a establecer relaciones con clientes. ¡Y vamos a lanzar nuestra primera colección de bolsos! Darcy hizo unos cálculos y vio que el precio del cuero está más bajo que nunca, así que nos hemos lanzado. —Hizo una pausa dramática—. No creo que en Macy's nos hubieran hecho el más mínimo caso si no fuera porque Mercedes nos presentó al jefe de compras.

—¿Vais a vender en *Macy's*? —exclamó mi padre—. ¡Enhorabuena, Piper!

Sus logros me hicieron sentir muy orgulloso.

—Eh, el mérito no es solo de Mercedes. Es a ti a quien se le han ocurrido los diseños de los bolsos. Ha diseñado tres, papá, y todos van a ser un éxito.

—Bueno, es un trabajo en equipo. —Ella se encogió de hombros con modestia.

—¿Y tú qué, Vincent? —preguntó mi padre—. Cuéntame toda la información confidencial sobre tus nuevos lanzamientos.

Lo dijo en broma, porque lanzar dos perfumes nuevos en un plazo de, tan solo, unas semanas no tenía precedentes en la empresa.

—Bueno, te diré que los dos han batido récords—contesté—. *Por Siempre* no solo es nuestra fragancia más vendida, sino que ha superado en ventas a todos los perfumes que hemos lanzado en los últimos cinco años. Supongo que Amanda tenía razón con lo de que no existe la mala prensa.

Aún me resultaba desagradable tener que recordar la publicidad negativa que podía haber potenciado el ascenso de *Por Siempre* a lo más alto.

—¿Y qué hay de *Eternidad*? —preguntó.

Miré a Piper y ella me devolvió la mirada con una sonrisa.

—Le va pisando los talones a *Por Siempre*, es otro éxito. Hemos tenido que adelantar la producción de los derivados, porque la gente no se cansa de él. Estamos a punto de lanzar las cremas y aceites, y el gel y el jabón saldrán la semana que viene.

—No me sorprende nada —respondió con orgullo—. Eso demuestra lo que puedes conseguir cuando te centras en algo. ¡No hay que abandonar, eso es lo que digo siempre!

Analicé a mi padre. Su tono dejaba claro que sus palabras tenían alguna implicación adicional.

—¿Qué pasa, papá?

Él sonrió, pero enseguida miró por encima de mi hombro y abrió mucho los ojos.

—Oh, ¡ahí está!

Me di la vuelta, preparándome para la decepción que supondría el que una desconocida, que seguramente haría todos los esfuerzos posibles para caerme bien, interrumpiera el tiempo que estábamos pasando juntos. Cuando me fijé en quién era la mujer que se acercaba a nosotros, me quedé helado. Era imposible.

—¿*Mamá*? —dije con un respingo.

La voz sorprendida de Piper me devolvió a la realidad.

—¿Esa es tu madre?

Mi padre se puso en pie de un salto y corrió a su encuentro. Se abrazaron y, al separarse, él la tomó por los brazos y le dijo algo que

no pude oír. Yo me acerqué, todavía confundido por aquella situación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté mientras ella me abrazaba.

—Visitar a mis personas favoritas —rio ella.

Nos abrazamos durante mucho tiempo. Llevaba su perfume habitual de lilas del valle, una fragancia creada por mi padre llamada *Belleza*, que me trajo a la mente un millón de recuerdos. Hacía meses que no la veía en persona. Por fin, me separé de ella para con la intención de presentarle a Piper, pero no tuve la oportunidad.

—Soy Kathleen. He oído hablar mucho de ti —le dijo mi madre mientras se abrazaban—. ¡Me alegro de conocerte por fin!

El corazón se me desbordó con solo verlas juntas. Había estado esperando este momento durante toda mi vida, y verlo en la realidad era aún mejor de lo que había imaginado.

—Estoy… Estoy muy sorprendido —admití cuando volvimos a sentarnos—. ¿Podéis contarme qué está pasando aquí?

—Reunión familiar —contestó mi madre.

—Sí, pero… —Los señalé a ellos dos.

—Ya te dije que habíamos estado hablando —empezó mi padre—. Y el susto que me dio el accidente me ha hecho reflexionar sobre lo que realmente importa. No estaba seguro de si tu madre estaría dispuesta a intentarlo de nuevo conmigo, pero debía hacer la prueba, así que…

—Se dedicó a cortejarme a fondo —interrumpió ella con una risa—. No me dejó mucha elección.

Piper me miró desde el otro lado de la mesa y me guiñó un ojo.

—¿Cuándo has llegado a la ciudad? —pregunté.

—Anoche. —Miró a mi padre a los ojos y se sonrojó—. Teníamos muchas cosas de que hablar para estar seguros de que, esta vez, conseguiríamos que saliera bien.

—¡Pero no solo estuvimos hablando!

Piper echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

—Venga ya, papá —protesté, como si tuviera quince años.

—Ahora estamos en un momento mucho mejor —continuó ella, tomando la mano de mi padre desde el otro lado de la mesa—. Más asentados. Nos conocemos mejor. Eso fue parte del problema en aquella época. No sabíamos comunicar lo que queríamos, ni lo que necesitábamos el uno del otro. En cambio, ahora, a nuestra edad, todo está más claro. En aquel entonces, nos precipitamos a terminar las cosas sin hacer un esfuerzo para resolver juntos el problema.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —preguntó Piper.

—El suficiente para pasar un montón de tiempo contigo y conocernos bien —le sonrió ella.

—Parece que, a partir de ahora, vamos a dividir nuestro tiempo entre las dos ciudades —añadió mi padre—. A tu madre le encanta Florida, y a mí, Manhattan. Pero nos queremos lo bastante como para conseguir que funcione.

—Eso es lo que hace uno cuando encuentra a su alma gemela —dijo ella, inclinándose hacia mí.

Miré a Piper, y ella me dedicó una sonrisa secreta. Sí, desde luego que yo había encontrado a la mía.

Me apoyé en el respaldo de la silla y miré a quienes estaban reunidos alrededor de la mesa. Las tres personas a las que más quería en el mundo. ¿Cómo podía un hombre tener tanta suerte? Como era de esperar, Piper les estaba encantando a mis padres, y ya me imaginaba que unirían sus fuerzas para convencerme de que nos

casáramos cuanto antes. Sin embargo, los dos sabían bien que yo no cedería a la presión, ni aun viniendo de ellos.

—¡Por cierto! —exclamó mi madre—. Piper, ¿llevas *Eternidad* hoy?

—Claro que sí —dijo ella, con las mejillas sonrosadas.

—¿Me permites? —Mi madre se acercó un poco a ella—. He evitado olerlo hasta ahora porque quería conocer antes a su inspiración.

Piper le presentó su muñeca, y mi madre se la llevó a la nariz, cerró los ojos e inspiró.

—Es *increíble* —suspiró. Y después abrió los ojos y me miró—. Se nota que se trata de una fragancia nacida del amor.

Entonces me tocó a mí sonrojarme ante la intensidad de la expresión de mi madre.

—Tienes razón.

—No lo pierdas —recomendó ella—. Protégelo con todas tus fuerzas. Vosotros dos tenéis algo especial —explicó, con una sonrisa de complicidad—. Ahora mismo, todo es felicidad absoluta y sexo estupendo, pero eso cambiará. La vida presenta muchos desafíos, y las cosas se pondrán difíciles, sobre todo si hay niños de por medio.

Piper se atragantó con su bebida.

—Pero el amor de verdad perdura —continuó mi padre, dedicando una mirada cariñosa a mi madre—. Nosotros no hemos sido el mejor modelo, somos conscientes de ello, pero esperamos que podáis aprender de nuestros errores y no cometerlos vosotros.

No se me pasaba por la cabeza la posibilidad de engañar a Piper, así que no tenía que preocuparme por ese aspecto del legado de mi padre. Sí que me había preocupado haber heredado de él su disposición a marcharse y volver a empezar una y otra vez, pero ahora que conocía toda su historia, ya no me parecía tan preocupante. Y luego estaba la mujer en cuestión.

No había nadie como ella en el mundo, y yo estaba dispuesto a demostrárselo, a lo grande.

PIPER

Observé por la ventana del avión de Vincent cómo uno de los empleados cargaba nuestras maletas.

—Gracias por acompañarme —dije a Vincent, que se estaba acomodando en su asiento—. Es una pena que Darcy se haya puesto mala.

Nos dirigíamos a California para reunirnos con una *influencer* que quería asociarse con Strapped para lanzar una colección cápsula. Mercedes lo había organizado todo, con la idea de que Darcy y yo utilizáramos el viaje a la Costa Oeste para encontrar inspiración, pero Darcy llevaba unos días en la cama con gripe, y no se sentía con ánimos para subirse a un avión con la congestión que tenía. Vincent se había apuntado en el último momento para acompañarme y darme su apoyo.

—Pues claro, me alegro mucho de pasar tiempo contigo. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la cabeza—. Tengo un montón de cosas que hacer mientras tú te reúnes con… Bebop Jones, o como se llame.

—Melody Jackson. —Reí—. ¿Es que vives en una cueva? Es muy famosa.

—¿Hace algo con perfumes? —preguntó él—. Porque, si no, entonces no la conozco.

—Eh, a lo mejor podemos ofrecerle un dos por uno —propuse.

—Por favor —dijo Vincent con los ojos en blanco—. Ya tengo bastantes personalidades fuertes con las que tratar, no necesito añadir una *influencer* exigente a mi lista de problemas.

El avión comenzó a moverse.

—¿Cuánto dura el vuelo? —pregunté.

Vincent miró su teléfono.

—Unas seis horas, más o menos. El piloto ha dicho que tendremos el viento en contra.

—Pues debe ser bastante fuerte —dije, con el ceño fruncido—. Creía que se tardaba menos de cinco horas.

—Sí, hace mucho viento. Además, también ha dicho que es posible que tengamos que dar algunas vueltas al aeropuerto. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, con tantos famosos viviendo en California, hay mucho tráfico de aviones privados.

Tenía intención de trabajar durante aquel vuelo tan largo, pero gracias a una buena comida, un par de copas de vino y el zumbido de los motores, acabé por quedarme dormida, y no me desperté hasta que noté en los oídos el cambio de presión por el descenso.

—¿Hemos llegado? —Me froté los ojos y me estiré.

—Así es —contestó Vincent—. Te has quedado frita del todo. Me alegro de que hayas descansado, porque va a ser una semana de mucho trabajo.

Le miré sorprendida.

—¿*Semana*? Comprueba tu calendario. Solo vamos a estar dos días.

—Ah, es verdad —dijo él, con un aire misterioso inexplicable.

Las azafatas abrieron la puerta del avión y yo recogí mis cosas.

—Piper —dijo Vincent.

—¿Qué pasa? —le miré preocupada.

—Bienvenida a Barcelona.

—¿*Cómo*?

Hizo un gesto hacia la puerta y yo me dirigí hacia ella, atontada. Cuando miré al exterior, pude comprobar que, efectivamente, no estábamos en Santa Bárbara.

—¿Qué…? ¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¡Tengo una reunión!

Él se acercó a mí sonriendo.

—Tienes la reunión la semana que viene. Lo he organizado todo con tu equipo sin que te enterases, para darte una sorpresa. Todo el mundo está de acuerdo en que has estado trabajando demasiado y necesitas unas vacaciones.

Tenía razón. Había estado trabajando doce y trece horas cada día, pero lo estaba disfrutando muchísimo. Y Darcy también.

—Un momento, ¿Darcy está enferma de verdad? —pregunté—. Puede que necesite que me ocupe de ella.

Vincent me dio un abrazo.

—Darcy es una actriz fantástica. No está enferma, está en un spa en Arizona, gracias a un servidor. Ella también se merece un descanso.

—Yo… No lo entiendo. ¿En serio que has organizado tú todo esto?

—A estas alturas ya deberías saber que haría *cualquier cosa* por ti —murmuró en mi oído—. Haré realidad cualquier sueño que tengas. Dijiste que siempre habías querido ir a España, así que… Aquí estamos.

Bajé del avión como en un sueño, intentando cuadrar lo que creía que había venido a hacer, con la nueva realidad que me esperaba al

otro lado del aeropuerto.

—¡Pero no he traído la ropa adecuada! Tengo la maleta llena de modelos estrafalarios como los que llevan las *influencers*, porque quería caerle bien.

—Eso también está resuelto —dijo Vincent, cogiéndome la mano—. Hemos traído una exquisita colección de ropa de vacaciones, tan elegante que no parecerás una turista.

Me volví hacia donde el personal estaba descargando las maletas y me fijé en que había una más, a juego con las mías.

—Siempre estás en todo. —Me puse de puntillas para darle un beso en la cara.

—Cuando se trata de ti, por supuesto —sonrió él—. Lo único que quiero es sorprenderte y hacerte feliz.

—Hecho y hecho —dije, mientras nos dirigíamos al coche que nos esperaba un poco más allá del avión.

Horas más tarde, después de deshacer las maletas, hacer el amor y echarnos una siesta, nos dirigimos a nuestra primera aventura: cenar en el Observatorio Fabra, un antiguo observatorio astronómico. Como era de esperar, la ropa que había elegido Vincent era perfecta, y me sentía como una diosa, con un vestido blanco ajustado adornado con un sutil estampado azul celeste. Vincent, como siempre, estaba espectacular, con un traje oscuro y una camisa blanca.

—Espero que no haya demasiada gente —dije, mirando el cielo nocturno antes de entrar en aquel hermoso edificio—. Me pasar toda la noche mirando por el telescopio.

El observatorio, con su cúpula plateada, estaba situado en lo alto de una montaña desde la que se veía toda la ciudad. Tenía muchas ganas de llegar a la zona de observación en el exterior para poder

disfrutar de la belleza de la ciudad y del cielo estrellado, pero Vincent caminaba demasiado despacio.

—Vamos, abuelo —bromeé mientras atravesábamos el jardín hacia la puerta principal.

—Es que quiero disfrutar de cada momento —contestó.

Vincent parecía mucho más relajado de lo que nunca le había visto nunca. Me encantaba que estuviera tan dispuesto a desconectar. Hacía horas que no miraba su teléfono. Cuando salimos a la terraza, me sorprendió encontrarla completamente vacía, salvo por una mesa para dos.

—¡Vincent! —Me volví hacia él—. ¿Esto lo has hecho tú?

—Así es. Espero que no te importe.

—¿Importar? —Me lancé a sus brazos —. ¡Es maravilloso! Podré estar mirando por el telescopio toda la noche. ¡No tendré que compartirlo!

Señalé un enorme telescopio situado junto a la mesa, seguro que a petición suya.

—Es una noche perfecta —dijo Vincent—. No hay ni una nube. Creo que, con ese trasto, podremos ver hasta la cuarta dimensión.

—¿Necesitamos que alguien nos enseñe a utilizarlo?

—Yo sé un par de cosas sobre telescopios —dijo él, cogiéndome de la mano para acercarme al aparato—. Cuando estaba en el colegio, era un empollón.

—Me cuesta mucho creer eso.

—Entonces, déjame que te lo demuestre.

Un camarero apareció de la nada con dos copas de champán, y desapareció con la misma discreción. Levanté la mía.

—Brindo por ti, por organizar esta sorpresa tan increíble.

Él inclinó la cabeza mientras chocábamos nuestras copas.

—Vivo para hacerte sonreír.

—Oh. —Fingí hacer un puchero—. ¡Me vas a hacer llorar!

—Esto no es nada —murmuró él, señalando el telescopio—. Anda, vamos a ver las estrellas.

No presté mucha atención a las explicaciones de Vincent sobre cómo funcionaba el telescopio, hasta que llegó el momento de mirar a través de él.

—Primero vas a ver Perseo y Andrómeda —dijo cuando me situé para mirar.

—Está todo negro —dije, mirando por el ocular—. No veo nada.

—¿Cómo? Déjame comprobarlo. —Se inclinó para mirar él.

—Pues yo veo las estrellas perfectamente. Están tan cerca que casi se pueden tocar. Mira otra vez.

Volví a mirar por el ocular e intenté enfocar la vista.

—No, sigo sin ver nada. No sé qué estoy haciendo mal.

—Ah, ya sé lo que está pasando —dijo Vincent mientras yo seguía mirando—. Una de las estrellas se ha caído del cielo.

—¿Qué dices? —Me aparté del telescopio y lo miré extrañada.

Él se acercó a la parte delantera del telescopio, metió la mano y sacó algo de él. Una caja negra pequeña.

El corazón me empezó a latir con fuerza. ¿Qué significaba aquello?

—Vincent… —dije en un suspiro mientras se acercaba a mí con la caja—. ¿Qué…? ¿Qué es eso?

—Es un símbolo, tan hermoso y eterno como las estrellas del cielo.

Se dejó caer sobre una rodilla delante de mí y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Piper. —Su voz pareció quebrarse entre las dos sílabas, y eso hizo caer las lágrimas por mis mejillas—. No puedo expresar lo afortunado que me siento por que seas parte de mi vida. Me has hecho cambiar y ser mejor persona, y no quiero imaginarme lo vacío que estaría mi mundo sin ti.

Sollocé cuando abrió la caja para revelar un diamante tan enorme que me cortó la respiración.

—Quiero pasar el resto de mi vida haciéndote feliz. —Sus ojos brillaban, clavados en los míos—. Piper Doyle, ¿quieres casarte conmigo?

Asentí antes de que terminara la frase, y para cuando lo hizo, estaba llorando sin remedio.

—¿Te has quedado sin palabras? —rio, mientras yo no podía hacer nada más que llorar y asentir con la cabeza como una loca.

Vincent sacó el anillo de la caja y lo levantó hacia mí.

—¿Me permites?

Le tendí la mano aún más llorosa. Para entonces, hasta tenía hipo. Él me puso el anillo que, por supuesto, encajaba a la perfección en mi dedo.

—*Vincent* —dije en una exhalación, girando la mano a un lado y a otro para admirar el anillo—. Es precioso. ¡No me puedo creer que esto sea verdad!

Él se puso por fin de pie y me rodeó con sus brazos. Yo enterré la cabeza en su cuello e inspiré aquel aroma suyo, cálido y silvestre, que ansiaba como una droga.

—Soy muy feliz —me susurró—. No puedo creer que tenga la suerte de pasar el resto de mi vida contigo.

Me acarició una mejilla mirándome a los ojos con intensidad.

—Te quiero, Piper —murmuró.

Le pasé una mano por detrás del cuello y lo atraje hacia mí para besarlo.

—Yo también te quiero, Vincent. Me has hecho la persona más feliz del planeta.

—Entonces, estamos empatados.

Me besó con cariño, y me hizo comprender que no necesitaba un telescopio para ver las estrellas.

PIPER

Había insistido a Chloe en que no tenía que preocuparse de organizar una fiesta para celebrar nuestro compromiso, pero ella se empeñó en que debía agradecernos nuestra ayuda con la boda, y muchas más cosas. Así fue como acabamos celebrando una fiesta reducida, pero muy lujosa, en nuestro honor.

Paul y ella habían elegido un restaurante precioso con un jardín de estilo inglés y, para enfatizar el aspecto de fiesta en el jardín, habían sugerido a los hombres que vistieran de chaqué y chistera, y las mujeres llevaran vestidos de flores y tocados. El resultado fue una divertida versión de las fiestas de la aristocracia inglesa, y los asistentes hasta fingieron acentos británicos durante todo el día.

Me encantó ver a toda mi gente reunida aquel día. Los chicos de la abuela Dee estaban reunidos junto a ella, y también había venido Mercedes, con un vestido con estampado de cerezas y un tocado color rosa fucsia. Darcy, con un vaporoso y romántico vestido azul claro, se me acercó para charlar.

—¿Has visto a Lorenzo con la chistera? Caray… Me está costando la vida no arrastrarlo a algún lugar escondido.

Miró al otro lado del jardín, donde estaba su última conquista, recién llegado de Italia para asistir a la fiesta.

—¿Y quién te lo impide? —reí—. Vincent y yo nos hemos escondido en más de un cuarto de la limpieza.

—¿No está mal visto que quiera tirarme a nuestro traductor en una fiesta de gala? ¿Tenemos una política sobre relaciones entre empleados?

Las dos sabíamos que era broma, porque yo me había asegurado de excluir aquel aspecto del manual de empleados de la empresa, ya que sabía lo maravilloso que podía ser encontrar el amor en el trabajo. Además, Lorenzo ni siquiera era empleado de Strapped; era el traductor autónomo al que recurríamos para comunicarnos con nuestro equipo en Italia, y hablaba perfectamente inglés, italiano y también, como Darcy estaba descubriendo, el idioma internacional del amor.

Observé cómo aquel italiano, guapo y moreno, devolvía a Darcy una mirada intensa que dio la impresión de que los dos estaban solos en aquel lugar.

—Darcy, eso ha sido el equivalente a una invitación escrita para iros a la cama —le susurré—. Ve a por tu hombre.

—Ahora mismo. —Hizo una pausa para mirarme y me cogió una mano—. ¿Tú estás bien? ¿Te encuentras a gusto?

—Me encuentro fenomenal —contesté emocionada.

Ella me apretó la mano y se dirigió hacia Lorenzo, lo que me dio unos instantes para disfrutar del ambiente.

—Hola —me susurró Vincent al oído, detrás de mí, envolviéndome en su delicioso aroma—. ¿Cómo está mi preciosa prometida?

—Estoy en el cielo. —Me volví para mirarle.

—Y estas guapísima —añadió con una sonrisa, y la forma en que me miraba me hizo sentir un estremecimiento de placer—. ¿Te lo había dicho ya? El rosa te sienta muy bien, pero lo cierto es que todo te sienta bien.

—¿Este trapo viejo? —pregunté, con las mejillas encendidas y deslizando las manos por las múltiples capas de la falda de mi vestido.

Era una broma entre nosotros porque, cuando lo había comprado, me había sentido obligada a confesarle lo mucho que había pagado por el vestido y por un tocado decorado con una gran pluma. Vincent se había limitado a reírse y explicarme que tenía botellas de vino aún más caras que mi ropa.

—Mírate a ti —continué—. Creo que vamos a tener que obligar a los hombres a llevar chistera en nuestra boda.

—Que no se te ocurra —amenazó él—. La única razón por la que me he puesto este trasto ridículo ha sido lo mucho que ha insistido Chloe. —Se quitó el sombrero y me hizo una reverencia.

—Pues estás guapísimo. Pareces salido de una novela romántica.

Él me puso un dedo bajo la barbilla, me levantó un poco la cara y me miró con atención.

—Y tú pareces un poco pálida. ¿Has comido? Sé que estas fiestas pueden resultar un tanto abrumadoras, se te olvida comer y bebes más champán de la cuenta. —Me miró las manos—. Y ahora ni siquiera estás bebiendo nada.

Le rodeé con los brazos para apretarle contra mi cuerpo y apoyé una mejilla en su hombro.

—Tengo la sensación de estar ya borracha.

Él no sabía hasta qué punto esa sensación era real. Notaba la cabeza un poco hueca y me sentía un tanto insegura sobre mis sandalias Louboutin plateadas, pero no era por falta de comida. Algunas de las personas que nos rodeaban aplaudieron al vernos así abrazados, y Vincent aprovechó el momento para empezar a bailar conmigo al ritmo de la canción de Frank Sinatra que estaba sonando.

Otro gran cambio en su comportamiento. ¡Vincent Forde estaba bailando!

Me cogió la mano para hacerme dar una vuelta, y el rápido giro me hizo llevarme una mano a la boca. Vincent me miró preocupado.

—¿Te encuentras mal? ¿Qué te pasa?

—¿Podemos hablar un segundo?

—¿Qué sucede? —Vincent frunció aún más el ceño.

—Ven conmigo. —. Tiré de él hacia el interior, y acabamos en la despensa situada junto a la cocina.

Vincent me miraba escéptico.

—Me estás asustando mucho, Piper.

El corazón me latía a toda velocidad, porque ese momento iba a cambiarlo todo entre nosotros.

—Sé que te gusta planearlo todo —empecé con cautela—. Mejor dicho, *necesitas* planearlo todo, y esa es parte de la razón por la que tienes tanto éxito. Cuando tienes una estrategia, la sigues hasta el último detalle. Pero, a veces… —Le sonreí—. A veces la vida tiene otras ideas.

—No me gusta nada cómo suena todo esto —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ni un pelo. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Vincent… —Cogí una de sus manos entre las mías—. Sé que dijimos que esperaríamos antes de empezar a formar una familia, pero… —Solté una de sus manos y la deslicé por mi tripa.

Él abrió la boca y se quedó muy quieto.

—*Piper*.

Asentí, aliviada por no tener que esconderlo más. Lo había descubierto el día anterior, y había querido esperar al final de la

fiesta para decírselo, pero entre sus preguntas, y el hecho de que cada vez notaba más síntomas, hicieron que me resultara imposible seguir callándomelo.

—Estoy de unas ocho semanas —añadí.

Vincent volvió a sacudir la cabeza, como si no fuera capaz de asimilar la información.

—Pero… ¿Cómo no lo has sabido antes?

—Siempre he sido muy irregular, así que el retraso no me preocupó al principio. Además, hemos tenido mucho cuidado.

—Excepto aquella vez —dijo él, en tono incrédulo—. Dios mío, Piper. ¡Vamos a tener un bebé!

Me tomó en sus brazos y giró conmigo, pero en la segunda vuelta, pareció darse cuenta de que ponerse a dar vueltas con una mujer mareada no era la mejor idea del mundo. Me dejó en el suelo y me besó. Mi corazón estaba a punto de estallar en pedazos, incapaz de contener tanta alegría. ¿Cómo había podido tener tanta suerte?

Vincent me puso las manos en las mejillas y me miró a los ojos.

—Mi adorada Piper —murmuró—. No me lo puedo creer. Estoy muy feliz.

—Yo también —contesté—. Ya sé que esto no entraba en nuestros planes, y los dos estamos muy ocupados…

—Eh —me interrumpió él, con el ceño fruncido—. No hay *nada* más importante que esto.

Me puso una mano sobre la tripa.

—Ya nos organizaremos —continuó—. Aún tienes unos meses para estabilizar Strapped y luego, Darcy y el resto del equipo pueden cubrirte. Conociéndote, estoy seguro de que vas a estar trabajando hasta el último momento.

—Tal vez —reí—. Pero me encanta mi trabajo, ya lo sabes.

—Lo sé.

Apoyó su frente en la mía y me puso una mano detrás del cuello, como miembros de un equipo acordando una estrategia. Supuse que eso es lo que éramos.

—Y cuando nazca nuestro precioso bebé, podrás volver a trabajar cuando estés lista, y yo me encargaré de él —dijo, apartándose un poco para mirarme a los ojos.

—¿Encargarte? ¿Qué quieres decir? —Le miré confusa.

Él apretó la mandíbula un instante antes de hablar, como si estuviera reuniendo el valor para decir lo que tenía en la cabeza.

—He estado pensando en algo que creo que es la mejor opción para nosotros. —. Hizo una breve pausa—. Voy a coger una excedencia en Summit y dedicarme a ser padre a tiempo completo durante los primeros años.

Esa vez fui yo quien se quedó mirándole con la boca abierta.

—Vincent, ¡no! ¿Has perdido la cabeza? No puedes hacer eso, tú eres Summit…

Él me puso un dedo sobre los labios para que me callara.

—Yo *era* Summit. Ahora soy alguien muy distinto. Un futuro marido, y un futuro padre. Esos son los dos trabajos más importantes del mundo. A Summit le irá bien sin mí. He contratado a los mejores, tú misma lo has comprobado. Confío en mi equipo, y tengo tiempo suficiente para organizar lo que sea necesario antes de irme.

Sentí una extraña mezcla de emoción y nervios, porque no estaba segura de que estuviera tomando la decisión correcta.

—Pero —susurré—, no quiero que lo lamentes después. ¿Y si no te gusta? Ser padre a tiempo completo no es un trabajo sencillo.

—Tienes razón, sé que será mucho trabajo, pero ¿por qué deberías ser tú la que se encargue? Ya sé que no será fácil, pero esa es la decisión que he tomado. —Durante un momento, su expresión se ensombreció—. Yo he visto lo que es vivir con un padre que antepone el trabajo a todo lo demás. El mío se perdió prácticamente toda mi infancia. Sí, ahora trata de compensarlo, pero está arrepentido, y yo no estoy dispuesto a permitir que me pase lo mismo. Sé que esta es la decisión adecuada para nosotros, para nuestra familia.

Mientras hablaba, los ojos se me llenaron de lágrimas, por lo que se había perdido de pequeño, y por el sacrificio que estaba dispuesto a hacer por nuestro hijo para asegurarse de no repetir la misma historia.

—¿Estás seguro? —pregunté en voz baja.

—Al cien por cien y sin ninguna condición.

Y al decir eso, se dejó caer de rodillas y me besó la tripa, de modo que no pude contener las lágrimas que se habían acumulado en mis pestañas.

—Te quiero muchísimo —dijo con voz temblorosa, apoyando una mejilla contra mí—. Os quiero muchísimo a los dos, y me has hecho feliz de cojones.

—No tienes ni idea.

Volvió a besarme en la tripa y se levantó para darme un cariñoso beso en los labios.

—Creo que deberíamos volver ahí fuera.

—No —protesté—. Quiero quedarme en este momento contigo para siempre.

—Pero ¿no lo ves? —dijo él, apartándose—. Tendremos muchos momentos más como este, Piper. Esto es solo el principio. *Nuestro* principio.

Me atrajo hacia él para rodearme con sus brazos. Yo inspiré y, como siempre, tuve la sensación de haber llegado a casa. Entonces percibí un movimiento por el rabillo del ojo y me fijé en que Chloe nos estaba haciendo una foto.

—¡Perdón! —dijo—. Pasaba por aquí y no he podido resistirme a haceros una foto. Estáis muy monos. ¡No os cortéis por mí!

Vincent y yo nos miramos con idénticas sonrisas significativas. ¿Cómo íbamos a mantener aquello en secreto?

Chloe seguía mirándonos, y ahora parecía intrigada.

—¿Qué está pasando? Tenéis cara de culpa.

—No —reí yo—. Nada de culpa.

Vincent acercó sus labios a mi oído.

—¿Podemos decírselo a todo el mundo? ¿Por favor?

—Pero aún es demasiado pronto… —susurré.

Entonces caí en la cuenta de que todas las personas que estaban allí con nosotros habían sido parte de nuestra aventura. Eran nuestros mejores amigos, familia y compañeros. Era el momento perfecto para darles aquella maravillosa noticia.

Chloe seguía esperando que le diéramos alguna explicación.

—De acuerdo, hagámoslo —dije a Vincent, y me volví hacia Chloe—. Te lo contaremos, y a Paul también.

Sonreí de nuevo al pensar en lo contento que se pondría cuando le contara que iba a ser tío.

Vincent me hizo un gesto confiado con la cabeza y, con su brazo rodeándome los hombros, salimos a donde estaban reunidos los demás. Él cogió una copa de una mesa cercana, y la alzó mientras le daba unos golpes con una cuchara.

—Hola a todos —dijo cuando empezaron a parar los murmullos de los asistentes—. Quería decir un par de cosas antes de que nos sentemos a comer. En primer lugar, Piper y yo queremos agradeceros vuestra presencia aquí hoy. Esta celebración significa mucho para nosotros. En segundo lugar, quiero dar las gracias de forma especial a nuestros anfitriones, Chloe y Paul. Os queremos mucho, chicos.

Paul nos dedicó una sonrisa enorme y levantó su copa, mientras los demás aplaudían. Chloe lanzó unos cuantos besos al aire y, por su expresión, supe que estaba esperando a que reveláramos lo que nos había pillado celebrando en privado.

—Y ahora, quiero dejar el anuncio más importante del día a mi preciosa futura esposa —terminó Vincent, con una inclinación de la cabeza hacia mí.

Yo me puse las manos a los dos lados de la boca.

—¡Estoy embarazada! —grité sin más preámbulos.

Los asistentes se quedaron callados durante un momento, y enseguida rompieron a vitorear y aplaudir. Todo el mundo se acercó a nosotros para felicitarnos y abrazarnos. Fue un momento maravilloso, y muy emocionante, con toda la gente a la que quería, y me sentí feliz como nunca antes. Miré a Vincent entre un abrazo y otro.

—Te quiero —vocalizó sin voz—. Todo irá bien.

Yo asentí justo antes de que alguien me diera otro abrazo enorme.

Por fin, al cabo de un buen rato, pudimos reunirnos de nuevo, y Vincent me cogió de la mano, como si temiera que fuera a desaparecer.

—Creo que este es el mejor día de mi vida —le dije, con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—No, no puede ser. —Negó con la cabeza.

—Y eso, ¿por qué? —pregunté, fingiendo hacer un puchero.

—Porque esto es solo el principio. ¿Cómo va a ser ya el mejor día de tu vida? Aún nos queda la boda, la luna de miel y el nacimiento del bebé. Viviremos muchos otros días maravillosos que pueden ser los mejores.

—Tienes razón. —Me apoyé en él y le apreté un brazo—. ¿Y sabes qué será lo mejor de todos esos momentos que están por llegar?

—¿Que los vamos a compartir?

—Exacto. Tú y yo, para siempre. —Abrí mucho los ojos al caer en lo que había olvidado—. Bueno, ¡y nuestro pequeño también!

—Nuestra familia —sonrió Vincent—. Para siempre.

Nos besamos de nuevo y supe, sin lugar a duda, que me esperaban un millón de momentos más que también serían los mejores de mi vida.

FIN DE UNA PAREJA (IM)PERFECTA

JEFES MULTIMILLONARIOS DE MANHATTAN LIBRO 1

Una pareja (im)perfecta, Mayo 20, 2025

Hasta la Última Gota, Julio 1, 2025

P. D.: ¿Te encantan los multimillonarios rebeldes?
Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***Hasta la Última Gota,*** **y** ***Un jefe insoportable.***

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz clic aquí o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que… ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!



SINOPSIS

Lo mío es inventar cócteles.

Pero ¿prepararlos junto a mi guapísimo, y muy exitoso, ex?

Eso es una receta para la peor resaca de mi vida.

Me había apuntado a un concurso de preparación de cócteles por un solo motivo: ganar un premio que me permitiera abrir el bar de mis sueños.

Todo iba como la seda, hasta que apareció él.

Aiden Calihan. El hombre que me había dejado más hundida que una resaca de tequila. Ahora era un multimillonario malhumorado y la imagen pública de un imperio de licores.

Lo que más habría deseado en el mundo era tirarle un Dirty Shirley a esa odiosa cara tan perfecta.

Pero las cosas fueron aún peor: él ni siquiera me reconoció.

Bueno, yo llevaba un antifaz y el bar estaba bastante oscuro, pero, aun así.

Y encima, tuvo la osadía de pedirme que promocionara su carísimo producto.

Ah no, de ninguna manera. Antes me bebería un whiskey barato caliente en un vaso roto.

Pero, entonces, Aiden me hizo una oferta sorprendente, una oportunidad que solo aparece una vez en la vida: crear el cóctel sin alcohol definitivo para su marca.

Lo que me pagaría me permitiría abrir mi bar mucho antes de lo previsto, pero trabajar con el señor Tío Bueno Malhumorado suponía un riesgo muy serio para mi salud mental.

Me prometí mantener la profesionalidad en todo momento, pero Aiden se me empezó a meter otra vez en la cabeza… Y también en mis sueños.

La química entre nosotros era imposible de ignorar y, si no tenía cuidado, esta vez podría acabar conmigo para siempre.

Hasta la última gota es un apasionado romance de segunda oportunidad repleto de diálogos rápidos, una química indiscutible, y todos los temas que te gustan: jefe millonario capullo, contraste de caracteres y el amor que se escapó. Con un héroe cauteloso pero imposible de resistir, y una heroína muy independiente en busca de sus sueños, esta historia ofrece la combinación perfecta de tensión, ingenio y pasión. ¡Prepárate para un relato tan embriagador como el mejor cóctel!

Obtén tu ejemplar de *Hasta la Última Gota*
Disponible Julio 1, 2025
(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo uno

Cora

—¡Y aquí termina esta ronda! —anunció el presentador—. Un gran aplauso para todos los participantes; ahora daremos paso al siguiente grupo.

Salí de detrás de la barra con la adrenalina a flor de piel, y me ajusté el antifaz negro para asegurarme de no ser reconocida. La Mixóloga Misteriosa estaba teniendo una noche fantástica, y eso significaba que era una noche fantástica para *mí* ya que, por una vez, podía demostrar mi destreza para preparar cócteles delante de un público en directo, en lugar de en las redes sociales.

—¡Eres la mejor! —gritó Jennifer, acercándose a mí—. ¡La ganadora de la primera ronda!

Me envolvió en un abrazo que olía a guindas al marrasquino y granadina. A pesar de su paladar refinado y su destreza culinaria, su favorito de entre todos los cócteles del mundo era el Dirty Shirley, pero yo adoraba a mi amiga demasiado como para reprochárselo.

—Bueno, aún no he ganado nada —reí a duras penas, porque parecía estar intentando ahogarme. Jenn era muy divertida cuando se achispaba—. ¿No te acuerdas? En esta ronda solo tengo que conseguir que no me eliminen, para poder pasar a la siguiente.

—Lo que tú digas —dijo Jennifer, que se estaba balanceando agarrada a mí de un modo que casi nos hizo caer sobre uno de los jarrones de flores que decoraban la zona—. Les has dado toda una paliza.

Yo sonreí. Sin ser demasiado arrogante, era cierto que, en esa primera ronda, había derrotado a mis oponentes con mucha facilidad.

—*Cóctel para romper con un capullo* ha sido una categoría estupenda —dijo Jennifer—. Y el toque de chile rojo que le has puesto ha sido muy inspirado. Me pregunto qué vendrá ahora.

—Espero que elijan un tema aterrador. Hay una máquina de humo, y me gustaría tener una excusa para usarla.

—Me encantan las máquinas de humo —corroboró Jennifer, que ahora tiraba de mí a través de la multitud para acercarnos a observar a la siguiente ronda de participantes—. Un idiota se ha referido a ti antes como la Señora del Cóctel, y he tenido que corregirle. A ver, ¿tan difícil es acordarse del nombre Mixóloga Misteriosa, considerando que llevas un antifaz?

Tuve que reírme. El antifaz que ocultaba mi cara en todos mis vídeos había empezado como una broma. Era parte del disfraz que me había puesto una noche de Halloween para asistir a una fiesta espantosa en la que sirvieron los peores Zombis que había probado nunca. Al volver a casa, había sentido la necesidad de grabar un

vídeo para mostrar la preparación correcta, y lo había hecho con el antifaz puesto. El vídeo se había hecho viral, y así había nacido mi personaje.

Jennifer se estaba tambaleando un poco, y me apresuré a estabilizarla. La mayor parte del tiempo estaba muy estresada, y me alegraba que esa noche hubiera decidido relajarse.

—Creo que has bebido demasiado. ¿Cuántos Dirty Shirleys llevas encima?

—Aún no veo doble, así que no deben de ser muchos.

Nos dirigimos a la mesa que habíamos conseguido encontrar libre al llegar al Fondo del Barril, una coctelería nueva que celebraba su inauguración con aquel concurso de cócteles.

—Siéntate —dijo ella, dando unos golpecitos a mi silla—. He pedido una tonelada de comida para que estés bien preparada para la siguiente ronda. ¡Si quieres ganar, vas a necesitar estar bien alimentada!

No me vendría mal ganar algo de dinero en mi papel de Mixóloga Misteriosa, para variar. Para hacer mis vídeos, necesitaba comprar todos los ingredientes yo misma, y no siempre eran baratos. Me encantaba grabar esos vídeos y poder crear nuevas bebidas deliciosas que compartir con el mundo, pero también me encantaría poder ganar el dinero suficiente para poder abrir el bar de mis sueños, que sería un local muy acogedor, de temática literaria. Pero, al paso que iba, no podría lograrlo a menos que encontrara la forma de ganar más dinero porque, por ahora, me gastaba todo lo que ganaba con mi trabajo de camarera en los ingredientes que necesitaba la Mixóloga Misteriosa.

Tal vez aquella noche podría representar el principio de algo nuevo. Con suerte, si ganaba, la Mixóloga Misteriosa empezaría a recibir ofertas para competir en concursos o hacer apariciones pagadas con

regularidad. Quizá esa sería la noche en la que las cosas por fin empezaran a salirme bien.

Los ojos de Jennifer se iluminaron cuando una camarera dejó un plato con entrantes frente a nosotras.

—¡Por fin!

Cogí una patata frita, y acababa de darle un mordisco cuando escuché lo que estaban diciendo las chicas sentadas a la mesa junto a la nuestra.

—… le llaman el Rey del Cóctel, ya sabes. Y daría algo por que fuera el rey de mi cama.

La deliciosa patata se convirtió en cartón en mi boca cuando comprendí de quién estaban hablando.

—¡Ya lo creo! —replicó otra de aquellas chicas—. Está buenísimo, ¿habéis visto la portada de *GQ*? Aunque no se le ve la entrepierna en ninguna foto, tiene pinta de estar muy bien dotado, ¿verdad?

—¡Y que lo digas! —confirmó su amiga—. ¿Cuántos centímetros crees que tendrá?

Yo podría haber contestado su pregunta. Conocía a la perfección las dimensiones exactas de un tal Aiden Callihan, presidente de Elixir, y conocido como el Rey del Cóctel. Habían pasado muchos años, pero... una chica nunca olvida su primera vez.

Como tampoco olvida al primer gilipollas que le rompió el corazón, sobre todo si él no se molesta en explicar por qué tuvo que romper con ella de repente. Creo que eso fue lo que más me dolió, y la razón por la que el recuerdo me seguía atormentando después de tantos años. La forma en que me dejó no me había permitido pasar página, así que pensar en él solo me provocaba confusión y angustia.

Y, maldita mi suerte, en los últimos tiempos había tenido demasiadas ocasiones para pensar en él. Su imagen se había vuelto imposible de

evitar, porque la portada de *GQ* parecía estar por todas partes. Al volver a casa después de poner copas durante una larguísima noche infernal, lo último que quería ver era la enorme cara de mi ex sonriendo con superioridad en el lateral de un autobús, como si dijera: «Hola, ¿te acuerdas de mí? ¿El capullo que te dejó tirada? Ahora soy rico y famoso. ¿Quieres saber hasta qué punto? Pues me han dedicado un artículo entero en una revista, donde explican que, básicamente, soy el rey del mundo. Ya a la venta en tu quiosco más cercano». Qué asco.

Jenn me miraba con preocupación desde el otro lado de la mesa.

—Tienes cara de que te acabas de comer una cucaracha. Sí, las patatas están bastante malas, yo las haría mejor con los ojos cerrados y resaca, pero tampoco es para tanto.

—No… No es nada —dije, decidida a olvidar el tema—. Pero sí, tú las harías mejor con los ojos cerrados, resaca y una mano atada a la espalda.

—Ya lo creo —confirmó ella, cogiendo un puñado de patatas fritas—. Prueba uno de los tacos, están solo un poco menos malos que las patatas.

Reí y aparté los recuerdos de Aiden de mi mente, mientras cogía uno de esos tacos algo-menos-malos. Aquel hombre era parte del pasado y no pensaba dejar que me fastidiara esa noche.

—¡Samantha! ¡*Samantha*! —chilló una de las chicas de la mesa de al lado—. ¡Está aquí! Ay, Dios mío. ¡Está aquí! ¡Acaba de entrar! ¿Cómo tengo el pelo? ¿Y las tetas? ¿Crees que le gustarán las rubias? Le tienen que gustar, ¿no? ¿A quién no le gustan las rubias? Ay, ¿qué hago? Puedo acercarme y decirle «Me tomaría un cóctel bien grande». Eso estaría bien, ¿no?

Miré hacia la puerta, notando que se me formaba una bola de hielo en el estómago. Acababa de entrar un grupo de gente vestida con ropa apretada y chillona, con pinta de dedicarse a las redes sociales,

pero la cara que reconocí enseguida fue la que venía detrás de ellos. Deseé estar en cualquier otro lugar del mundo en ese momento. ¿Qué clase de broma infernal era esa?

—¿Qué pasa? —preguntó Jennifer—. ¿Qué estás mirando? Oh. ¡*Oh, cielos*! Un momento. —Se volvió a mirarme con los ojos prácticamente fuera de las órbitas—. ¿Ese no es…?

—Sí —contesté—. Aiden Callihan, en persona.

Odio mi vida.

—*La hooooostia* —gimió Jennifer, que conocía toda la historia o, al menos, lo mismo que yo, gracias a que, desde que rompimos cuando estábamos en el instituto, no había recibido de él nada más que silencio absoluto—. ¿Cuántos años han pasado?

—¿Desde la última vez que lo vi? Un montón.

—Me pregunto qué estará haciendo aquí.

—Aparte de arruinarme la noche, ni idea.

Vale, no era mi noche como tal, pero sí que era una oportunidad para mejorar mi vida de manera considerable. Que se hubiera presentado allí era como si el destino me hubiera mostrado un letrero luminoso que decía «No, nunca conseguirás nada bueno en tu vida».

—¿Es que no hay ningún bar pijo para *muchimillonarios* al que pueda ir?

Jennifer le estaba admirando con la cabeza inclinada a un lado.

—Caray, está claro que no tuvieron que retocar nada en las fotos de esa revista, ¿eh?

—Calla la boca.

Me había tapado la cara con las manos, pero al mirar entre los dedos, comprobé que tenía razón. Estaba aún mejor de lo que

parecía en todos aquellos carteles y anuncios de autobuses. No quería admitir que tenía una mandíbula fuerte y muy atractiva, sus ojos eran de un color azul increíble y su pelo ondulado brillaba con un color dorado perfecto. Recordaba haber enredado mis dedos en aquel pelo cuando era una adolescente.

¿Habría alguna forma de escaparme sin que me viera? Tal vez podría escabullirme por debajo de las mesas… No, eso sería ridículo.

—Oye, ya sé que le odias a muerte, pero, caramba —continuó Jennifer—. Ese hombre es un recordatorio andante de que no me acuesto con nadie desde hace… —Dio un buen trago a su bebida—. Demasiado tiempo.

Aún no podía creerlo. De todos los malditos bares de Manhattan, ¿por qué había tenido que aparecer en aquel?

—Va a pasar por nuestro lado —dijo Jennifer, levantando y bajando las cejas muy rápido.

—Por desgracia. —Miré hacia otro lado.

—No, un momento. Viene hacia aquí. —Su voz sonaba a la vez intrigada y preocupada.

—¿Cómo que hacia aquí? —*Mierda*. Notaba el sabor del pánico en la garganta, y era muy amargo.

—Pues que viene directo a nuestra mesa. Ahora te está mirando. Ay, Dios. ¿Qué hacemos?

Me arriesgué a mirar y solté un juramento por lo bajo cuando sus ojos se encontraron con los míos. Aunque esbozó algo parecido a una sonrisa mientras se acercaba, me di cuenta de que no le hacía ninguna gracia encontrarse en medio de aquella multitud. Cuando una chica chocó con él y derramó parte de su bebida, su expresión se transformó en una mueca de desagrado durante un instante, mientras se sacudía el líquido de la chaqueta. Así que no había cambiado en aquel aspecto, y seguía sin gustarle aquel tipo de

ambientes. Entonces, ¿qué estaba haciendo allí? Parecía un hombre con una misión que le resultaba muy desagradable aunque, para cuando llegó hasta donde estábamos nosotras, ya había recuperado la sonrisa.

—Vaya —dijo Aiden, mirándome como quien aprecia un cuadro—. Qué sorpresa tan inesperada. La Mixóloga Misteriosa en persona. Mi noche acaba de mejorar mucho.

Yo me puse en alerta y abrí la boca para contestar, pero no conseguí decir nada. Jennifer se limitó a dar otro trago ruidoso a su bebida.

Luché por mantener una expresión seria y no revelar nada, pero me había dejado atónita. ¿Qué cojones decía? ¡No me había reconocido! Bueno, había reconocido a la Mixóloga Misteriosa, pero, entonces, ¿no solo me había dejado años atrás, sino que se había *olvidado* de mí? Y ya puestos, ¿por qué no me arrancaba el corazón allí mismo y lo pisoteaba un poco, el muy gilipollas? Por otro lado, ¿en serio que mi pequeño antifaz negro era suficiente para que no me reconociera alguien que solía decirme que mirarme a los ojos era como mirar las estrellas?

Uf. Cómo deseaba lanzarle algo a aquella cara perfecta, a ser posible una bebida, y observar cómo se derramaba por su mandíbula cuadrada y le estropeaba esa ropa que, sin duda, sería de diseño y muy cara. Pero, claro, esa sería una forma muy tonta de desperdiciar una buena bebida.

Él se apoyó en la mesa y se acercó lo bastante para permitirme ver cómo le brillaban los ojos bajo los destellos de la complicada iluminación del local. No debería estar permitido que unos ojos brillaran de ese modo.

—He oído algunas cosas increíbles sobre ti.

—Ah, ¿sí? —Intenté contener una mueca. *Ahórratelo, señor Elixir. Me conozco todos tus trucos.*

—Pues sí.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jennifer.

Le lancé una mirada asesina, pero ella se limitó a soltar un hipo, y taparse la boca con la mano.

—Que preparas unos cócteles fantásticos —continuó Aiden.

Vaya, no fastidies. Tampoco era que hubiera creado todo un personaje público dedicado a eso, ni nada.

—Estoy seguro de que vas a ganar esta competición sin problemas. No creo que aquí haya nadie que esté a tu altura.

Estaba intentando resultar encantador, pero yo aún recordaba cómo identificar una sonrisa fingida suya. La que tenía en ese momento parecía ensayada, artificial. Así que no solo no se acordaba de mí, sino que estaba tratando de ligar conmigo por alguna razón desconocida y ¿ni siquiera iba en serio? Caray, justo cuando no creía que pudiera cabrearme más.

—Ya veremos —dije en actitud desdeñosa, y con la esperanza de poner fin a la conversación.

Por favor, lárgate de una vez, supliqué para mis adentros. *Ahí mismo tienes a una rubia idiota con un repertorio de frases absurdas, a la que le encantaría que le dedicaras esa sonrisa vacía y sin alma. Ve a molestarla a ella en vez de a mí.*

—¿Y no sería estupendo que ganaras? —preguntó él, ajeno a mis plegarias silenciosas.

Jennifer asintió mientras sacaba una guinda del fondo de su copa.

—Sería muy estupendo —confirmó.

Le lancé una mirada para advertirle que se callara. Ya había bebido bastante por una noche, se acabaron los Dirty Shirleys para ella.

Aiden miró a Jennifer y se volvió hacia mí.

—Tus seguidores no esperarán menos de ti. Pero ¿sabes qué sería aún mejor?

Estaba segura de que no tardaría en decírmelo.

—Que ganaras la competición utilizando Elixir en alguna de tus creaciones —explicó.

Ah, de acuerdo, así que se trataba de *eso*. Ahí estaba la razón por la que el tío con el que había perdido la *virginidad*, y que ahora no se acordaba de mí, fingía tontear conmigo. Para él solo era una oportunidad de negocio, un medio de conseguir publicidad gratis para su estúpida empresa de bebidas.

Estaba claro que me iba a cabrear hasta el infinito esa noche.

—Resulta muy suave en los cócteles —continuó—, o eso dice la gente.

—Jamás he oído a nadie decir algo semejante. —Mentí con un resoplido, y me volví a Jennifer—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros y siguió bebiendo el Dirty Shirley que le acababan de traer.

La sonrisa de Aiden se volvió un poco más tensa. *Punto para mí.*

—¿Estás segura? —Su voz sonó menos segura, con una nota de irritación—. Pues lo pone en nuestras botellas.

—A eso lo llamaría publicidad engañosa —dije con dulzura, disfrutando al ver los esfuerzos que hacía para mantener la calma—. Según mi experiencia, muchos envases dicen mentiras. —Lo miré de arriba abajo con intención—. Puedes vestir el producto como quieras, pero nunca será tan impresionante como dice la botella.

Sabía que eso también era mentira, pero yo sabía mentir con convicción, y hasta conseguí esbozar una sonrisa de superioridad, como si lo dijera muy en serio. Él apretó los dientes. Oooh, se estaba enfadando. *Otro punto para mí,* pensé, y sonreí un poco más.

A los diecisiete años, Aiden probablemente habría estallado al llegar a ese punto de la conversación, pero parecía que había aprendido a controlarse mejor desde entonces.

—Muy bien —dijo, enseñándome una botella de Elixir que no me había dado cuenta de que tenía en la mano, y me la plantó en la cara—. Deberías darle una oportunidad. Creo que te servirá de inspiración.

Conque creía que Elixir me podía inspirar, ¿eh? ¡Ja!

—Considéralo una muestra de agradecimiento por añadir Elixir a tus creaciones —insistió.

—¿Acaso he dicho que vaya a hacer tal cosa? —espeté, apartando sus manos y la botella—. No me interesa tu licor.

—Esta es una botella de edición limitada, creada por el décimo aniversario —explicó él, confuso.

—¿Y?

—¡No está a la venta! —Ahora estaba irritado.

—¿Y se supone que eso debe impresionarme?

—Se supone que debes agradecérmelo. —Su tono era casi un gruñido.

No pude contener un gemido de incredulidad.

—Que te agradezca, ¿qué? ¿El que hayas interrumpido mi descanso y estés intentando endosarme una botella de Elixir que no quiero para nada?

—Hemos ido al almacén con el único propósito de recogerla —insistió.

—Oh, pobrecito. ¿Como si fueras un perrito? ¿Y ahora esperas una golosina por haberla traído? —le provoqué.

Sabía que se estaba enfadando. Lo notaba en las leves arrugas de su frente, la tensión en su mandíbula, y la forma en que había alzado un poco los hombros. Era evidente que había esperado que me deshiciera en agradecimientos, pero, por lo que a mí se refería, podía meterse esa botella por donde le cupiera.

Él la dejó sobre la mesa con un golpe que sobresaltó a Jennifer, y la empujó hacia mí.

—Te la regalo.

—Pues no acepto el regalo —dije, apartándola.

—No puedes rechazarlo. He elegido esta botella específicamente para ti.

Resoplé de nuevo. Sí, claro, porque me conocía; mejor dicho, porque conocía a la *Mixóloga Misteriosa* muy bien.

—Te lo voy a explicar despacio, para que lo entiendas: no acepto regalos de empresas con las que no tengo intención de trabajar. Elixir y yo no encajamos.

No era el primero que intentaba ablandarme con regalos para convencerme de que me asociara con su marca, pero siempre me había negado con firmeza. Muchas empresas vendían productos con los que nunca me asociaría, y no estaba dispuesta a arriesgar mi reputación por cualquier producto. Sin embargo, podía admitir que ese no era el caso de Elixir. Era un buen producto, pero era *suyo*, y eso significaba que no lo quería ni regalado.

La cuidada expresión de Aiden se resquebrajó un poco más. No estaba encajando bien el rechazo. *Aaay, pobrecito*… Tuve que morderme la lengua para no echarme a reír.

—¿Y por qué no quieres trabajar con Elixir? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Puse los ojos en blanco.

—¡Tú solo acepta la dichosa botella! —La mano que tenía sobre la mesa se había cerrado en un puño.

—No. Y la última vez que lo comprobé, esa palabra debería bastar.

—Muy bien, pero no me la voy a llevar. —Aiden había cruzado los brazos y se cernía sobre mí—. Sería una pena desperdiciarla, así que podrías aceptarla, y ya está.

¡Por Dios! ¿Qué tenía que hacer para que el muy imbécil lo pillara? No quería trabajar con él, ni con su estúpida empresa, y ni de coña iba a presentarme con una botella de Elixir delante de toda la gente que se había reunido para presenciar la competición. En ese momento, me fijé en un hombre que se acercaba a nuestra mesa, con una chapa en la que ponía *Mi cumpleaños*. Joder, me iba a venir de perlas. Sonreí con superioridad, cogí la botella de Elixir y se la entregué a aquel tío cuando pasó junto a nosotras. Él se detuvo, mirándome confuso, y Aiden hizo lo mismo.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé, dedicándole una sonrisa enorme.

—¡Tíos! —El hombre levantó la botella hacia donde estaban sus amigos, con una sonrisa de felicidad absoluta—. ¡La Mixóloga Misteriosa me acaba de regalar una botella!

Se escuchó un coro de vítores desde una mesa un poco más lejos, y aquel hombre se dirigió hacia allí con la botella de edición limitada del décimo aniversario de Aiden.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —estalló Aiden, y casi pude ver humo salir de sus orejas.

—Ha sido un regalo de cumpleaños —expliqué—. Y parece que les has alegrado la noche, señor Rey del Cóctel.

—No era para ellos —gruñó él.

—Bueno, has dicho que no querías desperdiciarla. —Me encogí de hombros.

Él resopló, como para reprimir un gruñido. Ahora sí que estaba enfadado, y eso me venía muy bien. Tal vez así se llevaría ese cuerpazo a otro sitio y me dejaría en paz de una vez.

—¡Participantes de la segunda ronda! —llamó el organizador en ese momento—. ¡Última llamada! Por favor, acercaos a la barra.

—¡Esa eres tú! —exclamó Jennifer ilusionada, y extendió un brazo por encima de la mesa para darme un golpecito.

¿Última llamada? Salté de la silla. Había estado a punto de perderme esa ronda por estar demasiado ocupada permitiendo que Aiden me fastidiara la noche. No estaba dispuesta a dejar que me volviera loca, como había hecho en su día. Nunca más y, sobre todo, no cuando tenía una competición que ganar.

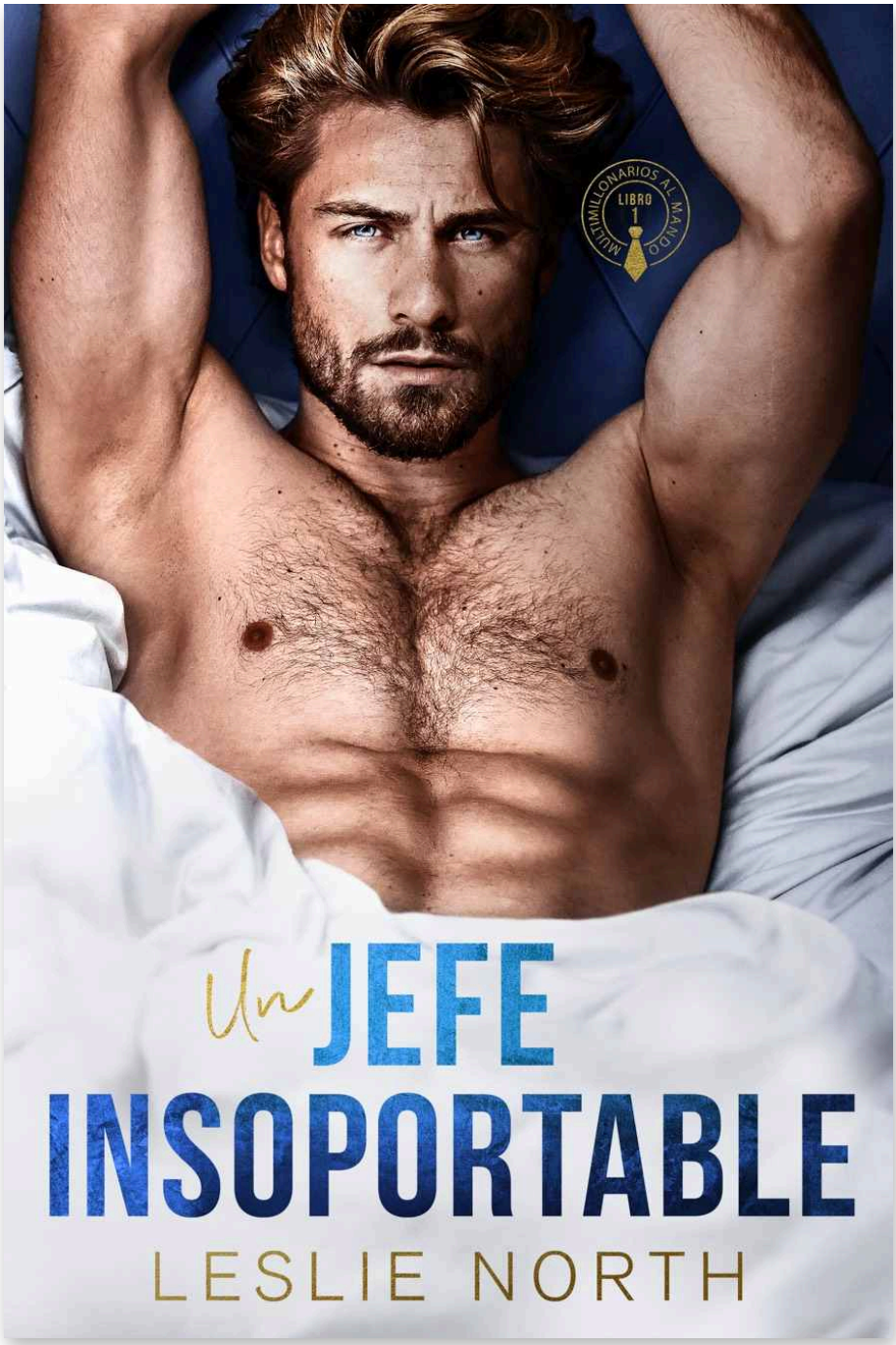
—Espera —dijo él cuando pasé por su lado de camino a la barra. Hizo un gesto hacia el chico del cumpleaños—. ¡La botella!

—Oh, no te preocupes —dije en el tono más condescendiente que pude, mirándole por encima del hombro—. Ya están tan borrachos que seguramente no notarán el asqueroso sabor que deja Elixir en la boca.

Aiden hizo una mueca de enfado. Yo me di la vuelta satisfecha, aunque disgustada, y me dirigí hacia el lugar que me habían designado para la segunda ronda.

Otro punto para mí.

Obtén tu ejemplar de *Hasta la Última Gota*
Disponible Julio 1, 2025
(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



SINOPSIS

¿Os confieso algo?

Odio las despedidas de soltera. Odio la idea de pasar una noche llena de pajitas con forma de pene, pasos de baile ridículos y

mujeres diciéndome: «¡Tú serás la siguiente, Kaitlyn!». Y las odio todavía más si son en una discoteca superglamurosa de Miami, exactamente el tipo de lugar donde no encajo. La cosa no podría ser peor, ¿no?

Pues sí, podría ser peor. Con ustedes, el señor «Más-Guapo-Imposible». El rey de los insoportables. Hasta su ceño fruncido tiene el ceño fruncido. Y se pone todavía más insoportable después de que, sin querer, le tire encima unas bebidas. El tipo debe de ser el gerente de la discoteca, porque tiene las llaves del ático que está en el piso de arriba. El ático al que me invita después de compartir un beso en el balcón. El ático donde tenemos el mejor sexo de mi vida. El ático del que me echa minutos después al recibir una llamada. ¡Os he dicho que la cosa se ponía peor!

¿Estáis listos para que se ponga incluso peor? Es el primer día en mi nuevo trabajo y ese tipo insoportable resulta ser mi jefe. James Morris, un empresario multimillonario dueño de discotecas y un completo imbécil como jefe (si es que las revistas de cotilleos dicen la verdad). Y también padre soltero de una niña adorable que necesita mi ayuda.

Pero ¡de ninguna manera puedo aceptar el trabajo! Cada vez que miro a James, recuerdo esa noche en el ático. Y, por el modo en que me mira, sé que él piensa lo mismo que yo. Pero después me explica por qué es importante para él que acepte el trabajo. Y por qué no puedo negarme.

¿Os confieso algo más?

Odio a mi jefe.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable a*
eBook
Paperback
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo 1

Kaitlyn

*Había dos cosas que d*ebería haber hecho. Una era quedarme en casa y la otra, ponerme las gafas. Claro está que no hice ninguna de las dos.

—¡Cuidado con las escaleras!

—¡La madre que…!

—¡Se va a…!

Aunque la gente suele gritar mucho en las discotecas, no llegué a oír el final de la última frase. Mis pies se precipitaron hacia la nada, las luces parpadeantes de la discoteca comenzaron a girar a mi alrededor y fue entonces que me di cuenta de que iba a salir volando a toda máquina.

Lo primero que hice fue lanzar los brazos al aire para recuperar el equilibrio, pero mi tobillo se torció cuando el zapato chocó contra el escalón. Ahí comprendí que mi final era inminente. En lugar de disfrutar de una vida larga y provechosa, mi existencia iba a limitarse a una línea triste en la sección de esquelas: «Joven se rompe el cuello en una discoteca». En eso estaba cuando apareció alguien más.

Lo único que alcancé a ver fue la silueta borrosa de un hombre, del que intenté sujetarme tan fuerte como pude. Pero, en lugar de tantear su cuerpo, mi mano palmoteó una bandeja llena de copas de champán.

—¡Señorita, no! ¡Cuidado! —gritó el camarero, que ahora estaba lo suficientemente cerca como para poder identificarle, pero su

advertencia llegó tarde. Agarré el borde de su bandeja, en la que había tanto champán como para celebrar un *brunch* con una barra libre inagotable de mimosas, y tiré de ella para estabilizarme.

La buena noticia era que, efectivamente, había conseguido estabilizarme. La mala era que el camarero no. El pobre se tambaleó, lo que provocó que la bandeja volara por los aires y termináramos los dos bañados en una oleada de champán, así como todos los que se encontraban cerca. Bueno, al menos yo ya no me estaba cayendo: en cambio, ahora chapoteaba en un mar de champán. Vaya manera de empezar la noche.

En mi intento de ayudar al camarero, hice un movimiento demasiado rápido y volví a tropezar. Una vez más me precipité hacia el suelo y tuve que prepararme para recibir el impacto. Y entonces fue cuando él apareció.

—Tiene que ser una puta broma.

Oí una voz grave e irritada resonar en el ambiente y noté también un par de manos que me encandilaron. Sus dedos, largos y fuertes, me sujetaron el codo con firmeza para que me mantuviera en posición vertical y, eso bastó para que sintiera un escalofrío de lo más agradable recorrer toda mi espalda.

—Lo siento mucho —balbuceé—. No he visto por dónde iba. No es culpa suya, no llevo las gafas y… ¡oh, al diablo!

Me deshice de su agarre, metí la mano en el bolso y saqué unas enormes gafas fucsia con estrás y forma de ojo de gato.

No tenía pretensiones de ir a la última moda, se suponía que eran una broma. La clase de gafas que tienes a mano en caso de emergencias o como un accesorio divertido para hacer la gracia durante alguna cena. Pero, como Dios tiene un sentido del humor muy retorcido, la noche anterior me había sentado sobre mis gafas habituales y mi pedido de lentillas no había llegado a tiempo para la despedida de soltera de Cassie. Por eso, había tomado la insensata

decisión de salir esa noche sin llevar siquiera las gafas puestas. El mundo se volvió a enfocar cuando me las coloqué sobre la nariz.

—¿Qué diablos acaba de pasar?

El hombre de la voz portentosa seguía de pie delante de mí, con la expresión de alguien que acababa de pillar a un intruso intentando llevarse la cubertería de plata. No supe descifrar si estaba enfadado conmigo o con el camarero.

—¿Está bien, señorita? —Sus palabras eran corteses, pero su actitud las dotaba de un significado diferente: en vez de querer saber si me había magullado, parecía estar sugiriendo que me hallaba mal de la cabeza. .

—Este, yo… Bueno…

«Santo cielo, Katie», pensé. «Espabila, tú puedes. Eres capaz de armar frases completas y con sentido».

Aun así, las palabras no me salían con facilidad. En un vano intento de despejar mi mente, me volví hacia el camarero, cuya camisa blanca se había teñido de color amarillo pálido, y luego miré de nuevo al otro hombre que estaba frente a mí. Él era… Maldición. Era todo.

Alto y de hombros anchos, llevaba una pulcra camisa negra que se adaptaba a su torso esbelto de una forma muy apetecible. En su cara se mezclaban tanto facciones suaves como duras, que le otorgaban una apariencia de estar esculpida en mármol y luego pulida hasta la perfección, y sus ojos eran, sencillamente, encantadores.

«Céntrate, por lo que más quieras», ordenó mi voz interior. «Ya sé que ha pasado mucho tiempo, ¡pero este no es el momento ni el lugar!».

—¿Hola, hola? ¿Puede oírme? —insistió el hombre, agitando la mano delante de mis ojos—. ¿Qué es lo que ha pasado, exactamente?

—Lo siento mucho —repetí, corriendo junto al camarero para comprobar cómo estaba. Era lo menos que podía hacer—. Estoy bien, de verdad que sí. Pero usted…

—Estoy bien, señorita—. El camarero me apartó de la forma más cortés posible, con la mirada puesta en la alfombra de cristales rotos que cubría el suelo de la discoteca, y cerró los ojos. A mí me estaba yendo fatal, pero su noche no parecía ir mucho mejor. Y todo por mi culpa.

—Ocúpate de esto, Fernando —le indicó el hombre misterioso.

Un pequeño batallón de camareros surgió de la nada tras un rápido chasquido de sus dedos. Moviéndose como una máquina bien engrasada, el grupo acordonó el desastre y comenzó a recoger los cristales y fregar el suelo, trabajando a toda velocidad mientras la fiesta continuaba sin pausa a nuestro alrededor. Me resultó odioso.

Había ido allí a pasarlo bien, no a complicarles la vida a los demás. Y esa discoteca, Dios, esa discoteca no era lo que esperaba. Para nada. Al estar situada en el ático de uno de los rascacielos más altos de Miami, esperaba que el ambiente del sitio fuera más del estilo típico de la ciudad, con luces de neón, palmeras y demás. Me había sorprendido mucho cuando entré y me topé con una escena que ejemplificaba la elegancia en su máxima expresión. El interior estaba decorado en tonos azul marino, con bancos bajos de cuero rodeando la pista de baile; las paredes estaban pintadas de color negro azulado y, en lo alto, unas arañas de cristal centelleaban como gotas de lluvia. El conjunto creaba la impresión de que Bloom era un club muy pijo y al que solo se ingresaba si eras miembro. Todo resultaba suntuoso, cómodo y opulento en extremo, y a mí eso me hacía sentir fuera de lugar.

—Me siento fatal, en serio. Puedo pagar por el incoveniente.

—En absoluto —me interrumpió el hombre, al que di por una especie de director de sala—. Ha sido un accidente y… —me miró estrechando los ojos y su expresión pasó de enfadada a

sorprendida.Me miraba a los ojos con una intensidad suficiente como para partirme el alma, y sentí que me acaloraba sin remedio hasta que me di cuenta de que solo era por mis gafas—.¿Qué se supone que es esto?

Ay, ese tono. Podía tolerar un poco su mala educación, pero esto ya era demasiado.

—Gafas —contesté, resaltando la palabra con tono afilado—. Ya sabe, para ver.

—¿Y le funcionan? —replicó levantando una ceja. Sus ojos parecían soltar rayos láser, casi podía sentir cómo la montura de plástico de las gafas se derretía sobre mi cara.

De acuerdo, había algo que sí entendía. En lo que respectaba a discotecas, Bloom era el no va más del entretenimiento nocturno en Miami. Era imposible entrar salvo que estuvieras forrado o tuvieras el aspecto de una estrella de cine. Yo, desde luego, no estaba forrada, y me figuraba que aquellas gafas no cuadraban del todo con el estilo de Hollywood, pero ni en broma iba a aguantar que me juzgaran de tal modo por mi aspecto, a pesar de que no estaba demasiado orgullosa de él.

—Quizá unas gafas más prácticas le habrían ido mejor —continuó él, con la vista puesta en las escaleras que casi habían acabado conmigo—. ¿Cómo es que no las ha visto? No son difíciles de ubicar.

—No llevaba gafas —admití—. Está claro que debería habérmelas puesto, porque si… yo…

—Ah, así que no son para ver —dijo él—. Solo funcionan en retrospectiva, ¿no? Ya entiendo —se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos un momento, como si tratara de contenerse para no destrozarme con más juegos de palabras inconducentes—. Supongo que no puedo culparla por no querer ponérselas.

Apretó los labios y un brillo divertido iluminó sus ojos. Estaba claro que, fuera quien fuera, a este tío le costaba mantener la

profesionalidad en ese momento. Se había dado cuenta de que yo no encajaba ahí y se estaba divirtiendo a mi costa y, aun así, por mucho que me irritara, no era capaz de encontrar las palabras apropiadas con las que replicarle. Tenía la mente obnubilada por su mandíbula de simetría perfecta y con esos labios, que daban tantas ganas de besarlos. Ese hombre era, sin duda, una cruel broma del destino. Su actitud era tan cáustica que podía arrancar la pintura de las paredes, pero estaba oculta en un envoltorio tan espectacular que hubiese sido preciso que llevara un letrero de advertencia.

—Mire, no se preocupe, la próxima vez, solo… ¡Oh, vaya!

Su mirada recorrió mi cara y luego descendió hasta mi cuerpo y, de inmediato, fui consciente de la forma en que el vestido se me pegaba a las curvas. No recordaba que fuera tan ajustado ni que se hubiera mojado al punto de incomodarme.

—Oh, mierda —murmuré tocando la tela empapada del vestido estropeado por completo—. Estoy toda…

—¿Húmeda? —sugirió el hombre, y por sus labios se extendió una sonrisa de superioridad que había contenido hasta ahora. Hizo una pausa breve mientras intentaba borrar lasonrisa, que le daba un aspecto estúpido a su cara, y después continuó—: Le pido disculpas por todo esto, señorita, en serio. Tenemos una asistente maravillosa en el tocador de señoras que dispone de un armario lleno de ropa limpia para que pueda cambiarse a gusto. Ella le ayudará a arreglarse para el resto de la noche. Por supuesto que yo me haré cargo de todos sus gastos, así como de reemplazar su… —dejó la frase en el aire, pues intentaba averiguar la marca de mi vestido y fracasó en el intento—. Bueno, eso.

—¡A mi vestido no le pasa nada! —Tiré de la tela húmeda para separarla de mi cuerpo. El movimiento hizo que el vestido se pegara a mi trasero y revelara unos cuantos centímetros más de pierna. Noté que un calor incómodo se extendía por mis mejillas e intenté tirar de la prenda hacia abajo.

—No he dicho que le pasara nada. —Volvió a apretar los labios, como si estuviera intentando contener la risa, y obligó a su mirada a subir desde mi escote a mi cara—. Es solo que parece estar...

—Húmedo, ya lo sé.

—Por favor —insistió en un esfuerzo por mantener el tono profesional—, vamos a…

Bueno, ya era suficiente..

—No es necesario. Puedo pagar por mí misma, y también puedo ocuparme de esto. Eché los hombros hacia atrás y enderecé la espalda. Parecía un pez mojado al que un gato callejero había arrastrado, y las gafas ridículas desde luego que no ayudaban en nada, pero quise aferrarme a la poca dignidad que todavía tenía. Fuera quien fuera aquel idiota condescendiente, no necesitaba de su ayuda inservible ni tampoco quería deberle nada. Me daba igual que, en cuanto a atractivo , él fuera para mí tan peligroso como una bomba nuclear—. Además, no creo que me vaya a quedar mucho rato.

—Deje al menos que la ayude a encontrar a su grupo —propuso él, y me di cuenta de que elegía con cuidado sus palabras—: O a su pareja, en su caso.

—No tengo pareja. —La frase brotó de mis labios antes de que mi consciencia pudiera contenerla.

—¿Ah, no? —la sonrisa de superioridad volvió a aparecer—. ¿Y supongo que tampoco busca encontrar una? A ver, no quiero volver a sacar a relucir el tema de las gafas, pero…

—Escúcheme, señor «Vista Perfecta» —estallé—. No todos tenemos la suerte de ver bien y yo, desde luego, ni quiero ni necesito una pareja. Ni siquiera aunque…

«Ni siquiera aunque esa pareja fueras tú», estuve a punto de decir.

—¿Ni siquiera aunque? —me instó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos estaban clavados en los míos y casi podía sentir que intentaba leerme la mente. La actitud del muy capullo comenzaba a afectarme, me alteraba las ideas y disfrutaba de cada una de mis reacciones.

—¡No tengo por qué darle explicaciones!

—Por supuesto que no. Pensé que iba a decir que… —dejó la frase a medias y, aunque me di cuenta de que lo hacía a propósito, no me pude contener.

—¿Que qué?

Él se encogió de hombros.

—No tengo por qué darle explicaciones.

Quise estrangularle, pero, en lugar de eso, di dos pasos hacia él. El primero lo di muy enfadada, pero el segundo fue distinto.

—No tengo ni idea de por qué cree que tiene derecho a ser tan… —Apreté los dientes y, al no encontrar las palabras adecuadas, solo pude agitar la mano hacia él con irritación.

—¿Alto? —Ahora era él quien daba un paso hacia mí. Vaya, sí que era muy alto—. ¿Encantador?

—¡Molesto! —le solté—. ¡Y nada profesional!

Eso le dolió.

—¿No soy profesional? —Su boca se convirtió en una delgada línea y el rastro de una sombra oscureció sus facciones—. Me han llamado muchas cosas, pero nunca eso.

—¡Nada profesional! —repetí, sabiendo que había encontrado su punto débil—. Ya me ha oído. Su comportamiento no es profesional y no me está ayudando lo más mínimo. ¡Yo solo quiero encontrar a mis amigos, hacer mi parte y marcharme a casa! —Agité la mano hacia la elegante pista de baile que era un caos—. Esto no es para

mí. Yo lo sé y usted también lo sabe, así que, por favor, ¿podemos terminar de una vez con todo esto?

—Muy bien —dijo, con tono neutro y profesional. Por alguna razón, eso me decepcionó—. ¿Puede decirme a quién está buscando?

—He venido a la despedida de soltera de Cassandra Thorn.

—¿Cassandra Thorn? —dijo él pestañeando—. ¿Quiere decir Cassie?

—Sí, Cassie —repetí—. Es mi hermana. Espere, ¿cómo sabe su nombre?

Y ese fue el momento en que mi hermana eligió hacer su aparición, invocada, al parecer, por la simple mención de su nombre. Envuelta en un torbellino de volantes blancos y un tocado de tul, se estrelló contra mí, rodeándome en un abrazo achispado.

—¡KATIE! —me gritó al oído, con un aliento que contenía el tequila suficiente como para embriagarme a mí también—. ¡Puaj, estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

Cassie me miró a mí, después miró a mi némesis y, abriendo mucho los ojos con sorpresa, se echó a reír.

—¿James? ¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis los dos empapados? No sabía que os conocíais.

—No nos conocemos —protestamos James y yo a la vez.

—Antes no —corrigió Cassie, con los ojos brillantes mientras seguía riendo—. Pero ahora ya os conocéis.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable a*
www.LeslieNorthBooks.com
¿Quieres escuchar cómo cobra vida esta historia?
¡Este romance apasionado también está disponible en audio!